DETECTIVE JAKE TANNER: LIBRO TRES

JACK PROBYN

BAJO LA RAYA



BAJO LA RAYA

UN APASIONANTE THRILLER BRITÁNICO DE CRIMEN ORGANIZADO

SERIE DE THRILLERS DE CRIMEN ORGANIZADO DEL DC JAKE TANNER

LIBRO 3

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

ÍNDICE

CONOCE A JAKE TANNER

Parte I

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Parte II

- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31

- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37

Parte III

- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47

Parte IV

- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60
- Capítulo 61
- Capítulo 62
- Capítulo 63
- Capítulo 64
- Capítulo 65

Parte V

- Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83

Parte VI

Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103

Epílogo

Fin
Serie de novela negra británica del detective Jake Tanner
La serie de misterios de asesinato del DS Tomek Bowen
La Inspectora Stephanie Broadbent: Serie de Thrillers Policíacos
Agradecimientos
GLOSARIO
Sobre El Autor

Copyright © 2026 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-472-5

ISBN: 978-1-80520-473-2

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

CONOCE A JAKE TANNER

Fecha de nacimiento: 28.03.1985

Altura: 1,85 m

Peso: 86 kg

Descripción física: Pelo castaño, barba muy corta, ojos marrones, complexión atlética y delgada, cicatriz en la mejilla

Formación: Grado con honores (segunda clase superior) en Psicología por la University College London (UCL)

Intereses: Cuando Jake no está protegiendo vidas y buscando a los responsables de arrebatarlas, disfruta de los deportes de motor, especialmente de la F1

Familia: Madre, hermana mayor y hermano menor. Su padre murió en un accidente de coche cuando Jake tenía quince años

Estado civil: Actualmente mantiene una relación con Elizabeth Tanner, y no cree que eso vaya a cambiar nunca

Historial profesional: (2008-2009) Agente de investigación en prácticas en la Brigada de Investigación Criminal (CID) de Croydon; (2009-2015) Agente de investigación en la Brigada de Investigación Criminal (CID) de Stratford; (2015-Actualidad) Agente de investigación en el SO15

—El poder corrompe; se ha dicho y escrito tantas veces que se ha convertido en un cliché. Pero lo que nunca se dice, y es igual de cierto, es que el poder revela—. [Master of the Senate: The Years of Lyndon Johnson [2002]

PARTE 1

CAPÍTULO 1

EN EL BOLSILLO

HACE UN AÑO

Elliot Bridger no se consideraba un hombre malo, pero estaba seguro de que los demás sí lo hacían. Casi convencido, de hecho. Y lo que estaba a punto de hacer —no, lo que se veía *obligado* a hacer — no ayudaría en nada a cambiar esa percepción.

A través de una densa niebla que se había posado sobre la calle sin salida, una única farola iluminaba el único lugar que él quería: la casa de la persona en la que empezaría a confiar para tantas cosas.

Danika Oblak.

Había salido de su casa hacía menos de media hora, con esa chaqueta grande y verde de River Island que elegía con frecuencia cuando el tiempo no era ni muy caluroso ni muy frío —como Ricitos de Oro—, aferrando el bolso contra el cuerpo como si temiera que alguien fuera a saltar de entre los arbustos para robárselo. Sopesando las probabilidades, tenía más posibilidades de ser alcanzada por un rayo que de ser atracada.

Bridger sabía exactamente a dónde iba y qué haría al llegar allí. Los últimos días de vigilancia le habían enseñado todo lo que necesitaba saber sobre sus movimientos y hábitos. Ahora solo tenía que esperar a que regresara. Con impaciencia. Tenía noticias que quería compartir.

La espera no fue larga.

Aún aferrada a su bolso, Danika emergió de la niebla y cruzó la calle a toda prisa, girando el cuello a izquierda y derecha. Al verla, Bridger salió del coche con dificultad, cerró la puerta y se deslizó por la calzada. Se abalanzó sobre ella, aprovechando la oscuridad, cortándole el paso justo cuando iba a entrar en el camino de su casa.

—E-Elliot —dijo ella, soltando un leve jadeo con los ojos muy abiertos. Su rostro pálido tenía un ligero matiz anaranjado que la hacía parecer más enferma de lo que probablemente estaba. —¿Qué... qué haces aquí?

—He venido a verte. —Él sonrió de forma insidiosa. Algo en su interior había cambiado. Sin darse cuenta, se había convertido en el hombre malvado que todos percibían. Si iba a llevar esto hasta el final, necesitaba recurrir al lado más oscuro de su psique.

—¿Qué quieres?

—Charlar. —Con la mano rodeándole el brazo, la condujo hacia la puerta. Ella no opuso resistencia.

Al llegar a la casa, Danika metió la mano en el bolso y encontró las llaves. La vivienda era un caos, diferente a todo lo que él había tenido el placer de ver, y eso que había entrado en fumaderos de crack y otros establecimientos de dudosa reputación.

Lo primero que notó Bridger fue el hedor rancio. Como si un perro hubiera vivido allí, hubiera muerto allí y ahora fuera un miembro permanente del mobiliario, dejado a su suerte para pudrirse y descomponerse contra el suelo. El olor se le agarró a la garganta de Bridger y le provocó arcadas. Había zapatos esparcidos por el suelo sin ningún cuidado. Manchas de café y refrescos ensuciaban el papel pintado, que empezaba a despegarse por el techo y los rodapiés. Una torre de correo, revistas, folletos y volantes se acumulaba contra la pared, con restos desperdigados por el suelo. En cuanto a la moqueta, estaba sucia. Y cuando Bridger bajó la vista hacia ella, vio una cochinilla arrastrándose entre las fibras, probablemente corriendo hacia un escondite más limpio. Verla hizo que se le erizara la piel de la nuca.

—Apuesto a que este sitio es barato —dijo él, mirando fijamente al insecto.

—Es un antiguo alquiler para estudiantes —dijo Danika con un tono desafiante—. Vivo aquí porque es barato, jefe.

Bridger se dio cuenta de repente de que todavía la sujetaba y la soltó.

—Estamos fuera del horario de oficina —dijo él—. Ya conoces la regla: fuera de servicio, soy Elliot. Mi madre me puso el nombre, así que bien podríamos usarlo. Al igual que ella se lo puso a mis hermanos, y tu madre a ti.

Danika dejó el bolso en el suelo y luego lo pateó detrás de sus piernas, ocultándolo de la vista. —¿Qué quieres, Elliot? Lo de la última vez fue un error. No puede volver a pasar nunca.

Bridger avanzó un paso. Fue un movimiento minúsculo —un ligero cambio en su postura—, pero resultó suficiente para intimidar a Danika. Ella retrocedió hacia la puerta principal.

—Relájate. Por favor. No quiero hacerte daño.

—¿Entonces qué quieres?

—Te lo he dicho. Charlar.

Los ojos de Bridger se dirigieron al bolso en el suelo; luego se agachó de golpe y lo alcanzó. Danika intentó defenderlo con los brazos, pero fue inútil. Demasiado ágil, demasiado fuerte; ella no era rival para él.

Una vez que lo tuvo firmemente sujeto, entró apresuradamente en el salón, ignorando las protestas de Danika.

—¡Devuélvemelo! ¡Elliot! Dame—

Él mantuvo la mano a pocos centímetros de la cara de ella. —Silencio. Por favor.

Si no dejaba de gritar, la migraña volvería con saña. Manteniendo la mirada fija en los ojos de Danika, metió la mano en el bolso. *Hora de ir de pesca*. En la parte superior encontró dos botellitas de vodka. Russian Standard. Una graduación del treinta y ocho por ciento. Suficiente para dejarla dormida el resto de la noche, a pesar de su ascendencia de Europa del Este. Luego rebuscó entre el resto de las pertenencias de Danika. Un monedero. Pintalabios. Un paquete de pañuelos. Un bolígrafo. Un neceser de maquillaje. Hasta que—

Aquí estás.

Sacó lo que estaba buscando y lo mantuvo en el aire.

—¿Cómo has...? —dijo Danika, con la voz entrecortada.

—Interesante —dijo Bridger mientras inspeccionaba la bolsita de marihuana que tenía en la mano—. Elijah es un buen chico, pero no debería ir repartiendo cantidades como esta. Por lo que he oído, también está cortando esta mierda con un montón de cosas más. Probablemente ayude a que el valor baje, ¿me equivoco?

Danika se frotó los antebrazos. —¿De qué estás hablando?

—¿Es solo la hierba lo que has comprado hoy o también hay un poco de MDMA ahí dentro? ¿O eso es solo para los miércoles?

El rostro de Danika se volvió pálido y pareció a punto de desmayarse.

—Es un poco arriesgado andar haciendo esto con los controles de drogas aleatorios que hay —la pinchó él.

—Elliot, por favor. No puedes decírselo a na—

—No lo haré. ¿Sabes por qué?

Danika negó con la cabeza.

—Porque te tengo en mi bolsillo. Y cuando te tengo en mi bolsillo, es muy difícil que vuelvas a salir. ¿Entiendes?

Danika agachó la cabeza. Atormentarla, burlarse de ella, hacer que se arrepintiera de los dos últimos meses de abuso de drogas le producía una especie de placer extraño. Solo podía imaginar cuánto más satisfactorio habría sido si fuera un policía legal, librando al cuerpo de la basura corrupta y quemándola hasta los cimientos.

—Necesito que hagas algo por mí. ¿Crees que podrás encargarte?

—Depende... De... Depende de qué sea.

Bridger levantó un dedo en el aire, silenciando a Danika de inmediato. —Quizá no lo has entendido bien. Cuando estás en mi bolsillo, harás *cualquier cosa* que yo te diga. Era una pregunta retórica. Y ahora que sé cuánto dependes de estas golosinas, sé que te va a resultar muy fácil seguir órdenes. Piensa en tus hijos, en tu marido.

—Por favor —dijo Danika—, ya he dicho que aquella noche fue un error.

Sacudiendo la cabeza, Bridger respondió: —No estoy hablando de aquella noche. Estoy hablando de otra cosa.

—¿Qué?

Bridger dejó caer el bolso al suelo y se guardó la hierba en el bolsillo—. Necesito que me ayudes. Necesito que saques a Michael y Danny Cipriano de la prisión preventiva y los metas en el programa de protección de testigos.

CAPÍTULO 2

PLANES

DÍA ACTUAL

—¿Café?

Jake levantó la vista de su escritorio y se encontró con el inspector jefe Liam Greene, el responsable del Equipo de Investigaciones Complejas aquí en Bow Green, Stratford, de pie junto a él. Tras él estaban el sargento Drew Richmond y el agente Pete Garrison, intentando buscar apoyo para las ojeras que les colgaban bajo los ojos.

—No, gracias —respondió Jake—. Hoy no.

—¿Seguro?

Jake asintió y volvió a centrarse en el trabajo. En cuanto Liam, Drew y Garrison salieron del despacho, la sala quedó en silencio, a excepción del terapéutico y relajante sonido de los demás miembros del equipo tecleando en sus ordenadores. A Jake le gustaba sumergirse en el ruido ambiental. Le ayudaba a relajarse, a concentrarse. Y le calmaba, como si el mundo estuviera en constante movimiento y cualquier pausa o bloqueo fuera cataclísmico. A lo largo de su vida, la gente le había juzgado mal por ello, pero no le importaba. Quería que el mundo siguiera girando.

Se reclinó en la silla y tamborileó con los dedos sobre la mesa. En los últimos días, el volumen de trabajo había sido escaso —

acababan de resolver un caso menor de intento de violación— y ahora se dedicaban a rellenar el papeleo obligatorio. La parte del trabajo que Jake más detestaba. La cantidad de formularios que tenía que cumplimentar era innecesariamente larga, laboriosa y repetitiva. A menudo le daban ganas de volver a su vida de uniforme patrullando las calles, cuando hacía cosas de verdad en lugar de estar tras un escritorio. Pero luego recordaba que aquello tenía más aspectos que odiaba que los que disfrutaba, y que quería entrar en las grandes ligas con el equipo de investigaciones y Liam. Aquello era una carrera —*su* carrera— y estaba dispuesto a cualquier cosa para medrar.

Tras menos de cinco minutos de breve paz, Liam, Drew y Garrison regresaron. Liam sostenía una taza de café en cada mano.

—Toma —le gritó a Jake desde el otro lado—. Este es para ti. Un americano es lo tuyo, ¿verdad?

—¿Qué?

—Un americano. Te he traído uno.

—¿Por qué? —dijo Jake, poniéndose a la defensiva—. Pero si yo no... No tenías por qué.

Liam dejó la taza sobre el escritorio de Jake. —Pero hoy es un día especial. ¿Sabes por qué? ¡Porque tenemos algo que celebrar!

—¿Celebrar qué?

Antes de que Liam pudiera responder, estalló en el despacho un coro de vítores y una salva de aplausos. Todo el equipo —el personal civil, los agentes, los sargentos— estaba en pie con cañones de serpentinas en las manos. A la izquierda de Jake, viniendo de la cocina, apareció Lindsay Gray, la gestora civil de instalaciones de la comisaría de Bow Green, que pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia en el edificio asegurándose de que todo funcionara como es debido. Traía en las manos una tarta de chocolate con la palabra «Felicidades» escrita en el glaseado.

La mente de Jake iba a mil por hora. ¿Qué estaba pasando? ¿Era una broma pesada o algo mucho mejor?

—Bien hecho, colega. —Liam le dio una palmada jovial en la espalda a Jake, sacándolo de su ensimismamiento—. ¿Aún no lo has pillado?

Jake negó con la cabeza mientras miraba la tarta que se acercaba a él, con las velas y la bengala de la parte superior ardiendo con fuerza.

Liam se agachó a su lado y le gritó al oído entre el estrépito de la sala: —He movido un par de hilos y he dado buenos informes sobre ti. ¡Ya eres detective oficialmente!

Otro coro de vítores resonó en la habitación. Y luego, en cuanto Lindsay dejó la tarta sobre la mesa, Jake se vio asaltado por palmadas juguetonas y codazos en las costillas y la espalda. La mayoría venían de Drew y Garrison, pero también recibió algún que otro golpe perdido del resto de miembros del equipo.

Después de unos años largos, duros y desafiantes —aunque igualmente gratificantes y emocionantes—, Jake lo había logrado. Se había convertido en detective, superando el primer obstáculo de su carrera. Desde sus primeros días con el equipo en Croydon hasta su breve etapa en la policía de Surrey —donde había detenido a uno de los grupos de crimen organizado más importantes del país y los había enviado a prisión—, hasta su nuevo destino en Bow Green, había sido una época apasionante. Y, por un momento, Jake se quedó sin palabras. Sentía cómo el orgullo recorría su cuerpo, una emoción que no experimentaba desde que nació Ellie seis meses atrás, aunque empezara a parecer que habían pasado seis años.

—Vaya —dijo cuando el revuelo se calmó y todos regresaron a sus asientos—. Yo... yo... no sé qué decir.

—Con que no uses la puta palabra con J, todo irá bien —gritó Garrison, poniéndose las manos alrededor de la boca para que se le oyera mejor.

Jake esbozó una sonrisa.

—Ayuda tener amigos en las altas esferas —dijo Liam, guiñándole un ojo a Jake.

—Te estoy agradecido, jefe.

—¡Ahora ya podemos llamarte detective de verdad! —dijo Drew desde su escritorio, que estaba situado junto al de Jake, al otro lado de un pasillo estrecho.

—Pero si ya lo hacíais igual.

Soltando una risita y sorbiendo con fuerza para luego limpiarse la nariz con el dorso de la mano, Drew respondió: —También te llamábamos otras muchas cosas cuando no estabas delante.

La sala estalló en carcajadas. Drew solía ser el responsable de la mayoría de las risas en el despacho. Se veía a sí mismo como el payaso de la oficina, aunque mucha gente pensaba que eso también era cierto en un sentido más general, Jake incluido. En cambio, Garrison era todo lo contrario. Silencioso, reservado, metódico. Aunque, cuando se trataba de meterse con Drew, siempre era el primero en apuntarse.

—No le hagas caso —dijo Liam, haciendo callar a Drew y las risas con un gesto de la mano—. No es más que un gilipollas.

Puso una mano en el hombro de Jake y apretó. —Estamos orgullosos de ti, chaval. Todos nosotros. Cuando te acogí bajo mi tutela, sabía que ibas a ser un buen tipo. ¿Y en qué te has convertido?

—¿En un buen tipo?

—Exacto. ¿Qué vas a hacer esta tarde? —preguntó Liam, pero no le dio tiempo a responder—. Cancela tus planes, porque el resto ya lo hemos hecho. Nos vamos al pub a celebrarlo. Todos nosotros. —Señaló a Garrison—. Incluso el viejo amargado de McVitie de ahí enfrente. Suponiendo que su marcapasos aguante.

CAPÍTULO 3

ILUSIONES Y SUEÑOS

El Head of the House estaba muy concurrido para ser un martes por la noche. Grupos de clientes borrachos ocupaban las sillas y los reservados que se extendían a lo largo de la pared más larga a la izquierda de Jake, mientras que otros grupos más pequeños permanecían de pie balanceándose de un lado a otro a medida que el alcohol recorría su torrente sanguíneo, estirando el cuello hacia las pantallas de televisión que colgaban de la pared. Fútbol. Como siempre. UEFA Champions League: Tottenham contra el Inter de Milán, al parecer. Jake no veía ni iba a un partido de fútbol desde hacía años. Su padre había sido fisioterapeuta del Chelsea FC y, tras su trágica muerte en un accidente de coche cuando Jake tenía quince años, este no había sido capaz de volver.

En cuanto Jake, todos los del MIT y algunos de los chicos de Personas Desaparecidas de la planta de abajo pusieron un pie en el pub, el ambiente decayó hasta que no quedó nada, salvo el sonido del estadio que bramaba desde los televisores. Todas las cabezas se giraron hacia ellos. Aunque iban vestidos de calle —con trajes, corbatas, americanas y chalecos—, todos los allí presentes sabían quiénes eran y qué representaban.

—No os preocupéis, chicos —gritó Liam, levantando las manos al aire mientras avanzaba hacia la barra—. No venimos a arrestar a

nadie. A menos que nos deis un motivo. Solo queremos disfrutar de nuestras pintas como todos vosotros.

La camarera no perdió el tiempo en atenderlo.

—Buenas noches, Liam —dijo con un marcado acento del East End—. ¿Qué va a ser?

—Lo de siempre para mí, Maggie, por favor. ¿Tú qué vas a tomar, Jake?

—Una Foster's, por favor, jefe.

Liam hizo una mueca. —Se me había olvidado que bebías eso. Una pinta de meados para él, y dejaré que el resto de estos imbéciles pidan lo que quieran. No necesitan que los lleve de la mano. Ponlo en la cuenta cuando termines. Yo pagaré luego. Vamos, chaval. Busquemos un sitio.

Esperaron a que Maggie les sirviera las bebidas y luego rodearon la barra hacia la sala del fondo. La barra estaba en el centro del edificio y formaba una curva de 270 grados, mientras que los otros noventa estaban ocupados por la cocina. Jake subió un pequeño escalón y encontró un asiento en la parte más apartada del bar: el rincón más alejado a la derecha. Allí no había pantallas de televisión y, por lo tanto, no había clientes enfadados y borrachos gritándole a la pared, chillando a los jugadores, recriminándoles lo malos que eran y asegurándole profusamente a la pantalla que ellos podrían hacerlo mejor. Diez de cada diez veces era evidente que no podrían; de lo contrario, ya lo habrían hecho.

—Siéntate —ordenó Liam, sacando una silla de la mesa.

Jake se acomodó en la más cercana.

—Ahora, rápido, antes de que lleguen todos los demás, hay algo que quería decirte… —Liam vaciló y, justo cuando abría la boca para hablar de nuevo, llegó Garrison con una cerveza en la mano. La postura y el comportamiento del DC hacían pensar que ya se había soplado varias.

—¿Buena charleta de viejas? —preguntó Garrison, dejándose caer en el asiento al lado de Jake. Garrison era un hombre grande —más alto que ancho— y, en los estrechos confines del reservado, Jake tuvo que pelear por un poco de espacio para sus hombros.

—Deberías haber traído a la tuya —se mofó Liam.

Garrison ignoró el comentario; levantó la mano, la mantuvo en el aire y luego la bajó. Jake los conocía lo suficiente como para saber que Garrison se estaba planteando dedicarle una peineta a Liam. Y Jake supuso que estaba justificado; cuando no era Drew, Garrison solía ser el siguiente blanco de todas las bromas de la oficina. Fuera de las horas de servicio, no había división profesional entre ellos: podían hacer y decir lo que les placiera.

Garrison se bebió un tercio de su cerveza de un trago y la posó con fuerza sobre la mesa. Limpiándose los restos de la boca, dijo: —Felicidades, colega. Estoy orgulloso de ti. *Estamos* orgullosos de ti. Has demostrado con creces lo que vales estos últimos meses. ¿Quieres que te dé un consejo? ¿Qué edad tienes?

—Veinticinco. La misma edad que la última vez que me lo preguntaste.

Garrison asintió con la boca abierta mientras su lengua buscaba un resto de comida entre los dientes. —Buena edad. Ni muy joven ni muy viejo. Verás, cuando llegues a mi edad, empezarás a pensar en las cosas de forma diferente…

—¿Qué edad tienes? —preguntó Jake, dándose cuenta de que nunca se lo había preguntado.

—Cincuenta y ocho.

—¿Cincuenta y ocho?

—Cincuenta y ocho. Pronto estaré en edad de jubilación y entonces me largaré de aquí.

—Ya ha empezado con los preparativos —intervino Liam, dándole un codazo a Jake en el hombro.

—¿Ah, sí?

Garrison sacó el teléfono del bolsillo y puso la foto de un coche en la pantalla. —Este, *pronto*, será mi nuevo bebé. Mi *único* bebé. Mi juguete de jubilación. Un Jaguar XKR Coupé. Voy a recogerlo dentro de un par de días.

—Espero que lo hayas pedido de vacaciones —dijo Jake.

—No hace falta. Voy a bajar allí antes de entrar a trabajar. Van a abrir antes solo para mí.

—¿Cuánto te ha costado?

—Setenta de los grandes.

Jake lo miró con suspicacia. —¿Y de dónde has sacado el dinero para pagar eso?

Garrison se dio unos golpecitos en un lado de la nariz. —Tengo algunas inversiones por ahí puestos. Mis trapicheos y todo eso.

Todo eso.

—Seguro que será un buen regalo de jubilación para ti —añadió Jake.

Garrison sonrió con sorna. —No veo la hora de largarme de aquí. No me malinterpretes… el trabajo ha sido el amor de mi vida, pero con el tiempo, eso puede agotarse en algún momento, y tienes que encontrar algo joven y emocionante que te mantenga alerta y te impida quitarte la vida. Lástima que nunca siguiera mis propios consejos. Pero tú… tienes toda la vida por delante. ¿Es esto lo que quieres hacer el resto de ella?

—Sí —respondió Jake casi al instante; no necesitó pensárselo mucho—. Mientras sea físicamente capaz de hacerlo. Marcamos la diferencia en la vida de las personas, y nada va a quitarme las ganas de hacer eso.

—Me gusta tu espíritu, colega. Pero yo estoy contando los días. Simplemente… mantén tus opciones abiertas. En su día quise ser piloto de F1. Incluso empecé a formarme como ingeniero y a abrirme camino en Mercedes. Eso fue hasta que me echaron por acostarme con la mujer del jefe, la mujer con la que ahora comparto cama… a regañadientes. Así que me uní a este sitio en su lugar. Todos los días echo de menos lo que podría haber sido, mi pasión. No dejes que este lugar te haga olvidar tus sueños.

La pequeña mesa se quedó en silencio mientras Jake reflexionaba sobre los consejos de Garrison. Se dio cuenta de que él no tenía grandes sueños ni aspiraciones de ese tipo. Ni siquiera quería ganar la lotería ni poseer el coche más llamativo. No quería vivir en una mansión ni escalar una montaña. Claro, esas cosas habrían estado bien, pero eran materialistas, falsas. Él era un tipo sencillo con necesidades sencillas. Estaba contento con su trabajo y, mientras pudiera seguir manteniendo y apoyando a su familia, y dándoles todo lo que querían —y necesitaban—, se sentía satisfecho.

Ellos eran su sueño.
Ellos eran su aspiración.

CAPÍTULO 4

EL FOSO

Lo llamaban el Granjero. Su nombre real era Georgiy. Para sus colegas, era George. Para sus amigos… bueno, no tenía. Se encargaba personalmente de que así fuera. El apodo era un homenaje al significado de su nombre en su ruso natal y, de forma más figurada, se le conocía por arrollar a todo el que se interpusiera en su camino. Nunca era algo personal; era simplemente su trabajo.

Georgiy entró con la furgoneta Transit negra en el Estadio Olímpico de Londres. La vasta estructura y los alrededores aún estaban en construcción, y presentaban un aspecto casi terminado; su tamaño descomunal hacía que la furgoneta y todo lo que había en las inmediaciones parecieran diminutos. Estaban ya bien entradas las primeras horas de la madrugada y se encontraban envueltos en la oscuridad. Una llovizna ligera y persistente —de esa que apenas es visible a simple vista, pero que se las arregla para calarlo todo— descendía sobre la ciudad.

Georgiy apagó el motor, lo que detuvo las escobillas del limpiaparabrisas a mitad de su recorrido, y se giró hacia un lado. —¿Dónde está ella?

Vitaly, el miembro más joven del equipo y también el más inexperto, se encogió de hombros. Con un cuerpo que casi doblaba en tamaño al de Georgiy, resultaba difícil comprender su parentesco.

Primos lejanos por parte de un tío del que Georgiy nunca había oído hablar, sí, pero familia al fin y al cabo. Vitaly era un trabajador incansable, sabía escuchar y aprender, y prometía mucho. Su único defecto era su elección de apodo; insistía en que lo llamasen el León. Bajo ninguna circunstancia estaba Georgiy dispuesto a llamarlo así. Era un nombre ridículo, y si Vitaly quería que la gente lo respetara, debería dejar que los demás eligieran su nombre por él. Así es como funcionaban las cosas. Todo lo que necesitaba era un mentor severo y una mano que lo guiara para que eso fuera posible.

Georgiy giró el cuerpo y miró hacia la parte trasera de la furgoneta. El panel de separación se había retirado, dejando a la vista toda la cabina. En el interior se encontraban dos hombres: un amigo y un enemigo. El aliado se llamaba Nigel Clayton; vestía una sudadera negra con capucha y un pasamontañas que lucía la silueta de una calavera a la altura de la boca, y estaba de pie junto a sacos de grava, arena y cemento que bordeaban las paredes de la furgoneta. Mientras tanto, al fondo, estaba el enemigo: una figura tumbada de lado con las manos a la espalda y el rostro cubierto, que se retorcía y gemía.

Georgiy señaló a la figura con la cabeza. — ¿Algún problema?

—Nuh, ninguno todavía —respondió Nigel con un acento británico por excelencia.

—Bien. ¿Dónde está el sitio?

—Justo ahí —Vitaly señaló por la ventana hacia un largo tramo de asfalto que rodeaba el estadio.

Cuando Georgiy se dio la vuelta para mirar hacia donde señalaba Vitaly, sus ojos enfocaron de nuevo. Una mujer, alta, esbelta y menuda, avanzaba hacia ellos como un jaguar en la noche. Caminaba con rapidez y vigor: con determinación. *Tatiana*, pensó él con melancolía.

Georgiy abrió la puerta y saltó la corta distancia hasta el suelo. — ¿Dónde has estado?

—Asegurándome de que no os hubieran seguido —respondió Tatiana en un inglés casi impecable a pesar de su marcado acento ucraniano. Era políglota, una de esas personas inteligentes que

poseían la envidiable capacidad de adoptar y hablar varios idiomas. Era su mayor destreza, entre muchas otras.

—¿Está todo despejado?

—No estaría aquí si no lo estuviera —replicó ella con brusquedad —. Y tú tampoco. —Bajo la tenue luz, sus ojos oscuros centelleaban, pero él sabía que, tras ellos, ardía un fuego de determinación.

Tatiana se dirigió hacia la parte trasera de la furgoneta y a él le costó alcanzarla. Se detuvo en seco junto a la manilla, desbloqueó las puertas traseras y las abrió de par en par. El hombre del suelo se encogió y retrocedió, jadeando y respirando con dificultad, gimiendo con exceso de miedo y confusión. Tatiana señaló el saco que le cubría la cabeza.

—¿En serio?

Georgiy ignoró el comentario y agarró al hombre por debajo del brazo. Mientras sacaba el cuerpo de la furgoneta a rastras, respondió: —No me digas cómo hacer trabajo.

El hombre pesaba mucho, era como un peso muerto en sus brazos; un peso muerto que estaba muy vivo y que no paraba de dar patadas.

Pero no por mucho tiempo.

Georgiy puso al hombre en pie y escudriñó los alrededores, estudiando los huecos y agujeros en la tierra que rodeaban el perímetro del estadio donde las obras aún no habían concluido.

—Por aquí —dijo Tatiana y, para cuando Georgiy le prestó atención, ella ya se dirigía en dirección opuesta.

Vitaly y Nigel bajaron de la furgoneta y empezaron a sacar la mezcla de cemento mientras Georgiy la seguía, arrastrando al hombre consigo. Cien yardas después, se detuvieron junto a una gran zanja. Tenía casi dos metros de profundidad y uno de ancho. Al lado del agujero había una hormigonera grande. Un largo tubo de metal sobresalía de la parte superior de la máquina y apuntaba al suelo, junto a los pies de Tatiana.

Georgiy fijó la vista en el agujero. — ¿Qué se supone que es esto, piscina?

—Un parterre de jardín. Un lugar para que crezcan árboles. Se suponía que debían rellenarlo hace un par de días, pero el plan se

descartó, así que ahora nadie sabe qué va a pasar con esto.

—¿Es bastante grande?

Ella se giró hacia él. Se encogió de hombros. —Descúbrelo tú mismo.

Georgiy apretó el agarre sobre el cuerpo del hombre y le arrancó el trozo de tela de la cabeza.

En cuanto el oxígeno limpio inundó sus pulmones, el hombre dio una bocanada y se atragantó. Era un ruido sibilante y ronco que parecía causarle un dolor físico. Abrió la boca para hablar, pero al hacerlo solo empeoró las cosas.

—Cállate —dijo Georgiy.

—Po-po-por favo—

Georgiy empujó al cuerpo al interior de la zanja y observó cómo el hombre caía rodando; su rostro chocaba contra grandes rocas y fragmentos de tierra y grava. Soltó un pequeño grito ahogado que resonó por los muros del estadio y, por un momento, Georgiy se asustó —los ruidos fuertes y bruscos eran asuntos desagradables en este negocio—, pero enseguida se dio cuenta de que no había de qué preocuparse. La obra estaba deshabitada. No habría nadie allí en las próximas horas. Lo que significaba que tenían tiempo de sobra para terminar lo que habían ido a hacer.

Georgiy se desentendió del hombre de la zanja y dirigió su atención a Vitaly y Nigel, que estaban junto a él. Les hizo un gesto con la cabeza e instantáneamente empezaron a echar los sacos de arena, grava y cemento en la hormigonera. Vitaly agarró el tubo y lo acercó al borde del agujero. Tras él, la máquina se puso en marcha, produciendo un zumbido rítmico y bajo mientras el tambor giraba y mezclaba el contenido.

Georgiy saltó a la fosa y agarró al hombre por el cuello. Toda esperanza había abandonado sus ojos.

—Tienes tres minuto hasta que mezcla cemento esté lista —dijo, apretando el agarre—. Lo que significa que tienes tres minuto para decirme toda información que necesito oír. Después de eso, te enterramos vivo. ¿Entiendes?

—Po-po... —balbuceó el hombre. Las lágrimas asomaron a sus ojos, la saliva le espumeaba en la boca y un nudo se le formó en la

garganta.

Georgiy no podía creérselo. Uno de los atracadores a mano armada más prolíficos y notoriamente violentos del país estaba llorando como un bebé. Era vergonzoso. Patético.

Georgiy le propinó un puñetazo en la cara. —Menos de tres minuto ahora, ¿y quieres perder tiempo *puto* suplicando? Usa tiempo sabiamente, de lo contrario, no te queda ninguno.

El hombre escupió un coágulo de sangre. — ¿Qué quieres de mí?

—¿Con quién has estado hablando?

—Con nadie, lo juro.

Georgiy esbozó una sonrisa. —Curioso. Mi jefe dice otra cosa.

—Tengo dinero.

—Mis jefes también.

—¿Quiénes son tus jefes?

—Dos minuto.

—No sé de qué me hablas, de verdad.

Georgiy se encogió de hombros. —Si ese es caso, te enterramos igual.

—¡No! —los ojos del hombre se agrandaron—. ¡No!

Georgiy volvió a golpearle en la cara. Esta vez su puño aterrizó con fuerza sobre un pómulo, enviando un ramalazo de dolor por toda su muñeca. Lo ignoró.

—¿Con quién hablabas? ¿Cómo se llamaba periodista? Pregunta sencilla. Nombre. Dime qué les dijiste. Esa información vale tu vida, ¿no?

Otro coágulo de sangre, esta vez más grande que el anterior, mezclado con restos de grava y tierra. Las comisuras de los labios del hombre se elevaron y sonrió, mostrando unos dientes manchados de sangre. —Os encontrarán, ¿sabes?

—¿Quién?

—Mis jefes.

A Georgiy se le erizó la piel. — ¿De qué hablas?

—Se enterarán de que pagasteis para sacarme de allí. Se enterarán de que me trajisteis aquí. Se enterarán de todo. Y entonces se desharán de vosotros. Igual que intentáis hacer conmigo. Todos somos peones en este puto juego. Sois

prescindibles. Como el resto de nosotros. Y para cuando os deis cuenta, será demasiado tarde.

—¿A quién más diste información? —continuó Georgiy.

—A alguien que va a hacer algo al respecto.

Georgiy volvió a levantar el puño. Mientras se preparaba para asestar el golpe en el rostro del hombre, Vitaly llamó desde atrás.

—Ya está listo.

Un fino chorro de hormigón goteó del extremo del tubo. Georgiy estiró el brazo y lo agarró. Le dio un rodillazo al hombre en el estómago, lo sujetó por la nuca y luego le metió el tubo en la boca.

En cuestión de segundos, la mezcla pastosa le llenó la boca y se desbordó por los lados. El hombre se asfixiaba y tenía arcadas, escupiendo parte del contenido al suelo y al brazo de Georgiy.

—¡Ya basta! —gritó una voz, pero él no prestó atención a quien fuera.

—¡Yo decidiré cuándo es basta!

Él era la voz de la autoridad y no le importaba recordárselo a los demás. Todos tenían un trabajo que hacer, una información que extraer. Y solo había una forma de conseguirla.

Georgiy golpeó al hombre en la espalda, obligándolo a expulsar la mezcla de cemento sobre el suelo entre arcadas.

—¡Dame nombre!

—Wa… Wa…

—¡Nombre! ¡Ahora!

—Va... Vaca...

Georgiy perdió los papeles. Rechinando los dientes, vertió el cemento sobre la cara del hombre, asfixiándolo con él. El contenido denso y rugoso le mojó el pelo y rápidamente le llenó los ojos. Sus gritos estallaron cuando la sal y la arenilla empezaron a quemárselos antes de deslizarse por su garganta.

—¡Nombre! —gritó Georgiy.

El hombre sacudió la cabeza violentamente, lanzando salpicaduras de cemento al suelo y a las piernas y manos de Georgiy. Seguía con arcadas. Tosía. Se asfixiaba. Escupía. Jadeaba. Se ahogaba. La circulación hacia su cerebro se estaba cortando con rapidez.

Georgiy miró al suelo. Un pequeño montón de cemento había caído a su lado, mezclado con sangre. La mezcla estaba destrozando las entrañas de su víctima. No pasaría mucho tiempo hasta que muriera.

Georgiy decidió acelerar el proceso.

Agarró la nuca del hombre y tiró de ella hacia abajo hasta que sus vías respiratorias quedaron rectas. Luego mantuvo el tubo sobre la boca y observó cómo la mezcla entraba a raudales como si estuviera llenando una bolsa de agua caliente. Al principio, el hombre tuvo arcadas y se sacudió violentamente, pero fue inútil. El cemento se abría paso por su cuerpo y el flujo era demasiado intenso para que pudiera superarlo.

Tras unos segundos, su última víctima se había ahogado en cemento y en su propia sangre. Su cuerpo se quedó rígido.

Durante un rato, el ambiente a su alrededor se congeló. Lo único que Georgiy podía oír era el sonido de su propia respiración. Incluso el bullicio lejano de Londres pareció acallarse y quedar en silencio.

—*Eto pizdets* —dijo Tatiana, con la voz suspendida en la incredulidad.

—¿Qué? —replicó Georgiy—. Teníamos instrucciones. Sabías que iba a pasar. Sabías que iba a morir así.

—Ya, pero… ni siquiera hemos conseguido ninguna información.

—Has visto sonrisa en su cara. Nunca nos la iba a dar.

—Eso no lo sa—

Georgiy le dio la espalda, cortándole la frase. Ella debería saber que no debía hablarle así, y él tendría que asegurarse de que comprendiera cuál era su posición.

Dejó que el cuerpo cayera de forma natural al fondo del foso. Aterrizó con un golpe sordo que pareció resonar en la entrada del estadio.

Los Juegos Olímpicos de Londres estaban destinados a ser los más grandes y mejores hasta la fecha. O eso no paraban de recordarles las noticias. Con miles de atletas y sus respectivos equipos llegando al país, y con el mundo entero vigilándolos, estaba previsto que fuera un espectáculo. Uno que nunca olvidarían. Pronto, en poco más de dos años, cientos de miles de personas

caminarían sobre este mismo tramo de asfalto, pisoteando algo que no tendrían ni idea de que existía. Era el escondite perfecto.

—Rellenadlo —ordenó.

De inmediato, Nigel bajó y movió el cuerpo hasta que quedó tumbado boca arriba, antes de verter el resto del cemento que giraba en el foso.

—¿Qué pasa con su ropa y su identificación? —preguntó Tatiana.

—Se las quitamos del bolsillo cuando lo recogimos. Están en furgoneta. —Georgiy se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Me necesitáis para algo más?

—No. Vete a casa. Prepárate para mañana.

Georgiy observó cómo la mujer se alejaba; las luces proyectaban una sombra alargada sobre el pavimento que se movía en armonía con su cuerpo. Se quedó inmóvil hasta que ella subió a una furgoneta negra, similar a la de ellos, y se alejó en dirección opuesta.

El sonido del cemento cayendo en el agujero lo distrajo.

—¿Cuánto queda?

—Cinco minutos —respondió Nigel.

—¿Cuánto para que fragüe? —Georgiy contempló la humedad en el aire. La lluvia había remitido pero no daba señales de detenerse —. ¿Habéis echado el acelerante?

—Sí. Debería estar listo en unas cuatro horas.

Momento perfecto.

—¿Estás seguro?

Nigel hizo una pausa al responder: —Soy contable, no científico.

CAPÍTULO 5

RECUPERANDO EL TIEMPO PERDIDO

Jake forcejeaba para encontrar la cerradura. Tanteaba y hurgaba en la puerta con la llave, esperando que la débil luz de la calle iluminara el ojo lo justo para saber hacia dónde guiarla.

Estaba borracho. Y era la primera vez que lo estaba en mucho tiempo. Solo había tenido intención de quedarse a tomar un par. Uno de esos viejos adagios, una mentira que la gente infeliz les cuenta a sus parejas en cuanto la relación empieza a agriarse y a estancarse. Una se convirtió en dos, dos en tres, y luego la cosa fue a más. Todos los demás del equipo habían pagado una ronda. Al principio, él había intentado protestar —aunque no le hicieron ni caso— y luego, para la cuarta ronda, había dejado de intentarlo. ¿O acaso estaba demasiado borracho? Al fin y al cabo, estaban celebrando algo, y si querían invitarlo, eso era exactamente lo que iban a hacer.

De pronto, sin que él llegara siquiera a tocarla, la puerta se abrió de par en par y la luz del pasillo salió de la casa y lo cegó.

—¿Qué narices estás haciendo? —preguntó Elizabeth, con los brazos cruzados sobre el pecho. Una respuesta acogedora de una esposa cariñosa. Vas a despertar a los niños.

Se hizo a un lado, agarró a Jake por la manga y lo arrastró hasta cruzar la meta.

—¿Cuánto has bebido? —susurró con severidad mientras Jake intentaba quitarse los zapatos... sin éxito.

—Solo unas pocas —mintió él—. Tos' empezaron a pag-gar rondas y... no sabía qué ha'er.

—Decir que no.

—Estábamos celebrándolo. Ya soy ofi'ialmente detec'ive. —Jake esperaba que la sonrisa de su rostro aplacara un poco a Elizabeth. No fue así.

—Te has perdido la cena. Los niños te buscaban, e incluso te tenía preparada una sorpresita para después. —Elizabeth se apretó los lados del camisón contra el cuerpo—. Además, hay algo que tienes que ver.

Antes de que pudiera responder, Elizabeth se dirigió furiosa al otro extremo del pasillo y entró en la cocina. Él se preguntó cómo era capaz de caminar en línea recta, y tan rápido además. Él lo había intentado desde el taxi hasta la puerta principal y le había resultado un suplicio, casi abrazado a la acera mojada. Las paredes a su alrededor daban vueltas y sintió que se le venía encima un dolor de cabeza; era el comienzo de una resaca espantosa que asomaba por el horizonte, llamando a la puerta.

Jake se descalzó y avanzó arrastrando los pies por el pasillo, apoyándose en la pared para no caerse.

En la cocina, Elizabeth estaba de pie junto a la isla central con un papel en la mano.

—¿Quéeseso? —preguntó Jake. La cruda luz de la cocina le provocó una oleada de náuseas.

Elizabeth estampó el papel sobre la encimera. —Léelo tú mismo.

Cuando volvió a cruzarse de brazos, Jake vislumbró el sujetador de encaje negro que llevaba debajo del camisón. No lo reconoció, lo que significaba que era nuevo. Lo cual quería decir que *realmente* le tenía preparada una sorpresa. Jake intentó acercarse a ella y rodear con el brazo su estrecha cintura, pero ella lo mantuvo a raya y señaló la carta en su lugar.

Jake bajó la mirada hacia el papel blanco e intentó leer. Las palabras bailaban en la página y se fundían en un único bloque de

texto. Sin embargo, dos resaltaban sobre el resto: importante y notificación. Marcadas en rojo.

—¡Pensé que habías dicho que lo habías solucionado! —dijo Elizabeth.

Jake levantó un dedo en el aire mientras intentaba leer, tambaleándose al hacerlo.

—Yo... yo... Debería estar soluc'onado. Está en marcha. Hablé con ellos el otro d-día, pero...

Elizabeth le arrebató el documento y lo agitó en el aire.

—No podemos permitirnos esto. Además de todo lo que ya tenemos aquí encima. Alquiler. Comida. Impuestos. Internet. Agua. Luz. Guardería. Los niños. Es una locura y me está estresando. No puedo creer que te dejaran hacerlo. —Las lágrimas asomaron a sus ojos, mientras hinchaba las mejillas.

Jake se apresuró a acercarse y la abrazó con fuerza. Le acarició los brazos.

—Todo va a ir bien, Liz, ¿vale? Lo arreglaremos. Yo lo arreglaré. ¿Cuándo te h-he f-fallado yo?

Sorbiendo por la nariz, ella dijo: —Estoy preocupada, Jake. Por los niños. Por lo que pueda pasarnos si no podemos arreglar esto.

—No tienes nada de qué preocuparte, Liz, cr-créeme. Vete a la cama. Yo me voy a q-quedar levantado un rato.

Elizabeth se apartó de él, asintió y le lanzó un beso al aire antes de salir de la cocina. Esperó hasta oír el suave sonido de sus pies sobre el entarimado del piso de arriba; luego se sirvió un vaso de agua, se lo bebió de un trago y se sentó en la silla más cercana al fregadero.

El año anterior, en su intento por atrapar a Lester Bain —un asesino en serie que había matado y descuartizado brutalmente a seis mujeres que había conocido a través de una comunidad de internet—, Jake había introducido los datos de su tarjeta de débito en la Dark Web. No tardaron mucho en clonarlos y en que desapareciera una cantidad considerable de dinero de la cuenta conjunta que compartía con Elizabeth, donde guardaban todos sus ahorros. Tras mucha insistencia y un vaivén interminable entre los bancos y Scotland Yard, había recuperado parte del dinero, cerrado

la cuenta y abierto una nueva. Pero en el tiempo que le llevó hacer todo aquello, se había retrasado en varios pagos del seguro del coche, el alquiler, el gas y el agua.

Ahora estaban intentando ponerse al día.

Y los tipos de interés subían, mientras el dinero en la cuenta bancaria de los Tanner menguaba constantemente.

CAPÍTULO 6

MALAS VIBRACIONES

Unas horas más tarde, Jake se despertó por una llamada de Liam, que lo convocaba a las obras del Estadio Olímpico. Todavía estaba oscuro. Con resaca y sin coche en el que desplazarse, había llamado a Drew, quien se había aventurado a cruzar la ciudad para recogerlo. Para sorpresa de Jake, fueron los primeros en llegar.

Se detuvieron ante la entrada del estadio, mostraron sus placas al agente uniformado apostado en el cordón exterior, se pusieron los trajes forenses y caminaron hacia el estadio. Jake admiró la estructura que tenía delante. Le recordó a las visitas a Stamford Bridge con sus hermanos cuando eran pequeños, viendo los partidos, buscando a su padre en el banquillo con su maletín médico al lado, listo y esperando para correr al césped a atender a los jugadores heridos. Aquellos eran buenos tiempos.

Jake no solía pensar en su padre, porque incluso la imagen o el reflejo más fugaz siempre lo deprimía; se lo habían arrebatado demasiado pronto, y nada iba a devolvérselo.

Jake se acercó al cordón interior de la escena del crimen. Allí firmó en el registro de asistencia, pasó por debajo de la cinta y se dirigió hacia el grupo de agentes uniformados que estaban fuera de una carpa forense blanca.

Unos segundos después, los recibió Poojah, la patóloga forense. Iba vestida de pies a cabeza con un mono blanco y azul. Tras la mascarilla, lo observaban unos ojos de un negro azabache penetrante. Jake siempre los había admirado; sentía que uno podía perderse en ellos para siempre.

—Drew… —empezó ella—. Jake… Enhorabuena, por cierto. Imagino que estarás contento.

—Entusiasmado —dijo Jake, haciendo todo el esfuerzo posible por no sonar sarcástico y grosero. Era el alcohol el que hablaba, haciendo que tardara más de lo normal en pensar con coherencia.

—Recuerdo cuando me gradué de la academia. Hace ya tantos años. Estaba mucho más delgada…

—¿A qué nos enfrentamos, Poojah? —la interrumpió Drew mientras avanzaba hacia la carpa en un intento deliberado de meterle prisa.

En el interior había un perímetro de unos tres metros cuadrados. En el centro se abría el inicio de un agujero. La capa superior de hormigón había sido excavada y estaba amontonada en una esquina de la carpa. En el borde de la fosa, Jake vio los restos de una mano izquierda extendida. El color de la piel se había aclarado por los químicos del cemento y parecía un trozo gigante de tiza.

—Lo ha encontrado un trabajador de la obra temprano esta mañana —dijo Poojah, deteniéndose junto a Jake.

—¿A qué hora? —preguntó él.

—Sobre las siete, creo.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo lleva aquí?

—Es reciente. Por lo visto, anoche no estaba ahí.

Drew merodeó por el perímetro del agujero, se echó hacia delante y asomó la vista al interior.

—¿Causa de la muerte?

Por el rabillo del ojo, Jake vio cómo los ojos de Poojah se entrecerraban con una sonrisa burlona.

—Picadura de avispa. Alergias. Mordisco de tiburón. Tal vez alguien le golpeó la cabeza con una tetera…

Drew la miró con gesto serio. Estaba claro que no estaba para bromas. Jake había notado últimamente que su moral y su energía

estaban decayendo. Saltaba mucho más por la mínima nimiedad. Jake suponía que se había desenamorado del oficio. Había oído que pasaba, pero nunca imaginó que le ocurriría a otro miembro de su equipo. Corrección: no *quería* que le ocurriera a nadie de su equipo. Eran como una familia —disfuncional, para ser sinceros— y Jake se sentía en parte responsable del bienestar de sus amigos y colegas como si fueran sus hermanos. Era su instinto paternal.

—Asfixia sería mi primera suposición —continuó Poojah—. Pero no lo sabré con certeza hasta que haga la autopsia. Tendré que examinar la tráquea y los pulmones en busca de signos de inhalación.

—Enterrado vivo —Drew sacudió la cabeza con asco—. Qué forma de morir. ¿Dónde está el testigo?

—Testigos. Hay dos. Están hablando con los de uniforme ahora mismo.

Jake giró la cabeza hacia la entrada de la carpa. A más de cien metros de distancia se veía un pequeño grupo de trabajadores de la construcción ataviados con sus chalecos reflectantes y cascos. Reían y bromeaban entre ellos, esperando a que les hablaran los agentes de la ley que en ese momento estaban ocupados con otros dos individuos.

Mientras él y Drew se dirigían hacia ellos, Jake sacó su libreta y pasó a una página nueva. Escribió la fecha y el lugar en la parte superior y lo subrayó varias veces.

Cuando llegaron a la altura de los dos individuos, Drew fue el primero en presentarse.

—Y este es el detective Tanner —concluyó—. Tengo entendido que han sido ustedes dos los que han encontrado el cuerpo. ¿Es correcto?

Frente a ellos estaban un hombre y una mujer. Ambos asintieron, aunque al mencionar el nombre y el título de Drew, a la mujer se le abrieron mucho los ojos y perdió el color en las mejillas.

—¿Les importa si nos acompañan a comisaría? —preguntó Drew, alternando la mirada entre ambos con rapidez—. Estarán más cómodos. Hay mucho que tratar.

—Sí, claro —dijo el hombre—. No hay problema.

Mientras el hombre hablaba, Drew lo observó, como si lo estuviera evaluando para una pelea.

—¿Y usted? —le preguntó a la mujer, que retrocedió un paso—. ¿Tiene algún inconveniente en venir a comisaría? Solo se la está tratando como testigo.

—No, no, no tengo ningún inconveniente. Pero me gustaría que me interrogara este caballero, ¿si no le importa? —Señaló a Jake.

Por un momento, Jake sintió que se sonrojaba. No sabía por qué la mujer lo había elegido específicamente a él, pero no iba a discutirlo.

Justo cuando los cuatro salían de la escena del crimen para volver al coche, se cruzaron con Liam.

—¿Qué tal, jefe? —saludó Drew—. ¿Dónde está el detective Garrison?

—Viene con retraso —respondió Liam—. Está en camino. Nos vemos en comisaría. Tengo malas vibraciones con este caso.

CAPÍTULO 7

TOMMY

Esta era una de las poquísimas partes del trabajo que Drew disfrutaba de verdad. La fase del interrogatorio, la entrevista, el cara a cara con un sospechoso potencial con todo el peso de la ley respaldándolo. Lo hacía sentirse poderoso, y sabía que, en su posición de autoridad, gozaba de autonomía sobre cualquiera que pusiera un pie en la sala con él. No importaba si eran desconocidos, testigos, parientes o amigos: Drew tenía la capacidad de doblegar a cualquiera. Garrison se lo había enseñado mucho tiempo atrás.

Frente a él, con las muñecas apoyadas en los brazos de la silla, estaba Richard Maddison. Treinta y pocos, pero por alguna razón aparentaba diez años más. Se había quitado la chaqueta de alta visibilidad y estaba sentado con una camiseta gris que lucía unas leves lunas oscuras bajo las axilas. Tenía el pelo de un rojo besado por el sol que empezaba a dar señales de alopecia en la coronilla y las sienes. Una barba de color arena había empezado a crecer en la parte inferior de su rostro, pero parecía haberse rendido y él había sido demasiado perezoso para hacer algo al respecto. Tenía la piel sucia y descuidada, y había cicatrices en la flexura del brazo: minúsculas marcas de pinchazos.

Había dos vasos de plástico sobre la mesa. Drew cogió uno. Unas gotas de condensación descendían por el lateral del plástico

mientras daba un sorbo y exhalaba profundamente, dejando que el agua fresca bajara por su garganta.

Tras volver a dejar el vaso sobre la mesa, comenzó.

—¿Cómo te encuentras hoy, Richard?

—Un poco alterado. Pero... aparte de eso... bien.

—La mayoría de la gente tendría pesadillas si acabara de ver lo que tú has visto. Debe de haber sido aterrador, ver esa mano en el suelo. Cuéntame qué ha pasado.

Richard tardó un momento en responder, lamiéndose los labios. Sus ojos bailaban entre Drew y el formulario de declaración de testigos MG11 que había sobre el escritorio.

—Llegué al trabajo a las... debían de ser las siete. Era el único allí. Tenía cosas que hacer antes de que llegaran los demás.

«Como esconder un cadáver», pensó Drew.

Richard volvió a lamerse los labios. —Debería haberlo hecho anoche, pero tenía una cita para cenar.

—¿Una cita?

—Bueno, no. No una cita oficial. Era... como una quedada.

—¿*Como* una cita?

—Sí... ya sabes.

—¿Cómo fue?

Richard frunció el ceño. —Bien... aunque no creo que vuelva a verla.

Drew chasqueó la lengua. —Siento oír eso. ¿Dónde fue la cita y a qué hora?

—En la cafetería Alinka's, en Roman Road. Sobre las siete y algo.

Ah, sí. Drew la conocía bien. Muy bien. Uno de sus sitios favoritos. El refugio habitual de él y de Liam cuando necesitaban discutir su próxima operación para La Cábala, o cuando querían hablar de cualquier cosa que no quisieran que nadie más en Bow Green oyera. También era el lugar donde el asesino en serie Lester Bain —apodado el Destripador de Stratford por los medios— había encontrado y acechado a su segunda víctima, Jessica Mann.

—¿A qué hora terminó vuestra cita? —continuó.

Richard se rascó la nuca. —Sobre las nueve y algo, creo. Luego me fui a casa y vi la tele toda la noche.

—¿Toda la noche? ¿Desde las nueve y un minuto hasta las seis y cincuenta y nueve de la mañana siguiente?

—Bueno, no, claro. Estuve durmiendo la mayor parte de la noche.

—¿Desde cuándo?

Richard se encogió de hombros. —A la hora de siempre. A eso de las once, once y media.

Drew asintió como si tuviera un interés personal en todo lo que Richard Maddison decía, pero la realidad era que le importaba una mierda. Tenía cosas más importantes en mente —asuntos más grandes y ambiciosos—, aunque era capaz de extraer cierto placer y satisfacción al hacer que el hombre sudara y se retorciera, porque aquello era una respuesta en sí misma. Si Richard Maddison fuera inocente, no se comportaría así. Y solo era cuestión de tiempo que cavara su propia fosa un poco más hondo.

—¿Qué pasó después de llegar al trabajo? —preguntó Drew para que la conversación avanzara.

Richard soltó un largo suspiro. —Lo habitual. Di una vuelta de reconocimiento. Lo mismo que nos dicen cuando somos los primeros en llegar: asegurarse de que todo esté en su sitio, en cuanto a la maquinaria, y comprobar que unos gamberros de la calle no hayan robado nada.

—¿Pasa eso a menudo?

—Más de lo que creerías.

—¿Cómo encontraste el agujero?

—Lo pisé.

—¿Llegaste a caerte dentro?

Richard negó con la cabeza.

—¿Entonces no encontraremos ninguna prueba forense en tu ropa?

Richard volvió a negar con la cabeza, esta vez con un poco menos de confianza.

—¿Qué se te pasó por la cabeza cuando lo encontraste?

—Al principio, pensé que era una mano. Ya sabes, una de esas ortopédicas...

—Para los Juegos Paralímpicos falta mucho tiempo.

—¿Qué? No. Yo... pensé que era de atrezo. Algo de una tienda de disfraces.

—Halloween *fue* hace unas semanas.

—No es eso a lo que me refiero —dijo Richard. Se estaba poniendo a la defensiva. Sus ánimos se estaban caldeando. Su mente no estaría pensando con claridad. Actuaría de forma precipitada, diciendo lo primero que le viniera a la cabeza sin reflexionar. Y eso era lo que buscaban los interrogadores como Drew. —Pensé que era una broma.

Ahí estaba. Picó el anzuelo.

—¿Crees que un asesinato es una broma?

—¡Eso no es lo que estoy diciendo!

—Parece que piensas que enterrar a alguien vivo es una broma. ¿Te hace gracia, Richard? ¿Te parece divertido?

—No, yo...

—Entonces, ¿qué es lo que te hace gracia?

—Nada, yo...

—¿Se os fue de las manos?

Richard abrió mucho los ojos. —¿Qué se nos fue de las manos?

Drew se inclinó hacia delante y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa.

—Esto es lo que creo que pasó. Estabas fuera con un amigo, pasando el rato, relajados, charlando, quizás dándoos placer mutuo... lo que sea que os guste. Lo llevaste a tu lugar de trabajo y le enseñaste el agujero. Tal vez habíais estado bebiendo o drogándoos. Una cosa llevó a la otra y la otra persona se cayó dentro. Pensaste que sería divertido cubrirla de cemento. Una cosa llevó a la otra y, de repente, se había ahogado dentro. Y esta mañana, cuando has encontrado el cuerpo, te conviertes en el héroe, en la parte inocente de todo esto. Eso es lo que creo que ha pasado.

El silencio envolvió la sala. Durante un largo rato, ninguno de los dos habló. Poco a poco, Drew volvió a recostarse en su silla, estudiando la reacción de Richard. El hombre parecía conmocionado; peor aún, estupefacto. Su piel se había vuelto pálida y tenía los labios entreabiertos.

—No puede ser... ¿Tienes que estar bromeando? ¿De dónde te has sacado eso?

—¿Estás diciendo que es verdad?

—¡Joder, no! Solo quiero saber de dónde se ha inventado semejante sarta de mentiras.

—Solo te digo lo que creo que ha pasado.

—Te equivocas.

—Entonces cuéntame lo que pasó *de verdad*.

—¿Para que puedas volver a ponerme palabras en la boca?

—Nadie ha dicho nada de ponerte palabras en la boca. Solo estoy especulando... —Drew chasqueó los dedos—. ¿Cómo era ese dicho? ¡Especular para... especular para... acumular! ¡Ese es! Especular para ganar. Eso es lo que estoy haciendo. No te estoy poniendo palabras en la boca. Así que, por favor, compláceme: ¿qué ha pasado?

Richard suspiró pesadamente. Por un momento, Drew pensó que estaba a punto de responder, a punto de revelar todos sus secretos más oscuros y letales. Pero cuando permaneció en silencio, Drew se dio cuenta de que había perdido su oportunidad.

Eso fue hasta que surgió una nueva.

Los ojos de Drew se posaron en los antebrazos de Richard. —¿Tomas drogas alguna vez, Richard?

El cuerpo de Richard se tensó. —¿Drogas? ¿Qué? Yo...

—De las ilegales. ¿Consumes alguna?

—No. Yo... claro, he tomado alguna en su día, pero solo fue para despejarme la cabeza cuando estaba pasando por un periodo difícil.

—¿Necesitabas deshacerte de los demonios?

Richard lo miró a los ojos. —Todos los tenemos, ¿verdad?

«Y que lo digas, colega».

—¿Y el alcohol? —preguntó Drew—. ¿Te gusta beber?

—No en exceso, no. Pero no entiendo qué relevancia tiene esto...

—¿Así que no eres ajeno a una pinta o dos de vez en cuando?

—¿Qué tiene que ver esto con lo que vi? —Richard se removió incómodo en su asiento—. Pensaba que solo estaba dando una declaración como testigo.

«Por ahora».

—Seré yo quien haga las preguntas, gracias.

—Sabes, no me estás asustando ni nada por el estilo. Ya he estado en esta situación antes. Sé el tipo de cosas que hacéis vosotros. No soy tonto.

—Nadie dice que lo seas.

—Pero me estás tratando como si lo fuera. Yo no tuve nada que ver con esto, te lo aseguro. Todo lo que sé es que cuando me fui a casa ayer, eso no estaba allí, y cuando llegué esta mañana, sí. Así de simple.

Drew miró la declaración del testigo que tenía delante. Garabateó en la página y leyó en voz alta mientras escribía. —Así de simple. Nada más. Solo eso: te vas a casa una noche y no hay ningún cadáver enterrado bajo el cemento, y cuando vienes a trabajar, lo hay. Nada más. Todo un poco de risa. —Drew se encogió de hombros—. Entonces... ¿qué estuviste haciendo anoche? ¿Dónde estabas cuando ocurrió este misterio?

—En casa —dijo Richard—. *Durmiendo*.

—¿Ah, sí? ¿Y nadie puede confirmar eso? ¿Ni siquiera tu cita espectacular?

Richard bajó la cabeza.

—¿Nadie? —insistió Drew.

Richard permaneció en silencio.

—¿Nadie puede corroborar tu paradero anoche? Es duro vivir solo para situaciones como esta, ¿eh? Me imagino que puede ser un buen incordio. —Drew hizo una pausa para dar un sorbo de agua—. ¿Qué hiciste después de tu cita? Es una ventana de tiempo muy grande sin justificar. Ilumíname.

Al principio, Richard no respondió. Se mordió el labio inferior, se frotó el antebrazo y miró alrededor de la sala, evitando el contacto visual con Drew. Luego su mirada se detuvo en el rastro de agua que corría por el costado de su vaso.

—Yo... yo...

—Tómate tu tiempo. Este es un lugar seguro. Tengo todo el día. Me pagan por esto de todas formas.

—Estaba... —Richard apartó los ojos del vaso y volvió a mirar hacia su regazo—. Estaba haciéndome... ya sabe... un Tommy.

Drew sonrió con suficiencia. No hizo ningún esfuerzo por ocultar la sonrisa de sus labios, aunque le costó reprimir la carcajada que la siguió.

—Claro que sí —dijo, teniendo finalmente que pensar en otra cosa—. ¿Cuántas veces? ¿Una? ¿Dos? ¿Tres? ¿Tantas que empezaste a perder la cuenta?

—No, solo fue una.

—Bueno, no puede haber sido así si te llevó toda la noche.

Richard soltó un suspiro largo e interminable. —¿Qué quiere de mí? Ya le he dicho que no tuve nada que ver. Tuve mi cita, no funcionó, lo dejamos por esa noche y me fui a casa. Luego vi algo de tele y me fui a la cama. No me está acusando de nada, ¿verdad? Así que... ¿me puedo ir?

Drew hizo una breve pausa. Sabía que no podía hacer nada excepto dejar marchar a Richard. No valía la pena el lío de arrestarlo ilegalmente. Ya había cometido ese error antes y por poco no vivió para contarlo.

—Puedes irte, pero no te vayas muy lejos —dijo Drew finalmente —. Puede que te necesitemos en algún momento. Aunque... ten cuidado con lo que haces cuando estés solo; no queremos interrumpirte mientras te haces una paja.

CAPÍTULO 8

ZONAS GRISES

Liam tenía un mal presentimiento. Una premonición oscura. Quizá se debía a algo en aquel aire cargado de polvo, porque había aparecido un cadáver en mitad del Estadio Olímpico, justo en el centro de las obras, y no pasaría mucho tiempo antes de que el mundo entero se enterase. O quizá era porque el asesinato —y las circunstancias que rodeaban la muerte— gritaban el nombre de El Granjero por los cuatro costados.

Liam solo había visto el trabajo de El Granjero en dos ocasiones anteriores. Y aunque ambas guardaban el mismo parecido, habían tenido cierta precisión. Esto era distinto. Parecía apresurado, torpe, chapucero, impropio de él. Y aquello resultaba intolerable.

Según Poojah, se tardarían al menos un par de horas en excavar el cuerpo de entre el hormigón, lo que significaba que Liam tenía dos horas para intentar mitigar la tormenta de mierda que se les venía encima.

Regresó caminando hacia su coche, con la mente inundada de pensamientos, preocupaciones y aprensiones sobre cuál sería la mejor manera de capear el temporal.

Antes de poder hacer nada de eso, necesitaba respuestas.

Se dejó caer en su Volvo C30, y la suspensión rebotó y chirrió agonizante bajo su peso. Sacó el teléfono móvil desechable del

bolsillo y lo hizo girar entre los dedos mientras contemplaba el caos frente a él. En pocos minutos, había coordinado la llegada de más de veinte agentes de la científica y treinta policías uniformados, que se afanaban en interrogar a testigos y a cualquiera que se encontrara por los alrededores. Las obras del día se habían paralizado por completo, y era solo cuestión de tiempo que los sabuesos de la prensa y los medios olfatearan el rastro del asesinato.

Liam navegó por su agenda y marcó. Mientras esperaba a que La Cábala respondiera, se preparó mentalmente.

—¿Sí? —respondió La Cábala.

—Soy Liam.

—Sí…

—El Estadio Olímpico. ¿Es cosa tuya?

—Hice lo que había que hacer.

—¿De quién se trata?

—Ya te enterarás bastante pronto.

—¿Por qué no me lo dices? Soy yo quien tiene que lidiar con esta mierda ahora.

—Recuerda cuál es tu lugar, Liam.

Antes de poder responder, Liam sufrió un violento ataque de tos. Tosió con fuerza y escupió contra su brazo. Al apartarlo, vio que la manga estaba cubierta de mucosidad y sangre. El cáncer de pulmón lo estaba devorando con más agresividad a medida que pasaban los días. Y el dolor, las náuseas y el cansancio que traía consigo eran implacables. Pero, por el lado bueno —si es que podía llamarse así —, su tratamiento mostraba signos de estar combatiendo la enfermedad.

—¿Estás a la altura del desafío? —preguntó La Cábala.

—¿Es eso lo que es esto?

—Puedo encontrar a otro si es necesario. Hay mucha gente dispuesta a ocupar tu puesto.

—No —espetó Liam—. Puedo hacerlo. Pero debería haber sido el primero en saberlo.

—Ya sabes que me gusta lanzarte alguna que otra curva inesperada.

—¿Y no tengo ya bastante con lo que lidiar en este momento?

—Estoy seguro de que establecerás las prioridades correctamente.

Liam vaciló antes de responder. Temía saber lo que La Cábala quería decir en realidad.

—Ha llegado el momento de poner a prueba de verdad la lealtad de Jake Tanner —dijo La Cábala—. Es responsabilidad tuya ponerlo de nuestra parte. Ya conoces las consecuencias si no lo haces. Estás en la última oportunidad, Liam.

La línea se cortó. El cuerpo de Liam se quedó frío.

Era lo que esperaba oír. Por fin había llegado el momento. Durante demasiado tiempo había estado protegiendo a Jake, andando con pies de plomo cada vez que hablaba con La Cábala, intentando por todos los medios que no le ocurriera nada malo al joven detective. Pero aquello ya no era posible. Esos días habían terminado. Y el hecho de que La Cábala no le hubiera dicho quién era la víctima preocupaba a Liam. Tenía que ser un nombre importante, alguien destacado. Y para poder tapar el asunto rápidamente, iba a necesitar que *todos* estuvieran de acuerdo.

Jake incluido.

Sin dejar que su mente lo meditara demasiado tiempo, Liam volvió a navegar por su agenda y marcó otro número.

Esta vez saltó el buzón de voz. Liam recordó seguir la pauta.

Después de la señal, dejó un mensaje: —Hola, me preguntaba qué arreglos florales tienen para funerales. Si pudiera devolverme la llamada, me encantaría tratar algunos asuntos de negocios con usted.

Colgó.

A los veinte segundos, el dispositivo que tenía en la mano vibró y la pantalla se iluminó.

—Habla Belleza Floral —dijo la voz monótona y con un marcado acento de El Granjero.

—Me preguntaba qué flores tiene para funerales —respondió Liam—. Busco unos lirios.

Hubo una larga pausa mientras El Granjero procesaba el mensaje en clave. Finalmente, tras un largo rato, habló: —¿Por qué llamas?

—Necesito saber qué ha pasado. ¿A quién coño has enterrado y quién te dio la orden?

—Nuestro empleador común.

—¿Por qué?

—La Cábala necesitaba deshacerse de ellos. Hablaban demasiado.

—¿Quién?

—Danny Cipriano.

Las palabras se le atascaron a Liam en la garganta y le erizaron el vello de la nuca. En los últimos seis meses no había oído ese nombre ni una sola vez, y tontamente había pensado que podía dejar atrás aquella saga —todos lo pensaron, hasta el último de ellos —. Qué equivocado estaba.

Durante un breve instante, intentó procesar la información, comprender la situación general, evaluar las ramificaciones. Pero su mente estaba obsesionada con una pregunta, y solo una. ¿Por qué?

—Hablaba demasiado —respondió El Granjero después de que Liam se lo preguntara—. Habló con alguien. No sé sobre qué. No lo dijo.

Liam abrió la boca, pero solo salió aire.

—Pero tenemos un problema —continuó El Granjero.

—¿Qué?

—Dijo que él también tiene un empleador. Dijo que su empleador vendría a por nosotros.

Liam se apretó el puente de la nariz. —No, idiota. Es el mismo.

—¿Qué?

—La Cábala es tanto tu empleador como el de Danny. Es la misma persona. Pero que esto te sirva de lección —explicó Liam—. Si haces algo que cabree a La Cábala, o te sales de la raya en cualquier momento, te pasará lo mismo.

El Granjero soltó una risita. —Pueden intentarlo.

Liam suspiró. Esto era peor de lo que había pensado en un principio. Y no podía quitarse de la cabeza las preguntas incontrolables que se agolpaban en su mente. ¿Cómo iba a encubrir esto? ¿Por qué tenía que morir Danny? ¿Con quién estaba hablando? ¿Cuánto había compartido sobre su tiempo como líder de Los

Crimson? ¿Se había mencionado el nombre de Liam en algún momento?

Cerró los ojos, se recostó contra el reposacabezas y reflexionó.

Su trance se rompió por el sonido de un alboroto procedente del exterior de la carpa forense. A lo lejos, dos hombres de traje avanzaban decididos hacia la escena del crimen, dejando atrás a varios agentes uniformados.

—Ah, mierda —dijo Liam al reconocer a uno de los individuos de traje.

Antes de colgar a El Granjero, le dijo que mantuviera un perfil bajo, que se quedara escondido y que pronto estarían en contacto.

Mientras Liam cruzaba el recinto a zancadas, el sonido de los gritos y las discusiones airadas fue en aumento.

—¡Eh! —exclamó justo cuando uno de los individuos intentaba entrar en la carpa—. ¿Qué está pasando aquí?

El hombre que causaba el altercado metió la mano en el bolsillo de su americana, sacó un cordón con una tarjeta de identificación de plástico y se la puso a Liam delante de la cara.

—Oliver Penrose —dijo Liam, leyendo el nombre—. *Lord* Oliver Penrose… del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos de Londres. —Sus sospechas eran correctas—. Era solo cuestión de tiempo que vinieran por aquí. Pero no puedo permitir que irrumpan en mi escena del crimen de esta manera. De lo contrario, los haré arrestar—

—Exijo saber qué está pasando aquí —dijo Oliver, acercándose a Liam. El hombre medía un metro noventa y cinco y parecía un insecto palo de lo flaco que estaba. *Desgarbado* era la palabra que le venía a la mente.

—Mi nombre es inspector jefe Liam Greene. Esta es una escena del crimen activa. Estamos intentando llevar a cabo nuestras investigaciones. ¿Podría usted…?

—¿Qué ha ocurrido?

—Esa información es…

—Me lo dirá ahora mismo o lo averiguaré por mi cuenta. ¿Le serviría de algo que hablara con su superior? Soy buen amigo de la subcomisaria Candy y del comandante Field. Los tres jugamos

mucho al golf los fines de semana. Field ha mencionado su nombre un par de veces, ahora que lo pienso. Estoy seguro de que le encantaría saber cómo se está comportando usted.

A Liam no le gustó aquello. Nada en absoluto.

—No sé quién se cree que es, Oliver, ni qué tipo de credenciales posee, pero esta es una escena del crimen activa. Si no se contiene y hace lo que le digo, tendré que arrestarlo.

—Exijo saber qué está pasando.

Y yo quiero acostarme con Kelly Brook, pero no me oye quejarme de que no vaya a suceder pronto.

—Todos queremos cosas que no podemos tener —respondió Liam, reprimiendo una sonrisa de suficiencia—. Independientemente de a qué se dedique y de lo abultada que sea su cartera.

—¿Por favor?

Mejor; aquello estaba mejor. Los modales no hacían daño a nadie. Por un segundo, Liam se preguntó si aquella era la primera vez que el hombre que tenía delante usaba esa palabra y, a juzgar por la expresión de esfuerzo en su rostro, parecía que le dolía decirla. Al final, Liam cedió, suspiró en silencio y miró al suelo. En resumen, lo que Oliver había dicho sobre su cercanía con Candy y Field le asustaba. Su reputación con ambos era importante y no quería que un bastardo estirado se la arruinara.

Llevó a Oliver a un lado, fuera del alcance del oído del pequeño grupo de agentes que los rodeaba, y les ordenó que se retiraran y reanudaran su trabajo.

—Esta mañana, un trabajador de la construcción ha encontrado una mano en uno de los agujeros del paseo de aquí. Los forenses están ahí dentro ahora, pero no hemos podido identificar el cuerpo.

—Santa Madre de Dios —dijo Oliver, inspirando bruscamente. Se volvió hacia su colega y le lanzó una mirada que solo ellos dos entendieron. Luego se volvió de nuevo hacia Liam—. ¿Cuánta gente sabe esto?

Liam miró a su alrededor. —Todos los que ve frente a usted.

—¿Los medios de comunicación?

—Todavía no.

—Bien. Me gustaría asegurarme de que esto no salga a la luz.

—No veo la forma de mantener esto fuera de la prensa.

—Sea creativo —dijo Oliver—. Se le da bien eso. ¿Cuánto va a tardar en excavar el cuerpo por completo y limpiar?

Liam se encogió de hombros con actitud desafiante. —Lo que haga falta. Este es un caso intrincado y nos tomaremos el debido cuidado y deberemos asegurarnos de hacer nuestro trabajo correctamente. Lo siento, pero si eso es todo, mi equipo y yo tenemos trabajo que hacer.

Oliver retuvo a Liam antes de que se marchara. —A la hora de comer. Me gustaría que estuviera terminado para la hora de comer. Eso debería darle un par de horas. Nuestra construcción sigue actualmente el calendario previsto para la ceremonia de apertura. Pero estamos al límite. Un pequeño contratiempo puede mandar todo este proyecto a la mierda. No podemos permitirlo. Demasiada gente ha invertido demasiado tiempo y dinero para que esto suponga un problema. Todo el mundo nos observa para asegurarse de que cumplimos y entregamos a tiempo. Más pronto que tarde ordenaremos a los trabajadores que tapen este agujero y finjan que nunca ha pasado nada. Vamos a echarle agua al cuello de este pequeño problema, exactamente igual que se corta el hipo. ¿Entiende lo que le estoy diciendo, inspector?

Liam vaciló antes de responder. —Le entiendo perfectamente. Pero lo que me está pidiendo que haga es ilegal y, además de eso, fundamentalmente inmoral.

—Toda nuestra moral reside en algún lugar de una zona gris. Usted, mejor que nadie, debería saberlo. —Oliver le dio una palmadita en el hombro a Liam y se marchó caminando.

CAPÍTULO 9

HACIENDO PROMESAS

El aire acondicionado funcionaba a toda potencia dentro de la sala de interrogatorios, enfriando los brazos de Jake y la parte posterior de su cuello, resecándole la garganta. Frente a él, al otro lado de la mesa, estaba Hannah Bryant, la segunda testigo. Cada uno tenía un vaso de agua, cortesía de uno de los oficiales del equipo. Jake dio un largo sorbo al suyo antes de pulsar el botón de grabación en la máquina que tenía al lado. Sonó un zumbido. Era un sonido profundo y monótono que duró cinco segundos, aunque parecieron bastantes más.

En cuanto terminó, Jake completó las formalidades y comenzó.

—Espere —dijo Hannah. Miró hacia abajo, a su regazo, y jugueteó con las manos—. Yo... Hay algo que...

—Continúe —dijo Jake tan educadamente como pudo.

—No he tenido nada que ver con este asesinato. Fue Richard el que me llamó en cuanto lo encontró. Le dije que os llamara, pero como no lo hizo, fui yo quien hizo la llamada.

Hannah vaciló. Su rostro le decía que había algo más que quería decir, así que Jake se mantuvo en silencio y dejó que continuara. —Pero... pero hay algo más también.

Jake aguzó el oído. Quizá podría añadir este caso a la creciente lista en su historial de los que había sido responsable de resolver.

—Yo... Yo... —Hannah seguía teniendo dificultades.

—Tómese su tiempo, por favor. ¿Quizá un sorbo de agua le ayude?

Hannah hizo lo que Jake le aconsejó y, al dejar el vaso sobre la mesa, levantó la cabeza. Sus ojos estaban empañados por el inicio de las lágrimas, y unas líneas como bigotes se extendían desde sus comisuras.

—Su nombre es detective Jake Tanner, ¿verdad?

Jake arqueó una ceja. —Así es...

—Y su colega, el que estaba con usted en la obra, se llama sargento Drew Richmond, ¿no?

Jake asintió.

—Bueno, yo... esto... me gustaría... —Tragó saliva antes de asestar el golpe final—. Me gustaría poner una denuncia contra el sargento Richmond.

Jake esperó a que la tensión y el choque inicial de la declaración se disiparan, tanto en la sala como en su mente. El pulso se le había acelerado y empezaba a sudar. Ahora agradecía el aire acondicionado.

—¿Puedo saber por qué? —dijo, esforzándose por mantener la compostura ante ella.

—Me violó.

Jake parpadeó varias veces mientras repetía las palabras en su cabeza.

—¿Él qué?

Ella tartamudeaba al hablar. —Fue hace mucho tiempo, cuando yo tenía diecisiete años. Hace... hace quince años, supongo... Creo que entonces solo era un agente raso. Y tenía un aspecto diferente, pero en cuanto dijo su nombre le reconocí.

La mente de Jake se quedó en blanco. Solo acertó a hacer la primera pregunta que le vino a la mente mientras el resto de su cerebro procesaba lo que Hannah le contaba.

—¿Lo denunció en aquel momento?

Hannah agachó la cabeza. —Al principio no. Quería, pero no pude. Quiero decir, ¿quién me iba a creer? ¿Quién me iba a escuchar? No tenía pruebas. Me lavé en cuanto llegué a casa. Y

luego lloré toda la noche. Mi madre me encontró por la mañana y me obligó a contarle lo que había pasado.

—¿Ella la convenció para ir a la policía?

Hannah asintió.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Hablé con alguien sobre ello...

—¿Con quién? —preguntó Jake, interrumpiéndola.

—No recuerdo muy bien su nombre. Creo que era... creo que era el detective Harrison. O... ¡no, Garrison! Garrison. Fue el oficial Garrison; se lo denuncié a él.

El cuerpo de Jake se quedó frío. Le costaba asimilarlo. Sabía que había algo sospechoso entre Drew y Pete. Les separaban veinticinco años y, sin embargo, siempre estaban juntos, uña y carne. Y luego estaba el cachondeo. Las bromas que compartían. Como si fuera un disfraz para ocultar su secreto. Había un vínculo —una experiencia compartida— que los unía.

—¿Qué medidas tomó el oficial Garrison? —preguntó Jake tras un largo momento de silencio.

—Ninguna. No hizo nada. Puso el caso en el montón sobre su escritorio y lo dejó allí. Cuando intentamos hacer un seguimiento, volvió y dijo que no había pruebas, o que se habían extraviado, y que de todos modos el caso no se sostendría en el tribunal porque yo era una niña poco fiable. Era la palabra de Richmond contra la mía.

Hannah contuvo las lágrimas con un sollozo y habló con vehemencia; Jake admiró su valor. —Incluso buscamos a un abogado diferente que dijo que no había pruebas que respaldaran la acusación, y que simplemente debía dejarlo pasar.

—¿Recuerda el nombre del abogado?

—Haversham. Rupert Haversham. Nunca le olvidaré. Era un viejo sudoroso. Tenía sobrepeso y apestaba a grasa. Me daba un asco de muerte.

Jake asintió comprensivo, anotando mentalmente el nombre. No podía empezar a comprender por lo que Hannah había pasado. Era inhumano, abominable e injusto.

—¿Le importaría...? —No había una forma fácil de abordar el tema—. ¿Le importaría explicarme qué ocurrió?

Hannah se frotó la parte inferior de los ojos con el revés de la manga. —¿Qué quiere saber primero?

—Todo. ¿Cuáles fueron las circunstancias? Y... ¿qué hizo él?

Hannah tomó un sorbo de agua antes de empezar. —Tenía diecisiete años. Acababa de dejar el instituto. No sabía qué hacer conmigo misma, así que fui a la universidad. Lo odiaba. Así que empecé a hacer un poco el tonto. Tuve algunas infracciones menores por comportamiento antisocial, pero nada grave. Cosas insignificantes como robar caramelos de una tienda o rayar el coche de alguien. Incluso me pillaron con una bolsa de marihuana encima. Me dieron un par de avisos, pero nada serio. El sargento Richmond se aseguró de ello.

—¿Cómo se aseguró?

Otro sorbo. —Me dijo que podría evitarme los antecedentes penales si hacía lo que él quería. Al principio eran cosas pequeñas, como comprarle alcohol y drogas y cosas así; cosas que él no se molestaba en comprar él mismo, o que sabía que no podía ser visto con ellas. Pero luego las exigencias crecieron, hasta que... hasta que...

—No pasa nada —dijo Jake—. Tómese su tiempo. Si no quiere hacer esto aquí, puedo organizar que se haga en otro lugar.

Hannah volvió a negar con la cabeza. —La noche que pasó, me dijo que fuera a su casa. No pensé que fuera a pasar gran cosa... solo pensé que querría pasar el rato.

Aspiró aire frío entre los dientes. —Cuando llegué, me invitó a pasar y me llevó a la cocina. Tenía un par de copas de vino sobre la mesa. Me dio una y nos sentamos en el sofá. Estuvimos hablando un rato y luego se me lanzó.

—Cuando intenté apartarlo, me agarró y me inmovilizó. Intenté empujarlo para quitármelo de encima y salir de su casa, pero no me dejó. Me sujetó con más fuerza y me desnudó. —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. Me bajó los pantalones y luego me violó hasta que sangré. Me desmayé por el dolor y la vergüenza después de aquello, y él simplemente me dejó allí. Cuando me desperté, cogí

mis cosas y me largué. Fui a casa, me duché y bueno... ya conoce el resto.

Jake se lamió los labios. Tenía la boca tan seca que le dolía tragar, pero aquello era insignificante comparado con el dolor y la tortura que Hannah había sufrido.

—Yo... no sé qué decir —dijo Jake lentamente, esforzándose por sostenerle la mirada.

—Prométame que hará algo al respecto.

Jake asintió. —Tiene mi palabra. No puedo prometer que vaya a ser una investigación rápida, pero se llevará a cabo, se lo aseguro. También hay folletos sobre cómo presentar quejas contra la policía en la entrada de la comisaría. Cójalos y llame a los números; hable con alguien. Yo escalaré la situación por mis canales y, juntos, podremos solucionar esto, ¿de acuerdo?

Hannah sonrió.

Jake estaba acostumbrado a hacer promesas; sobre todo a Elizabeth y a las niñas sobre cosas tontas e infantiles, como que nunca se olvidaría de ellas, que nunca dejaría que nadie les hiciera daño, o que nunca querría a una más que a la otra.

Pero esta era una promesa que nunca pensó que tendría que hacer.

CAPÍTULO 10

LEALTAD

Una hora más tarde, Drew estaba en pleno proceso de preparar la Sala de Investigación Principal —el núcleo de su investigación— cuando Jake entró de golpe y dio un portazo a sus espaldas.

—Creo que deberías sentarte —dijo Jake, con la mente luchando todavía por procesar lo que le habían contado. Había pasado los últimos treinta minutos dándole vueltas una y otra vez en su cabeza, incrédulo. Buscando cualquier motivo por el que ella pudiera habérselo inventado, cualquier razón por la que pudiera estar intentando despistarle. Al final, no había ninguna.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Drew, girándose para mirarle.

Jake señaló con la cabeza la silla más cercana a Drew—. Tenemos que hablar.

Drew hizo lo que se le decía. Jake sacó una silla para él al otro lado de la mesa. Exhaló profundamente, buscando las palabras adecuadas y la mejor forma de decirlas.

Se quedó en blanco en todos los sentidos.

—¿De qué va todo esto, Jake? —preguntó Drew, rascándose la nuca—. ¿Qué quería esa tal Hannah?

—Ha hecho una acusación preocupante, Drew.

—Sigue...

—No debería contarte esto, bajo ningún concepto, pero no consigo entenderlo. —Jake hizo una pausa y sus ojos recayeron sobre el escritorio, sobre la montaña de papeleo y carpetas que tenía delante—. Dice que te conoce de algo. De hace mucho tiempo. Que lo vuestro viene de lejos.

—Ya...

Estaba decidido. Tenía que decírselo a Drew.

Jake tragó saliva y se lamió los labios, pero su boca, carente de humedad, no sintió alivio alguno—. Te acusa de haberla violado.

—¿Qué? ¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Dónde?! ¡Joder!

Drew saltó de la silla y la lanzó al otro lado de la habitación. Rebotó en el suelo y fue a chocar contra la pizarra blanca. Jake echó un vistazo al resto de la oficina tras las particiones de cristal; varios miembros del equipo se habían puesto en pie y asomaban la cabeza por la puerta y las columnas, intentando ver mejor qué pasaba.

Jake los despachó con un gesto de la mano y volvió a centrarse en Drew.

—No me lo creo. No me lo puto creo. —Unas gotitas de flema salieron proyectadas de su boca como el spray de una botella de lejía; sus palabras eran casi igual de venenosas. Caminaba de un lado a otro, con una mano masajeándose la nuca mientras la otra se frotaba el tabique nasal—. Yo no... Espera. ¿Qué has dicho *tú*? ¿La crees? ¿Te crees *eso*?

Jake vaciló antes de responder. El desarrollo de la situación —y el temperamento de Drew— dependía de su respuesta.

—No sé qué creer —mintió Jake—. Pero lo que sí sé es que no puedo ignorarlo.

—Claro que puedes, joder. Es muy sencillo. Hay formas de evitar este tipo de cosas. Siempre las ha habido y siempre las habrá... —Drew se detuvo de repente, con el pecho agitado y los ojos desorbitados.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Jake.

Drew se quedó paralizado un momento más y luego cruzó la sala corriendo para abalanzarse sobre Jake. Apenas unos centímetros separaban sus rostros. El aliento espeso, cálido y manchado de café

de Drew asaltó los sentidos de Jake, desbaratando un poco más su ya maltrecha resaca.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? —empezó Drew, mientras su saliva chocaba contra la mejilla y la barbilla de Jake—. Sobre *nosotros*. Sobre cómo trabajamos. Sobre cómo *hacemos las cosas* aquí. Hay una lealtad entre todos nosotros. *Lealtad*. Nos cubrimos las espaldas, pase lo que pase, sin importar la mierda que nos caiga encima —gruñó Drew—. Si quieres tener una aventura con alguna fulana de la oficina, nadie se lo va a decir a tu mujer. Si quieres meterte algo, nadie se va a enterar... y nos aseguraremos de que haya una forma de esquivar los controles aleatorios también. ¿Por qué? Porque nos cuidamos unos a otros. Podemos comprar su silencio. Pero si lo que quieres es dinero, yo puedo solucionarlo. ¿Diez mil? Puedo darte diez mil. No los tengo ahora, pero te los puedo dar. No hay problema. Solo tienes que darme algo de tiempo. En cuanto los tenga, puedo enseñarte de dónde sale el resto... de dónde sale para todos los demás también. Una vez que veas eso, no volverás a cambiar de opinión.

Diez mil libras era mucho dinero. En su caso, le cambiaría la vida. Lo suficiente para saldar todas sus facturas y deudas pendientes, y aún le sobraría algo. Tal vez podría usarlo para comprar algo bonito para las niñas. Un televisor nuevo. Juguetes. Un coche nuevo. Unas vacaciones...

Espera, ¿en qué estaba pensando? Aceptar el dinero estaba mal, era ilegal. Supondría cruzar la línea hacia un territorio en el que había jurado no entrar jamás. Drew había infringido la ley y arruinado la vida de alguien. No había cantidad de dinero que pudiera compensar eso.

A menos que... a menos que... Una idea brotó en su cabeza. Una buena. Una de las mejores hasta la fecha. Solo necesitaba darle forma.

—¿Jake? ¿Jake? —insistió Drew.

Antes de que pudiera responder, Drew puso las manos sobre el pecho de Jake, arrugándole la corbata y el cuello—. Me ayudarás con esto, ¿verdad, Jake? Me ayudarás a salir de esta, ¿sí? Recuerda lo que te he dicho. *Lealtad*. Valoramos la lealtad muy pero que muy

alto en este equipo, y *siempre* tiene recompensa, como te he dicho. —Drew le dio un toque en el pecho a Jake—. Escucha, con esos diez mil puedes pagar todas tus deudas. En este equipo, el problema de uno se convierte en el problema de todos. Así que esto es tan tuyo como mío. Recuérdalo. Porque si yo caigo, te arrastro conmigo. Recuerda *eso*.

Drew le dio una palmadita en el hombro a Jake, alisando una arruga en la costura, y se marchó.

Jake gruñó para sus adentros y luego caminó de un lado a otro, ordenando sus pensamientos. No había mucho que pensar. Drew le había acorralado. No sabía cómo se había enterado su colega de sus problemas financieros, pero lo sabía. Y Jake tendría que asegurarse de que la noticia no se extendiera al resto del equipo.

Cuando salió de la sala unos minutos más tarde, ya había tomado una decisión.

Y aquello iba en contra de todo en lo que creía.

CAPÍTULO 11

KINGDOM OF EMPIRES

El juego se llamaba Kingdom of Empires. Era un juego en línea en el que los usuarios tenían la tarea de construir un asentamiento y, mediante la agricultura, la civilización, la industrialización y el desarrollo de armamento, eran responsables de convertirlo en un imperio.

Garrison había pasado demasiadas horas dejándose llevar por las mecánicas y los algoritmos que ofrecía el juego; a veces perdiendo una buena parte de ese sueño que su envejecido cuerpo le reprochaba a la mañana siguiente. Pero lo que más le gustaba del juego era asaltar los asentamientos de otras personas y ver cómo su arduo trabajo se desmoronaba hasta quedar reducido a escombros ante sus ojos. Era una lección para aquellos que intentaban enfrentarse a él y, según sus propias estimaciones, era también una lección de vida.

Estar mal preparado no es aconsejable, rezaba el lema de su imperio.

Su nombre de usuario era *McVitreason*.

Pensaba que era apropiado.

En las últimas semanas, Garrison se había dado cuenta de que sus motivos para usar el juego habían cambiado. Y todo se debía a una persona.

La Cábala.

Un día, de forma aleatoria, mientras estaba en casa fingiendo ver una reposición de *The Great British Bake Off* con su mujer —cuando, en realidad, ninguno de los dos lo estaba viendo; solo servía como ruido de fondo—, Garrison recibió un mensaje del usuario *LG540* presentándose como La Cábala. Hasta ese momento, la única interacción de Garrison con el misterioso empleador había sido a través de Liam.

Ahora todo aquello estaba a punto de cambiar.

Garrison estaba sentado en su coche con la ventanilla bajada en medio del aparcamiento de Bow Green. Le habían ordenado dirigirse directamente a la comisaría con las noticias del inminente regreso de Liam. Pero no sacaba fuerzas para entrar. No tenía ganas de hacer nada. Con el lastre de unos cuantos años más que Liam, Drew, Jake y el resto de los jóvenes de la oficina, él era quien más sufría cada vez que salían de juerga. Siempre era culpa suya por beber demasiado —no había nadie más a quien culpar—, pero eso no hacía que le doliera menos.

Los viejos hábitos eran realmente difíciles de abandonar.

Su teléfono sonó mientras una suave brisa le silbaba en los oídos.

Un mensaje de *LG540*.

Garrison sabía por experiencia que tenía una ventana de treinta segundos para responder antes de que La Cábala se desconectara, y después, no se sabía cuándo podría recibir una respuesta.

LG540: *L ha llamado.*

McVitreason: *¿Y?*

LG540: *Cabreado. Habla con Farmer; cadáver descubierto demasiado pronto.*

McVitreason: *Vale.*

LG540: *LOCOG al tanto. Ejerciendo presión. TTT.*

GARRISON REFLEXIONÓ sobre la última parte del mensaje. Sabía perfectamente lo que significaba, pero sus intenciones le confundían. Respondió.

MCVITREASON: *Dalo por hecho.*

LG540: *Una vez completado, pasa a la fase dos.*

CAPÍTULO 12

IDENTIFICACIÓN

El equipo estaba en la sala de juntas, esperando a que Liam regresara. Le faltaban pocos minutos para llegar con una actualización importante. Podría haber sido que el caso estuviera resuelto y cerrado, o que el cáncer del inspector jefe hubiera desaparecido, o que hubiera otro cadáver allí abajo y ni siquiera hubieran arañado la superficie. Pero Jake solo era capaz de pensar en el impacto que Drew había tenido en la vida de Hannah Bryant. En cómo había cometido un crimen atroz y eludido a la justicia por ello. Y en cómo lo habían chantajeado para que guardara un secreto vengativo y malévolo a las mismas personas que confiaban en él para investigarlo.

Paciencia, se dijo a sí mismo. Paciencia. Ya llegaría el momento.

Antes de que pudiera dedicarle más pensamientos al asunto, las puertas de la sala se abrieron. Liam irrumpió en la estancia y estampó la puerta contra la pared adyacente, haciendo que las persianas de las ventanas que daban al resto de la oficina vibraran.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Drew, considerablemente animado a pesar de todo lo ocurrido en la última media hora. Mantuvo la vista fija en Liam, que se dirigió al frente de la sala.

—Ni de lejos —respondió Liam con las manos en las caderas. Respiraba con dificultad y parecía que acabara de volver corriendo

desde el Estadio Olímpico—. Pero no es nada que no podamos manejar. Por algún milagro, en las últimas dos horas, los forenses han acelerado el proceso de exhumación saltándose toda instrucción y procedimiento, y ahora nuestro Nominal Uno está sobre la mesa del patólogo, más blanco que la sábana que lo cubre.

—¿A qué se debe, jefe? —preguntó Garrison, jugueteando con un bolígrafo entre las manos, con el habitual paquete de galletas digestive medio abierto sobre la rodilla.

—Lord Oliver Penrose. Un capullo estirado del Comité Oficial de los Juegos Olímpicos de Londres que se cree que, por tener un título y mucho de esto —Liam frotó el pulgar contra los dedos índice y corazón; el símbolo internacional del dinero—, puede conseguir lo que quiera.

—¿Y qué le ha dicho usted, jefe? —preguntó Garrison—. ¿Le ha dicho por dónde se lo puede meter?

—Ojalá. A los pocos minutos recibí una llamada del subcomisario. Tenía las manos atadas.

—Seguro que ha hecho lo que ha tenido que hacer —añadió Garrison mientras metía la mano en el paquete para coger otra galleta.

—Penrose y el LOCOG quieren mantener esto bajo llave todo lo posible —añadió Liam.

—No piden poco, ¿eh? —se mofó Garrison—. No veo el día de jubilarme para no tener que lidiar más con estas soplapolleces.

Todos giraron la cabeza hacia Garrison.

—¿Te retiras pronto, Pete? Haberlo dicho. No teníamos ni idea —comentó Drew.

Garrison le dedicó un corte de mangas.

Liam continuó: —Poojah tiene el cuerpo desde hace una hora aproximadamente. Me han informado de que la víctima conservaba todos los dientes, las uñas, sangre, pelo... todo. La única preocupación sería que la cantidad de hormigón dentro del cuerpo afecte negativamente a la rapidez con la que se obtengan los resultados.

—¿Ha visto el cuerpo, jefe? —intervino Jake.

Liam negó con la cabeza. —Ese lo han tenido bien escondido. ¿Qué hay de vuestros testigos? Contadme qué tenéis.

—He hablado con Richard Maddison —respondió Drew—. Uno de los obreros. El tipo que encontró el cadáver. No he sacado mucho en claro. Aun así, vale la pena investigar sus antecedentes para descartarlo.

Liam se volvió hacia la pizarra blanca, cogió un rotulador de borrado en seco y empezó a garabatear.

—¿Y las cámaras de seguridad? —preguntó tras un silencio prolongado—. Jake, ¿puedo dejarte eso a ti?

Jake asintió con la cabeza. —Ya estoy en ello, señor.

—Eso es lo que quería oír. Creo que después de hoy nosotros...

La puerta de la sala se abrió, interrumpiéndolo. En el umbral estaba el detective Sheridan, uno de los miembros del equipo a los que se les había ordenado quedarse en la sala de incidentes para atender el teléfono si entraba alguna llamada.

—Alex —dijo Liam, con un rastro de preocupación y sorpresa en la voz. El detective entró en la sala y cerró la puerta tras de sí—. ¿Pasa algo?

En la mano llevaba una nota adhesiva.

—Nos han llegado los resultados. El ADN...

—¿Ya?

Alex asintió. —Sí. El ADN y las huellas dactilares de la víctima ya estaban en la base de datos.

—¿De quién se trata?

—Hemos logrado identificar a la víctima como Danny Cipriano.

CAPÍTULO 13

DOS PEQUEÑAS PALABRAS

Aquellas dos pequeñas palabras reverberaron en la cabeza de Jake como una sirena de ataque aéreo. Le helaron el cuerpo, del mismo modo que lo habían hecho la primera vez que las oyó. Las mismas palabras que habían estado en los medios durante meses tras el último atraco en Guildford. Jake las repitió en su mente una y otra vez.

Danny Cipriano.

Danny Cipriano.

Danny Cipriano, miembro del grupo de crimen organizado llamado Los Crimson, había muerto. Enterrado vivo. En hormigón, nada menos. Pero ¿por qué? ¿Por qué Danny? ¿Y por qué ahora?

La mente de Jake era un mar de pensamientos y le costaba mantenerse a flote. Necesitaba salir de allí. Necesitaba despejarse.

Necesitaba una bebida.

Saliendo a toda prisa de la sala de reuniones, Jake irrumpió en la cocina y encendió el hervidor de agua. Apoyó las palmas de las manos en la mesa y se inclinó hacia delante, abriendo los pulmones. Inspiró bruscamente por la nariz y exhaló gradualmente por la boca.

Seis meses antes, Jake había creído que dejaba atrás la saga de Los Crimson en el momento en que se apartó de su investigación corrupta y permitió que entraran en el programa de protección de

testigos. Pero se equivocaba, y ahora aquel hombre regresaba para atormentarlo.

¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué?

El agua empezó a hervir, pero él no le prestó atención. A su mente acudieron recuerdos de cuando saltó tras Danny a las gélidas aguas del Itchen. Se había lanzado desde sesenta metros de altura desde la cubierta de un crucero en un intento de salvar la vida de Danny, pero fue Danny quien le salvó a él. Sin pretenderlo, Jake había sufrido un ataque de ansiedad a tres metros de profundidad y estuvo a punto de ahogarse, pero por algún milagro, Danny lo había encontrado en medio de la oscuridad turbia y lo había puesto a salvo. Por eso, Jake sentía que estaba en deuda con aquel hombre para siempre. Y, en su muerte, le había fallado.

Llamaron a la puerta de la cocina. Era Liam.

—¿Estás bien, chaval?

Jake reaccionó de inmediato. Cogió una cuchara, echó una montaña de café soluble en su taza y luego vertió el agua. —Solo ha sido el impacto, eso es todo.

—Ha sido un impacto para todos nosotros —. Liam se acercó más a él, apoyó el trasero contra el borde de la encimera y cruzó los brazos sobre el pecho—. Nadie esperaba que fuera él, ya sabes. Pero estoy seguro de que hay una razón detrás. Ese hombre tenía muchos enemigos —. Liam hizo una pausa—. ¿Pasa algo más?

Tu sargento detective es un poli corrupto y un violador.

Jake negó con la cabeza. —Nada que se me ocurra.

Liam le dio unas palmaditas en la espalda a Jake y levantó el pulgar. —Buen chico —dijo—. Te necesito al cien por cien para esto. La reacción de la prensa va a ser enorme. Especialmente considerando lo mediático que es. No ayuda que Danny estuviera en el Programa de Protección de Testigos. Alguien de ahí dentro va a tener parte de la culpa. Pero por eso necesito que estés a tope, amigo. Se nos viene encima una tormenta de mierda, y necesitamos confiar los unos en los otros para poder capear el temporal. Un equipo de gente de fiar. ¿Entiendes?

Liam vaciló y miró fijamente a Jake a los ojos. Jake ya sabía lo que tenía que decir; Drew le había dado la respuesta antes.

—No te preocupes, jefe —respondió Jake, fingiendo una sonrisa —. Estaré al cien por cien. Tendrás mi confianza. Y tendrás mi lealtad —. Jake hizo una ligera inclinación de cabeza como para recalcar aún más el punto.

Una pequeña mueca —apenas lo justo para que Jake la notara— cruzó el rostro de Liam y desapareció de nuevo.

Liam le dio otro golpe en la espalda. —Nunca dejas de impresionarme, Tanner.

Con eso se marchó, dejando a Jake un poco más aturdido que cuando había entrado en la cocina. Liam acababa de confirmar una ligera sospecha que le había pasado por la cabeza: Liam también estaba metido en todo aquello. Todos eran corruptos. Uno contra tres. Y no tenía a nadie más a quien acudir. Nadie más con quien pudiera discutirlo.

Lindsay, pensó. Sí, ella podría ayudar. Pero ¿cuánto podría hacer? Solo era una jefa de instalaciones; no tenía autoridad sobre nadie. Pero ¿y si se equivocaba y solo estaba siendo paranoico? ¿Y si todo había sido una prueba, como cuando Liam y el equipo le entregaron el aviso de la Regulación 13?

No. No podía decírselo a Lindsay todavía. No hasta que supiera con certeza a qué se enfrentaba.

Tendría que darle algo más de tiempo.

Pero, por ahora, había un trabajo que hacer.

Dando un sorbo a su taza, regresó a su escritorio y abrió su bandeja de entrada. En los últimos minutos, había recibido acceso total a los archivos de CCTV de la obra. Perfecto. Si quienquiera que fuese el responsable del asesinato había cometido algún error, sería el haber olvidado que había cámaras de seguridad en el lugar. Todo lo que Jake necesitaba hacer era cribar la grabación y esperar a encontrar algo.

No tardó mucho.

Tras veinte minutos visualizando el vídeo a doble velocidad, una pequeña furgoneta negra apareció en pantalla. Entró en la obra y luego dobló una esquina antes de desaparecer. Para seguirle el rastro, Jake probó con diferentes ángulos, pero no tuvo éxito. La

furgoneta —y la escena del asesinato de Danny— estaba en un punto ciego.

Mientras Jake veía la reproducción, tomó nota de la matrícula del vehículo y la comprobó a través del ANPR y del CCTV de la zona circundante, así como en el PNC.

El vehículo figuraba registrado a nombre de un propietario por última vez hacía siete años y a doscientos cuarenta kilómetros de distancia, en Birmingham. Un callejón sin salida.

Sin embargo, en menos de una hora, tras rastrear las grabaciones de las cámaras, había encontrado la última ubicación conocida de la furgoneta.

El lugar al que Jake se dirigiría a continuación.

Tyred Out Mechanics.

CAPÍTULO 14

LO DE SIEMPRE

Liam terminó de escribir el mensaje en la bandeja de entrada secreta de Gmail. Era su única forma de mensajería encubierta entre los tres. Sencilla, pero eficaz. Una cuenta de Gmail aleatoria a la que todos tenían acceso. Siempre que alguno necesitaba decir algo sin que los ojos y oídos indiscretos de la oficina los vigilaran, creaba un borrador de correo electrónico en la cuenta, escribía el mensaje y luego lo borraba pasados unos minutos, con la esperanza de que todos hubieran tenido la oportunidad de leerlo. De ese modo no quedaba rastro, ni mensajes que fuera necesario borrar permanentemente. Era rápido. Era eficiente. Era perfecto.

El mensaje decía:

SALA DE REUNIONES. 30 SEGUNDOS.

TAN PRONTO COMO hubo escrito el mensaje, Liam se levantó de la silla, salió de su despacho y se dirigió a la sala de reuniones. Al cruzar la planta, cruzó la mirada con Garrison. Su colega sabía que era mejor no seguirlo de inmediato pero, en cuanto Liam pasó de largo, Garrison saltó del asiento y fue tras él.

—Vaya forma de ser discreto —dijo Liam al cerrar la puerta.

Garrison puso los ojos en blanco—. Oh, vamos, Liam. Nadie está prestando tanta atención.

—*Alguien* podría haber estado mirando.

—Te estás volviendo un paranoico.

Antes de que Liam pudiera responder, Drew entró en la sala. Se quedó helado, con la mano en el pomo de la puerta y la boca abierta, como si acabara de pillarlos teniendo sexo.

—¿Interrumpo?

—Ya te gustaría —respondió Garrison.

Drew le dedicó un corte de mangas y Garrison le respondió de la misma forma.

Liam suspiró y se acercó a la ventana. Cerró las persianas y los sumergió en su submarino de secretos.

—Muy bien, escuchad los dos. Esto es importante —empezó Liam, esforzándose por no perder más tiempo del necesario—. He recibido una llamada de El Sindicato. Han organizado el golpe contra Danny Cipriano. No sé por qué y no sé cómo. Pero ahora nuestro trabajo es ocuparnos de ello con la mayor rapidez y discreción posibles.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó Drew mientras se cruzaba de brazos.

—El Granjero.

—Madre de Dios, joder. —Drew se pasó los dedos por el pelo y se frotó la nariz—. ¿Sabéis lo que significa eso para el resto? Los siguientes seremos nosotros, ¿verdad? Dios, Dios, Dios, joder.

Liam se hizo a un lado y fulminó a Garrison con la mirada—. ¿Y ahora quién es el paranoico?

Una mueca burlona asomó a las comisuras de los labios de Garrison. Le dio una palmada a Drew en el hombro con el dorso de la mano y lo reprendió: —¿De qué hablas, imbécil? ¿Por qué íbamos a ser los siguientes?

—Es obvio, ¿no? Danny abrió la boca. Le contó a alguien lo nuestro, quiénes somos, lo que hacemos. El Sindicato se ha enterado y ya veis lo que le ha pasado.

—Cállate —le espetó Liam. Estuvo a punto de darle un bofetón a Drew para que se calmara, pero se lo pensó mejor—. Danny no ha

dicho nada sobre nosotros, y...

—¿Cómo lo sabes? —interrumpió Drew.

—No lo sé con certeza, pero El Sindicato lo habría dicho si Danny lo hubiera hecho. Nos habrían avisado.

—¿Y crees que eso es el tipo de cosa que El Sindicato te admitiría? ¿Darte la oportunidad de huir antes de que El Granjero vaya a por ti?

Liam volvió a suspirar. Esto no llevaba a ninguna parte. Se detuvo un momento a observar a su amigo. Tenía los ojos desorbitados. Le goteaba la nariz y no paraba de frotársela. Estaba inquieto. Una fina capa de sudor le cubría la frente. Y, para colmo, se estaba volviendo paranoico.

Había visto esas señales antes, pero nunca pensó que volvería a verlas.

—Escucha —dijo Liam entre dientes—, yo también he llamado a El Granjero. Me lo ha confirmado todo. El Granjero no tiene lealtad hacia nadie, así que no tiene motivos para mentir para protegernos.

En cuanto terminó, Drew se tranquilizó: su respiración se estabilizó, el goteo de la nariz cesó y su actitud se volvió apacible.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Garrison, distrayendo a Liam de Drew.

—Esta noche. En el lugar de siempre. A la hora de siempre. Y, como de costumbre, venid solos. Tenemos que haber ideado algo entre los tres para el final del día. Quiero que vengáis preparados.

—Entre los cuatro... —dijo Drew lentamente. Una sonrisa creció en su rostro y sus ojos tuvieron un espasmo, aunque esta vez Liam no creía que fuera por efecto de ninguna sustancia.

—¿Qué dices? —replicó Liam.

—Entre los cuatro. Jake... traed a Jake.

—¿Eh? —repuso Garrison—. Ni hablar. De ninguna manera. No va a pasar. Es un lastre demasiado grande.

—Confía en mí —dijo Drew, lamiéndose los labios—. Está de nuestra parte. Creedme. He hablado con él antes. Le he enseñado lo que pueden obrar las maravillas de nuestro verdadero trabajo. Especialmente cuando está pasando por una racha de dificultades financieras.

Liam se relajó un poco. Su conversación anterior en la cocina con el joven detective le había intrigado. Jake había mencionado la lealtad, una palabra que, hasta ese momento, nunca había salido de su boca. Pero no era la palabra lo que importaba, sino la *forma* en que la había dicho. De la misma manera que la usaban él, Drew y Garrison. Como si la *sintiera* de verdad. Como si por fin estuviera cambiando de bando, empezando por fin a darse cuenta de las posibilidades reales del lado más oscuro de la labor policial; algo por lo que Liam debería haber estado extasiado, encantado. Pero no lo estaba, no podía estarlo. Jake era un buen detective, con familia y un futuro brillante por delante, y Liam no sabía si quería corromper y destruir eso para él.

Pero, por otro lado, ahora era la oportunidad de Jake para demostrar por fin su valía. Y si a Jake no le gustaba lo que veía y la cosa se torcía, entonces Liam tendría que hacer lo necesario: silenciar a Jake y eliminarlo del cuerpo. Los métodos eran sencillos, pero esperaba que fuera el último recurso. En cambio, si a Jake le gustaba lo que veía, podría unirse a sus filas, ganar dinero de verdad y ascender como el resto de ellos.

Liam se aclaró la garganta. —¿Estás seguro de esto, Drew?

—No te he fallado hasta la fecha, colega.

—Entonces más vale que tengas razón. En el lugar de siempre. A la hora de siempre. Se lo haré saber a Tanner.

CAPÍTULO 15

CINTA TRANSPORTADORA

Tyred Out Mechanics era un negocio que hacía honor a su nombre. El edificio era un desastre, estaba decrépito. Neumáticos, herramientas y viejos sacos de tierra se esparcían por el patio, mientras las plantas y la maleza descontrolada abrazaban los cimientos del edificio, y algunas de ellas trepaban hasta el tejado. En el interior, la empleada tras el mostrador de recepción parecía aburrida.

—¿Todo bien, cielo? —preguntó la mujer, que sostenía una taza de té de tamaño descomunal en la mano—. ¿Se ha perdido?

Jake no estaba seguro de si ese era su aspecto o si simplemente era la forma natural que ella tenía de abordar a los posibles clientes. De cualquier modo, su impresión sobre ella no cambió.

—Eso depende de si puede ayudarme —dijo Jake, apoyando un brazo en el mostrador.

—¿Tiene un motor que necesite reparación?

—No exactamente. Me preguntaba si tienen un motor que estén reparando ahora mismo. —Jake estaba siendo deliberadamente vago. Para cuando ella abrió la boca para responder, él ya había sacado su placa policial—. ¿Le importa si echo un vistazo?

La mujer levantó las manos. —Oiga, no quiero líos. No sé en qué se ha metido Benny esta vez, pero no tiene nada que ver conmigo.

—Saltó de su silla—. Vaya, cuando averigüe qué está tramando, le voy a dar tal soplido que lo voy a mandar a la semana que viene.

Salió disparada hacia el taller a la derecha de Jake, gritando el nombre de Benny. En cuanto cruzó el umbral, el ruido de los taladros y de la maquinaria pesada cesó.

Jake fue tras ella.

A unos diez metros de distancia, junto a la parte trasera de un Ford Mondeo, estaba Benny, vestido con un mono de trabajo, sosteniendo un soplete con ambas manos y con una visera protectora bajada sobre la cara.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó mientras se subía la visera—. ¿Va todo bien?

—¿Qué has estado haciendo, Benny? ¿En qué te has metido ahora? He acabado de protegerte.

Mientras el dúo discutía, Jake se tomó un momento para inspeccionar los alrededores. El taller estaba vacío, a excepción del coche en el que Benny estaba trabajando en ese momento. Había espacio suficiente para trabajar en al menos tres coches a la vez, y el interior estaba tan decrépito como el exterior. Herramientas, máquinas, ropa de protección y viejos trozos de bayeta se amontonaban en pilas esporádicas por todo el lugar. Las marcas de neumáticos y las manchas de aceite salpicaban el suelo de hormigón como una versión barata de un cuadro de Jackson Pollock. Y el olor a grasa y cuero viejo flotaba en el aire, impregnando las paredes y el mobiliario.

—Mamá, no he hecho nada esta vez —replicó Benny—. ¿De qué estás hablando?

Un silbido agudo rasgó el aire, haciendo que Jake se sobresaltara. Venía de la madre de Benny. Le hizo una señal para que se acercara con un gesto de la mano.

—Hable con él —dijo ella, propinando un toque a Benny en el pecho.

Jake se acercó rápidamente y sacó su libreta. La abrió por la última página. En la esquina superior derecha estaba el número de matrícula de la furgoneta negra que había seguido en el CCTV.

—Benny —comenzó al detenerse a un par de metros del joven. Un hedor penetrante a sudor corporal le subió por la nariz y anuló el resto de sus sentidos—. Me preguntaba si podrías decirme qué estuviste haciendo anoche.

—Trabajar.

—¿Y a qué hora terminaste?

—Aún no he pasado por casa.

Jake garabateó en su libreta mientras hablaba.

—¿Has estado trabajando toda la noche?

Benny asintió.

—¿O sea que estás al tanto de la furgoneta negra que entró a las cuatro y doce minutos de esta madrugada?

Benny volvió a asentir.

—¿Podrías decirme qué pasó, por favor?

Benny dejó el taladro en el suelo, se quitó la máscara de la cabeza y la colocó sobre el maletero del Ford.

—Tengo una fecha de entrega importante y eso, y he estado trabajando duro. Tengo que tener este coche arreglado para mañana. Pero mientras estaba trabajando, oigo un bum-bum-bum en el cierre, ¿sabes? Me acerco y esa furgoneta entra a saco. ¡Puta madre, casi me tira al suelo! Intenté decirles que se fueran a la mierda y tal, pero ella no quería razones.

—¿Qué pasó después? —preguntó Jake, tratando de descifrar la jerga de Benny.

—Me puso una pistola en la cabeza y me dijo que le cambiara las matrículas.

—¿Y lo hiciste?

—Sí, ya traía ella la matrícula lista y todo. Solo quería que se la pusiera.

Jake dirigió su atención a las cuatro esquinas del taller. —¿Grabó algo de esto el CCTV?

—Qué va —intervino la madre de Benny—. No tenemos de eso. Cuesta demasiado mantenerlo. Apenas tenemos trabajo como están las cosas; nadie va a querer robarnos nada de todos modos.

Era una visión muy negligente sobre la seguridad, pensó Jake, pero si no había grabaciones, le iba a costar mucho encontrar el

vehículo con su nueva matrícula.

—¿Puedes describírmela?

Benny negó con la cabeza. —No, lo siento, tío. Llevaba un pasamontañas y tal. No pensarías que una tía que entra con una pistola me iba a dejar verle la cara, ¿no?

—¿Nada de nada? ¿Qué ropa llevaba? ¿Cuánto medía? ¿Cómo era su voz? ¿Algún acento?

Benny se lo pensó un momento. —Medía más o menos como tú. Quizá un poco más, no lo sé. Iba de negro y con botas. Creo que también podía ser de Europa del Este. Putos extranjeros... escoria, todos ellos.

Jake anotó la descripción, ignorando el racismo descarado.

—¿Algo más?

—No. Lo siento.

—¿Hacia dónde se fue después de salir de aquí?

En Bow Green, Jake había revisado las imágenes de la carretera junto al taller durante dos horas posteriores al momento en que la furgoneta entró inicialmente, pero no había encontrado nada. Era casi como si se hubiera desvanecido.

—Salió por el otro extremo del taller, colega. Usamos el taller como una cinta transportadora, ¿entiendes lo que digo? La perdí de vista en cuanto bajé los cierres.

Mierda. Un callejón sin salida. Tenía una furgoneta oscura, una mujer oculta y un juego de matrículas desconocido.

Justo cuando iba a abrir la boca para agradecerles a ambos su tiempo, el teléfono le vibró. Para él era una reacción instintiva comprobarlo, por si acaso se trataba de una emergencia. Elizabeth. Las niñas. Todo lo demás.

En ese orden.

Sin embargo, el mensaje era de Liam. Decía:

DEJA LO QUE *estés haciendo y ven al viaducto de Stratford. A las 18:00. Ven solo. Importante.*

CAPÍTULO 16

DEBERES

Jake llegaba tarde. No había sabido qué pensar del mensaje. ¿Y si se trataba de Drew? ¿Y si los dos iban a trabajar contra él y Garrison para conseguir que acabaran encerrados?

Jake romantizó la idea antes de descartarla.

En cuanto entró en el aparcamiento bajo el paso elevado, todas sus preguntas obtuvieron respuesta. Y no era la respuesta que esperaba. Liam, Drew y Garrison estaban de pie frente al coche de Liam. ¿Lo convertía eso en parte del equipo? ¿Estaba ya oficialmente «dentro»? ¿Lo habían admitido en su grupo secreto?

Se preparó.

El sonido ensordecedor de los coches que pasaban a toda velocidad por un pequeño bache en el asfalto sobre su cabeza creaba un estruendo que engullía el ruido de su motor. Los tres hombres estaban de pie con las manos en los bolsillos, todavía de paisano.

—Me alegra que te unas a nosotros, Jake —dijo Liam. Llevaba un sobretodo beige, pero, a pesar de su veteranía en el plano profesional, era Garrison quien parecía estar al mando. Era el miembro de más edad y experiencia del grupo; el que había empezado desde lo más bajo del montón de la corrupción y se había abierto camino hasta la cima, y ahora era el momento de que el

nuevo recluta entrara y realizara el mismo trabajo sucio que él hizo una vez.

—Gracias... supongo —respondió Jake, sin saber qué contestar. Todo en aquella situación era nuevo para él—. ¿Pasa algo malo?

—Podría decirse que sí. Pero hay algunas cosas que tendrás que aprender rápido. No tenemos tiempo para dar muchas explicaciones. —Liam se volvió hacia Drew y Garrison—. ¿Habéis preparado lo que os pedí?

Ambos se limitaron a asentar con la cabeza, lo que aumentó las dudas de Jake. Por una fracción de segundo, pensó que sus colegas estaban a punto de sacar un arsenal de cuchillos y pistolas para meterlo en la parte trasera del coche y llevarlo a algún lugar remoto del país.

La realidad era mucho peor.

—Jake —dijo Liam, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Recuerdas cuando te hablé de estar a la altura?

Jake asintió.

—Ahora es el momento de que nos demuestres de qué pasta estás hecho, chaval. Danny Cipriano fue asesinado por un colaborador cercano nuestro llamado El Granjero y su equipo. Les gusta mantener su identidad oculta. Ninguno de nosotros sabe quién es. Pero trabaja para el mismo empleador que nosotros. La Cábala. Unos días antes de que Danny fuera asesinado, intentó revelar información confidencial y secretos a alguien. Su muerte es el resultado de lo que ocurre si traicionas a la Cábala y, por extensión, a nosotros. ¿Entendido?

Liam no dejó tiempo suficiente para que Jake respondiera; en su lugar, continuó de inmediato: —Ahora nuestro trabajo, en los puestos que ocupamos, es cargarle el muerto a alguien para que podamos meterlo todo bajo la alfombra —como hicieron con Danny bajo el cemento— antes de que se filtre a la prensa y al público en general.

Meterlo todo bajo la alfombra, como hicieron con Danny bajo el cemento.

Jake miró a Liam con incredulidad. No podía dar crédito a lo que oía. Le pedían que hiciera la vista gorda ante un asesinato, que

incriminara a una persona inocente, que se convirtiera en aquello mismo que había jurado destruir, que trabajara para la persona que había amenazado su vida y su carrera. Quería salir corriendo, pero sus piernas no respondían. Quería gritarles por arruinar la vida de alguien, pero tenía la boca sellada. Quería llamar a la policía y denunciarlos para que los encerraran, pero sus brazos no funcionaban.

El rostro de Liam se contorsionó y soltó una risita. —Supongo que tienes muchas preguntas, ¿verdad?

Jake asintió. Las tenía. Muchas.

—Probablemente sea mejor que no las hagas —dijo Liam—. Solo debes saber lo estrictamente necesario. Cuanto menos preguntes, menos sabrás. Y cuanto menos sepas, mejor para todos. Hasta que sepamos cuánto podemos confiar en ti. Por ahora, vamos a necesitar tu ayuda con esto. Y al final, existe la posibilidad de ganar una auténtica fortuna. No tendrías que volver a preocuparte por tus finanzas nunca más. Sé que Drew ya te ha dejado bien claro cómo lidiamos con la lealtad en esta unidad. No creo que necesites oír nada más al respecto. —Liam vaciló mientras centraba su atención en Drew y Garrison—. Caballeros, ¿qué tenemos...?

—Tengo un nombre —dijo Drew. Sacó pecho y hombros, dándose un aire de superioridad para parecer más importante de lo que era —. Y creo que además será uno fácil.

—¿Quién?

—Richard Maddison. El tipo con el que he hablado antes. El chivo expiatorio más sencillo posible. Estoy seguro de que también podemos encontrar un vínculo entre él y Danny Cipriano. O inventarlo.

—Perfecto —dijo Liam, sacando las manos de los bolsillos y frotándose las palmas. Corría un viento gélido que azotaba el paso elevado de un lado a otro y ellos estaban atrapados en medio—. Garrison. ¿Algo?

Garrison negó con la cabeza. —Nada por mi parte. Todavía no he hablado con nadie.

Liam se aclaró la garganta. —Y tú, Jake, ¿qué me dices? ¿Alguien que creas que sería una buena opción para cargar con la culpa?

¿Cómo se llamaba esa mujer con la que has hablado esta mañana? Hannah Bryant, ¿no?

Jake vio por el rabillo del ojo cómo la cabeza de Drew giraba bruscamente hacia él. Pero hubo algo más que le llamó la atención. La reacción de Drew era obvia, dado lo que Jake sabía de él. Pero la reacción de Garrison fue más interesante: lanzó una mirada de reojo a Drew, lo que sugirió a Jake que recordaba bien el nombre, y confirmó que ambos estaban en el ajo y que iban a tener que vigilarlo de cerca si pretendían mantenerlo en secreto por más tiempo.

—Ella no es capaz de algo así —dijo Jake—. No se me ocurre ningún vínculo que podamos manipular para implicarla con Danny. Creo que Richard es mejor opción.

Se odió a sí mismo por decirlo. Iba contra todo en lo que siempre había creído y estaba siendo cómplice de un crimen. Formaba parte del equipo que estaba a punto de incriminar a un hombre inocente por asesinato. Se le revolvió el estómago. Pero necesitaba mirar el lado bueno, lo positivo. Podría usar esa información contra ellos, para delatar a sus compañeros. Pero, para hacer eso, necesitaría pruebas sólidas y contundentes. Y para conseguirlas, iba a tener que seguir con aquello más tiempo del que deseaba.

—Perfecto —anunció Liam—. Parece que ya tenemos a nuestro hombre. Ahora, lo único que tenemos que hacer es planear cómo vamos a llevarlo a cabo. Quiero que paséis la noche pensando en ello. Venid a verme mañana con una idea.

Eso fue todo. Reunión terminada. Hora de que todos volvieran a sus vidas normales por la noche. Y lo último que Jake esperaba de aquel encuentro era salir de allí con deberes.

CAPÍTULO 17

CON EL AGUA AL CUELLO

Liam quería oír el sonido de su voz; lo anhelaba. Solo habían pasado unos días y ya la echaba de menos. El estrés de las últimas horas le había pasado factura. Danny. El Granjero. La Cábala. Garrison. Drew. Jake. El puto Lord Oliver Penrose del puto Comité de los Juegos Olímpicos de Londres. Tenía la mente agotada de intentar averiguar qué iban a hacer a continuación. Hasta qué punto podía confiar en Jake. Cuánto le había contado Drew. Las consecuencias serían catastróficas si no encubría el asesinato lo antes posible. Tanto Drew como Garrison eran un estorbo en el mejor de los casos, y eso cuando no estaban lidiando con crímenes de alto perfil como aquel.

¡Joder! Golpeó el volante con la mano. Le vendría de perlas un poco de coca ahora mismo. O Molly. Cualquier cosa. Algo que le quitara la ansiedad y le hiciera olvidar por un rato.

No. No, no, no, no, no. Sacudió la cabeza. *No lo hagas, idiota. No lo hagas. Ya sabes qué pasa cuando lo haces.*

En su lugar, mientras estaba sentado en la plaza de aparcamiento frente a su piso, hizo una llamada.

—Hola, extraño —dijo la otra persona a su oído.

—Hola, tú. ¿Me has echado de menos?

—No te hagas demasiadas ilusiones —dijo ella, dándole un corte de la forma habitual.

—¿Dónde estás? ¿Estás ocupada?

—Podría estar libre unas horas o toda la noche. ¿Quién quiere saberlo?

—Yo. Además, tengo algo gordo para ti. Estoy seguro de que te encantará oírlo.

—Realmente sabes cómo excitar a una chica, Liam.

Él puso los ojos en blanco con deleite. Le encantaba cómo decía su nombre. Había algo tan crudo en ello, tan sexy... una inflexión en su voz que le daba ganas de arrancarle la ropa. O quizá era porque, en su mente, ella ya estaba medio desnuda.

—Voy para allá ahora mismo. Llevaré el champán. Espero que estés juguetona.

Tardó quince minutos en llegar a casa de Tanya Smile; cuatro minutos menos de lo que debería haber tardado.

Mientras Liam se dirigía con paso despreocupado hacia la puerta principal, desterró de su mente todo pensamiento sobre El Granjero, La Cábala, Danny Cipriano y Jake Tanner, se engominó el pelo con los dedos y se limpió las orejas.

—Alguien tiene mucha prisa —dijo Tanya al abrir la puerta de su casa en el norte de Londres. Llevaba una camiseta fina de rayas blancas y negras con unos pantalones cortos de vaquero azul. Tenía el pelo recogido de la cara en una coleta. Incluso se había molestado en ponerse pintalabios para él.

Liam levantó la botella en el aire como si fuera un guerrero que regresaba con la cabeza cortada de un enemigo. —Tengo sed —dijo, guiñándole un ojo mientras pasaba por su lado.

La casa de Tanya era como un segundo hogar para él. Había pasado mucho tiempo allí en los pocos meses que llevaban viéndose. Su relación era un secreto y ambos debían mantenerlo así. El éxito de sus trabajos dependía el uno del otro. Tanya era reportera de la BBC News y él siempre intentaba darle exclusivas de última hora siempre que era posible. Al principio, había sido a cambio de una buena parte de sus primas, pero, a medida que la relación avanzaba, dejó de ser una cuestión de dinero para

convertirse en lo que sentían el uno por el otro. Llevaban haciendo negocios juntos unos años, desde que se conocieron en una entrega de premios de televisión y ella se mostró receptiva a la idea de formar una sociedad.

—¿Y bien? ¿Qué es esa historia que tienes para mí?

—¿Negocios... ya?

Ella cogió dos copas de vino de un armario y las puso sobre la encimera. —Sabes que no me gusta mezclar los negocios con el placer. Lo vuelve todo complicado.

—No decías eso la otra semana.

Ella lo miró con picardía y luego volvió a centrar su atención en la conversación. —¿Qué calibre tiene, en la escala de las cosas?

Liam cruzó la cocina, encontró una bolsa de cacahuetes en el armario y los puso en un cuenco. —Está en la escala de Danny Cipriano —dijo—. La escala más alta que existe.

—Ahora sí tienes mi atención.

—Bastante sencillo, en realidad. Está muerto. Enterrado vivo en hormigón. En el Estadio Olímpico de Londres.

Tanya se quedó helada y se tapó la boca con la mano. —Dios mío.

—Lo sé, ¿verdad? Pero es un asunto peliagudo.

—Siempre lo son cuando tú estás por medio.

—¿Qué puedo decir? El peligro tiene una forma especial de encontrarme.

—Así que... ¿cuál es el plan?

—Estamos intentando localizar a alguien, pero habrá que ver cómo va la cosa. Pero hay otro problema...

—¿Cuál?

—El LOCOG no quiere que nada de esto salga a la luz. Un capullo multimillonario y engreído llamado Oliver Penrose quiere mantenerlo oculto.

Tanya suspiró y se cruzó de brazos. —¿Entonces por qué me lo cuentas?

—Porque quería que fueras la primera en saberlo. Pero no puedes decir nada hasta que yo te confirme que se puede lanzar.

—Eres un provocador —dijo ella, sonriéndole y mostrando una dentadura de un blanco reluciente.

—De lo contrario, estaremos con el agua al cuello. Sin salida. Y bien jodidos.

—No parece un lugar en el que me gustaría estar.

—Tampoco suena a un lugar en el que querrías que estuviera yo —dijo él—. Así que más vale que mantengas la boca cerrada por el momento.

Se acercó a ella y la besó. —Y se me ocurren algunas formas extra de asegurarnos de que así sea.

CAPÍTULO 18

UNA POSICIÓN PRIVILEGIADA

Durante la hora de trayecto a casa, Jake había llegado a una conclusión sencilla. Lo que Liam, Drew y Garrison estaban haciendo estaba mal. Eso estaba claro. Lo que hacían debía detenerse. También estaba claro. Pero lo que hacían era de vital importancia. Sin darse cuenta, estaban contribuyendo a su propia perdición. De momento, él solo tenía que seguir con ellos, ganarse su confianza, hacerles creer que estaba de su lado y luego utilizar las pruebas en su beneficio. Como un caballo de Troya, atacándolos desde dentro. Hasta ahora, se había convencido de que guardar el secreto de Drew y Garrison sobre lo que le habían hecho a Hannah Bryant era una buena idea. Solo tenía que llevarlo un poco más lejos. Pero ¿hasta dónde? ¿Y durante cuánto tiempo?

Esas dos preguntas planteaban un punto importante.

Si iba a seguir adelante con esto —traicionar a sus amigos y… a su *familia*—, no podría hacerlo solo. Necesitaba ayuda externa, por si acaso se enteraban de lo que tramaba y decidían acabar con él como habían hecho con Danny Cipriano. Aquella gente era peligrosa y estaba casi seguro de que no tendrían ninguna piedad con él.

Jake entró en la entrada de su casa con el coche y entró en la cocina.

—Siento llegar tarde —le dijo a Elizabeth tras darle un beso en la mejilla—. ¿Dónde están mis niñas?

—Acabo de acostarlas.

—Voy a darles las buenas noches rápido.

Le dio a Elizabeth otro beso antes de subir las escaleras a toda prisa. Entró un momento en su dormitorio, cogió el teléfono inalámbrico que tenían en el lado de la cama de Elizabeth y se dirigió al cuarto de las niñas. Mientras una fina rendija de luz dividía la estancia en dos, caminó de puntillas por el parqué, con especial cuidado de evitar las tablas que crujían; las mismas que tenía en su lista de tareas pendientes por arreglar.

Maisie y Ellie dormían profundamente; su respiración era suave, relajante, rítmica. Pacífica. Se inclinó sobre ellas, les acarició el pelo y les dio un beso a cada una.

En la esquina de la habitación había una silla de madera que la abuela de Elizabeth les había regalado antes de que se mudaran a la casa. Murió una semana después. Ahora la consideraban una de sus pocas reliquias familiares, y era una de las sillas más cómodas en las que Jake había tenido el lujo de sentarse.

Sacó el teléfono fijo del bolsillo y el móvil del otro. Usando su móvil para buscar el número de la DPS —la Dirección de Asuntos Internos—, marcó los dígitos en el fijo y se quedó mirando los números en la pequeña pantalla, reflexionando. Si hacía esto, ya no habría vuelta atrás. Se estaría comprometiendo a delatar al equipo. Al hacerlo, no solo ponía en peligro su vida, sino también la de su familia. La de Elizabeth. La de Maisie. La de Ellie.

Pero confiaba en que podría hacerlo sin que lo notasen. Porque si no lo hacía, más le valía entregarse a ellos ahora mismo.

Jake se quedó mirando el teléfono un poco más.

Tras unos segundos, apretó la mandíbula, marcó el número y esperó mientras oía el tono de llamada.

—Buenas noches, le atiende la DPS. ¿En qué puedo ayudarle?

Jake tragó saliva antes de responder.

—Hola… sí… soy el detective Jake Tanner. Me gustaría, esto, me gustaría presentar una denuncia.

CAPÍTULO 19

EL BAJÓN

Richard Maddison deambulaba por las calles sin rumbo fijo, con la mente vacía. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que lo escoltaron fuera de la comisaría; el tiempo parecía haberse detenido mientras sus piernas seguían en movimiento. Aunque sabía que debía de haber pasado el día entero. Ya era de noche, y los trabajadores y estudiantes que merodeaban por las calles hacía unas horas habían terminado su jornada, intercambiando el turno por adolescentes, bebedores y fiesteros. Todavía estaba en estado de shock. Comprensible, la verdad, considerando las circunstancias. Pensó en ese gilipollas de inspector. En cómo se había comportado. En cómo lo había presionado con lo de las drogas y la bebida. ¿Lo sabía ya? ¿O solo estaba jugando con él? No importaba. No tardarían mucho en descubrirlo todo. ¿Y entonces en qué situación se vería? Jodido de arriba abajo, en esa situación.

Una comprobación. Solo eso. Bastaría con eso. Una comprobación y su vida entera se habría acabado. No quería eso. Peor aún, no quería pensar en ello en este momento. Quería una distracción; *necesitaba* una distracción.

Richard se frotó el antebrazo y se detuvo. A lo lejos, por encima de la hilera de tiendas que tenía delante, distorsionado por los

semáforos y las farolas, se alzaba un bloque de pisos. Lo reconoció al instante.

Se paró poco a poco, sacó el teléfono y navegó por su agenda hasta que encontró el único número que no tenía un nombre registrado. Marcó.

—¿Diga? —respondió finalmente la voz.

Richard se relajó. La voz le resultaba familiar, amable y extrañamente reconfortante.

—¿Jermaine? —preguntó Richard.

—¿Quién quiere saberlo?

—Me alegra oír tu voz, hermano —empezó Richard—. Soy yo, Richard, de Whitemoor. El preso alfa-sierra-siete-nueve-tres-dos. Estuvimos juntos en el módulo uno.

Hubo un breve momento de vacilación, seguido de una carcajada profunda. —Richard, colega. No me he olvidado de ti tan fácilmente. ¿Qué me cuentas, hermano? ¿Todo bien?

Richard estaba de pie junto a la cabina telefónica, fuera de un supermercado Sainsbury's Local. —¿Te acuerdas de aquel ofrecimiento que me hiciste cuando estábamos dentro? Puede que tenga que aceptar.

—Claro, hermano. Lo que necesites. No importa la hora. Sabes que puedes contar conmigo —dijo Jermaine con voz grave.

—¿Y qué tal ahora?

—Sí, tío. Pásate.

Richard sonrió. —Perfecto. Estaré allí en unos diez minutos. Solo tengo que pillar unas provisiones por el camino.

—Vale —dijo Jermaine, dando por concluida la conversación.

Richard colgó, giró a la derecha para entrar en el Sainsbury's Local y compró una botella de vodka Russian Standard. Estaba preparado para una noche intensa. Hacía mucho tiempo que no bebía. Y no veía la hora de sentir de nuevo esa sensación de ardor consumiéndole la garganta y el cuerpo. No veía la hora de revivir esa sensación que te altera la mente y te ayuda a bloquear toda la mierda del mundo. Le hacía falta desesperadamente. Los antidepresivos no estaban haciendo nada, así que quizá esto ayudaría.

Richard salió de la tienda, paró un taxi y le ordenó al conductor que se detuviera a cien yardas de la urbanización de Jermaine, el complejo Huntingdon. Luego hizo el resto del trayecto a pie, con el cuello de la botella fuertemente sujeto en su mano. Cuando llegó a la urbanización, subió unas escaleras de hormigón y se dirigió hacia el piso trece. El dominio de Jermaine Gordon.

Mientras estaban juntos en prisión, Jermaine había alardeado de tener la mitad superior de la urbanización como su piso de soltero y de que todos los demás en el edificio eran de su propiedad. De una forma u otra. Todos trabajaban para él —transportando ingentes cantidades de droga y armas para los yonquis de los alrededores— o habían trabajado para él y ahora estaban asentados en una especie de jubilación anticipada... eso, hasta que un miembro de una banda rival los apuñalaba o los acribillaba desde un coche en marcha. No obstante, todo su duro trabajo le había ayudado a convertirse en el segundo mayor traficante del East End de Londres. El segundo después de Henry Matheson.

Richard se detuvo ante el piso de Jermaine y llamó a la puerta. El pesado estruendo de la música del interior se detuvo y, unos segundos después, apareció Jermaine. Incluso dentro de casa, llevaba una sudadera negra gruesa con la capucha cubriéndole la cara y los cordones anudados sobre la clavícula. Jermaine era un tío intimidante, un tipo duro, y Richard había visto de primera mano que no era buena idea meterse con él; dudaba que la cara del otro prisionero se hubiera curado alguna vez de la paliza que recibió tras cabrear a Jermaine por una nimiedad. Tan insignificante, de hecho, que Richard ni siquiera recordaba qué había sido.

—Qué pasa, hermano —dijo Jermaine, enseñando una fila de dientes blancos—. Me alegra verte, tronco.

Se estrecharon la mano con un saludo familiar que habían practicado y perfeccionado en la cárcel y luego entraron los dos. Había un puñado de personas que Richard no conocía sentadas en el sofá jugando a videojuegos, cada uno repantigado y con la mirada vidriosa.

—¿Una copa? —preguntó Jermaine, llamando a Richard.

Richard levantó el vodka. —He venido preparado.

—Sabía que podía confiar en ti, hermano. —Jermaine le dio a Richard una palmada en la espalda, le quitó la botella y se dirigió a la cocina. Unos instantes después regresó con dos vasos en la mano, llenos casi hasta el borde.

—¿Esperas que sea una noche movidita? —preguntó Richard.

—Sé que tú sí. ¿Quién trae una botella de vodka sin nada para mezclar? No pasa nada, hermano. Podemos ponernos ciegos juntos.

Richard cogió el vaso de Jermaine y se rascó la nuca con la mano libre. —La verdad es que esperaba que tuvieras algo más fuerte.

Jermaine se quedó helado. —¿Tan mal están las cosas ya?

—Se podría decir que sí.

—Te tengo cubierto, hermano. Descuida. Pero todo a su tiempo, amigo mío. Todo a su tiempo. ¿Qué andas buscando?

—De todo.

—Vaya, joder. Las cosas deben de estar crudas. Ven, vamos.

Al entrar en el salón, Jermaine se lo presentó a los demás. Mencionaron sus nombres, pero él no les prestó atención; no esperaba acordarse de ninguno por la mañana. En los siguientes treinta segundos, Richard dio la vuelta a la habitación estrechando la mano de todo el mundo y finalmente encontró un sitio en el sofá junto a Jermaine.

—Buen sitio tienes aquí. Te oía hablar tanto de esto cuando estábamos dentro que durante mucho tiempo pensé que solo estabas soltando paridas —dijo Richard.

—Soy un hombre de palabra. Como te dije: te cubro la espalda si alguna vez lo necesitas.

Richard dio un gran trago al vodka. El alcohol le bajó a toda prisa por la garganta y le quemó por dentro. Hizo una mueca al tragar, sintiendo cómo el cuerpo se le calentaba y experimentaba un hormigueo.

—Tranquilo, tronco —dijo Jermaine—. Aún nos queda una noche larga por delante. Entonces, ¿me vas a contar qué pasa o voy a tener que sacártelo a la fuerza?

Richard exhaló profundamente. Luego dio otro sorbo al vodka.

—¿Te has enterado de ese cadáver que han encontrado junto al Estadio Olímpico? —preguntó Richard.

—Sí, tengo mis contactos por allí abajo. He oído algo. —Jermaine hizo una pausa, como si los engranajes de su cerebro hubieran empezado a girar.

—Yo encontré el cuerpo. Estaba enterrado en hormigón. Lo encontré y llamé a la pasma. He estado en una sala de interrogatorios todo el día.

—Putos cerdos. ¿Tienen algo contra ti?

—No.

—¿Entonces por qué te estresas, hermano?

—Era Danny Cipriano.

—¿Me vacilas? —dijo Jermaine—. ¿Cómo lo sabes?

—Le reconocí la mano, tío. Los tatuajes. La cicatriz. La verruga del pulgar.

—¿En serio?

Richard asintió. —Ojalá no fuera así. Y en cuanto los federales empiecen a investigarme, van a descubrir todo lo que hay que saber.

—¿Quieres que te lo solucione? —Jermaine señaló a uno de los tipos del sofá—. Ya sabes que vamos armados.

—No —dijo Richard apresuradamente.

—¿Quieres protección para ti? Sabes que te puedo dar lo que necesites.

—Pasa de eso, J. No puedo. No voy a involucrarme en eso. No voy a volver a la cárcel otra vez, tío. No puedo volver a chupar celda. ¿Sabes lo difícil que me resultó encontrar trabajo después de salir? Tardé dieciocho meses, y solo llevo en este puesto un par de ellos. No, no puedo cagarla así.

—¿Podrías trabajar para mí?

Richard miró a Jermaine, estupefacto. La sinceridad en la voz de Jermaine era evidente.

—Con todo el respeto, paso.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Ahora mismo, solo quiero olvidar. Olvidar que todo este lío de hoy ha pasado.

—¿Seguro? —dijo Jermaine, alzando la mano—. ¿Estás listo para la coca de la cárcel? ¿No decías que esa mierda era demasiado para ti?

—Tal como me siento, nada es demasiado fuerte.

Jermaine chasqueó la lengua contra los dientes, dejó el vaso sobre la mesa y se levantó de la silla. Richard no se había dado cuenta, pero en el poco tiempo que llevaban hablando, ya se había liquidado tres cuartas partes de su bebida y el contenido estaba empezando a hacer efecto. En el rincón de la habitación había una pequeña cómoda. Jermaine abrió el cajón superior y sacó una jeringuilla y unas cuantas bolsas de polvo blanco.

—¿Seguro que quieres hacer esto?

—Durante las próximas horas, me importa una mierda lo que haga. Siempre que me saque de aquí. —Richard se señaló la sien.

Jermaine se encogió de hombros. —Tú verás, hermano. Pero ten cuidado con esa. —Jermaine señaló la heroína en una de las bolsas de plástico—. Esa mierda te dará el mejor subidón, pero el bajón más asqueroso.

Richard sonrió con sorna y se inclinó hacia delante. —¿Y si no quiero bajar?

PARTE 2

CAPÍTULO 20

UNA OFERTA IRRESISTIBLE

La piel de los brazos y el pecho de Jake se erizó cuando una suave brisa entró por la ventana. El sueño se le escapaba como una estrella en el firmamento. De hecho, no había cerrado los ojos desde que se había metido en la cama; tenía la mente turbada por los pensamientos. La mujer del DPS había sido de gran ayuda, pero el investigador que se encargaría del caso lo fue aún más. Se llamaba Craig y había escuchado con atención mientras Jake se lo explicaba todo. Lo de la violación de Drew. Lo del encubrimiento de Garrison. Y cómo los tres le habían engañado para que accediera a fabricar pruebas contra un hombre inocente. No se dejó ningún detalle sin explicar, ninguna prueba sin mencionar, por pequeña e insignificante que le pareciera. Lo soltó todo, como un vómito de palabras. Pero se sintió mejor por ello.

—Agradezco todo lo que me has contado, Jake —había dicho Craig—. Daré prioridad a esto para uno de nuestros equipos de investigación. Deberíamos tener a alguien trabajando contigo en este caso muy pronto.

Jake así lo esperaba. No sabía cuánto tiempo podría mantener la fachada de policía corrupto. Era importante no involucrarse demasiado. Tenía una familia a la que proteger, aunque sabía que ya había puesto sus vidas en peligro al hacer esa llamada.

Mientras miraba al techo, las imágenes de Danny Cipriano enterrado vivo en cemento pasaban por su mente, y en uno de los fotogramas, el rostro de Danny era sustituido por el de Elizabeth y las niñas. Algo visceral, vívido. Una capa de sudor cubrió su cuerpo ante la idea de lo que podría pasarles si Liam, Drew o Garrison se enteraban de que les había traicionado.

Se preguntó si habría tomado la decisión correcta. Sus colegas eran sus amigos más cercanos; fuera del trabajo no tenía a nadie a quien considerara íntimo. Pasaba cada día con Liam, Drew y Garrison. Los conocía mejor que a nadie. O eso creía. Lo que les había hecho era una traición a su confianza y a la amistad por la que tanto tiempo se había esforzado.

Pero ellos también me traicionaron cuando me involucraron en esto.

Ya había pensado suficiente. Era hora de distraerse.

Jake se levantó de la cama y miró la hora: las 3:46. Frotándose los ojos, se dirigió arrastrando los pies hacia la cocina. Allí, sobre la encimera, estaba la carta que Elizabeth le había enseñado el otro día. Esa que estaba tan cubierta de rojo como su historial crediticio. Aquello seguía siendo un problema muy pertinente, algo que continuaba pendiente.

Un asunto resuelto, quedaba otro. Una idea surgió en su interior. Se desplazó al otro lado de la cocina y abrió el ordenador portátil, inició sesión y empezó a buscar formas rápidas y legítimas de ganar dinero. Aparecieron varios sitios web de correo basura que le invitaban a participar en ensayos médicos y a vender productos que le harían ganar varios cientos de miles de libras en cuestión de pocos días. Estafas piramidales y todo eso. Jake sabía que eran patrañas —completas patrañas— e ignoró los primeros resultados al principio de Google. La página de búsqueda estaba plagada de signos de exclamación y letras mayúsculas, ofreciéndole el siguiente secreto mejor guardado que le convertiría en millonario. Pero hubo uno que destacó entre los demás.

Un artículo que enumeraba varias formas de ganar dinero.

Inversiones. Préstamos. Apuestas. Todos estaban ahí. Y le estaban llamando a gritos.

Investigó un poco sobre la inversión en acciones y bolsa y lo descartó en cuanto se dio cuenta de que era una inversión a largo plazo y no de beneficio inmediato. No podían permitirse desperdiciar el poco dinero que tenían y no ver un rendimiento inmediato. Quizá en veinte años, pero ahora no.

Aprendió que los préstamos también eran una completa pérdida de tiempo. Los tipos de interés eran astronómicos y sabía que los riesgos no valían la pena.

¿Pero las apuestas? Eso era algo que le interesaba. No sabía mucho de deportes; desde que murió su padre, se había mantenido lo más alejado posible del fútbol. Pero sabía lo suficiente sobre la Fórmula 1 y el automovilismo para poder hacer apuestas fundamentadas. Empezar con poco, reinvertir las ganancias. Fácil.

Con el interés despertado, Jake leyó el artículo de nuevo y escaneó el texto en busca del mejor sitio de apuestas que pudiera utilizar. Encontró uno y se registró. La empresa promocionaba una oferta. Apuesta 10 libras y consigue otras 10 libras extra para jugar en una apuesta gratuita. Perfecto.

Jake empezó a introducir los datos de su tarjeta de débito en la página de envío. En cuanto pulsó el botón y se cargó su panel principal, la puerta de la cocina se abrió. Era Maisie, frotándose los ojos por el sueño. Tenía el pelo hecho un desastre y llevaba una manta en la mano.

Jake se levantó de la silla de un salto. —¡Maisie! ¿Qué haces levantada? —Se agachó a su lado y la tomó en brazos.

—¿Por qué estás despierto, papi? —preguntó ella.

Jake soltó una risita. —Papi no puede dormir. Tiene muchas cosas que hacer que le mantienen despierto.

—¿Qué cosas?

—Cosas de adultos. ¿Por qué no estás en la cama?

—Me has despertado —dijo ella. Tenía los ojos inyectados de sangre.

—Lo siento, cariño. Vamos a llevarte a la cama. —Jake se dirigió hacia la puerta.

—¿Vienes tú también?

—Papá se va a quedar despierto un ratito más. Tiene que terminar esas cosas tan importantes.

—Por favor. —Sus ojos se agrandaron y el sueño que ocultaban pareció desaparecer en un instante.

—Está bien.

Miró el ordenador, cerró la tapa y subió las escaleras. Cuando por fin se despertó en la cama de Maisie dos horas después, ya era hora de ir a trabajar.

CAPÍTULO 21

DE SOBRA

Las calles estaban desiertas. Eran poco más de las seis cuando Jake salió de casa, y Liam, Drew y Garrison ya estaban allí cuando llegó a Bow Green unos minutos antes de las siete. Los tres se encontraban en la cocina, preparando una ronda de café.

—Buenos días —dijo Jake con voz somnolienta. Bostezó. Tenía los párpados pesados. Sentía como si le hubieran atado pesas a los ojos, manteniéndolos cerrados de forma permanente.

—¿A qué hora llamas a esto? —le soltó Liam a Jake en cuanto entró, con un tono más animado de lo normal para las siete de la mañana.

—Demasiado jodidamente temprano —dijo Drew, sin darse cuenta de que Liam le hablaba a Jake.

—Ni siquiera se han despertado los pájaros todavía —añadió Garrison mientras mojaba una Digestive de chocolate en su té.

—Ya sé que preferiríais estar durmiendo, pero tenemos un trabajo importante entre manos. Simplemente enviadme un listado de vuestras horas extra al final de la semana y haré que las aprueben todas.

Liam le arrebató una galleta a Garrison y salió de la cocina seguido por el detective.

Mientras Jake se movía por la cocina preparándose la tostada y el café, sintió que la mirada de Drew se clavaba en él. Si podía evitarlo, esquivaría a aquel hombre todo lo posible. Pero sabía que era imposible.

—Oye, colega —dijo Drew acercándose a Jake—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—He... traído una cosa para ti. —Su mochila descansaba en el suelo, entre las piernas. Se agachó, metió la mano y sacó una bolsa de papel marrón, que dejó junto a la taza de Jake—. Diez mil. Como prometí.

Jake se quedó mirando la bolsa con incredulidad.

—¡Guarda eso! —dijo, deslizándola por la encimera.

—Es tuyo. —Drew la empujó de vuelta.

Con cautela, Jake cogió la bolsa y examinó el contenido. Allí, enterrado en el fondo, había un fajo grueso de billetes. Era la mayor cantidad de dinero que Jake había tenido nunca en sus manos, y se quedó maravillado. El inconfundible olor del efectivo flotó en el aire, venció al aroma de la tostada quemada y se alzó victorioso en sus fosas nasales. No lo sabía con certeza, pero estaba seguro de que se había quedado con la boca abierta.

—Y hay mucho más de donde ha salido eso.

«Ya, claro que sí», pensó Jake. Durante un momento dudó, sopesando si debía coger el dinero o no. Entonces recordó que *debía* hacerlo. Si iba a mantener la fachada de que estaba de su parte —en cada aspecto de su operación—, tendría que aceptarlo, independientemente de si realmente quería quedárselo o no.

Jake envolvió el dinero en la bolsa, lo sujetó bajo el plato y se dirigió al despacho con el café en la otra mano.

Cuando volvían a sus mesas, Drew le susurró al oído:

—Como te he dicho, hay mucho más de donde ha salido eso. *Mucho*.

Jake asintió en señal de reconocimiento y fingió una sonrisa de impresión.

Drew volvió a susurrar:

—Recuerda lo que puede pasar si no cumples con tu parte del trato.

CAPÍTULO 22

H

Drew Richmond nunca ha sido un hombre supersticioso. ¿O se trata de intuición? Sea como fuere, sabe calar bien a la gente y reconoce el momento en que algo no marcha bien. Y, desde luego, algo no ha encajado en la reacción que acaba de tener Jake. Concretamente, no sabe el qué, pero algo no cuadraba; las voces de su cabeza se lo dicen. Y eso le preocupa.

Sabía que convencer a Jake iba a llevarle un tiempo, pero cómo se han desarrollado los acontecimientos no es lo que se esperaba. Jake estaba dispuesto a aceptar el dinero. A aceptar el soborno. Como si no fueran más que cinco o diez libras, y no diez mil; un contraste absoluto con su comportamiento de ayer. ¿Es posible que Jake haya cambiado por completo de la noche a la mañana? ¿O simplemente se está volviendo paranoico?

Sí, piensa. Sí, lo soy.

Las voces de la duda le han estado llegando en tromba últimamente, pisoteando a las voces de la razón. Existe una explicación sencilla. Y esa misma explicación es el mismo método para silenciar las voces de la duda. Un arma de doble filo. Pero, como ocurre con la mayoría de las cosas, hay que aceptar lo bueno con lo malo. En el caso de Drew, acepta mucho de lo bueno con mucho de lo malo.

Silbando «Elephant Walk» al salir del despacho, se dirige a los aseos de caballeros de la tercera planta. En el interior, los urinarios están vacíos y hace un rápido reconocimiento de las cabinas antes de meterse en la que queda más lejos de la puerta del baño.

Una vez dentro, Drew baja la tapa del váter y se sienta, saca su teléfono prepago del bolsillo y lo enciende. Es solo para emergencias. La pequeña pantalla del Nokia 3110 se ilumina y muestra la página de inicio. Se desplaza por la agenda, busca el número que termina en 783 —el de Liam— y le envía un mensaje.

JAKE = CONFIRMADO.

PULSA ENVIAR Y ESPERA, haciendo girar el dispositivo entre los dedos.

Veinte segundos después, recibe una respuesta.

¿CÓMO?

DREW ESCRIBE SU SIGUIENTE RESPUESTA.

DREW: *10 mil metidos en su cajón. Comprando silencio. Confía en mí.*

Liam: *Espero poder hacerlo.*

Drew: *¿Has hablado con H?*

Liam: *Dame tiempo. Primero tengo que ocuparme de DC.*

DREW lee el mensaje varias veces, incrédulo, con una chispa de rabia prendiendo en la boca del estómago. Liam le prometió que hablaría con Henry hace una semana y aún no lo ha hecho. Danny Cipriano murió hace solo dos días, así que ¿cuál es su excusa?

Justo cuando Drew empieza a escribir otra respuesta, Liam se le adelanta.

RELÁJATE. *H ha dicho que Charlie y Mandy vienen a la ciudad. Quizá HU Archie Arnold ;)*

ESO LE DICE a Drew todo lo que necesita saber. No es lo que quiere, pero no puede hacer nada al respecto. Hay una jerarquía establecida en lo que respecta a introducir droga en el país y distribuirla por la ciudad con la ayuda de Henry Matheson, y si quiere avanzar en el negocio, tiene que acatar las reglas. Por ahora.

Suspirando profundamente, Drew apaga el dispositivo, apoya la espalda contra la cisterna y descansa la cabeza con incomodidad en la pared de hormigón. Ahora es el momento de relajarse un poco más, despejar el ruido y las distracciones de su cabeza, silenciar las voces de la duda para que dejen de volverle loco. Lo bueno con lo malo.

Drew mete la mano en el bolsillo de su americana, saca una bolsita de polvo blanco, mete el dedo y se frota la sustancia en las encías. El efecto es casi instantáneo; una sensación de entumecimiento se extiende por el interior de su boca y por el resto del cuerpo. El pulso se le acelera y una fina capa de sudor le cubre el cuerpo, viscosa, como los planes que tiene para el futuro. No tardará mucho en sentir el subidón total.

Todo lo que tiene que hacer ahora es mantener la calma y aparentar que no hay drogas de clase A recorriendo su organismo.

Al salir, Drew sella la bolsa y la guarda de nuevo en el bolsillo, tira de la cadena y después se lava el pecado de la piel.

CAPÍTULO 23

PALABRA DE BOY SCOUT

Tenía el dinero junto a la pierna, oculto en el fondo del cajón, descansando bajo cuatro carpetas de anillas y un paquete de Post-it sin estrenar. Pero, a pesar de haberlo escondido bajo todas esas capas, Jake no lograba quitarse la sensación de que lo llevaba encima, de que lo envolvía, pegado a su piel, a su ropa y a su rostro. Un disfraz que pregonaba al mundo que era víctima del soborno policial. Cerró los ojos e intentó desterrar de su mente cualquier pensamiento sobre el dinero, pero era inútil. Permanecía allí y lo perseguía como una bola y una cadena, lastrando su conciencia.

La puerta del despacho de Liam se abrió.

—Jake —lo llamó—. ¿Podemos hablar?

Jake miró su escritorio, luego el cajón y después el resto de la oficina antes de levantarse de la silla y cruzar la sala. Cerró la puerta de Liam tras de sí. El bullicio de la oficina se oía tenuemente de fondo.

Liam se balanceaba a los lados en su silla, bebiendo de su taza de café. Estaba prácticamente llena hasta el borde.

—¿Otro ya, jefe? —preguntó Jake, intentando aligerar el ambiente y suavizar el golpe de lo que estaba por venir.

—Ahora mismo tengo más café que sangre en el cuerpo —respondió Liam.

Ambos soltaron una risita, pero se terminó tan rápido como había empezado. Se instaló un silencio incómodo seguido de un aire premonitorio. Por suerte, Liam le puso fin indicándole a Jake que se sentara.

—Hay algo que quería comentar contigo, Jake…

—¿Ah, sí…?

Liam se aclaró la garganta. —Lo de anoche. Sé que fue un poco impactante y que tal vez te lleve un tiempo procesarlo, pero quería ver cómo estabas, saber cómo lo llevabas.

Jake tragó saliva, preparándose para el torrente de sandeces y mentiras que estaba a punto de soltar por la boca. Fuera cual fuera su estrategia, tenía que andar con pies de plomo; Liam era un oficial altamente cualificado, y Jake no tenía ninguna duda de que escudriñaría cada uno de sus actos en busca de cualquier señal de que estuviera mintiendo: pupilas dilatadas, sudor en la piel, evitar la mirada constantemente, hablar deprisa, dar demasiadas explicaciones… señales delatoras de engaño que debía evitar mostrar a toda costa.

—A ver… al principio fue un poco chocante. Pero… —Hizo una pausa—. Al pensarlo, todo cobró mucho más sentido. Quiero decir, he comprendido por qué estabais tan interesados en Archie Arnold durante el caso del Asesino de Stratford. Necesitabais a alguien a quien colgarle el muerto, igual que ahora.

—Buen chico. Siempre he sabido que eras de los buenos, Jake. Pero supongo que contamos contigo plenamente para esto, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Y, aunque espero que nunca lleguemos a ese extremo, ¿eres consciente de lo que pasará si dejas de ser de los buenos?

Jake asintió. —Muy consciente.

—Mejor aún. —Liam tomó otro sorbo de café. Al posar la taza, eructó, lanzando una densa nube de olor a alcohol hacia Jake. No había ni rastro de café en aquella taza. —Por lo que tengo entendido —continuó Liam—, ¿ya te ha enseñado Drew cómo funciona la lealtad en este equipo?

Jake levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de Liam. —Me lo ha dejado muy claro.

—Siempre se puede confiar en Drew para eso.

Vaciló de nuevo, esta vez inclinándose más hacia Jake con los brazos apoyados en el escritorio. Su mirada oscura y modesta se clavó en la de Jake, erizándole el vello de los brazos. —¿Sabes que puedes confiar en mí, verdad?

—Por supuesto, jefe.

—¿Hay… hay algo que quieras decirme?

Jake se lo pensó un momento y decidió decir la verdad. Al menos, parte de ella.

—Es que estoy cansado —dijo Jake—. Anoche no dormí mucho. Maisie estuvo despierta y me tocaba a mí cuidarla.

—Sé cómo es. Yo tenía quince años cuando nació mi hermana pequeña. Una puta pesadilla. Tenía que cuidarla y asegurarme de que estuviera bien. Así que sé por lo que estás pasando. Pero ¿seguro que no hay nada más? Parece que llevas el peso del mundo sobre tus hombros.

Y eso no es ni la mitad.

Jake bajó la mirada hacia su regazo. Se le formó un nudo en la garganta.

—Por favor, que quede entre nosotros —dijo, asegurándose de soltar la advertencia cuanto antes.

—Te doy mi palabra. —Liam levantó los dedos haciendo un saludo—. Palabra de boy scout.

—Estamos teniendo problemas… económicos.

—¿Todavía?

Jake asintió. —Me da hasta vergüenza contártelo. Es una acumulación de muchas cosas. Lo de que me clonaran los datos en la Dark Web no ayudó. Pero, básicamente, hace mucho tiempo choqué contra un coche y resultó que el seguro del otro conductor era fraudulento. Así que ahora mis seguros han subido, las primas están por las nubes y tengo gastos legales que me cuesta pagar. No importa qué coche mire para cambiarlo, los precios son astronómicos… y necesito el coche para venir a trabajar. Y, para colmo, nos han subido las facturas de la luz y el agua. Han dicho que pagamos de menos el año pasado, así que han «ajustado la

factura para reflejarlo». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos al decir las últimas palabras.

Liam tardó mucho tiempo en responder. Por un momento, Jake se preguntó si su jefe lo había estado escuchando siquiera.

—No sé qué decirte, tío. ¿Ha sido duro?

Jake asintió.

—¿Y Elizabeth y tú…?

—De momento, bien. Ambos sabemos que es un problema. Le he dicho que lo solucionaré, pero no pasará mucho tiempo hasta que las cosas se pongan realmente mal.

—Ya. Ya. —Liam se quedó pensativo otra vez—. ¿Tienes alguna solución? ¿Alguna forma de arreglarlo?

Jake esbozó una media sonrisa. —Bueno, la recompensa de Drew ha sido un regalo de bienvenida estupendo, eso te lo aseguro. Ayudará a cubrir parte de la deuda. Sin eso, quiero decir… anoche incluso estuve mirando temas de apuestas y préstamos. No sabes lo cerca que estuve de cometer un error.

—Un gran error —respondió Liam—. Nunca recurras a ese tipo de cosas. Créeme. Yo he pasado por eso y tengo las cicatrices que lo demuestran. Todo se arreglará, chico. Supongo que nuestro nuevo trabajo juntos podrá ayudar a pagar parte de eso, ¿no?

—Supongo que sí.

—Y estoy seguro de que podemos mantener esto lejos de las narices de Asuntos Internos. No hace falta que lo sepan todavía.

—Yo… yo… gracias, señor.

—Venga, déjate de halagos y vuelve al trabajo. Tengo que hacer una llamada.

CAPÍTULO 24

EL TENAZ TANNER

El aire frío le mordió los dedos y la nariz a Liam mientras abría la puerta de su coche y se metía dentro de un salto. Apoyó las manos en el volante y se detuvo un momento a mirar alrededor. Todo estaba como debía estar. La taza de café vacía que había dejado allí aquella mañana. Las gafas de sol escondidas en la guantera. El libro de Jo Nesbo que no leía desde hacía semanas sobre el asiento trasero. El ambientador colgando del espejo retrovisor.

Pero algo era distinto. Algo iba mal. Estaba fuera de lugar. Había un olor raro, extraño. Como si alguien que sudase a mares —o que simplemente apestase a sudor de forma permanente— hubiera estado dentro.

Al instante sus pensamientos se dirigieron a La Cábala. ¿Era obra suya? ¿Habían enviado al Granjero para darle una advertencia, y además en su propio lugar de trabajo? Quedarse dentro del coche no merecía el riesgo. Mejor ir a algún sitio que no hubiera sido comprometido.

Liam salió de un salto y cerró el coche con el mando repetidamente, solo por si acaso; luego salió del recinto y encontró un banco aislado junto a un árbol al lado de la carretera principal. Los coches pasaban desfilando sin prestarle apenas atención, y los

peatones se apresuraban por la acera con los cascos puestos y la cabeza baja, mirando sus espejos negros. Nadie miraba hacia él, casi como si ni siquiera estuviera allí. Un lugar perfecto para una conversación. Sacó del bolsillo un pequeño teléfono de prepago —distinto al que había usado para hablar con Drew— y marcó el único contacto que tenía guardado.

—¿Dígame? —preguntó la voz al otro lado.

—¿Puedes hablar?

—Si no, no habría respondido. ¿Qué quieres? —había hostilidad habitual en la voz de Elliot Bridger.

—¿Cómo va la jubilación? —preguntó Liam—. ¿Se porta bien contigo?

—Sé que no has llamado para charlar, Liam. Tú y yo somos personas ocupadas.

—¿La jubilación es ajetreada? Pues no me gusta cómo suena eso si es el caso.

—Al grano, Liam.

—Pensé en llamarte para darte la noticia.

—¿Qué noticia?

—Danny Cipriano. Ha muerto.

Silencio.

—Bridger… ¿estás ahí?

—¿Cómo? —preguntó Bridger.

—Sacado del programa de protección de testigos. El Granjero. Ahogado en cemento y luego enterrado en él.

—¿Qué… cojones? —balbuceó Bridger—. ¿Dónde?

—En las obras del Estadio Olímpico.

—¿Me vacilas?

—Ojalá.

Otro breve silencio mientras Bridger controlaba su respiración.

—Espera un momento… —empezó—. ¿Por qué está muerto?

—Porque al parecer Danny pensaba que la libertad de expresión se le aplicaba a él, y que podía hablar con alguien sobre nosotros.

—¿Mencionó algún nombre?

—Ninguno. Que yo sepa.

La última vez que se habían visto, Liam había estado apuntando a la cabeza de Bridger con una pistola, obligándolo a mentirle a Jake por teléfono. Desde entonces, se habían convertido en conocidos, moviéndose en el precipicio de llegar a ser amigos. Eran aliados, unidos por el objetivo común de escalar en el escalafón de La Cábala, y ambos sabían de primera mano de lo que La Cábala era capaz. A veces, en este negocio, era mejor hacer amigos que enemigos. Sobre todo si querías sobrevivir.

Se oyó un profundo suspiro al otro lado del teléfono. —Entre todos los sitios donde hacerlo —dijo Bridger—. Te han dejado con un marrón que limpiar.

—A menos que La Cábala tenga un plan que yo ignore.

—¿Qué quieres decir? —el tono de Bridger bajó.

—La Cábala no quiso decirme quién era el cadáver, y solo me enteré de que era Danny por el informe del patólogo. Tampoco recibí aviso de que eso fuera a ocurrir. Sin preámbulos. Simplemente pasó. Ahora tengo que encargarme *yo*. Y hay algo que no me cuadra. Me hace pensar que quizá Danny sí mencionó nombres. Quizá Danny nos implicó a ti o a mí, o al resto de nosotros. Y a mí me mantienen a oscuras como precursor de lo que está por venir.

Bridger empezó a hablar —farfullando de forma incoherente—, pero acabó callándose.

—Solo digo que tienes que ser cauteloso. Olvida las asperezas del pasado y escúchame. Solo tienes que asegurarte de tener una coartada en todo momento y de que tu paradero esté bien documentado.

—Tú y yo sabemos que eso no vale de nada cuando se trata de este asunto. Podrías tener todas las pruebas del mundo y bastaría con un error administrativo para que, *puf*, todo desapareciera. —Bridger vaciló—. Joder, Liam. Dije que había terminado con esta mierda. Acordamos que esta mierda se acabaría en cuanto sacara a Danny y Michael de la prisión preventiva.

—Solo te digo que tengas cuidado, eso es todo. Aún no ha pasado nada. Y tampoco sabemos si pasará algo. Solo tienes que estar preparado para tomar las medidas necesarias.

—Esto es una estupidez.

Liam puso los ojos en blanco. —No me gusta más que a ti. Pero es algo con lo que tenemos que lidiar. Ambos sabíamos que llegaría este día.

—Pero no tan pronto —añadió Bridger.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—Tanner.

Silencio. Liam sabía que el nombre provocaba palpitaciones en el cuerpo de Bridger.

—Está en el caso. Estamos investigando la muerte de Danny. Pero esta vez es diferente. Está de nuestro lado. Drew se las apañó para usar sus trucos con él.

—Los trucos de magia no existen.

—Es verdad.

—Drew es aún más imprevisible que Jake. Lo he visto. Y ya te advertí sobre él en el pasado.

Liam volvió a poner los ojos en blanco. —No necesito que me lo recuerdes. Mi punto es que sabes que Jake va a querer hablar contigo. Es inevitable. Donde aparece Danny, apareces tú.

—Parece que tú también vas a tener que cuidarte, Liam. Tanner es tenaz.

—Tú cuida de ti mismo y yo cuidaré de mí. Si Tanner hace algo que no debe, puedes dejármelo a mí. Conozco sus debilidades.

CAPÍTULO 25

DESCUBRIMIENTO INESPERADO

Desenterrar información conmocionante e inútil se estaba convirtiendo en un tema recurrente en la investigación de Jake. Primero fue Drew y lo que le había hecho a Hannah Bryant. Luego la identificación de Danny Cipriano como el cadáver en el cemento. Después, el descubrimiento de la organización corrupta que dirigían Drew, Liam y Garrison.

Y ahora esto. Para colmo.

En la última media hora, Jake había sido encargado de investigar la vida y los tiempos de su principal sospechoso, Richard Maddison. Después de pasar su nombre por la PNC, Jake había sacado a la luz una cantidad importante de información sobre Richard Maddison que sin duda sellaría el destino del hombre. Tenía un pasado, una historia que probablemente no quería que la gente conociera – menos aún los polis corruptos que intentaban incriminarlo por un asesinato.

En 2005, había sido condenado por actividad sexual con un menor, después de acostarse con una chica menor de edad a la que había conocido en una discoteca de Newcastle. Se enteró de su edad al día siguiente, y posteriormente fue condenado a dieciséis meses de prisión e inscrito en el Registro de Delincuentes Sexuales.

Pero eso no era lo más interesante que Jake había descubierto.

El encarcelamiento por el delito sexual no era la única vez que Richard había acabado tras las rejas. De hecho, cuando era más joven, a principios de los veinte, había sido detenido un par de veces por asaltar tiendas y gasolineras en una zona de Newcastle. La misma zona donde Danny, Michael y Luke Cipriano –Los Crimsons– habían crecido. Tras su detención, le habían impuesto una ASBO y le habían advertido muchas más veces de las que se merecía. Pero luego algo salió mal: Richard había forzado un coche e intentó robar su contenido, pero fue detenido y acusado con la ayuda de unos testigos presenciales muy diligentes –que después resultaron ser Danny y Michael Cipriano.

Después de la condena de Richard por delito sexual, sus caminos y el de Danny se cruzaron por primera vez en años. Danny había sido condenado a seis meses por violencia doméstica en ese momento –lo cual, con la perspectiva del tiempo, debería haber sido al revés, dado que después se descubrió que era él quien estaba siendo abusado por su novia Louise. Durante su tiempo juntos, Danny le había confesado que había sido testigo y que había ayudado a meter a Richard en la cárcel la primera vez.

Su relación era compleja y eso era lo que más asustaba a Jake.

Había un historial entre los dos, una vendetta, una justicia adeudada. Y eso significaba que ahora había un móvil creíble para que Richard hubiera matado a Danny. Estaban ahora un paso más cerca de clavar el último clavo en su ataúd.

Jake estaba desgarrado.

Si hubiera hecho este descubrimiento sin saber que estaban intentando incriminar a Richard, entonces se lo habría contado a Liam –o a quien le importara más– inmediatamente. Pero ahora que sabía que la vida de un hombre inocente pendía de este fragmento de pruebas, una parte de él no quería entregarla. *No podía* entregarla. Pero entonces recordó que tenía colegas trabajando hacia el mismo resultado. ¿Y si Drew o Garrison encontraban la información cuando era su trabajo encontrarla? Se darían cuenta de que no estaba tan metido como les había convencido que estaba. No… era lo correcto. Por el bien de la investigación. Por el bien de su

lucha contra Liam, Drew y Garrison. Necesitaba hacerlo de esta manera.

Era la única manera.

De mala gana, Jake se apartó de su escritorio y se acercó a la puerta de Liam. Llamó y luego entró antes de darle a Liam la oportunidad de responder.

—Jefe, tengo una novedad para ti. Creo que te va a gustar.

CAPÍTULO 26

FAVORITOS

Nigel Clayton era un hombre de muchos talentos. Ante todo, era un hombre de negocios, un emprendedor. Se le daba bien la gente; se le daban aún mejor los números. Lo cual, siendo el único miembro británico del grupo, resultaba de ayuda. Si necesitaban la mano de un abogado para suavizar las cosas con sus negocios de blanqueo de capitales, o incluso otro contable, Nigel conocía a los contactos adecuados. Nigel también era muy creativo y se le daba bien proponer ideas sobre cómo blanquear dinero, la razón por la que estaba allí. Como grupo, tenían un excedente y necesitaban filtrarlo a través del sistema y convertirlo de algún modo en efectivo limpio. Ahí era donde Nigel jugaba en una liga propia.

—Envíalo al extranjero.

—No. Mantenlo en el país. —Georgiy agitó el dedo delante de la cara de Nigel.

Estaban sentados en su club nocturno, justo a las afueras de West Ham. Coalesce. Un nombre de mierda que habían sacado del diccionario. Era la primera de las tres propiedades que utilizaban para el blanqueo de dinero. El proceso le resultaba ajeno a Georgiy cuando empezó, pero tras años de experiencia y de aprender sobre la marcha, empezaba a cobrar sentido. Pero tenía aún más sentido confiárselo a alguien que fuera un experto.

—Escúchame —dijo Nigel, señalando a Georgiy con el dedo—. ¿Cuánto nos va a tocar por el trabajo de Danny?

—Doscientos cincuenta.

—¿Doscientas cincuenta mil libras? Pensaba que eran quinientas.

Georgiy se inclinó hacia delante, acercándose a la cara de Nigel. —Tu cagada nos ha hecho perder la mitad del dinero.

—¿Cagada? ¿Qué cagada?

—El cemento. No fraguó a tiempo. Dijiste que el agente refrigerante enfriaría. Por eso, perdemos el cincuenta por ciento.

Nigel gesticuló violentamente. Por su apariencia, daba la impresión de ser un inferior, un insubordinado; era físicamente pequeño y parecía incapaz de defenderse en una pelea. Pero era todo lo contrario. No tenía miedo de dar la cara; tampoco temía discutir y defender su postura.

—¡Gilipolleces! —exclamó Nigel—. Te lo he dicho: soy un puto contable, no un puto científico. ¿Cómo iba a saber que no se iba a enfriar a tiempo? Échale la culpa a Vitaly tanto como a mí.

—No te preocupes —dijo Georgiy, levantando una mano y silenciando rápidamente a Nigel—. Vitaly ya está en mi lista.

«Pero tú ya tienes una marca negra extra junto a tu nombre», pensó.

—Basta, de acuerdo, vale —dijo Nigel, recostándose en su silla—. Como decía, tenemos que blanquear un cuarto de millón fuera del país. Ya tenemos bastantes negocios tal como están las cosas. Si lo enviamos al extranjero, podemos recuperar nuestra inversión... y algo más.

—¿Cómo?

—Oro.

Georgiy puso los ojos en blanco y soltó un bufido de desprecio.

—Es sencillo. —Nigel saltó de su silla, cogió un bolígrafo y un bloc de notas y regresó al escritorio—. Envía el dinero a Francia. Haz que alguien lo transfiera más lejos: Bélgica, Alemania, los Países Bajos. Encuentra un contacto que pueda suministrar oro, barato. Cómpralo con el dinero blanqueado y luego lleva el oro a Dubái o a Oriente Medio. Allí, véndelo —ya sea por la misma cantidad que

pagamos por él, o más— y luego envía el dinero a nuestras cuentas en paraísos fiscales.

—No parece sencillo —dijo Georgiy, intentando negar el hecho de que su interés se había despertado.

—No es fácil cuando no sabes cómo. Pero para eso me habéis involucrado a mí.

Georgiy se frotó un lado de la cara mientras reflexionaba. —¿A quién usamos de mula?

—A Tatiana. Es una mujer y tiene varios pasaportes. No deberían sospechar de ella. O a quien quieras... a un extraño en la calle... a cualquiera, siempre que pagues lo suficiente por su silencio.

Era mucho en lo que pensar, y era mucho dinero para blanquear: su mayor botín hasta la fecha. Hasta ese momento, solo habían recibido cantidades bajas de dinero por llevar a cabo asesinatos por encargo. Veinte mil. Treinta mil. Cincuenta mil. Incluso cien mil una vez. Pero nada tan sustancioso como esto. Y luego estaban las otras ramas del negocio de las que se encargaba actualmente en nombre de La Cábala. El contrabando. El tráfico de armas. El tráfico de drogas a pequeña escala con los albaneses y rumanos que se mantenía lejos de las narices de Henry Matheson y Jermaine Gordon. Ya había demasiadas facetas en sus negocios. Quizá era hora de cambiar de estrategia.

—Organízalo todo —le dijo a Nigel—. Planéalo para dentro de un par de días. Espera a que se asiente el polvo por el trabajo de Cipriano. Pero dímelo antes de aceptar. Yo se lo diré a Tatiana.

Nigel asintió con la cabeza, cogió sus cosas y se marchó.

Justo cuando Nigel cerraba la puerta tras de sí, el teléfono del despacho de Georgiy sonó. Miró el número y esperó un momento antes de responder, alargando la mano hacia el mando del televisor y encendiendo las noticias.

—¿Diga? —dijo con cautela mientras se llevaba el teléfono a la oreja.

—Soy yo.

—¿Qué pasa ahora?

—Tengo otro encargo para ti.

—¿Ha sido aprobado?

—Sí.

—¿Cuál es el nombre?

—Richard Maddison. Pero esto es diferente.

—Sí...

—Tienes que hacer que parezca un suicidio. Un suicidio ruso. Tu favorito.

—¿La misma paga? —preguntó Georgiy.

—La misma paga.

Georgiy centró su atención en el televisor. Algo le llamó la atención.

—Bien —dijo—. Envíame los detalles.

Justo cuando estaba a punto de terminar la llamada, las imágenes en la pantalla de BBC News cambiaron. Lo que le devolvía la mirada era una imagen en directo del Estadio Olímpico de Londres.

—Joder —susurró.

—¿Qué?

—Danny Cipriano. Sale en las noticias.

—Ah, lo sé. Yo le dije al reportero que lo pusiera ahí.

CAPÍTULO 27

SINCERÁNDOSE

Liam bajó la tapa de su ordenador portátil despacio, como si eso pudiera retrasar lo inevitable. Estaban a punto de verse con la mierda al cuello, se encontraban en una situación desesperada y no estaban preparados en absoluto.

Tanya. Lo había traicionado al publicar la noticia antes de tiempo. Él le había dicho explícitamente que esperase a sus instrucciones. Y ahora había presionado a Liam y a su equipo para que resolvieran el caso rápido, con los ojos de todo el mundo puestos en ellos. Era demasiado tarde para arrepentirse de habérsela dado en primer lugar, pero era la única emoción que sentía ahora mismo. Eso y rabia. ¿Cómo había podido ser tan estúpido de confiarle una información tan importante? La respuesta era sencilla. Hormonas. Ego. Había pensado con el pene. Otra vez.

Liam dejó escapar un hondo gruñido y se pellizcó el puente de la nariz.

Necesitaba una copa. Una fuerte. ¿Una botella de bourbon, quizá? O tal vez algo un poco más potente, como absenta. Tenía una botella escondida para cuando los tiempos se pusieran difíciles de verdad.

Mientras Liam se deslizaba con la silla hacia el archivador que tenía detrás, llamaron a la puerta.

Drew.

—¿Qué quieres? —dijo Liam mientras se impulsaba de vuelta a su escritorio.

—Yo... yo... —Drew se frotó la nariz y sorbió con fuerza—. Yo... solo quería charlar.

Liam se levantó de la silla, dio un paso adelante y se detuvo a medio metro de Drew. Las pupilas del hombre eran como platos. Tenía los poros abiertos, los labios entreabiertos y el pecho subía y bajaba con violencia.

Los síntomas eran los mismos. Siempre los mismos.

—Vacíate los bolsillos —ordenó Liam.

Los ojos de Drew se abrieron aún más. —¿Qué dices?

—No me vengas con esas, *tío*. He dicho que te vacíes los bolsillos.

Con cautela, Drew metió las manos en los bolsillos delanteros y traseros del pantalón, sacando el móvil, la cartera y una tarjeta de visita suelta que tenía su información de contacto.

—¿A qué viene esto, Liam?

—En *todos* los bolsillos.

A Drew se le desencajó la cara. Pillado, y lo sabía. Lentamente, metió la mano en el bolsillo interior de la americana.

En cuanto sacó la bolsita de polvo, Liam se la arrebató de la mano y la tiró al suelo. Luego agarró a Drew por la solapa y lo empujó contra la pared, usando su peso corporal para inmovilizarlo, presionando contra él con un brazo apoyado en su clavícula.

—¡Jefe! ¡Relájate! ¿Qué estás...?

—¡Ni se te ocurra! —gruñó Liam en la cara de Drew, enseñando los dientes, manteniéndolos apretados para que su voz no traspasara las paredes—. ¿A qué coño juegas? ¿Estás consumiendo otra vez? Pensé que lo habías dejado.

Drew balbuceó como un bebé, incapaz de articular una frase con sentido.

—Dijiste que lo habías dejado —gruñó Liam.

—¡Lo había hecho!

—Las pruebas sugieren lo contrario. Así que no me mientas, Drew. ¡No me mientas, joder! —Estaba echando humo de rabia—.

¿Por eso no dejas de darme la vara para hablar con Henry? ¿Para poder conseguir tu próxima puta dosis?

Drew asintió con timidez.

—No me lo puedo creer. Yo... —Liam soltó a Drew y lo empujó al suelo antes de pasar por encima de él—. Te he dicho que te alejes de eso, Drew. Esa mierda te destrozará la vida. —Liam señaló la bolsita de polvo en el suelo—. Y créeme, no quieres ir por ese camino. Es muy difícil volver de ahí.

—Yo... yo... —Drew se atragantó mientras se ponía de pie con dificultad—. Lo intentaré, Liam.

Liam apretó el puño. Estaba a punto de darle un puñetazo en la cara una y otra vez —de usarlo como saco de boxeo para desahogar sus frustraciones con Tanya—, pero no quería darle el gusto de que ella siguiera en su cabeza ni un segundo más de lo que se merecía.

—Tienes que parar —ordenó Liam—. De lo contrario, esto no podrá continuar.

—¿Qué no podrá continuar?

—He estado dándole vueltas. A las posibilidades de una asociación. Tú. Yo. Henry.

—Ya tenemos una asociación... —Drew se sacudió la ropa y se aclaró la garganta.

—Es algo de poca monta. Insignificante. Nada comparado con lo que podría ser. Piénsalo, ese barrio de mierda —con Archie y el resto — es de aficionados. Nosotros queremos las grandes ligas. Como cuando Milner se fue al City. Nadie lo vio venir, y mira ahora. Teniendo en cuenta que somos nosotros los que permitimos que Matheson meta la mercancía en el país, deberíamos llevarnos una tajada mayor. Solo tenemos que descubrir cómo. ¿Alguna sugerencia?

Drew negó con la cabeza.

—Quizá cuando se te pase el colocón —dijo Liam.

Drew no respondió, y durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Aunque se había desahogado con el tema de la adicción de Drew, todavía había un elefante en la habitación. Aquel parecía el momento perfecto para ventilarlo. Liam tragó saliva ruidosamente. —Hay algo más.

—¿Ah, sí?

—Necesito que seas sincero conmigo. No me enfadaré si me dices la verdad.

—¿De qué se trata, jefe?

—Solo tú sabes qué es lo que tienes que contarme. Hannah Bryant.

Al oír el nombre de Hannah, Drew se quedó inmóvil, plácido; el rápido ascenso y descenso de su pecho era la única parte visible de su cuerpo que se movía, y toda su cara quedó empañada por el miedo.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi trabajo es saberlo. Y supongo que Jake también lo sabe. ¿Por eso le diste el dinero?

Drew suspiró. Bajó la mirada al suelo y la mantuvo allí mientras hablaba. —Se enteró cuando tomó su declaración como testigo. No tenía ni idea de que ella iba a estar allí. No la he visto desde entonces. Casi ni la reconocí. Fue hace quince años.

—¿Qué pasó?

—Yo acababa de... acababa de empezar, con Pete. Ella era una niñata problemática, que causaba jaleo en las calles. Temas de vandalismo. Cosas menores. No valía la pena el lío de tramitarlo como es debido. Pero era guapa, *muy* guapa. Así que seguí con el tema. Le prometí que, si hacía un par de cosas por mí, yo podría hacer un par de cosas por ella y hacer que los cargos desaparecieran.

—¿Cosas sexuales?

—¡No! Nada de eso. Le pedía que me comprara alcohol, comida, tabaco, drogas y esas cosas. ¡Ella fue quien me descubrió los cigarrillos Embassy! Quería que pensara que yo era uno de los buenos, y que no solo la estaba usando para mis recados. Una noche la invité a casa. Me había metido un poco de coca antes; ya sabes, para calmar los nervios, para relajarme. Pero cuando vino estaba inquieta. Nerviosa. Así que le ofrecí un poco.

—¿Aceptó?

—Sí. Pero no mucha. No tanta como yo. Y entonces empezamos a hablar. A conocernos. Pedimos comida a domicilio, tomamos unas

copas y, antes de que nos diéramos cuenta, estábamos en mi habitación, teniendo sexo.

—¿Estaba ella consciente?

—Yo... yo...

—¿Drew?

—No lo sé. No me acuerdo. Fue todo un poco confuso. Estaba drogado hasta las cejas.

—¿Así que seguiste adelante de todos modos?

—Se sentía bien. Hacía tanto tiempo desde la última vez que... ya sabes.

Liam exhaló profundamente, manteniendo sus niveles de estrés lo más bajos posible. Había prometido que no se enfadaría y pensaba cumplirlo.

—Vale... Vale... —dijo Liam, mientras su mente empezaba a considerar los siguientes pasos—. ¿Quién más sabe esto? ¿Garrison?

—Sí. Él fue quien lo investigó. Conseguimos que todo cuadrara de tal forma que nadie supiera que estábamos en el mismo departamento. Se hizo pasar por alguien de la Autoridad de Quejas de la Policía. Por aquel entonces todo era tan laxo que nadie le dio un segundo vistazo.

—¿Y qué hay de las pruebas?

Drew sorbió por la nariz y se la limpió con el dorso de la manga.

—Los forenses encontraron algo en su cuerpo. Pero él se las apañó para deshacerse de ello.

—¿Estás seguro?

—Sí. Me lo prometió. ¿Por qué? ¿Tienes miedo de que Jake pueda hacer algo con ello?

—No creo que sea de Jake de quien tengas que preocuparte esta vez.

CAPÍTULO 28

ATRAPAMOSCAS

Garrison volvió a su mesa después de echar la que le pareció la cagada más larga de su vida. Era casi como si hubiera cobrado vida propia, como aquel gusano dentro del policía del libro *Escoria*. Pero hubo un lado positivo: de camino a la oficina, había visto a Drew y a Liam echándose una bronca en el despacho de este último. Le costaba no sonreír; su plan para separarlos estaba funcionando. No tenían ni idea de lo que estaba haciendo, y nunca la tendrían. El exceso de confianza podía ser traicionero, pero no esta vez.

Siempre y cuando Drew no viniera corriendo a él esperando que le solucionara los problemas. El moñas de mierda siempre le buscaba para que lo guiara y le diera su aprobación, como un chucho callejero que busca atención, compañía y a alguien que lo cuide. Siempre había sido así y siempre lo sería. Era agotador, y era una de las cosas que más esperaba con ganas de su jubilación.

Ni. Un. Drew. Más.

Garrison sacó el móvil del bolsillo, lo desbloqueó y cargó Kingdom of Empires. Había una notificación informándole de que su clan estaba sufriendo un ataque. Sus castillos y cuarteles estaban perdiendo hombres y armas rápidamente; otro clan lo estaba saqueando. Todas aquellas horas —y la considerable cantidad de dinero también— que había invertido en ello se iban al traste. Pero

ahora mismo no podía hacer nada: estaba sucediendo algo más importante.

Tenía un mensaje que enviar.

Abrió su chat con LG540 y escribió un mensaje.

BBC EN DIRECTO. *D y L ya están discutiendo.*

GARRISON LE DIO A ENVIAR. Esperó. Y esperó. Al ver que no llegaba una respuesta inmediata, empezó a tamborilear con el pie en el suelo, subiendo y bajando la rodilla. Salió del chat y volvió a entrar, esperando que eso forzara la llegada de una notificación. La Cábala solía responder rápido. Cuando no llegó respuesta, redactó otro mensaje.

CREO *que L dará rueda de prensa. Aconsejo fase 2.*

EN EL MOMENTO en que Garrison pulsó «Enviar», Drew salió del despacho de Liam, se acercó a toda prisa y puso la mano sobre el monitor del ordenador de Garrison. Presa del pánico, Garrison salió del chat y volvió a la pantalla de inicio, donde su aldea estaba siendo desvalijada.

—¿Estás jugando a un jueguecito?

—Qué lince, genio. ¿Y qué? —Garrison esperaba que Drew no hubiera visto nada que pudiera delatarle.

—Tenemos cosas que hacer. Cosas importantes. Y no mucho tiempo para hacerlas. Y sin embargo, aquí estás tú, con tus malditos videojuegos...

Garrison se encogió de hombros y le lanzó una mirada gélida e imperturbable.

—Practico para cuando me jubile.

—Supongo que la gente necesita aficiones, ¿no? —Drew se frotó la nariz y resopló.

—Sí, ¿y cuál es la tuya? —Garrison enarcó las cejas y miró la nariz de Drew. Parecía un poco más roja de lo habitual. ¿Se le

estaba hundiendo una fosa nasal?

—Ya te gustaría saberlo —respondió Drew—. Jake ha encontrado un vínculo entre Maddison y Cipriano. Ahora nos toca a *nosotros* hacer lo que se nos da bien.

Perfecto. Ven con papá, pensó Garrison. Era como una Venus atrapamoscas, acechando en estado latente, esperando a que su presa volara directamente hacia su boca. Y Drew había hecho precisamente eso.

Garrison sonrió con suficiencia.

—Tengo la idea perfecta. Escucha, y escucha bien. Esto es lo que quiero que hagas...

CAPÍTULO 29

THC-27

Drew agradeció el pequeño subidón de éxtasis que se había tomado en el baño —el segundo del día— antes de salir de la oficina. Le hacía mucha falta. Le había proporcionado un suave impulso justo en el momento ideal.

Bajando las escaleras de dos en dos, sintió que la sangre le corría por el cuerpo. Al pie del edificio, salió de Bow Green y giró a la izquierda. La comisaría estaba situada en la esquina de una carretera principal y enfrente había una hilera de pequeños negocios independientes. Uno de ellos, una tienda de licores llamada Prime Time News, era un lugar que frecuentaba en las pausas del café y del almuerzo. El dueño siempre les hacía un descuento en los refrescos y aperitivos. Drew había bromeado con que era porque era un inmigrante ilegal y temía que usaran sus contactos en el Ministerio del Interior para que lo deportaran. Pero no tenía fundamento. Drew lo veía como un intercambio justo; ellos lo mantenían a salvo en el ancho mundo exterior, y él les devolvía el favor asegurándose de que estuvieran bien alimentados e hidratados para hacerlo.

—Buenas tardes, tío —dijo Drew al acercarse a la caja registradora.

—¡Ah, detective! ¡Me alegro de verle! Se le ve muy bien. ¿Qué puedo ofrecerle hoy?

—Nada de aquí, tío. Necesito otra cosa. ¿Todavía te están haciendo la ampliación esa en la parte de atrás?

—Sí, ¿por qué?

—¿Tienes algún saco de cemento o algún bloque grande de hormigón que me pueda llevar? Lo necesito para una investigación.

El propietario dudó antes de responder. —Erm... Tendré que ir a comprobarlo. No tardaré ni un momento. Por favor, espere ahí.

—Perfecto, tío. De lujo. ¡Cualquier cosa que tengas me servirá!

El dueño de la tienda desapareció por una puerta, recorrió un pasillo estrecho y salió del local. Mientras esperaba, Drew tamborileó con los dedos sobre el mostrador. Su cabeza se movía de izquierda a derecha, admirando la variedad de dulces que tenía delante. Y entonces, su mirada se detuvo en el mural de tabaco y alcohol. Se le secó la boca y se lamió los labios. Necesitaba fumar, pero—

El dueño de la tienda regresó, distrayendo a Drew de sus pensamientos. En la mano sostenía un trozo pequeño de hormigón, de unos diez centímetros de largo por cinco de ancho, con forma de daga. El rostro de Drew se iluminó al verlo. Metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsa de pruebas y ordenó al dueño de la tienda que colocara el hormigón dentro de la bolsa.

—Eres mi héroe —dijo Drew, cerrando la bolsa. —No cambies nunca.

Salió, cruzó la calle a toda prisa y subió los escalones de Bow Green de un salto. Una pieza del rompecabezas terminada; faltaba otra. En la parte trasera de la comisaría, en un anexo separado, estaba el edificio de pruebas, donde los SOCO y los gestores de la escena del crimen tenían la tarea de cotejar y presentar las pruebas para el análisis forense. El lugar era una fortaleza que requería acceso con tarjeta.

En momentos como este agradecía el segundo chute.

Ante él se alzaba un conjunto de puertas giratorias. Malditos trastos, siempre le daban miedo. Desde que era niño. ¿Y si se paraban a mitad de camino y se quedaba atrapado dentro? Los

miedos irracionales —por muy locos y absurdos que fueran— siempre se acentuaban con las drogas.

Finalmente, y tras lo que parecieron mil pasos, salió de las puertas giratorias al vestíbulo principal. Delante tenía una doble puerta y, a su derecha, un mostrador de recepción.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó un hombre calvo. Estaba sentado con aire de superioridad en su silla de oficina, oteando por encima de la parte superior del monitor de su ordenador.

—¿Cómo va eso? —preguntó Drew, sintiéndose ligeramente decepcionado de que no fuera una mujer la que trabajaba allí.

Cada cual con lo suyo.

—¿En qué puedo ayudarle?

—He quedado con Sandy.

La gestora de la escena del crimen.

—¿Quiere que le avise de que está aquí?

—No hace falta. Simplemente ábreme y yo la busco. Sé dónde está.

El hombre frunció el ceño con una expresión que obviamente había dominado tras años de dedicársela a gente con aspecto poco fiable.

—¿Tiene su placa?

Drew asintió y se la mostró rápidamente, manteniendo el dedo índice sobre su nombre tanto como pudo.

El oficinista pareció satisfecho. —Firme también en el registro, si no le importa.

Una sonrisa socarrona asomó al rostro de Drew. Cogió el bolígrafo del mostrador y garabateó el nombre de Jake, falsificando también su firma. Luego cruzó la puerta doble, dándole las gracias al hombre al salir.

El pasillo en el que entró era un mundo aparte de los que estaba acostumbrado a ver en Bow Green. Moderno, contemporáneo. Todo en los accesorios de la pared, el suelo y el techo le indicaba que el departamento tenía un presupuesto mucho mayor que el del MIT; de eso estaba seguro. Le recordaba a los laboratorios de ciencias de sus años escolares: blanco, estéril, con luces brillantes en el techo, grandes mesas de trabajo visibles a través de las ventanas, fila tras

fila de estantes de pruebas y una unidad de almacenamiento al fondo de la sala.

Sintiéndose como un adolescente desafiante, Drew vagó hasta el final del pasillo. Pronto localizó la sala que necesitaba.

El único problema ahora era cómo entrar en ella. Al lado de cada pomo de las puertas del pasillo había un escáner de tarjetas. Encuentra la tarjeta, encuentra la prueba, haz el cambio. Pero ¿de quién? El edificio estaba vacío. En el minuto que llevaba allí de pie, no había oído nada; ni siquiera el sonido de movimiento, charlas, risas o de alguien dejando caer una taza en alguna cocina. Había un silencio sepulcral.

Y entonces tuvo una idea.

Sandy. La gestora de la escena del crimen. El motivo por el que supuestamente estaba allí.

Su oficina estaba en la segunda planta, al otro lado del edificio. Caminó por el suelo de linóleo fingiendo confianza, intentando que pareciera que tenía todo el derecho del mundo a estar allí, mientras en su mente formulaba una tapadera, esperando no tener que usarla.

La puerta de Sandy era de madera; un pequeño hueco rectangular acristalado permitió a Drew mirar a través de él. Su mejilla rozó el cristal mientras sus ojos escaneaban lo que podía ver de la habitación. A la derecha había una silla, a la izquierda una estantería con archivadores debajo y, justo delante de él, estaba Sandy, sentada en su escritorio de espaldas a él, trabajando en un portátil con una serie de expedientes a su lado. Una taza de café reposaba sobre ellos con manchas bajando por la porcelana. Tenía puestos unos auriculares, y el sonido le llegaba a Drew al otro lado de la puerta. Pesado. Muchos golpes. Batería. Platillos. Gritos. Metal.

Mientras sus ojos recorrían la habitación, encontró el cordón del pase descansando en la esquina de su escritorio.

Bingo.

Drew probó la puerta con cuidado, conteniendo la respiración. Para su sorpresa, se abrió.

Estaba dentro.

Manteniendo un pie en la puerta para que no se cerrara, alargó el brazo y cogió el pase. Lo apretó con fuerza en sus manos, mientras gotas de sudor se formaban en la parte baja de su espalda y en su frente; luego cerró la puerta con suavidad. Tan pronto como estuvo cerrada, se apresuró por el pasillo, entró en el hueco de la escalera y bajó los peldaños, con los niveles de adrenalina en sangre alcanzando nuevas cotas. Al pie de la escalera, giró la cabeza a izquierda y derecha. Seguía vacío. Hizo una pausa por un segundo y luego se dirigió hacia la sala de pruebas.

Ante él, en el centro de la sala, había una hilera de estanterías, como las que había visto en Costco. Bolsas de pruebas de los diversos casos en los que trabajaba el equipo SOCO colgaban de gruesas barras de metal que recorrían toda la longitud de las unidades. Al final de cada una figuraba el número de caso.

Drew recorrió los estantes buscando el caso de Danny.

HC/08921/D.

Lo encontró y empezó a rebuscar una prueba que hubiera sido recogida en la escena. Un trozo de cemento. Un trozo de hormigón. Cualquier cosa que pudiera cambiar por la muestra que había cogido de la tienda.

Hojeó las bolsas de pruebas hasta que dio con lo que buscaba.

Prueba número THC-27. Las letras eran las iniciales del miembro del personal que la había embolsado, mientras que el número correspondía al número en la lista de pruebas. Este pequeño trozo de hormigón que había sido extraído de la escena del crimen era el objeto número veintisiete. En la esquina superior de la bolsa había una etiqueta que indicaba que la prueba ya había sido examinada.

Estupendo.

Colocó la bolsa en el estante, sacó la que llevaba en el bolsillo e intercambió las pegatinas. Devolvió la muestra falsa al estante, se guardó la original y lo reordenó todo para que volviera a estar como lo había encontrado. Con un suspiro de alivio, salió de la sala de pruebas, pasó junto al oficinista y abandonó el laboratorio.

Misión cumplida.

Ahora todo lo que necesitaba hacer era colocar la prueba.

Pero, mientras regresaba hacia la unidad de incidentes mayores, se dio cuenta de que eso no era suficiente. No bastaría. Quería otra prueba. Algo que incriminara a Richard Maddison por otra cosa y asegurara que acabara en la cárcel durante una temporada *muy* larga.

Antes de dirigirse a su coche, Drew se desvió hacia su ordenador, cogió su memoria USB y empezó a transferir archivos a ella.

Richard Maddison no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar al volver a casa.

CAPÍTULO 30

POR EL NEGOCIO

—¿Dónde estás? —preguntó Garrison por teléfono. Estaba sentado dentro de su coche, todavía con las llaves en el contacto.

—Estoy llegando ahora mismo.

—¿Dónde? No te veo...

Garrison se tragó sus palabras. Una figura apareció a lo lejos, con una mano pegada a la cabeza y la otra en el bolsillo de su chaleco. Vestido con vaqueros y un jersey verde bosque, el hombre parecía recién salido de una granja. Caminaba con determinación y Garrison lo vio dirigirse hacia la cafetería en la que habían quedado.

—Estaré allí en un minuto. Busca una mesa. Me tomaré un café. Pagas tú.

Garrison se sacudió la ropa y se subió el cuello de la gabardina por encima de las orejas. Con las manos en los bolsillos, se dirigió a la cafetería. Para cuando entró, ya había un café esperándole en la mesa. Había otra pareja sentada en el rincón más alejado del local. Tras una evaluación rápida —y, según su experiencia, precisa—, no los consideró un riesgo.

—Qué hay, Phil —saludó Garrison al hombre tras el mostrador con un gesto de cabeza.

—Hola, Pete, cómo va eso —respondió el dueño.

Garrison no respondió. En su lugar, centró su atención en el hombre de la mesa. Era bajo y de complexión fuerte, con el pelo corto y negro azabache y una barba descuidada. Unos puntos de sutura le adornaban la barbilla y otro raspón le decoraba la mejilla. Pero lo que más sorprendió a Garrison fue que mostraba el semblante de un hombre que no tenía nada de qué preocuparse cuando, en realidad, Garrison sabía que debería estar más inquieto de lo que aparentaba. El hombre se llamaba Isaac y había sido elegido muy pronto en el proceso.

—¡Pete! —dijo Isaac, levantándose de la silla y estrechando la mano de Garrison. El apretón fue como él recordaba: firme, como si se la pelara demasiado.

—Me alegro de verte.

Ambos se sentaron y Garrison tomó un sorbo de su café.

—Me alegro de verte —repitió Isaac, echándose hacia delante en el asiento. Estaba encorvado y sus hombros parecían dos cabezas independientes naciéndole de la espalda—. Me alegro de que hayas llamado. He estado cagado de miedo desde la otra noche.

—No lo parece —comentó Garrison y bajó la vista hacia el Rolex del hombre, que brillaba bajo la luz—. ¿Ya te has pegado un capricho con el dinero?

Isaac se miró la muñeca. —Oye, ya sabes lo que dicen: si no tienes nada que ocultar, actúa como si así fuera.

Nadie ha dicho eso nunca. En ese momento recordó por qué no le gustaba Isaac. No era más que un bocazas. Pero para guardar las formas y atraer a Isaac hacia una falsa sensación de seguridad, Garrison soltó una risita, aunque otra parte de él no quería dignificar el comentario con una respuesta.

—Es la primera vez que alguien se pone en contacto conmigo —continuó Isaac.

—¿Qué pensabas que iba a pasar? ¿Que íbamos a ir a tu casa para ver si estabas bien y darte un abrazo? ¿Qué te dije cuando te puse al tanto?

Isaac vaciló mientras rebuscaba en su memoria. —¿Que tenía que quedarme quietecito?

—Sí. ¿Y qué más?

—Que... que...

De vez en cuando se oía el sonido de un coche pasando por delante de la cafetería.

Garrison suspiró. —Te dije que, si necesitaba hablar contigo, era porque había un problema.

Isaac entrecerró los ojos. —¿Qué pasa? He hecho todo lo que me dijiste. No les he dicho nada a mis jefes. Les dije que un grupo de matones me tendió una emboscada en mitad de la calle. La IPCC no ha dejado de acosarme con esto desde entonces. Como es lógico, no les he contado nada. —Señaló los puntos de la barbilla—. Incluso les he dicho que los secuestradores de Danny me hicieron esto.

—¿Seguro que no sospechan nada de ti?

Isaac asintió.

—Bien. Pero no es de ese problema del que hablo.

—¿Entonces de cuál?

—Puede que necesitemos usarte para algo. —Garrison hablaba con absoluta frialdad. Supuso que, en otra vida, podría haber sido un empresario de éxito sentado en una sala de juntas repartiendo despidos. Quizá incluso político.

—¿Qué has dicho?

—Vamos a usarte como prueba.

—¿Qué prueba?

—Necesitamos que cargues con la culpa. Hay un tipo al que le estamos encasquetando el asesinato. De momento tenemos algunas pruebas acumuladas contra él. Pero se supone que actúa solo.

—Ya...

—Así que surge la pregunta: ¿cómo se las arregló una sola persona para sacar a Danny Cipriano de su dispositivo de alta seguridad la misma noche en que lo trasladaban a una nueva ubicación?

—Él... él...

—No balbucees, Isaac. Te daré algo de tiempo para que lo asimiles. —Garrison estaba disfrutando. Se terminó el café y dejó la taza sobre la mesa.

El rostro de Isaac se contorsionó mientras sopesaba lo que Garrison le había dicho. Garrison perdió la paciencia.

—Te lo explicaré de forma sencilla, Isaac. Sería increíblemente difícil —pero no imposible— que una sola persona detuviera vuestro furgón de seguridad en pleno trayecto, entrara y luego se llevara a Danny Cipriano exactamente de la misma forma en que El Granjero y su equipo lo hicieron en realidad. Habría necesitado ayuda desde dentro.

—Podría haberlo hecho solo...

Garrison sacudió la cabeza. —He dicho que era increíblemente difícil, pero no imposible. Y eso es apurar demasiado para nosotros. En nuestro negocio, no nos gustan ese tipo de márgenes.

Garrison se inclinó hacia delante. —Así que lo que quiero que pase es esto: Richard y tú estabais compinchados, él te propuso una gran suma de dinero —la misma suma que te dimos nosotros para que dejaras que El Granjero se llevara a Danny— y *tú* aceptaste. Y ahora vas a aceptar la otra gran suma de dinero que vamos a darte por estar de acuerdo con esto.

Isaac golpeó la mesa con el puño, sin asustar a nadie.

—Podría ir a la cárcel... podría perder mi trabajo...

—¿Qué tal tu vida amorosa, Isaac? ¿Va bien? Por lo que he visto en un repaso rápido a tus redes sociales, parece que tu mujer te acaba de dejar. No he visto su cara en ninguna foto reciente.

—Tú ni siquiera sabes usar las redes sociales.

—Sé lo suficiente —espetó Garrison. No le gustaba nada que le ofendieran. ¿Y cuándo fue la última vez que hablaste con tu madre?

—Está... —Isaac tragó saliva y desvió la mirada—. Está en el hospital.

—Trágico —respondió Garrison—. ¿No dijiste que para eso ibas a usar el dinero?

—Sí.

—Excepto lo del reloj, claro. Pero al menos ahora ella recibirá el doble de donación benéfica. ¿Va a sobrevivir?

Isaac empezó a mover la pierna de arriba abajo, haciendo que el resto de su cuerpo temblara. —Puede. Los médicos no lo saben con seguridad.

—Bueno, espero que sí. Pero quizá quieras considerar usar el dinero para ti cuando salgas.

—Tú...

Garrison le cortó con un gesto de la mano. —Aún no he terminado. Como decía, ¿dirías que es justo afirmar que no tienes a nadie? En estas circunstancias, tu madre no cuenta.

Isaac no respondió. Una lágrima asomó en su ojo izquierdo y se la limpió con el pulgar. Garrison observó los movimientos del hombre, sin remordimientos.

—¿No? ¿Nadie que dependa de ti? Pues bien. Entonces tiene todo el sentido. Mira, esto es un negocio, Isaac. Y tú eres un producto de ese negocio. Y a veces los productos salen malos, así que tenemos que deshacernos de ellos por el bien de la empresa... por el bien del *negocio*. De lo contrario, el resto de la empresa sufre las consecuencias. No es nada personal, espero que lo entiendas. Pero ya conocías los riesgos cuando te apuntaste a esto. Lo que pase a continuación depende de ti.

—¡No puedes! —protestó Isaac—. Dijiste que no me pasaría nada.

—Y no mentía. No ha pasado nada *todavía*. Solo necesito saber que eres consciente de lo que *podría* pasarte después.

—No quiero.

Garrison soltó una carcajada. —Qué gracioso. Porque no recuerdo haber mencionado que tuvieras voz ni voto en el asunto. No hay nada que puedas hacer. Solo tienes que prepararte. Nosotros estamos trabajando en el caso, así que es probable que ni siquiera te necesitemos. Y si puedes resultar útil mientras tanto, eso solo ayudará a tu situación.

Garrison vaciló un momento mientras una idea florecía en su cabeza, como una flor en primavera. Aún no había terminado de jugar con las emociones de Isaac.

—A menos que... —comenzó Garrison—. Quizá pueda arreglar algo.

—Dime —dijo Isaac con impaciencia.

—No puedo prometer nada, pero te dejará en buen lugar.

—¿De qué se trata?

—Dime el nombre de la persona con la que hablaba Danny Cipriano. ¿Quién es el periodista?

Isaac ni siquiera dudó; como si estuviera respondiendo a una ronda de preguntas rápidas en un concurso televisivo.

—Tanya Smile. La mujer de BBC News. Ella es la reportera que se vio con Danny.

Interesante.

—¿Y quién es el contacto que los puso en comunicación?

—Danika. La detective Danika Oblak. De la policía de Surrey. Es la única que conocía el paradero de Danny que podría haberlo filtrado.

En ese momento, el dueño de la cafetería se les acercó y dejó sobre la mesa una bandeja metálica con el tique. La conversación había llegado a su fin y Phil se había dado cuenta. Garrison disfrutó al no tener que hacerle ninguna señal. Tras años de experiencia, por fin le estaba cogiendo el truco a las cosas.

—Aquí tenéis, chicos.

Garrison miró el tique y luego a Isaac.

—¿Ni siquiera habías pagado?

—Yo... yo...

Garrison se levantó de la silla. Tenía todo lo que necesitaba. Y más.

—Gracias por el café, Isaac. Me alegro de que hayamos tenido esta charla. Ah, y si quieres mi consejo, no hagas ninguna idiotez. Recuerda lo que he dicho. Sabemos dónde estás tú y también dónde están tus seres más cercanos. Yo mismo o uno de mis hombres nos pondremos en contacto contigo.

CAPÍTULO 31

MEMORIA

Richard Maddison vivía en una pequeña casa adosada, tan alta como ancha y construida principalmente de ladrillo que empezaba a desmoronarse. «No debe de ser muy buen albañil si no puede arreglar su propia casa», pensó Drew mientras se acercaba a la puerta principal. La puerta era de madera y tenía una fina rendija que recorría la parte superior e inferior, demasiado pequeña para el marco. Al detenerse frente a ella, Drew sintió una corriente de aire revolotearle alrededor de los pies.

A su derecha había un pequeño ventanal. Las cortinas estaban echadas y había un viejo cenicero apoyado en el alféizar. A ambos lados de la casa de Richard Maddison se alzaba exactamente el mismo edificio, construido con el mismo estilo, salvo que sus vecinos daban la impresión de cuidar mejor sus propiedades que él.

Junto al pie de Drew había una maceta. Se agachó e inclinó la maceta hacia un lado con la esperanza de que Richard no hubiera sido tan estúpido como para dejar una llave de repuesto debajo.

Tenía razón. Estaba vacía, a excepción de unas cuantas cochinillas perturbadas que se escabulleron de vuelta hacia la oscuridad.

Drew estiró las piernas y dejó que la maceta volviera a su sitio. Se balanceó de lado a lado y luego empezó a girar. Finalmente se

detuvo. No quedó exactamente en la misma posición, pero serviría.

Quitándose la mochila del hombro, Drew abrió la cremallera superior y hundió la mano en su interior. Allí, guardadas en un pequeño compartimento, encontró sus herramientas de cerrajería. Antes de forzar la cerradura, hizo un pequeño reconocimiento de los vecinos y de la calle, se aseguró de que nadie le estuviera observando ni espiando, y se puso manos a la obra.

En cuestión de segundos, estaba dentro. La puerta se abrió y Drew estiró la mano para evitar que golpeara contra la pared adyacente. Una vez dentro, consultó su reloj: las 15:57. No había forma de saber cuándo volvería Richard, pero sabía que podría ser pronto. Se dio tres minutos para entrar y salir.

Sin perder más tiempo, Drew subió las escaleras y se dirigió directamente a la segunda puerta a la derecha: el dormitorio. La habitación era pequeña y angosta. La cama estaba a mano derecha, tan cerca de la puerta que casi se golpeó la rodilla con ella al entrar. A su izquierda había un escritorio con un portátil encima. Del armario colgaba ropa y había un ventilador de pie bajo la ventana que tenía enfrente.

Drew se acercó al armario mientras buscaba en su mochila el trozo de cemento. La ropa que colgaba del armario parecía limpia, recién lavada, como si fuera parte de un atuendo que Richard ya hubiera preparado para cambiarse al llegar a casa. No servía de nada. Drew necesitaba ropa sucia; ropa que Richard hubiera llevado la noche que murió Danny.

Drew abrió el armario y encontró un cesto de la colada en su interior.

—Perfecto —susurró.

Agachándose, Drew colocó el cemento embolsado en el suelo y lo pisoteó, triturándolo en fragmentos más pequeños y polvo. Diez pisotones después, abrió la bolsa de pruebas, metió el dedo, recogió un poco de polvo y lo depositó sobre una camiseta que estaba en lo alto del montón. En pocos segundos, esa parte de su operación estaba terminada. Selló la bolsa, cerró el armario y se dirigió al portátil de Richard. Sin quitarse los guantes, Drew levantó la tapa.

La pantalla se iluminó y apareció ante él una imagen de archivo de una montaña tras un lago.

Drew pulsó la tecla intro y, para su sorpresa, el portátil se desbloqueó y lo llevó al escritorio de Richard. Metió la mano en el bolsillo e insertó la memoria USB. En ella había miles de imágenes de pornografía infantil que había robado de los archivos digitales de la comisaría. Muy arraigado en el *hardware* del dispositivo había un programa que cifraba el origen de los archivos para que resultara imperceptible para la informática forense, de modo que no se pudiera rastrear. Todo rastro de su implicación era inexistente, y ahora aquello era un problema de Richard.

No solo lo arrestarían por el asesinato de Danny Cipriano, sino que también lo mandarían a la cárcel por ser un prolífico pederasta.

CAPÍTULO 32

DESESTIMADO

Liam se masajeaba las manos con ansiedad. Las repercusiones de la noticia de la BBC habían sido inmensas. Y la prensa no había tardado en presentarse aporreando a su puerta, aullando en busca de respuestas y haciendo jirones cualquier cosa que él dijera... como los lobos que eran. Para combatir semejante tempestad, Liam decidió organizar una rueda de prensa. Estaba a punto de comenzar, y casi todos los medios de comunicación de la ciudad se habían congregado en la sala de conferencias más grande de Bow Green. La estancia rebosaba de gente: reporteros, cámaras, técnicos con micrófonos en el extremo de largas pértigas y también un ejército de personal de apoyo civil que custodiaba el perímetro de la sala, filtrando a todo el mundo hacia el interior de manera organizada y civilizada.

Mientras permanecía sentado allí, esperando a que empezara el acto, Liam esperaba que Drew y Garrison hubieran terminado lo que estuvieran haciendo. Ante los ojos de El Cónclave, le daría un aire de confianza el poder finalizar la rueda de prensa con la noticia de un arresto. Sin duda, eso le otorgaría parte de la credibilidad extra por la que tanto había luchado. No sabía si El Cónclave lo estaba observando o no, pero, dada la presión a la que se veía sometido, parecía probable.

Cuatro focos se encendieron y lo cegaron. El subcomisario Richard Candy, el hombre en el que Liam había aspirado a convertirse durante tanto tiempo, llegó por una puerta a la derecha y se sentó a su lado. Iba de uniforme, con la gorra de plato bajo el brazo. Sus charreteras brillaban bajo la luz artificial y desprendía un aire de autoridad, en parte por su rango y en parte por su propia actitud. El hombre era afable cuando quería, pero Liam había aprendido que su temperamento solía estallar con facilidad. Y lo había aprendido por las malas.

—Señoras y señores —empezó Candy—. Gracias por asistir esta tarde. Agradecemos enormemente su presencia. Como bien saben, estamos todos aquí por las misteriosas circunstancias que rodean la muerte de Danny Cipriano. Su fallecimiento es trágico y estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para resolver el caso y encontrar a la persona o personas responsables lo antes posible.

Candy dejó de hablar de repente y Liam interpretó aquello como su señal para empezar.

Se aclaró la garganta. —En las primeras horas de la madrugada del día veinticinco, Danny Cipriano fue asesinado en el Estadio Olímpico de Londres. Rellenaron su cuerpo con cemento y, posteriormente, lo enterraron en el mismo material. Las obras de construcción que se están llevando a cabo actualmente en el enclave se han paralizado mientras continúan nuestras investigaciones. En este breve espacio de tiempo, estamos siguiendo varias líneas de investigación y confiamos en realizar un arresto de forma inminente. Por razones de confidencialidad, no puedo revelar ninguna información relativa a los sospechosos en esta investigación en curso.

Hizo una pausa para aclararse la garganta de nuevo. —Mientras llevamos a cabo nuestras pesquisas, también nos gustaría señalar que, si alguien tiene alguna información sobre este incidente, por favor llame a Crimestoppers a su número habitual. Me he puesto en contacto con ellos y ofrecen una recompensa de cinco mil libras a cambio de información precisa y relevante.

La sala se iluminó con destellos y furor. Las ansias de primicia se abrieron paso y las manos se alzaron y se agitaron hacia él,

formulando un torrente de preguntas. Liam estiró el cuello hacia la multitud e inmediatamente deseó no haberlo hecho. Al fondo, abriéndose paso entre los reporteros y avanzando hacia él y el panel, estaban Lord Penrose y su socio.

Oliver se detuvo y miró fijamente a Liam con los brazos cruzados sobre el pecho. Los ojos de Liam se movieron de izquierda a derecha, intentando centrarse en los reporteros que aguardaban con impaciencia su aprobación. Pero no lograba concentrarse, no con el lord clavándole la mirada de esa forma, disparándole balas con los ojos.

Por un momento, Liam buscó a Tanya, esperando que estuviera allí; ella tenía la capacidad de distraerlo con una sola mirada. La encontró sentada, con la mano apoyada en un bloc de notas sobre su rodilla.

Justo cuando abría la boca para elegirla —a pesar de lo que ella había hecho en las últimas horas—, el subcomisario Candy levantó la mano y dio por concluida la entrevista. —Lamentablemente, no podremos responder preguntas en este momento. Por favor, si tienen alguna información sobre este incidente, pónganse en contacto con Crimestoppers.

El subcomisario se levantó de su silla y salió de la sala por la derecha de Liam. Mientras tanto, Penrose le dio la espalda a Liam y salió por donde había venido, dejándolo a él a cargo de las consecuencias. Tras apagarse las luces de las cámaras, los reporteros y periodistas se apresuraron hacia él, poniéndole los micrófonos bajo la barbilla.

—¡Nada de preguntas, por favor! —gritó mientras se apresuraba tras el subcomisario—. No tenemos nada más que añadir, señores, por favor.

Se abrió paso entre el aluvión de gente y exhaló un profundo suspiro de alivio en cuanto cruzó la puerta y salió al pasillo. Su breve momento de respiro no duró mucho; lo que vio ante sí le aceleró el pulso al máximo.

Oliver y Candy. Hablando en voz baja.

Oliver fue el primero en notar la presencia de Liam, seguido de Candy, que sostenía su gorra de policía bajo la axila y dejaba el

brazo libre colgando a su costado. Al verlo, Oliver se acercó rápidamente.

—Creía que le habíamos dicho que mantuviera esto fuera de los medios de comunicación. Ya estamos lidiando con la filtración de hace un rato. No necesitamos que trascienda más información sobre esto.

—Con todo el respeto, señor —respondió Liam—, esta es una operación activa. No podemos elegir cuándo informar según nos convenga. O mejor dicho, según le convenga a *usted*. ¿Ha trabajado alguna vez en el cuerpo de policía, señor?

Oliver mantuvo los labios apretados.

—Entonces quizás comprenda que no tiene ni puta idea de lo que está hablando.

—¡Inspector jefe! —bramó el subcomisario Candy, y su voz llenó el pasillo—. ¿Cómo se atreve a hablarle así a Lord Penrose?

Candy se volvió hacia Penrose. —Oliver, por favor, perdone a mi colega. Como podrá imaginar, se siente un poco presionado en este momento. No solo recibe presión externa, sino también interna... por mi parte.

Candy le lanzó a Liam una última mirada fulminante.

—Es comprensible, pero imperdonable. Espero haberme explicado con claridad, inspector. —La expresión de Oliver era severa. Tenía el ceño fruncido, revelando unas líneas gruesas y profundas en la frente.

A regañadientes, Liam inclinó la cabeza. Sabía cuándo elegir sus batallas, y esta no valía la pena el disgusto. —Entendido, señor.

—Esto no ha terminado todavía. Quiero a más agentes en la investigación trabajando para resolver esto lo antes posible —replicó Oliver.

—Veré qué puedo hacer —dijo el subcomisario Candy.

—Bien. Ahora, inspector jefe Greene, si me disculpa, tengo que volver a mis asuntos, al igual que usted, estoy seguro. Y, si no le importa, necesito hablar unas palabras más con su jefe.

CAPÍTULO 33

NOSOTROS

Un nombre. Eso había sido todo lo necesario para sembrar el terror en el corazón de Jake. Había evitado hablar de ello, *pensar* en ello, durante muchísimo tiempo, pero ahora que las cosas estaban como estaban, no había forma de esconderse. Y ahora, mientras se encontraba a solas en la oficina —Liam, Drew y Garrison se habían marchado sin decir nada ni previo aviso—, era el mejor momento para hacerlo.

Para plantar cara a su miedo. Para enfrentarse a un viejo enemigo.

El inspector de la policía judicial Elliot Bridger.

Si había alguien que supiera algo sobre lo que le había pasado a Danny y fuera capaz de aportar alguna prueba contra Liam, Drew y Garrison, era él. Desde el principio, allá cuando Jake empezó en la policía de Surrey —brevemente—, aquel hombre había demostrado que conocía todos los detalles intrincados en lo referente a La Cábala y los Crimsons. Durante su último atraco en Guildford, en el primer día de Jake, Bridger había sido el policía corrupto que acechaba en las sombras, intentando ayudarlos a salir del país. Su relación mutua había tenido tantos altibajos como un crucero cabeceando en la superficie del canal de la Mancha.

Habían acordado verse en el Club de Golf de Farnham, en el oeste de Surrey, a más de una hora y media de Bow Green. En el aparcamiento, reconoció el Jaguar de Bridger —matrícula: BR1D G3R— y aparcó al lado. Al apagar el motor, Jake escudriñó los alrededores. Nadie se había tomado la molestia de seguirlo; tampoco había siluetas sospechosas acechando al fondo. Solo porque Liam, Drew y Garrison estuvieran ocupados no significaba que no hubieran enviado a alguien tras él.

Jake entró en el edificio de recepción de ladrillo, donde se topó con una pequeña tienda de regalos. Camisetas y jerséis de colores fluorescentes lo miraban con intensidad, presumiendo de un cincuenta por ciento de descuento por tiempo limitado, y a su izquierda había un estante con palos de golf. Nunca le había gustado ese juego, pero sí le agradaba el tacto de un palo al cogerlo. Ligero por un extremo, pesado por el otro. Ideal para forzar entradas y reventarle el cráneo a un hombre. Si llegaba el momento.

Al fondo del edificio estaba el mostrador de recepción, y Jake reconoció al hombre que lo atendía de su encuentro anterior unos años atrás, cuando él y Bridger intentaban localizar un juego de llaves que abría un dispositivo mortal de collar con pinchos. El dueño, James, no había servido para nada entonces y Jake se preguntó si estaba a punto de descubrir si en esta ocasión el rayo caería dos veces en el mismo sitio.

—Buenas tardes, señor —dijo James cuando Jake se acercó.

—Buenas tardes.

El hombre señaló una puerta que conducía a una zona de bar y restaurante.

—Le está esperando —dijo James.

—¿Perdone? —respondió Jake, más por reflejo que por otra cosa.

—Le está esperando. Nuestro amigo común.

Punto demostrado. ¿Que el rayo caiga dos veces? Jamás.

Jake frunció el ceño pero no dijo nada antes de alejarse y desaparecer al doblar la esquina. El interior del restaurante estaba limpio y vacío, salvo por un hombre sentado a una mesa con un vaso de agua en la mano. Había veinte mesas circulares, de diversos tamaños y anchuras, repartidas por el local, con las copas boca

abajo y sin servilletas. A la derecha del espacio había una barra, por donde las gotas de condensación descendían como en rapel por el cuello de los grifos. Sonaba música de fondo. Jazz suave.

Bridger levantó la vista y luego alzó su vaso, haciendo un gesto a Jake para que se sentara con él.

—¿Tienes metida la mano en este pastel? —preguntó Jake, sacando una silla de la mesa.

—James es un viejo amigo mío. —Bridger señaló la barra con la cabeza. Jake se giró y vio que el dueño estaba ahora allí, secando una copa de cerveza con un paño.

—¿No me pareció que fuera así la última vez que estuvimos aquí? Por lo que recuerdo, nos contó una milonga y tú le creíste. No podías sacarnos de aquí lo bastante rápido.

—Aquel era el antiguo yo. Necesitaba un favor y él me debía uno. Solo hacía lo que yo le decía.

—¿Y este es otro favor que te debe?

—Paso mucho tiempo aquí ahora. Con los precios de la suscripción que cobra, probablemente sea justo decir que sí.

Jake miró alrededor del restaurante. Las mesas y las sillas eran de un roble oscuro y brillante que reflejaba la luz de las minilámparas de araña del techo. Unos ventanales de suelo a techo recorrían todo el largo del edificio, mostrando los verdes del campo de golf al otro lado. El edificio rebosaba lujo y destilaba riqueza y arrogancia.

Sentado allí, Jake se dio cuenta de lo desolado y silencioso que estaba.

—¿Por qué tengo la sensación de estar en una película de gánsteres de los noventa, esperando a que un par de matones sin más armas que sus puños y unos puños americanos salgan de las sombras y me den una paliza hasta que me cague encima?

—Porque tienes una imaginación hiperactiva. Es uno de tus defectos y de tus virtudes. Pero no hay nadie más aquí. Solo nosotros. Pensé que este sería un buen lugar para vernos porque nadie más lo conoce. A nadie se le ocurriría buscar aquí.

—Nuestro pequeño secreto —dijo Jake, notando que el tono de su conversación ya era más dócil y calmado de lo que habían sido

sus encuentros anteriores. Ya no había animosidad entre ellos, nada. Solo dos polizontes. Uno intentando enmendar los errores del mundo, el otro intentando estropear los aciertos.

—Me han dicho que decidiste salirte pronto, ¿mientras todavía podías?

Bridger bebió un sorbo de su vaso y lo deslizó, ya vacío, hacia el centro de la mesa. —Me salí en cuanto me di cuenta de que todo estaba jodido. Sabía que nunca iban a dejar vivir a Danny y a Michael. Así que me quité de en medio antes de que ocurriera. He terminado con todo esto. Borrón y cuenta nueva.

—¿Y qué tal te va?

—Por ahora bien. Pero, antes de que lo preguntes, yo no tuve nada que ver con la muerte de Danny Cipriano, lo sabes, ¿verdad?

Desde la primera vez que se conocieron, Jake nunca se había tomado nada de lo que decía Elliot Bridger como una verdad absoluta. Siempre había alguna capa de engaño, algo que estaba omitiendo. El noventa por ciento era cierto, faltaba el diez por ciento. Pero, en ese momento, todo aquello cambió.

—Te creo. Pero sé quién lo hizo.

—¿Ah, sí?

Jake suspiró. La dinámica de su relación había cambiado en los últimos meses. Durante los asesinatos de Stratford, y antes de que Danny y Michael Cipriano hubieran sido puestos en libertad provisional e integrados en el programa de protección de testigos, Bridger le había dado un único consejo que se le había quedado grabado durante mucho tiempo. «Sal de ahí». Eso era todo. Que se mantuviera fuera del camino de La Cábala y dejara de meterse en cosas que no comprendía. Y, por eso, Jake lo admiraba, incluso confiaba en él. Pero ahora que empezaba a comprender las cosas que antes no entendía, era hora de seguir ese consejo.

—Están todos metidos —dijo—. Todos son corruptos. Liam, Drew, Garrison... todo mi equipo. Danny Cipriano abrió la boca cuando no debía y ahora ha pagado el precio por ello, y alguien llamado El Granjero lo remató.

Bridger frunció los labios y asintió como si no le sorprendiera oírlo, como si lo hubiera sabido desde siempre. Tal como Jake había

imaginado. —Nunca pensé que vería el día en que te unieras al lado oscuro...

—No lo he hecho. Bueno... lo he hecho, pero... —Jake hizo una pausa y se rascó el lado de la cara—. Ahora van a cargarle el muerto a uno de los obreros de la construcción que encontró el cuerpo de Danny. Un tipo llamado Richard Maddison.

—Te lo dije —dijo Bridger, sin ocultar la suficiencia en su voz—. Si te quieren, te tienen. No hay escapatoria de las garras de La Cábala.

Bridger se sirvió otro vaso lleno de agua de la jarra de la mesa. Le temblaban las manos al beber.

—¿Pero qué hay de ti? —preguntó Jake, inclinándose hacia delante, bajando la voz hasta casi un susurro—. ¿Y si te pasa lo mismo a ti?

—No pasará. Yo estaré bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—He conseguido labrarme una inmunidad.

—¿Qué inmunidad? Hace unos meses estabas que te cagabas de miedo.

Bridger se dio unos golpecitos en un lado de la nariz. —Ojalá pudiera decírtelo, de verdad, pero estarías jugando con tu propia vida en lugar de con la mía, a diferencia de la última vez.

Jake suspiró, dobló las esquinas de la servilleta que tenía delante y controló su respiración. —Trabaja conmigo, Elliot, y podemos acabar con esto. ¿Cuántas veces lo he dicho ya? Podemos ayudarte. Podemos meter a La Cábala entre rejas, de una vez por todas.

—¿Podemos? —preguntó Bridger, encogiendo la barbilla contra el cuello—. ¿A qué te refieres con *podemos*? Antes siempre era «yo»... «yo puedo ayudarte»... —Bridger vaciló—. ¿Qué has hecho, Jake?

—Fui al Departamento de Normas Profesionales. Me están ayudando a investigar a Liam, Pete y Drew.

Bridger barrió la mesa lateralmente con los brazos, tirando la mayoría de los cuchillos y tenedores al suelo. No se molestó en recogerlos.

—Estás jugando con fuego del puto gordo, amigo mío —dijo, con la cara congestionada—. Has cometido un gran error. Quizá el mayor error de tu carrera. De tu vida. Ya te lo dije una vez pero no me

escuchaste. Esta gente tiene el poder de acabar contigo. Y nadie puede detenerlos.

—Eso es porque nadie lo ha intentado.

Bridger exhaló profundamente, se echó hacia atrás en la silla y cogió el cuchillo que quedaba en la mesa. Empezó a golpear incesantemente la base contra su servilleta.

—Eres un idiota, Tanner.

—Y tú un cobarde. Lo sabes, ¿verdad? Cubriéndote tu propio culo para que no vayan a por ti. ¿Y qué hay de Michael? Su vida también corre peligro.

—Michael no sabe nada. Nunca supo nada. Siempre fue tarea de Danny tener el control de la información.

—¿Sabes dónde está?

No hubo respuesta.

—¿Y qué hay de la persona que te ayudó a sacarlos de la prisión preventiva? Sabe tanto como tú. ¿También tiene inmunidad? ¿O solo es tu egoísta culo?

Seguía sin haber respuesta.

—Dime quién es, Elliot. Si no te preocupa tu propia seguridad, entonces déjame ayudar a proteger a *esa persona*.

La mirada de Bridger permaneció fija en Jake. —No te va a gustar, Tanner.

—Pruébame —siseó Jake.

Bridger se inclinó sobre la mesa. —Danika.

CAPÍTULO 34

¡CHU-CHU!

Richard Maddison estaba agotado. Física, mental y emocionalmente. Las grandes olas de depresión habían llegado con la marea de primera hora de la mañana y lo habían estado golpeando todo el día. Había pasado horas mirando fijamente por la ventana de Jermaine Gordon, solo distraído por las noticias que emitía la televisión. Se había confirmado. El Cadáver de Hormigón, lo llamaban — Danny Cipriano, secuestrado del programa de protección de testigos y enterrado vivo en un asesinato despiadado. ¿Bandas? ¿Crimen organizado? ¿Drogas?

Nada de eso. La realidad había sido mucho más condenatoria. El policía encargado de la investigación le había contado a los medios — y al país entero — que tenían un sospechoso en mente. No hacía falta ser un genio para averiguar que ese sospechoso se llamaba Richard Maddison, el constructor de treinta y tres años que había encontrado el cadáver. No habían necesitado decir su nombre explícitamente, pero él sabía que hablaban de él. Y estaba incluso más seguro de que encontrarían la conexión entre él y Danny, si no la habían encontrado ya; cómo, años atrás, una vez habían sido amigos. Cómo habían robado tiendas de conveniencia y tiendas de ropa, consumido drogas juntos. Cómo Danny y sus hermanos,

Michael y Luke, lo habían delatado a la policía después de que un robo de coches hubiera salido mal.

La policía sin duda diría que tenía motivo para matarlos. Y probablemente mentirían e inventarían alguna otra prueba falsa para achacarle el asesinato. Joder, podría hacer el trabajo por ellos y entregarse ahora mismo, sabiendo que no había escapatoria — ninguna manera de que pudiera salir de esta. Si los polis que trabajaban en el caso eran algo como ese capullo del inspector Richmond, entonces todos serían tan corruptos como él. Se imaginó a todos doblándose unos a otros en la oficina, formando una cola ordenada con los pantalones bajados, haciendo ruidos de tren, con el inspector Richmond como el maquinista. Pero eso hizo poco por mejorar su estado de ánimo.

Richard bajó del autobús y subió hacia su porche, haciendo una pausa junto a la puerta de entrada. Sus ojos se fijaron en la maceta. Estaba seguro de que se veía fuera de lugar — desplazada ligeramente hacia un lado. Era solo un movimiento menor, pero estaba seguro de que *se había movido*. Se dijo a sí mismo que podría haber sido cualquiera. El cartero. El vecino viniendo a verlo. Alguien del trabajo preguntando por qué no se había presentado en su turno. Incluso él mismo saliendo precipitadamente de la casa ayer por la mañana. Pero ¿cuál era la probabilidad de eso?

Chu-chu. ¡Todos abordo!

Richard entró en la casa despreocupadamente y subió a su dormitorio. Necesitaba acostarse, alguna forma de respiro para recuperarse del bajón por el que su cuerpo estaba pasando. Algo que hiciera que la realidad desapareciera de nuevo, sin importar cuán brevemente.

Cuando cerró la puerta del dormitorio tras de sí, se quitó los zapatos, se agachó para recogerlos y los colocó directamente al lado de su pequeño escritorio. Algo en su dormitorio captó su atención, pero no sabía qué. Algo no estaba bien. Algo había sido cambiado, alterado. Algo que no había tocado en más de veinticuatro horas.

Su ordenador portátil.

La tapa estaba medio cerrada. Nunca la dejaba medio cerrada, siempre completamente abierta o cerrada herméticamente. No había

término medio.

Las ruedas del tren torcido se acercaban.

Richard abrió la tapa completamente, pulsó una tecla y esperó a que la pantalla se iluminara. Su escritorio apareció, y en la esquina superior derecha de la pantalla había un icono de carpeta nueva. Debajo, la palabra fotos.

Chu-chu-chu-chu-chu…

Hizo clic en la carpeta. Miles de archivos parpadearon en vista en miniatura, demasiado pequeños para que sus ojos pudieran distinguirlos. Con su mente funcionando en piloto automático — el miedo y la curiosidad trabajando juntos para dirigir el espectáculo — abrió el primer archivo e inmediatamente se arrepintió. Quiso vomitar.

Era una imagen de un niño siendo sometido a abuso sexual.

—Dios mío — susurró Richard para sí mismo, cerrando la foto y apagando la aplicación.

Cerró la tapa de golpe y se quedó congelado en la silla, con el pecho palpitando. Quiso gritar, huir, destruir el ordenador, pero sabía que no cambiaría nada. Alguien había colocado deliberadamente los archivos en su ordenador, y deshacerse del dispositivo solo lo incriminaría más si alguna vez se encontraba.

Mientras estaba allí, sin poder moverse, un ataque de pánico lo invadió. Falta de aire. Visión de túnel. Visión borrosa.

Chu-chu-chu-chu-chu… ¡Todos abordo!

Richard se apartó del escritorio y corrió al baño, abrió el grifo de la bañera y comenzó a desvestirse. Las bañeras eran su único mecanismo de afrontamiento para sus ataques de pánico. Lo ayudaban a calmarse e infundían calma en su mente. Eso era lo que necesitaba ahora. Eso o la oportunidad de cerrar los ojos para siempre.

El agua caliente se derramó sobre su hombro derecho, masajeando sus músculos, y no tardó mucho en que la bañera estuviera medio llena. Cuando el agua llegó a su estómago, redujo el flujo hasta que fue poco más que un goteo leve, cosquilleando su piel cuando caía sobre él.

Su pecho continuaba palpitando y luchaba por respirar. Cerró los ojos para intentar evitar que las cuatro paredes se cerraran sobre él, pero todo lo que vio fue la imagen del niño siendo molestado. Marcada con tinta indeleble.

Y luego el niño pequeño se convirtió en un hombre, y luego una mano — la de Danny Cipriano, enterrada, cubierta de gris. El tatuaje del estornino. La verruga. Richard ya tenía la sangre de una persona en sus manos — la menor con la que había dormido se había suicidado poco después de que el caso saliera a la luz pública — y no estaba preparado para tener la de otra. Ya había pagado su precio por eso, entrado y salido del sistema judicial. Nunca más.

Por un momento, consideró cómo debería haberse sentido ella. Sola. Aislada. Nadie con quien hablar, nadie con quien compartir su experiencia, nadie para ayudarla a sanar. Sintiendo que el mundo se cerraba a su alrededor…

Ella había tomado una salida. Algunos podrían argumentar que era la fácil, el camino del cobarde, pero ¿qué derecho tenían para cuestionarlo? No estaban viviendo dentro de su cabeza; no conocían sus luchas. Del mismo modo que no estaban viviendo dentro de la suya ahora.

¡Chu-chu!

Los ojos de Richard se fijaron en su hoja de afeitar al lado de la bañera. La buscó a tientas, luego sostuvo el mango en su palma, pasó su dedo sobre las hojas.

Todo podría terminar antes de que hubiera comenzado. Podría hacerlo parar, hacer que desapareciera todo, silenciar las voces y pensamientos debilitantes en su cabeza. Si la policía no lo atrapaba, entonces no podían arruinar su vida más de lo que ya lo habían hecho.

Richard acercó la hoja a su cara, para poder ver lo que estaba haciendo. En la luz tenue, y en el pánico de la situación, se torció y se cortó mientras intentaba separar la hoja del mango.

Finalmente, lo logró, mientras el sonido del tren torcido se debilitaba gradualmente.

Gotas gruesas de sangre gotearon en el agua y se arremolinaron como una veleta, tiñéndola de un tono rojo carmesí oscuro. Richard

ignoró el dolor; pronto se detendría.

Richard se sumergió en la bañera, permitiendo que el agua goteara sobre su cara. Miraba fijamente el techo mientras movía la hoja de un lado a otro en su brazo, rozándola suavemente contra su piel, provocando los nervios, asegurándose de que su cerebro fuera consciente de lo que estaba por venir.

Luego su mano derecha se detuvo donde los ríos azules eran más prominentes. Presionó la hoja firmemente en su piel y la mantuvo allí. Esto era. Ahora o nunca. No podía retroceder. Una vez que estuviera hecho, estaría hecho.

Y entonces el tren desaparecería para siempre.

Richard enterró la hoja profundamente en su piel, cortando a través de las capas y rompiendo la vena. Gimió de agonía pero se mordió el dolor, obligándolo fuera de su mente. Su respiración aumentó diez veces y su pecho palpitó más, aumentando rápidamente el flujo de sangre alrededor y fuera de su cuerpo.

Hizo otra incisión, esta vez en su otra muñeca, adormecido por la adrenalina y la euforia que lo atravesaban. Que gradualmente lo hacía más y más débil. Que resonaba con el pulso acelerado de su corazón mientras luchaba por bombear más sangre a través de su cuerpo. Richard continuó mirando fijamente el techo, ignorando el sabor metálico que inundó su boca mientras se hundía lentamente más profundamente en la bañera.

Pero antes de que estuviera completamente sumergido, la puerta del baño se abrió de par en par y, cerniéndose sobre él, había cuatro individuos vestidos con pasamontañas.

El gran tren torcido había llegado — un poco demasiado tarde. Antes de que pudiera hacer cualquier cosa, el mundo se volvió negro.

CAPÍTULO 35

SIN RESPUESTA

Jake hizo el trayecto desde el Farnham Golf Club hasta Mount Browne —la sede central de la policía de Surrey— en estado de shock, con la mente tratando de procesar la infinidad de pensamientos que le daban vueltas en el cerebro. Una de sus mejores amigas en el cuerpo de policía le había traicionado y se había vuelto corrupta; una más para la lista, que crecía lentamente hasta descontrolarse. Danika Oblak y él habían estado juntos desde el principio. Desde que patrullaban como agentes de calle en Croydon, pasando por cuando empezaron su formación juntos, hasta cuando ayudaron a condenar a The Crimsons. En aquel tiempo, Jake sentía que conocía a Danika mejor que la mayoría. Pero todo había sido una mentira.

Durante el trayecto, Jake sopesó sus motivos, las posibles razones por las que había hecho lo que había hecho, intentando justificarla cuando ni siquiera estaba seguro de que se lo mereciera. Pero no se le ocurría ninguna.

Necesitaba oírlo directamente de su boca antes de que pusiera pies en polvorosa.

Jake frenó frente a Mount Browne y corrió hacia el edificio. Solo había pasado allí unas pocas semanas durante su etapa en la policía de Surrey y, aun así, conocía el entorno. En cuanto comprendió que

nadie en el MIT prestaría atención a sus acusaciones de que Elliot Bridger y el DS Murphy, otro detective que trabajaba en el caso de The Crimsons, eran corruptos, solicitó el traslado. Pero lo curioso —si es que podía llamarse así— era que Danika también había señalado a Bridger y a Murphy. La hipocresía había alcanzado cotas insospechadas.

Jake caminó a buen ritmo hacia la recepción. El empleado civil sentado tras el mostrador era el mismo con el que Jake se había topado en su primer día en el Equipo de Investigación de Delitos Graves. A juzgar por la expresión del hombre, reconoció a Jake y no le había perdonado del todo que dejara el vaso de poliestireno sobre la mesa después de que le ordenaran explícitamente que no lo hiciera.

Pero en aquel momento, nada de eso importaba. Lo que importaba era encontrar a Danika.

—¿Sabe dónde podría encontrarla? —preguntó Jake—. No me coge el teléfono.

Justo cuando el empleado iba a responder, las puertas dobles de la esquina de la sala se abrieron y de ellas salió la DCI Nicki Pemberton, la SIO a cargo del MIT. Jake no la había visto, ni había hablado con ella, desde su último día en la policía de Surrey.

—Jake… —dijo ella, sorprendida de verle. Seguía pareciéndole tan atractiva y correcta como recordaba—. ¿Qué haces aquí?

—Danika. ¿La has visto?

—¿No os habéis enterado…?

Le invadió una punzada de miedo.

—¿Ha presentado su dimisión?

Jake abrió la boca pero no fue capaz de articular palabra.

—Pensé que lo sabrías. Lo siento, yo…

—¿Cuándo?

—Su último día es dentro de una semana.

—No, ¿cuándo te la entregó?

—Hace un par de días. Pidió que fuera con efecto inmediato, pero no pudimos concedérselo. Está usando los días de vacaciones que le quedan para compensar.

—¿Sabes si sigue en el país?

Pemberton se encogió de hombros. Si le extrañaba su interrogatorio, no dio muestras de ello. —Imagino que sí. No he oído nada que sugiera lo contrario. Creo que puede haber vuelto al norte para ver a su familia, pero con cómo va el asunto, no me imagino… ya sabes…

Jake lo sabía. Había estado ayudando a Danika con sus problemas matrimoniales desde que empezaron a trabajar juntos. La relación con su marido pendía de un hilo desde el incidente que le dejó discapacitado, y Jake era muy consciente de que ella ya arrastraba una dependencia del alcohol de antes. De algún modo, esa información se había pasado por alto durante el proceso de selección y ella se las había arreglado para mantenerlo oculto a todo el mundo. No fue hasta que Jake encontró por error una botella en su bolso cuando comprendió que algo iba seriamente mal. Había guardado el secreto por ella, arriesgando su propio puesto de trabajo, ¿y así se lo pagaba?

Jake dio las gracias a Pemberton, regresó a toda prisa a su coche y condujo a toda velocidad hacia la dirección de Danika en Guildford. Desde que se separó de su marido, ella había decidido dejar atrás aquella vida en Croydon y mudarse allí de forma permanente. Jake había estado en su casa una vez. No era nada del otro mundo, pero bastaba para una sola persona. Tenía cama, baño y cocina, y eso era todo lo que necesitaba.

Cinco minutos después, Jake frenó en seco frente a la vivienda. Dejó el coche mal aparcado a un lado de la carretera y se apresuró hacia la puerta principal de Danika.

Llamó. Y llamó. Y llamó.

Nada.

Se preguntó por qué Danika habría dimitido. Quizá el trabajo la estaba superando. Quizá se había enterado de lo que le pasó a Danny. Quizá pensaba que ella sería la siguiente…

Jake volvió a llamar.

Seguía sin haber respuesta.

Justo cuando se disponía a llamar otra vez, le sonó el teléfono.

Respondió sin comprobar la identidad del llamante.

—¿Jake? ¿Estás ahí? Soy Drew. ¿Dónde estás? He intentado llamar a todos los demás, pero nadie me lo coge.

—¿Qué pasa?

—No sabía a quién más acudir.

—¿Dónde estás?

—Estoy frente al piso de Richard Maddison esperando a que llegue a casa, pero creo que The Farmer y su grupo acaban de entrar por la fuerza en su vivienda. ¿Puedes venir cuanto antes?

Jake se tomó un momento para reflexionar. Drew le sacó del presente y le hizo darse cuenta de que tenía otra tarea pendiente.

—Estaré allí lo más rápido que pueda.

CAPÍTULO 36

BAJO PRESIÓN

Sus instrucciones eran sencillas: colocar las pruebas, esperar a que Richard Maddison regresara y, bajo ninguna circunstancia, hacer ninguna puta estupidez. Eso era todo. Garrison había sido claro al respecto. Cristalino. De momento, todo iba bien. Había colocado las pruebas: hecho. Y había esperado a que Richard regresara: hecho.

Pero ahora había un problema, uno con el que no había contado.

No le cabía ninguna duda de que el grupo de individuos que habían seguido a Richard hasta su casa eran las mismas personas que le infundían terror cada vez que pensaba en ellas. Cada vez que sus nombres salían a relucir en una conversación con Liam o Garrison. En cuanto vio a las figuras vestidas de negro, Drew comprendió rápidamente que debía decírselo a alguien. Para cubrirse las espaldas.

¿Estaba él en la lista de objetivos?

Como cualquier buen criminal, necesitaba asegurarse de tener una coartada en todo momento. Y la última persona que esperaba que fuera la suya era Jake. En cuanto terminaron su llamada, The Farmer y su equipo habían salido disparados de la casa y vuelto a toda prisa a su furgoneta negra sin distintivos.

Extraño.

Algo no cuadraba. Habían entrado y salido demasiado rápido; demasiado rápido para matar a un hombre, al menos. Sin gritos, sin el sonido ensordecedor de las balas. Ni siquiera tiempo suficiente para matar a un hombre y amañar la escena para que pareciera un suicidio, como solían hacer.

Drew necesitaba echar un vistazo. Necesitaba saber a qué se iban a enfrentar.

Abrió la puerta del coche y se deslizó fuera, inspeccionó la zona en busca de cualquier señal de que lo estuvieran siguiendo y luego se dirigió hacia la casa. Manteniendo la cabeza agachada, cruzó la calle de un salto hasta la acera, trotó hacia la puerta principal y se puso un par de guantes forenses.

La puerta se había quedado entreabierta.

Drew vaciló al cruzar el umbral de la casa de Richard. Escuchó y esperó cualquier señal de vida, cualquier rastro de movimiento, cualquier indicio de que alguien —o algo— estuviera allí sin que él lo deseara.

No había nada. Solo su paranoia jugándole malas pasadas de nuevo. Y, a estas alturas, el efecto de las drogas en su organismo se había pasado y funcionaba a base de pura paranoia real, en lugar del tipo de paranoia inducida por las sustancias a la que se había acostumbrado desde que había empezado a consumir otra vez. No era culpa suya que se estuviera volviendo adicto poco a poco. Eran las presiones del trabajo. El estrés de su vida doméstica. La relación inexistente que tenía con su mujer. Hacía seis semanas que ni siquiera la veía. Por lo que él sabía, ella podría estar en la otra punta del mundo y él ni se enteraría. Probablemente se la estaría tirando alguien en este mismo momento. No sería la primera vez. La estúpida zorra.

Antes de darse cuenta, las escaleras terminaron y se encontró ante la entrada del dormitorio de Richard, donde había estado hacía menos de una hora. Asomó la cabeza pero no vio nada, y luego avanzó por el pasillo hacia el cuarto de baño.

Se detuvo en cuanto notó el charco de agua junto a la puerta y tragó saliva. Con suavidad, temiendo ya lo que encontraría al otro lado, empujó.

Richard Maddison yacía allí, en la bañera, con el cuerpo sumergido bajo el agua y los brazos descansando sobre la superficie. Tenía dos incisiones en las muñecas y la sangre brotaba de ellas como si fueran grietas en una presa, tiñendo el agua de un color carmesí oscuro.

Drew dio un paso atrás para observar la estancia. Los grifos estaban cerrados y el agua rebosaba por el borde de la bañera. Ríos de rojo goteaban por el lateral de plástico para ser absorbidos por la alfombrilla del baño. En las paredes, huellas dactilares y manchas ensuciaban los azulejos blancos. El pelo húmedo y apelmazado de Richard flotaba mientras su cuerpo permanecía perfectamente inmóvil.

Drew intentó procesar lo que había ocurrido, pero no se le presentó ninguna respuesta inmediata. ¿Le habían cortado las muñecas The Farmer y sus socios para luego salir huyendo? ¿Se habría desangrado en el tiempo que Drew había tardado en entrar en la casa y encontrar su cuerpo? ¿O es que ya se había suicidado y The Farmer simplemente se lo había encontrado? ¿Hubo un forcejeo? ¿Había intentado defenderse Richard?

Los pensamientos eran ensordecedores; le gritaban en los oídos. Una presión tremenda le oprimía la cabeza y se agarró los laterales del cráneo, apretando para ahuyentar el dolor. Pero pronto comprendió que aquel dolor había llegado para quedarse, como la alianza atascada en su dedo porque era demasiado cobarde para enfrentarse a su propia mujer por su adulterio.

Poco después, el dolor remitió y dejó paso a un torrente de paranoia que inundó su mente. Richard Maddison estaba muerto. Y él era el siguiente. No le cabía duda. No sabía cómo, ni por qué, ni cuándo. Solo sabía que él era el siguiente.

Se dio la vuelta sobre sus talones, manteniendo los brazos pegados al cuerpo. Lo último que quería era incriminarse dejando su propio ADN por toda la escena. No había protocolo que pudiera protegerlo de eso, especialmente si La Cábala se veía involucrada de algún modo.

Justo cuando estaba a punto de dar la espalda al cuarto de baño, una figura apareció por el rabillo del ojo.

—¡Me cago en Dios! —gritó Drew.

—Tranquilo, tío —dijo Garrison, que estaba de pie en lo alto de la escalera con las manos en los bolsillos, mirando como si Drew fuera el que estaba equivocado—. Solo soy yo.

—¿Qué cojones haces aquí?

—Asegurarme de que todo esté bien.

—Pues no lo está —respondió Drew—. Richard Maddison está muerto, joder, Pete. Y no sé si se ha suicidado o si lo han matado. Pero, sea como sea, tú y yo tenemos que empezar a cuidarnos las espaldas el uno al otro. Estamos juntos en esto, ¿verdad?

—Claro, tío —dijo Garrison—. Claro que sí. Por eso voy a necesitar que hagas exactamente lo que te diga.

CAPÍTULO 37

LLEGADA

Para cuando Jake llegó a la propiedad de Richard Maddison, los equipos de emergencia que habían sido avisados apenas estaban empezando a montar su puesto de mando avanzado en los cordones interior y exterior. Se había acordonado una pequeña sección de la calle y los vecinos empezaban a arremolinarse como moscas cojoneras, zumbando en busca del último cotilleo del barrio. Al pie del porche había una furgoneta de la científica. Jake se acercó a toda prisa, cogió un mono de protección forense completo y se lo puso. Justo cuando estaba a punto de cruzar el cordón para entrar en la casa, uno de los agentes uniformados le dio el alto.

—¿Se ha registrado?

Jake respondió con timidez que no lo había hecho y garabateó rápidamente sus datos en la hoja antes de entrar en la vivienda.

El edificio estaba plagado de especialistas de la policía científica. Cada uno de ellos vestía el mismo sobretodo, y pronto resultó difícil distinguir a unos de otros. Se fió de su conocimiento e intuición sobre la altura, complexión y postura de Drew para localizar a su colega. Por suerte, era un hombre bajito, lo que reducía un poco el campo de búsqueda.

Jake avanzó por la casa, pisando las placas protectoras que la científica ya había colocado, y subió las escaleras.

Encontró a Drew arriba, merodeando junto al marco de la puerta del dormitorio. Jake le tocó el hombro. Su colega se dio la vuelta bruscamente y su cuerpo dio un respingo al reconocer a Jake frente a él.

—Me has dado un susto de muerte —dijo Drew.

Jake soltó una risita.— Lo siento, colega. ¿Qué ha pasado?

—Richard Maddison ha muerto. Suicidio. Se ha cortado las venas en la bañera. Se ha desangrado en la tina y por todo el suelo.

—Dios mío... —Jake se quedó sin palabras, pero de pronto recordó dónde estaba y en compañía de quién—. ¿Cómo nos... cómo nos afecta esto a *nosotros*? —Habló en voz baja para que ninguno de los agentes forenses pudiera oírle.

Drew tiró de él hacia el dormitorio. Había un agente de la científica rebuscando en el contenido de los armarios, haciendo decenas de fotografías de la ropa *in situ* y documentando las pruebas. Drew le ordenó que se marchara.

—No pasa nada —dijo en cuanto el agente se hubo ido—. En realidad, es perfecto. Niquelado. Nos soluciona la papeleta. Que se haya suicidado hace que parezca que la culpa pudo con él.

—¿Tuviste oportunidad de colocar las pruebas? —Jake se maldijo a sí mismo al darse cuenta de que había vuelto a cometer el mismo error y se le había olvidado grabar la conversación. Tenía la cabeza a mil —aún aturdido por las noticias sobre Danika— y le costaba pensar con claridad.

—Porno infantil en su portátil y polvo de cemento en su ropa.

Drew señaló el portátil y el cesto de la ropa sucia que habían sacado del armario. Jake se fijó en un trozo de papel con garabatos en el suelo, junto a la silla del escritorio. No dijo nada.

—Supongo que encontró las pruebas y se dio cuenta de que no tenía salida. Ahora haremos que parezca que su conciencia le obligó a suicidarse. Tú mismo dijiste que tenía antecedentes de depresión, y tenemos un vínculo entre él y Danny. Todo está niquelado. —Le dio a Jake una palmada en la espalda—. Sabía que no me fallarías. Siempre debí haber tenido fe.

Drew le guiñó un ojo y salió de la habitación, dejando a Jake solo.

Estaba en estado de *shock*. El cuerpo se le quedó frío y un nudo enorme se le formó en el estómago, paralizándolo. Su peor temor acababa de hacerse realidad. Lo que no quería que ocurriera, acababa de suceder. Y Drew lo había confirmado. Había ayudado a asesinar a Richard Maddison y había ayudado a que Liam, Drew y Garrison se salieran con la suya.

Se quedó sin pensamientos. Su mente se quedó en blanco y se quedó mirando el reloj de la pared, deseando poder retrasar las horas, los días, los meses, los años, y cambiarlo todo.

Unos golpes en la puerta lo distrajeron.

Era Garrison. Tenía los ojos entrecerrados y las arrugas a su alrededor parecían profundos barrancos oscuros.

—¿Estás bien, chaval? —preguntó Garrison.

—De maravilla —respondió Jake.

—¿Quieres ver el cuerpo?

Jake se encogió de hombros.— Ya que estoy aquí... —dijo, volviendo a meterse en el papel.

Garrison se apartó y dejó pasar a Jake. Este giró a la izquierda hacia el cuarto de baño contiguo; el sonido de sus protectores de calzado chapoteaba sobre el suelo y la alfombrilla. La cabeza de Richard Maddison estaba rodeada de agua ensangrentada, apoyada junto al grifo. Se le había ido el color de la piel y sus brazos descansaban sobre el borde de la bañera. Las incisiones que se había hecho para quitarse la vida tenían cinco centímetros de largo y al menos uno de ancho. El nudo se apretó y Jake sintió una arcada. Saber que era en parte responsable de haber empujado a aquel hombre al abismo le daban ganas de vomitar.

Se tragó la náusea.

Jake inspeccionó la estancia, buscando cualquier anomalía, cualquier rasgo extraño. Y entonces recordó lo que le había dicho Drew: que un grupo había irrumpido en casa de Richard momentos después que el propio Richard. Quizá había algo más de lo que pensaba. Quizá era un montaje. Quizá El Granjero y sus socios habían masacrado a Richard y lo habían hecho parecer un suicidio. Quizá habían hecho un estropicio y habían dejado huellas de su presencia sin darse cuenta.

Jake escudriñó las paredes y analizó cada detalle. A su izquierda había un toallero. Al lado, frente a él, estaba el inodoro. Y eso era todo. Nada sospechoso a simple vista.

Pero entonces lo vio. Qué equivocado estaba.

Una huella, de barro, en el suelo, en la esquina de la alfombrilla. Y parecía que ninguno de los forenses la había detectado. Pero había otro problema: Garrison. El hombre estaba justo detrás de él. Si quería asegurarla como prueba y echar por tierra su teoría del suicidio, no podía hacerlo con Garrison allí.

—Ha debido de ser una forma horrible de morir —dijo Jake mientras se giraba para quedar frente a Garrison.

—No hay ninguna forma fácil... —respondió Garrison.

Mientras Jake se acercaba a la puerta, algo en el rabillo del ojo le llamó la atención. Era una mancha de sangre, y los surcos de la huella dactilar eran gruesos y claros. No podía creérselo. Tenía una huella de calzado con barro y una huella dactilar con sangre donde no deberían estar.

Estaba tras la—

—¡Jake! ¡Garrison! —gritó una voz desde el hueco de la escalera.

—¿Qué quieres, Drew?

—Tenemos que irnos —dijo Drew al aparecer a mitad de las escaleras—. El jefe ha convocado una reunión.

Joder.

—Muy bien, terminamos en un segundo —respondió Garrison y se dirigió hacia el rellano.

Joder por partida doble.

No había oportunidad de fotografiar o examinar la huella dactilar de cerca. Pero tuvo una idea: la agente de la científica que trabajaba en el baño. Sí. Ella podría hacerlo.

Jake chasqueó los dedos, captó la atención de la agente y luego señaló el barro del suelo y la mancha de la puerta.

—¡Jake! —Era Garrison—. ¿Vienes o qué?

Jake giró la cabeza hacia su colega.— Sí... Sí... Ya voy... Sí.

Echó una última mirada a Richard Maddison, como para ofrecerle una penitencia por ser responsable de su muerte, y salió del baño

con la esperanza de que la especialista forense hubiera entendido a qué se refería.

—El jefe nos ha llamado a la oficina —le dijo Garrison mientras se quitaban los monos forenses.

—¿Alguna idea de qué se trata?

—Seguramente le habrá dado un ataque de rabia. Su rueda de prensa no ha ido muy bien.

—¿Ah, sí?

—Al parecer, ese tal Oliver Penrose se ha presentado sin avisar, así que lo han cancelado todo.

—Vaya por Dios...

Jake agradeció tener su propio coche para regresar, donde pudo poner en orden sus pensamientos durante el trayecto de vuelta a Bow Green, aunque era más fácil decirlo que hacerlo. Pasaban tantas cosas que no sabía en qué centrarse primero. Y antes de que finalmente pudiera decidirse, ya estaba de vuelta en la comisaría.

Cuando los tres entraron en el MIT, los nervios empezaron a sacudir el cuerpo de Jake. Y se intensificaron por lo que vio ante él.

Sentada en el escritorio vacío frente al suyo había una mujer a la que no conocía. Vestía un traje elegante con las mangas remangadas. Bajo la chaqueta, llevaba una blusa con anclas de color azul marino. Tenía el pelo rubio y ondulado, llevaba unas gafas blancas de montura gruesa y tenía una tez a juego.

—¡Hola! —dijo ella, sonriendo con entusiasmo. Se adelantó hacia ellos con la mano extendida.

—¿Y usted quién es? —preguntó Garrison mientras él y Drew se colocaban a ambos lados de Jake.

—Me llamo Charlotte. Vengo de Croydon. Formo parte del Equipo de Investigación de Crímenes Graves de allí.

Los tres la miraron con el rostro inexpresivo.

—¿Nadie se lo ha dicho? —preguntó ella.

—¿Decirnos qué? —Drew tomó el relevo.

—Soy la nueva inspectora jefe. Me han destinado aquí para ayudar con su investigación. Empiezo mañana, pero hoy solo quería pasarme a presentarme mientras se termina de formalizar todo el papeleo.

Jake se quedó con la boca abierta. Era como si los astros se hubieran alineado y se le hubiera quitado un peso de encima. Por primera vez, ya no se sentía solo. Sabía exactamente quién era Charlotte y el motivo por el que estaba allí.

Ella iba a ayudarle a condenar a Liam, a Drew y a Garrison.

PARTE 3

CAPÍTULO 38

INTERFERENCIAS

Jake tenía la boca abierta de par en par —atrapado en mitad de un bostezo— mientras intentaba meterse una montaña de cereales con la cuchara. En un día normal, se reservaría para cuando llegara a la oficina y saquearía la cantina de la planta baja, donde solía pedir su plato favorito de huevos revueltos con tostadas y un yogur de fresa de postre. Pero hoy no era un día normal. Ni tenía tiempo para permitirse ese lujo.

Charlotte se incorporaba al equipo. Y él quería estar listo para su llegada.

Desde que la había visto allí, en la comisaría, con aspecto feliz y emocionada por estar presente, no había sido capaz de concentrarse en nada más. Era como un niño en Navidad, pendiente solo de los regalos. Sin embargo, lo que más le sorprendía era la rapidez con la que el DPS había logrado desplegar a una agente infiltrada totalmente operativa. Menos de veinticuatro horas. Algún tipo de récord, pensó.

Jake solo esperaba que ella estuviera bien preparada y que hubiera recibido instrucciones con el mayor detalle posible. Que tuviera su tapadera bien asentada. Sabía cómo se las gastaban Liam, Drew y Garrison cuando se trataba de recién llegados. Eran

tenaces. Estaban empeñados en desmenuzar cada faceta de cualquier historia que su supervisor le hubiera inventado.

La presencia de Charlotte también creaba un campo de minas de posibles trampas para él. Con el resto del equipo vigilando cada uno de sus movimientos con suspicacia, ¿cómo establecería el contacto inicial? ¿Fuera o dentro del trabajo? ¿Y si se arriesgaba a volar su cobertura y hacía que la retiraran del caso o, peor aún, que la mataran, del mismo modo que él había sido responsable de lo ocurrido con Richard Maddison?

Era mucho en lo que pensar.

Afortunadamente, recibió una grata distracción en forma de Elizabeth. Iba vestida con el camisón morado que se ceñía a los contornos de su cuerpo, con el pelo cayéndole hasta la base de la espalda y, al entrar en la cocina, se frotó los ojos e intentó reprimir un bostezo con la mano.

—¿Qué haces levantada? —le preguntó mientras ella se dirigía al hervidor—. ¿Por qué no estás durmiendo con los niños?

—Buenos días a ti también.

—Sabes que no quería decir eso. —Jake dejó la cuchara en el cuenco.

—Parece que estés intentando quitarme de en medio. Y cuando tengo la sensación de que la mañana es el único momento en que puedo verte, no sé cómo tomármelo. Casi nunca coincido contigo ya, Jake. —Cogió una taza y echó tres cucharadas colmadas de café soluble, seguidas de dos cucharadas de azúcar. Cuando terminó, se giró hacia él, apoyando la espalda contra la encimera—. Me preocupa lo nuestro.

—¿Por qué? —Jake empujó el cuenco hacia el centro de la mesa. Ya no le apetecía seguir comiendo.

—Nunca estás aquí, y cuando estás, yo siempre estoy demasiado cansada, y tú también. Esas horas que trabajas son implacables. Estoy agotada de cuidar a las niñas todo el día. No tengo tiempo para desconectar, relajarme y centrarme en mi fotografía como me gustaría. Y encima tenemos todas estas facturas que parece que no dejan de acumularse y acumularse. Y no sé cuándo va a terminar de... —Hizo una pausa, miró al suelo e inhaló profundamente, como

si se preparara para asestar el golpe final—. Es que... está pasando todo a la vez, y siento que está empezando a pasarle factura a nuestro matrimonio.

Jake abrió la boca para responder, pero no salió nada. Quería correr hacia ella y abrazarla, estrecharla, sostenerla, consolarla, apoyarla... hacer cualquier cosa que disipara sus temores y la tranquilizara. Nunca habían discutido así, y él esperaba que nunca lo hicieran.

Pero hubo algo de lo que ella dijo que le molestó.

—Es curioso que digas eso... —comenzó él.

—¿De qué estás hablando?

Señaló una de las cartas que había en la isla del centro de la cocina.

—¿Cuándo pensabas decirme algo sobre esta?

Era la factura del seguro del coche que había llegado un par de semanas antes, indicándole que debía más de mil libras. La carta de al lado era de la misma compañía, agradeciéndole el pago reciente.

—No recuerdo haber pagado eso —dijo él con severidad—. Así que, ¿quién lo hizo?

Elizabeth se quedó en silencio; incluso el sonido de su respiración se apagó.

—¿Quién lo ha pagado, Liz?

Ella levantó la vista hacia él. —Mi... m-mi madre.

Jake puso los ojos en blanco. *Típico. Jodidamente típico*.

—¿Ibas a decírmelo en algún momento?

—Yo... creía que ya lo había hecho.

—No me vengas con chorradas —dijo Jake, alzando la voz. La expresión de ella le indicó que se detuviera y de pronto fue consciente de que las niñas dormían arriba. Con tono más bajo esta vez, continuó—: Creía haberte dicho que yo nos sacaría de este lío.

—Ella se ofreció...

—Y si se hubiera ofrecido a dar a luz a Maisie o a Ellie por nosotros, ¿habrías dicho que sí sin consultarme?

El rostro de Elizabeth decayó y entrecerró los ojos. —¿Por qué dices eso?

Jake sabía que se había pasado de la raya, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Esperaba que la perspectiva del tiempo mejorara sus siguientes palabras.

—Me has oído —dijo con un aire de terquedad que normalmente solo sacaba cuando estaba en la sala de interrogatorios con un testigo o un delincuente.

Tal vez no.

—No te atrevas a meterlas en esto. Ya lo ves, *este* es parte del problema. No puedes dejar a un lado tu ego, ¿verdad? Te duele —te *mortifica*— que mi madre haya ayudado.

—¡Porque este era *mi* problema y yo debía resolverlo! —Dio un golpe con la mano en la encimera de la cocina.

—¿Por qué? ¿Quién te ha dicho que lo fuera? ¿Algún tipo de dios humano que solo habla con hombres egocéntricos como tú? ¿Te ha dicho él que te encargaras de esto solo? Por Dios, a veces puedes ser un imbécil integral. Mi madre intentaba ayudar. Acéptalo. Eso no te hace menos hombre, ni cambia mi percepción de ti. De hecho, si hubieras pedido ayuda antes, probablemente te respetaría más.

Probablemente...

Jake exhaló profundamente y siguió mirándola. A esos ojos implacables y poderosos. A la mujer que había dado a luz a sus dos maravillosas hijas. A la mujer que aguantaba todas sus mierdas. El amor de su vida.

No tenía derecho a estar enfadado; Martha solo intentaba ayudar. No era más que eso. Ni menos. Jake miró su mano y fingió juguetear con una imperfección de su piel. —¿Estaría totalmente fuera de lugar pedir un abrazo? —preguntó.

—¿Significa eso que admites que te equivocas?

—Lo admito.

Forzó una sonrisa. Elizabeth le correspondió, rodeó la isla y lo abrazó. Sintió su cuerpo cálido contra el suyo. Discusión olvidada. Deseaba poder pasar más tiempo con ella, pero el trabajo no lo permitía. Y le mataba cada vez que se perdía uno de los hitos de las niñas. Como la vez que Ellie se dio la vuelta, la primera palabra de Maisie, la primera vez que dijo «papá», la primera vez que le presentó a un amigo a Elizabeth en la guardería. Eran todos eventos

que cambiaban la vida y que él se había perdido, y nunca iba a tener la oportunidad de volver a verlos.

Antes de que se diera cuenta, habrían crecido, se habrían mudado y estarían viviendo sus propias vidas de adultas. Aquello era un pensamiento que prefería no tener.

Elizabeth se apartó, manteniendo las manos aún entrelazadas en su cuello.

—No lo decías de verdad cuando me has llamado imbécil, ¿no? —preguntó él. Esta vez la sonrisa le salió de forma más natural.

—Era la verdad absoluta. Pero eres *mi* imbécil.

Jake le dio un beso en los labios y otro en la frente. Echó un vistazo rápido a su reloj, se dio cuenta de que llegaba tarde y recogió sus cosas a toda prisa. Mientras salía por la puerta, dijo: —¿Qué te parece si nos invito a cenar algo de fuera esta noche, para celebrar algo?

—¿Qué celebramos?

—La vida. La familia. Todo. Y además estamos haciendo avances reales en el trabajo. Deberíamos terminar con el caso pronto.

No era una mentira total. Simplemente no quería que ella supiera con lo que estaba lidiando. Por su propio bien. Ambos mundos debían permanecer separados, porque cuando el trabajo empezaba a interferir en su vida personal, era cuando empezaban los problemas.

CAPÍTULO 39

JUGUETES

A Liam le dolía todo el cuerpo. Las piernas. El estómago. Los brazos. El pecho. El cuello. Incluso la cabeza le pulsaba con un suave latido que hacía que las paredes dieran vueltas y su náusea se desbocara. El tratamiento de ayer lo había dejado baldado. Pero había un lado positivo, por pequeño que fuera. Según sus médicos y la ingente cantidad de pruebas que había soportado como parte del tratamiento, estaba respondiendo bien. El cáncer de los pulmones estaba remitiendo gradualmente. Pero no sabía cómo iría la cosa. Había días buenos. Había días malos. Algunos días se sentía feliz de estar vivo, mientras que otros lo dejaban con ganas de tragarse una bala. Sin embargo, en lugar de hacer eso, había encontrado otra forma de matarse. Si el cáncer no lo hacía, el alcohol se encargaría. Era un veneno. Probablemente el peor que había tomado jamás, y eso era decir mucho porque en su época había llegado al final del abecedario de las drogas, y se había aprendido el silabario desde cero. Pero el alcohol era diferente. Peor, sí. Pero diferente. Y diferente, en este caso concreto, era bueno. Le daba calor, no le nublaba los sentidos por completo y le calmaba parte del dolor. Pero solo si lo consumía con moderación.

Liam se levantó pesadamente de su asiento, caminó arrastrando los pies hasta el fondo de la habitación y abrió el cajón inferior de su

archivador. Dentro había una botella de whisky —Jim Beam, su veneno favorito— y dos teléfonos de prepago. Le encantaba su dulzor y la forma en que le quemaba la garganta. Los dos teléfonos eran solo para emergencias. Uno de ellos era su línea discreta para Drew —que también usaba para todos los demás— y el otro era el que utilizaba para comunicarse con El Cónclave.

Ver el teléfono que usaba para Drew le dio una idea. Cerró el cajón de una patada, llenó su taza de café de plástico reutilizable con whisky y la metió en el cajón superior de su escritorio. Eso le duraría el resto del día. Solo un traguito de vez en cuando para mantener los niveles, para sostener su sosiego.

Hizo girar el whisky y se lo acercó a los labios; después bebió. Delicioso. Suave. Solo. Lo único que le faltaba ahora eran unos cubitos de hielo delicadamente colocados y habría sido un comienzo de mañana perfecto.

Colocando la tapa en la taza, Liam buscó un paquete de caramelos de menta en su bolsillo, se echó uno a la boca y lo masticó. Mientras el mentol se extendía como la pólvora por su boca y garganta, Liam se acercó a la puerta del despacho y llamó a Drew. Era el único que estaba en la oficina en ese momento, aparte de algunos de los otros niñatos engreídos de su equipo que no le importaban lo más mínimo. Ellos iban a lo suyo y él los dejaba. Si necesitaban algo, ya sabían dónde estaba su despacho.

—Buenos días, compañero.

Liam gruñó a modo de respuesta. —Toma asiento.

Drew hizo lo que le decía, recostándose en su silla, con los brazos extendidos sobre los dos reposabrazos y una pierna cruzada sobre la otra. Con aire de ser el puto amo del lugar.

—¿Has tenido ocasión de hacer lo que te pedí? —preguntó Liam.

Drew asintió con la cabeza. —Tengo todas las comunicaciones vinculadas a mi portátil en casa. Te daré el software y los datos de acceso para que tú también puedas escuchar.

Siguiendo las instrucciones de Liam, Drew había colocado dispositivos de grabación dentro de los coches de Garrison y Jake, solo para poder vigilar de cerca tanto sus movimientos como sus conversaciones. En algún lugar había una serpiente bajo los juncos,

y Liam estaba decidido a descubrir quién era ese cabrón. Él era la mangosta, preparándose para lanzarse al cuello.

—Mierda... —dijo Drew.

—¿Qué?

—El coche de Garrison. Recoge el nuevo hoy mismo.

—Joder. ¿Ya?

Drew volvió a asentir con la cabeza.

—Ponle un micro en cuanto vuelva. No quiero que se salga con la suya en nada.

—¿Y Charlotte? ¿Quieres que haga el suyo también?

¿Charlotte? ¿Quién coño era Charlotte? Quizá la taza de whisky no duraría hasta el final del día después de todo.

Liam miró a Drew con la mente en blanco.

—¿No te has enterado? Esto... es una inspectora. Grayson. De la comisaría de Bernie. La han asignado para ayudarnos con el caso.

«Bernie's» era el nombre que se le daba a la comisaría de policía de Croydon, un apodo que reflejaba su alto perfil y el consumo prevalente de drogas durante los años ochenta y noventa. Del mismo modo que algunos se referían a Bow Green como «Snow Bow». Mucho había cambiado desde aquellos días; mucha gente había pasado página. Drew, sin embargo, nunca se había dado por aludido.

Liam respiró lentamente mientras asimilaba las palabras de Drew. Croydon. El antiguo terreno de Jake.

—Se me habrán pasado todos esos correos —Liam sacudió la cabeza—. Apuesto a que esto es cosa de Penrose, ese imbécil prepotente. ¿Cuándo empieza?

—Esta mañana. Probablemente llegará pronto.

Liam se miró las manos y jugueteó con sus uñas. Tenía que empujarse las cutículas.

—Ponle un micro a su coche también. Quiero oír todo lo que diga. Comprobaré sus antecedentes. Veré qué credenciales tiene.

—¿Algo más?

—Vigila también a Garrison. Se ha estado dejando ver mucho menos últimamente. No me gusta.

Drew se detuvo al ir a levantarse de la silla y luego se puso en pie lentamente. Parecía que acababa de terminar una entrevista de trabajo. Nueve de cada diez veces, Liam no le habría dado el puesto.

—¿Pasa algo más? —preguntó Liam, temiendo que ya conocía la respuesta.

—¿Alguna... alguna noticia sobre Matheson?

Ahí estaba. Ahí estaba la puta pregunta. Henry Matheson otra vez. Típico. *Capullo testarudo*.

—No. Ahora vete a buscar al viejo bastardo.

Eso cortó la conversación de inmediato. Y en cuanto se cerró la puerta, Liam sacó del archivador el teléfono de prepago de El Cónclave y marcó.

Nadie respondió.

Liam apretó el teléfono con fuerza y se metió la parte inferior en la boca. Mordió los botones, sus dientes se clavaron en el plástico, astillando algunos de los mecanismos internos del dispositivo.

Liam dejó que se le cayera de la boca y sacó su móvil personal.

Si había alguien que supiera lo que estaba pasando, sería el subcomisario Richard Candy. El hombre estaba metido en todos los ajos; gajes del oficio. Era el tipo de oficial de carrera que, nueve de cada diez veces, sabía qué estaba pasando y cuándo estaba pasando. Había sido así desde que entró en la policía, y ese era un hábito que nunca iba a morir.

—Diga, Candy.

—Soy Liam. ¿Qué es eso que me han dicho de que una inspectora de Croydon ha sido llamada para ayudar con mi investigación?

—¿Cuál es su pregunta exactamente?

Liam y Candy eran amigos desde hacía mucho tiempo. Habían empezado sus carreras al mismo tiempo y se habían devuelto muchos favores desde entonces, pero en este momento, Liam sentía que el hombre estaba a punto de comportarse como un gilipollas integral.

—Empecemos por el *porqué*, ¿le parece? ¿Por qué se une a nosotros?

—La investigación necesita ayuda.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Sí que la responde. Lo que pasa es que no es lo que usted quería oír.

Liam agarró el ratón de su ordenador y lo apretó como si fuera una pelota antiestrés. Entre dientes, siseó: —No me joda con esto, Richard. Se lo juro por Cristo.

Candy no dijo nada. Por experiencia, Liam sabía que su amigo estaba dejando que se calmara, que pensara en lo que estaba diciendo y a quién se lo estaba diciendo. El juego de poder entre ellos dos había comenzado. Y siempre había un solo ganador.

Una vez que Liam controló su respiración, continuó: —¿Quién lo autorizó?

—Lo hice yo. En su nombre.

Liam suspiró, soltó el ratón.

—¿Cuándo se marcha?

—En cuanto el caso esté zanjado.

—¿A quién tiene que informar?

—A usted. Es parte de su equipo. Trátela como tal. —Hubo una pausa, que agradeció—. Piense en ello como un incentivo extra para terminar esto lo antes posible.

Y ahí estaba. Duro y evidente, como una bofetada en la cara. Quizá Richard no se había dado cuenta, pero acababa de revelar la verdadera razón por la que ella estaba allí.

—¿Ha cedido así de fácil? —empezó Liam—. Me decepciona. Un pequeño error en una rueda de prensa, una pequeña reprimenda de un *lord*, y pierde los estribos y consigue al primer agente disponible para ayudarnos.

—Ya lo oyó, Liam. Penrose quiere que esto se barra debajo de la alfombra. Los ojos del mundo nos observan.

—Vendido.

—Como le he dicho, es un incentivo para resolver el caso más rápido.

—No hace falta —dijo Liam—. Ya hemos hecho un avance. Ayer. Nuestro principal sospechoso se suicidó. Estamos esperando a los forenses.

—Entonces ya puede dejar de patalear.

Liam colgó y lanzó el teléfono sobre la mesa.

Si tan solo las cosas fueran tan sencillas. Richard Maddison. El suicidio. Dejar la investigación resuelta tan pronto como le habría gustado. La dinámica de la investigación había cambiado. Tenían a alguien de fuera. Alguien que, sin duda, no era de la misma calaña que Liam, Drew, Garrison y ahora Jake. Lo que significaba que lo cuestionaría todo sobre el suicidio de Richard Maddison y amenazaría con echar por tierra todo su arduo trabajo.

A partir de ahora tendrían que tener un cuidado exquisito si querían seguir adelante con su parte del plan. Y Liam iba a tener que hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que ella no descubriera la verdad.

Y eso empezaba por enviarla de vuelta al agujero de mierda del que acababa de salir.

CAPÍTULO 40

REGLAS

Había ciertas reglas en el negocio de los asesinos a sueldo. Cosas que se debían y no se debían hacer.

La primera regla consistía en no utilizar nunca nombres. La segunda, en no hablar jamás del trabajo una vez llevado a cabo. Y la tercera era cobrar un depósito por adelantado y liquidar el resto al finalizar el contrato.

No eran reglas de oro, pero eran las de Georgiy.

Y las había quebrantado todas y cada una de ellas.

A estas alturas, Georgiy conocía el nombre del hombre con el que estaba a punto de reunirse y viceversa. El inspector de la policía judicial Pete Garrison. Un auténtico imbécil. Siempre tenía algo que decir, siempre tenía que expresar su opinión. Como un asesino a sueldo de pacotilla que da instrucciones desde el asiento de atrás. Como parte de su acuerdo con El Cónclave, era responsabilidad suya informar de cada mínimo detalle de las muertes de Danny Cipriano y Richard Maddison. De ese modo, El Cónclave podría planificar y prepararse para cualquier consecuencia posterior si fuera necesario. Georgiy no lo había aprobado, pero si quería su dinero, tendría que pasar por el aro. Y eso había llevado a que se rompiera la última regla. Por ninguno de los dos encargos había recibido ni un céntimo.

El lugar de encuentro eran los embalses de Warwick, a pocos kilómetros al norte de Stratford y del Estadio Olímpico. Elección de Garrison. Era un sitio abierto, amplio y, para sorpresa de Georgiy, casi totalmente desierto, a excepción de una persona que paseaba a un labrador. Un ligero frío azotaba las carreteras, si es que se las podía llamar así, y el sol de la mañana hacía brillar el rocío sobre la grava y la hierba. Al otro lado de un terraplén empinado y una fina hilera de árboles se encontraba uno de los embalses, una vasta extensión de agua turbia. Al otro lado de este había una línea ferroviaria que distorsionaba la tranquila serenidad del lugar.

Georgiy estaba aparcado en medio de un sendero artificial. Salió del coche y se apoyó en el capó, inspeccionando los alrededores. Llevaba uno de sus trajes favoritos y la americana ondeaba con la brisa constante. Cuando se trataba de negocios, le gustaba vestir adecuadamente.

A lo lejos se divisaban los imponentes rascacielos de Canary Wharf, sede de algunos de los mayores criminales del país. A pocos pies de él, un pato salió de detrás de un arbusto, se detuvo y se quedó mirando. Georgiy observó a la criatura con desconfianza.

Entonces oyó el sonido de un motor rompiendo el silencio. Georgiy se dio la vuelta en el sitio mientras Garrison se detenía detrás de él.

Consultó su reloj. —Llega tarde —dijo Georgiy mientras caminaba hacia la puerta de Garrison. El pato le siguió.

—Lo siento —respondió Garrison al bajar—. Estaba recogiéndolo. ¿Qué le parece?

El hombre señaló el Jaguar a estrenar. Tenía esa autenticidad de coche nuevo. El brillo. La matrícula reluciente. El parabrisas perfectamente intacto y sin un rasguño. Los neumáticos y las llantas de aleación impecables. Era una hermosa pieza de ingeniería, admitió Georgiy, pero no era lo que había venido a ver.

—¿Quién es su amiguito? —preguntó Garrison, señalando al pato que había seguido a Georgiy—. ¿Cree que sospecha que hay gato encerrado?

—¿Qué?

—No importa.

—¿Tiene dinero?

—En el maletero.

Garrison rodeó la parte trasera del coche y abrió el maletero.

—Recuerde lo que dijimos. Mantenga un perfil bajo.

—No me diga cómo hacer trabajo.

—No queremos que nadie se entere de esto ni que lo vea.

Georgiy miró a su alrededor. —Elija lugar al aire libre para intercambio… Estúpido.

—Siempre hay un método en mi locura.

Garrison rebuscó en el maletero y sacó dos grandes bolsas de deporte negras, sin marca y discretas.

—¿Todo? —preguntó Georgiy mientras tomaba las bolsas de manos del policía.

—Está todo ahí. Quinientos mil. Medio millón. Más dinero del que veré en toda mi vida.

—Entonces ya sé adónde ir si falta algo.

El comentario provocó una mueca de Garrison y, al cerrar el maletero, se secó la frente con el dorso de la manga.

—Por cierto, El Cónclave quedó muy impresionado con cómo se deshizo de Maddison.

—¿Ah, sí?

—Pensé que debería saberlo.

Georgiy aceptó el cumplido, decidiendo que no era necesario decirle que Richard Maddison ya estaba casi muerto, boqueando y aferrándose a lo que quedaba de su vida cuando lo encontraron. No era necesario decirle que Nigel había hecho un desastre en la escena del crimen al intentar ahogar a Richard antes de que la rápida pérdida de sangre pudiera robarle el alma; no era necesario decirle que había sido el dinero más fácil que habían ganado jamás.

—Yo también quedé muy impresionado —continuó Garrison—. Sabe, si mi mujer se vuelve insoportable y necesito deshacerme de ella, usted será el primer nombre que me venga a la mente.

Georgiy miró al pato. —No puede permitirse contratarme.

Garrison se rió entre dientes y señaló a Georgiy con el dedo. —Me cae bien. Es usted divertido.

Se dirigió de nuevo al lado del conductor y abrió la puerta. —Recuerde lo que le he dicho. Manténganse discretos un tiempo, ¿de acuerdo?

Georgiy dio la espalda a Garrison, se dirigió a su coche y lanzó el dinero en los asientos traseros. Antes de cerrar la puerta, abrió una de las bolsas, comprobó que el dinero estuviera allí y que no les hubieran traicionado, y luego cerró la puerta tras él.

En cuanto Georgiy metió las llaves en el contacto, Garrison se detuvo a su lado con la ventanilla del copiloto bajada.

—Se me olvidó mencionarlo, pero es probable que necesitemos sus servicios de nuevo pronto.

—¿Cuántos?

—Uno. Quizá dos.

—¿Detalles?

Garrison sonrió. —Ya estaremos en contacto.

CAPÍTULO 41

HERMANO

Liam había convocado una reunión a primera hora de la mañana en la que había dado la bienvenida a Charlotte al equipo —ante lo cual hubo un gruñido extraño y un «hola» todavía menos entusiasta por parte de algunos de los miembros— y luego les había informado sobre las actuaciones del día. Su principal sospechoso en el asesinato de Danny Cipriano estaba muerto, suicidio, pero aún necesitaban inspeccionar los sucesos que rodearon la muerte de Richard Maddison para ver si había algo sospechoso en ella. Jake había exhalado un profundo suspiro de alivio ante aquello; significaba que Liam había dado un giro de ciento ochenta grados y empezaba a volverse paranoico ante la posibilidad de que Charlotte encontrara lagunas en su plan.

Todo lo que Jake tenía que hacer era señalárselas.

El Equipo de Investigación de Delitos Graves estaba en sus escritorios, tecleando sin parar, introduciendo información en el HOLMES y en el PNC, firmando documentos, grapando folios, perforando papel, respondiendo al teléfono, discutiendo detalles del caso. Todo el mundo estaba ocupado. Excepto una persona. Garrison. Jake no había visto al hombre en toda la mañana, y Drew no paraba de ir y venir del baño como si estuviera empezando a desarrollar un problema.

Pero ahora mismo, Drew estaba en su mesa, absorto en un café con los auriculares bien apretados en las orejas. Parecía sumergido en su propio mundillo, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

Dos menos, queda uno.

Jake giró lentamente el cuello hasta mirar por encima del hombro hacia el despacho de Liam. Las persianas estaban bajadas y la puerta cerrada, así que Jake tenía la certeza de que no quería visitas. Luego volvió a centrar su atención en su escritorio y garabateó una nota en un Post-it. Arrancándolo del bloc, se levantó de la silla y caminó hacia Charlotte, que estaba sentada frente a él, oculta a la vista tras un gran panel separador. Ella estaba terminando de redactar un documento en su ordenador, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

Al pasar a su lado, dejó discretamente el Post-it sobre su mesa y se dirigió a los aseos; buscó una cabina y cerró la puerta tras de sí. Contó mentalmente. Treinta segundos. Cuarenta y cinco. Un minuto. Un minuto y medio. Dos.

Justo cuando estaba a punto de salir, la puerta del baño se abrió.

Mierda. Mantuvo la mano en el pomo, esperando a que la persona se marchara. *Usa la cabina, por favor. Usa la cabina.*

El tipo no lo hizo. Fuera quien fuese.

Jake se quedó allí esperando con impaciencia, golpeando el suelo con el pie mientras el otro hombre parecía tardar una eternidad en vaciar su vejiga en el urinario. Tras treinta largos segundos, terminó, se lavó las manos y se fue.

—Por fin —susurró Jake para sus adentros. Abrió la puerta de un tirón y salió del baño de caballeros. Al salir, giró la cabeza a izquierda y derecha para asegurarse de que no viniera nadie de ninguna dirección.

Se coló en el baño de mujeres de enfrente, rezando para que solo Charlotte estuviera dentro. La única vez que había puesto un pie intencionadamente en un baño de mujeres fue cuando Elizabeth necesitó que la rescataran en una noche de fiesta tras haber bebido demasiado y estar a punto de desmayarse con la cabeza sobre el asiento del váter.

Dentro había tres cabinas en fila, con los lavabos enfrente. Jake exhaló profundamente. La cabina del fondo estaba ocupada. Esperaba que fuera Charlotte. Se acercó a ella, asegurándose de que sus pasos hicieran el menor ruido posible, y llamó a la puerta.

—¿Sí? —llegó la respuesta. Solo la había oído hablar un par de veces, pero reconoció su acento del sur de Londres de inmediato.

—Soy yo —susurró él.

La puerta se abrió de golpe y allí, en el estrecho espacio, estaba Charlotte.

—¿Puedes...? —

Justo cuando empezaba a hablar, la puerta del baño se abrió. Presa del pánico, Jake saltó a la cabina con ella, cerrando la puerta por dentro. Jake contuvo la respiración y aguzó el oído. Era una situación íntima, y le dio una buena oportunidad para observar sus rasgos. Era ligeramente más baja que él, por muy poco. Llevaba el pelo retirado de la cara y recogido en una coleta. Se había quitado las gafas, revelando unos ojos de color verde golf bajo la brillante iluminación artificial del techo. Sus cuerpos estaban apretados el uno contra el otro en los confines de la cabina como si estuvieran bailando en una boda. Muy pegados. Deseó que no le oliera el aliento. Podía sentir los pechos de ella contra su pecho, y sus piernas contra las suyas, pero ya era demasiado tarde para cambiar de posición.

Que sea rápido, por favor. Que sea rápido.

Finalmente, la persona que acababa de entrar terminó y se marchó de allí.

En cuanto Jake oyó cerrarse la puerta, jadeó y recuperó el aliento.

—Eso ha estado demasiado cerca —dijo Charlotte mientras ponía algo de distancia entre ellos.

—Lo siento —dijo él—, pero necesito hablar contigo.

—Y yo necesitaba hablar contigo. Pero hay sitios mejores que este.

—Cuanto antes, mejor —hizo una breve pausa hasta que llenó sus pulmones—. Sé quién eres. Sé por qué estás aquí. Pero hay algunas cosas que tienes que entender. No pueden verme contigo.

En la oficina, quiero decir. Creen que soy uno de ellos. Ellos están detrás del asesinato de Danny Cipriano; saben quién lo hizo y ahora lo están encubriendo. Un tipo llamado El Granjero. Un asesino a sueldo, creo. Richard Maddison fue el cabeza de turco. Están haciendo que parezca un suicidio.

—¿Tú no crees que lo fuera? —Ella lo miró inexpresivamente, como si fuera un robot procesando todo lo que él le contaba.

—Sé que no lo fue. Van a andar con pies de plomo ahora que estás aquí. Harán las cosas siguiendo más el reglamento. No querrán que te involucres demasiado en su investigación. Que es exactamente lo que tienes que hacer. Obligarlos a mover ficha.

—¿Cómo?

—Sangre en las paredes y en la puerta del baño de Maddison. También barro en la alfombra. Uno de los de la científica debería haberlo recogido como prueba. Ese es tu punto de partida. Si le planteas eso a Liam, parecerá que Maddison fue asesinado, y entonces Liam y el resto se verán obligados a hacer algo más. Ahí es cuando tenemos que pillarlos.

El cerebro era algo curioso. Tenía la capacidad de recordar cosas —nombres, lugares, discusiones, ubicaciones—, pero en la mente de Jake solo había una cosa que destacaba. Una imagen que centelleaba en su memoria.

—Había algo más también. Una nota. Debajo de la mesa del dormitorio de Maddison. Podría haber sido una nota de suicidio. Olvidé recogerla o señalarla. Con suerte, alguno de los de la científica la habrá embolsado.

Charlotte se subió la manga de la chaqueta. —Estoy impresionada, pero tenemos que hablar en otras condiciones. —Miró a su alrededor en la cabina—. En un lugar un poco menos íntimo, y también algo más público.

—Al pub —dijo Jake—. El Head of the House. Es donde solemos ir. Si alguien pregunta, te estoy dando la bienvenida al equipo.

—Trato hecho —dijo Charlotte—. Esta noche.

Justo cuando Jake iba a abrir la puerta, ella le puso una mano en el brazo.

—Tienes que tener cuidado, Jake. No te metas demasiado a fondo con esta gente. Para eso estoy yo aquí. Estoy formada para ello. Si han podido matar a Michael Cipriano tan fácilmente, piensa en lo que podrían hacerte a ti.

—¿Michael? —preguntó Jake, confundido—. Fue Danny...

Vaya, mierda.

Un pensamiento le vino a la cabeza. Uno que no deseaba, pero agradecía que hubiera llegado más pronto que tarde. Michael Cipriano. Ni una sola vez durante la investigación había pensado Jake en él. ¿Seguía vivo el último de los hermanos Cipriano o también se lo habían cargado? ¿Cuánta información tenía sobre La Cábala? ¿O ya la había soltado y su nombre era el siguiente en la lista?

Jake necesitaba hablar con él antes de que nada de eso ocurriera.

CAPÍTULO 42

CONECTADOS

Jake no se había molestado en avisar antes de emprender el viaje de noventa minutos a Guildford. No tenía sentido. Quería hablar con ella en persona. Cara a cara. Y si ella sabía que él iba de camino, podría asustarse y desaparecer del mapa como había hecho el día anterior.

Las nubes se tragaron el cielo y un ligero repiqueteo de lluvia había empezado a caer sobre el sur de Inglaterra. Estaba sentado en su coche, frente a la casa de Danika, observando con fervor el ventanal. A pesar de la lluvia, vio movimiento.

Jake hizo una llamada. Danika respondió al segundo tono.

—¿Tanner? —Su voz sonaba sibilante, como si estuviera resfriada —. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Tienes un momento para hablar?

—Euh... Sí. ¿Qué pasa?

—Necesito hablar contigo en privado.

—¿Cómo de privado?

—Privado nivel Danny Cipriano.

Hubo un momento de silencio.

—Sí, no hay problema. Podemos hablar de ello ahora si quieres.

Jake mantuvo los ojos clavados con fijeza en la casa.

—No, no pasa nada. Me pasaré por allí.

Colgó el teléfono y esperó. En menos de un minuto, la puerta principal se abrió y Danika —que parecía nerviosa y presa del pánico — salió apresuradamente de la casa. Se quedó paralizada a mitad de camino al verlo a él, devolviéndole la mirada. Jake bajó la ventanilla.

—Sube.

El sonido de la puerta del acompañante al cerrarse resonó en el interior del coche y luego desapareció, sustituido por el silencio. Jake sentía las manos pegajosas; una mezcla de ira, adrenalina y miedo le recorría el cuerpo. Su pecho subía y bajaba con pesadez, empeorando por momentos.

—¿Ibas a alguna parte? —le preguntó.

—¿A qué viene tanto misterio, Jake? —preguntó Danika, sorprendentemente animada y llena de entusiasmo, restándole importancia con una risa como si no pasara nada. Pero Jake se dio cuenta enseguida. Estaba nerviosa. Y tenía motivos de sobra para estarlo.

—Creo que ya lo sabes, Dan.

—¿Qué decías de Danny?

—Está muerto.

Ella se llevó la mano a la boca y soltó un pequeño grito ahogado. —Dios mío. Yo no...

—Déjate de chorradas, Danika. —Jake apretó el volante hasta que se le blanquearon los nudillos—. Lo sé todo. Cómo ayudaste a Bridger a sacarlo de la prisión preventiva convenciendo a la fiscalía para que desestimaran el caso y todas las pruebas. Y sé que sabes algo sobre quién lo mató.

—Jake... —Le puso una mano en la rodilla. Sus ojos, y su *rostro*, se veían cansados y desgastados—. No sé quién lo mató. Te lo prometo.

—¿Pero admites todo lo demás?

—No fui yo. Fue Bridger. Él... él me obligó. Me intimidó.

—Podrías haber dicho que no.

—Sigues siendo ajeno a tu propia ignorancia, ¿verdad? Ahora estoy metida con gente peligrosa. No sé en quién puedo confiar. No sé qué sitio es seguro ni qué puedo hacer sin riesgo. Me han

arruinado la vida solo porque acepté meterlos en la WPS. Pero ahora me tienen atrapada y no tengo salida.

—¿Por qué dejas el servicio?

Ella ignoró la pregunta. —Esa gente se enterará de cualquier cosa sobre ti. Descubrirán cada mentira que hayas contado, cada error que hayas cometido, cada persona a la que hayas querido... y lo usarán todo en tu contra para conseguir lo que quieren. Y nunca hay oportunidad de salir.

—¿Con qué te tenían chantajeada, Dan?

Ella se giró y miró hacia adelante, a través del parabrisas. A medida que pasaba el tiempo, las lágrimas empezaron a asomar a sus ojos. —No sabes lo que es. Cuando perdí a mis hijos, algo murió dentro de mí. Y todavía me mata un poco más cada día. ¿Y sabes qué usaba para mitigar el dolor? Alcohol y drogas.

Jake frunció el ceño, pero no interrumpió el relato de Danika.

—Mucho de ambas cosas. Pero entonces Bridger se enteró. Me dijo que necesitaba un favor y que, a cambio, mantendría la boca cerrada. Una de sus condiciones fue que buscara ayuda médica; me quería fuera de las drogas y la bebida hasta que todo estuviera solucionado. No podía arriesgarse a que una noche me emborrachara y hablara de algo que debía ser secreto. Me advirtió de lo que pasaría. Presenté mi dimisión porque no podía más. Mantener la fachada de detective feliz. No podía recibir la ayuda que necesitaba. Soy un riesgo. Soy un peligro.

—¿Has vuelto a consumir?

Ella se secó una lágrima. —No he sentido dolor en meses, Jake. Me obligué a no sentirlo. Siempre viviré con miedo.

—¿Por qué no me contaste nada de esto, Dan? Podrías haber acudido a mí, haber confiado en mí...

—Te largaste. —La voz de Danika estaba cargada de tanto veneno que él retrocedió un poco—. Te pediste el traslado a Stratford y me dejaste sola en Surrey, solo para quedar como el puto alumno estrella. No lo sabías, pero te necesitaba. *Todavía* te necesito. Pero es demasiado tarde. Van a venir a por mí como hicieron con Danny...

—Danika... —A Jake se le formó un nudo en la garganta e intentó tragárselo sin éxito—. Dime con quién estabais tratando tú y Bridger. Sus nombres. Qué aspecto tienen. Quiénes son. Puedo ayudarte.

—Nunca vi ninguna cara. Nunca supe ningún nombre. Solo trataba con Elliot. No sé nada sobre La Cábala, Jake. Y sé que por eso has venido de verdad.

—Pero lo sabes todo sobre los hermanos. Debes de haberte reunido con ellos, hablado con ellos. ¿No te dijeron nada?

—Eso es lo que hizo que mataran a Danny.

—¿Y qué hay de Michael? ¿Dónde está? Necesito hablar con él.

—No.

—¿Sabe Bridger dónde está?

Ella negó con la cabeza. —Él se mantuvo al margen de todo eso. No quería tener nada que ver.

—Entonces dímelo tú. Ayúdame para que podamos ayudarle a él. Si Danny sabía cosas, él también las sabrá. Podemos ayudar a zanjar este asunto.

—¿Quiénes somos «nosotros»?

Jake hizo una pausa, tragó saliva y luego se lamió los labios. Lo había vuelto a hacer.

—¿Qué has hecho, Jake?

—Tengo a un agente encubierto de la DPS ayudándome. Creo que esto —esta red de corrupción— se extiende por todas partes. Está conectada con mi equipo en Stratford. Estamos trabajando en el asesinato de Danny ahora, pero lo están encubriendo. Y necesito asegurarme de poder hablar con Michael antes de que le pase algo. Solo necesito que me des su dirección. Nada más. Es todo lo que pido.

Danika se giró lentamente hacia él; se le volvieron a humedecer los ojos y se le dilataron las pupilas. —Si te lo digo, te conviertes en cómplice. Y cuando se enteren, te encontrarán. Y te harán exactamente lo mismo que le han hecho a Danny.

—No si la DPS me protege. Puedo detener...

—Nadie puede protegerte.

—Al menos déjame intentarlo.

Danika vaciló durante lo que pareció una eternidad. El silencio era profundo y parecía arrastrar a Jake al abismo con ella.

—La dirección de Michael. Es todo lo que pido —insistió él—. Eres la única que la sabe. Eres la única persona a la que podía acudir, la única en la que podía confiar. Eres la única persona que puede ayudar a Michael a sobrevivir. Soy uno de los buenos, ¿recuerdas? Puedo llegar hasta él primero. Puedo protegerlo y mantenerlo con vida.

Danika bajó la vista hacia su regazo y jugueteó con sus dedos; luego se limpió los mocos de la nariz y sorbió con fuerza.

A regañadientes, le dio la dirección.

CAPÍTULO 43

ESTILO

A Garrison le encantaba ese olor a coche nuevo tan particular. El cuero fresco. Las superficies pulidas. El ambientador de gominola a estrenar que el equipo de ventas le había dado como regalo extra por sus «servicios a la comunidad» después de que él les dijera que era policía. *Pfft. Claro que sí. Servicios a la comunidad. Si ellos supieran.* En toda su vida, solo había comprado tres coches, y cada uno le había hecho más ilusión que el anterior. Era un poco como una droga, un chute extremo de dopamina al sentarse al volante de su último juguete. Pero el verdadero subidón llegaba cuando los conducía por primera vez. Eran sus bebés... hasta que dejaban de rendir al máximo de sus capacidades; en ese momento, la droga se agotaba y necesitaba una nueva dosis.

Su última dosis era un Jaguar XKR Coupé flamante. Recién salido de la línea de producción: motor de gasolina de cinco litros, 503 CV, de 0 a 100 km/h en 4,6 segundos. Una bestia de coche, lo más rápido que había tenido jamás. Y, por poco más de setenta mil libras, también era lo más caro que había poseído nunca. Gracias a la ayuda de un poco de dinero disponible cortesía de las muertes de Danny y Richard. La pérdida de ellos era su ganancia. Tenía que devolverlo a la economía de alguna forma. Y si eso significaba llenar los bolsillos de una gran corporación, que así fuera. Él era feliz. El

vendedor que se llevó su comisión era feliz. El consejero delegado era feliz. El recaudador de impuestos era feliz. Incluso los infelices que giraban la cabeza al verlo pasar de camino al trabajo eran felices.

La única persona que no era feliz, suponía él, era la que estaba a punto de sentarse en el asiento de al lado.

Garrison había convocado la reunión en cuanto había terminado con el ruso. Estaba apostado frente a la sede de BBC News en Shepherd's Bush, aparcado en el lado de la carretera opuesto a la entrada del edificio. Giró la cabeza y vio a Tanya Smile caminando hacia él, esforzándose por andar bien con sus tacones altos. Vestía un traje azul oscuro que se agitaba con el viento, revelando un forro de nailon rojo en la americana y una falda ajustada a sus piernas. Su pelo rebotaba y oscilaba suavemente al caminar, haciendo que pareciera que no se movía en absoluto. Se detuvo junto al paso de cebra, miró a ambos lados y luego saltó al coche en cuanto estuvo despejado.

Garrison arrancó antes de darle la oportunidad de ponerse el cinturón de seguridad, deleitándose con el olor de su perfume, que acentuaba el resto de los aromas del coche, sumándose a los chutes de dopamina que recorrían su cerebro. Condujeron en silencio durante cinco minutos hacia un aparcamiento de varias plantas en el norte de Londres, donde subió hasta la parte superior de la estructura y aparcó marcha atrás en un sitio escondido en una esquina. El aparcamiento estaba mal iluminado, a excepción de la mortecina luz del amanecer que se filtraba por dos enormes huecos en los laterales del edificio. Estaban en el escondite perfecto, lo que le otorgaba a Garrison total autonomía sobre los ocupantes, incluida Tanya.

—¿De qué se trata esto, Pete? ¿Sabe Liam que estoy aquí? —preguntó ella.

—Tu novio no sabe nada. Me sorprende que te haya dirigido la palabra después de que ayer dieras la información de Danny en directo.

Hubo una pausa. —No lo ha hecho. Lo he intentado, pero no me coge el teléfono.

—Haciéndose el duro, ¿eh?

—Teníamos algo bueno. Si nos lo jodes, no te lo perdonaré nunca.

Garrison se llevó las uñas a la boca. —Me tienes temblando de miedo.

—Hice exactamente lo que me pediste. Y ahora soy yo la que se lleva los palos.

—No es mi problema. Mientras sigas haciendo exactamente lo que te ordeno y no des señales de desviarte del plan, todo irá bien. Podemos asegurarnos de que mantengas tu trabajo —Garrison puso la mano en el volante y se giró hacia ella—. Pero en lo que respecta a tu vida, no puedo darte las mismas garantías.

Tanya entreabrió los labios y se acercó más a la puerta.

—No hagas ninguna estupidez —dijo él mientras bloqueaba el coche desde el panel del conductor.

—Por favor... ¿Para qué estoy aquí?

A Garrison le encantaba oír a las mujeres suplicar. Le hacía sentirse todopoderoso; como si fueran a hacer lo que él quisiera al chasquido de sus dedos.

—Sé que eres la reportera con la que Danny Cipriano habló en protección de testigos. Sé que eres a la que le contó todos esos secretitos sucios. Solo quiero saber exactamente *qué* te contó.

Tanya se alejó un poco de él. Él esperaba que ella viera la amenaza en su rostro; no estaba haciendo ningún esfuerzo por ocultarla.

—Por favor... ¿Qué vas a hacerme?

Tenía algo en mente; muchas cosas, de hecho. Pero una destacaba sobre las demás. Algo que llevaba mucho tiempo queriendo hacer.

—Eso depende de cuánto me cuentes —Garrison se llevó la mano a la entrepierna. Tanya se percató del movimiento.

—Yo... Él... él... él no me contó nada. Sabía que lo matarían si decía algo. Pero vosotros fuisteis y lo hicisteis de todos modos. No quiso decirme otros nombres aparte de los que ya sabía. Le dije que sabía lo de Liam... lo tuyo... lo de Drew. Solo conocía a Liam por su nombre, pero os había reconocido a ti y a Drew.

—¿Cómo lo conociste?

—A través de una oficial de policía. Ella era la encargada de meterlo en el programa de protección de testigos. Yo había investigado y me acerqué al sargento Bridger, pero me dijo que no tenía nada que ver con eso. Le había pasado el marrón a otra oficial: la agente Danika Oblak, de la policía de Surrey. Es la única persona en el país fuera del equipo de protección de testigos que conoce el paradero de Michael y de Danny.

Buen chico, Isaac. El hombre había dicho la verdad.

—La siguiente pregunta es muy importante, Tanya. Y necesito que respondas con la verdad... ¿Te has reunido, o vas a reunirte, con Michael?

Tanya sacudió la cabeza violentamente. Unos pequeños mechones de pelo la azotaron en la cara, pero su mirada permaneció fija en la de él.

—Danika no quiso darme su dirección. Dijo que quería esperar a ver qué le pasaba a Danny. Ahora probablemente lo sepa... No imagino que la suelte fácilmente.

—Más vale que tengas razón —Garrison hizo una pausa y centró su atención en el salpicadero, perdido en la belleza de la ingeniería y en los colores arcoíris de los diales—. Sabes, normalmente, este sería el momento en el que sacaría una pistola y te apuntaría, o haría que te siguieran y te mataran antes de que pudieras llamar a tu novio y contarle lo que está pasando.

Tanya soltó un pequeño jadeo y abrió la boca para hablar, pero no salió más que aire.

—Pero este coche es flamante, y no quiero arruinarlo en su primer día. Tampoco quiero gastar tales recursos en matarte por los canales apropiados cuando hay peces más gordos que pescar, como suele decirse —se encaró con ella y luego levantó la mano. Ella se sobresaltó, pero cuando su mano se acercó a su rostro, se quedó paralizada. Él le acarició la piel suave y cálida y le rozó el pelo—. Estoy seguro de que podemos llegar a otro acuerdo. Un pequeño secreto entre nosotros.

Garrison volvió a manosearse la entrepierna. Esta vez estaba seguro de que ella lo había visto y había entendido exactamente lo

que quería decir.

—No. No lo haré. Liam...

—Liam no tiene por qué saberlo. Nuestro pequeño secreto.

—No puedo.

Usando su mano libre, Garrison rebuscó en el panel lateral del coche y sacó una Glock 17. —Como te he dicho —continuó mientras se ponía el arma sobre el regazo—, podemos llegar a un acuerdo. No quiero tener que usar esto, pero lo haré si me obligas. Y bien, ¿tenemos un trato?

Los ojos de Tanya brillaron. Garrison la admiraba y respetaba. Era una periodista tenaz, que siempre hacía lo posible por buscar una noticia e informar hasta del último detalle. Pero se había involucrado con la gente equivocada —por su propia culpa— y ahora iba a tener que sufrir las consecuencias.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Creo que sabes cómo.

Garrison volvió a guardar el arma donde estaba, se bajó la cremallera de los pantalones y se los bajó hasta los tobillos. El aire del climatizador le provocó un hormigueo en los testículos. No se había molestado en afeitarse; de hecho, no lo había hecho en años; su mujer no los había tocado en más de diez, así que ella tendría que conformarse con eso. Le hizo un gesto con la cabeza y entonces, cerrando los ojos, Tanya se inclinó sobre su regazo. Hacía mucho tiempo desde la última vez que le habían hecho una mamada, y por un momento no estuvo seguro de si se le levantaría, pero en cuanto Tanya lo tocó, se puso más duro que una piedra. Una sensación que no había sentido en mucho tiempo lo invadió. Apoyó la cabeza en el reposacabezas y se acomodó. El mejor comienzo para la vida de su nuevo coche que podría haber deseado.

Mientras Tanya se ponía manos a la obra, él alargó el brazo y cogió su teléfono del salpicadero. Mientras ponía una mano sobre la cabeza de ella para mantenerla inmovilizada, hizo una llamada.

—¿Dígame?

—Michael Cipriano. Agente Danika Oblak. Tienes que pasar por ella para llegar a él. Pero mantenla con vida hasta que se hayan encargado de él. Dejo la logística y el estilo en tus manos.

CAPÍTULO 44

ETERNIDAD

La casa estaba en algún lugar de North Ockendon, un pequeño pueblo a las afueras de la M25. Ubicado en un callejón sin salida llamado Fen Lane, el edificio era el cuarto de cinco. Todas las casas estaban separadas de manera uniforme y parecía que las había construido el mismo tipo. Eran casi idénticas, aunque no tanto como algunas de las promociones de obra nueva que estaban brotando por todas partes hoy en día.

Jake aparcó al final de Fen Lane y recorrió el resto del camino a pie. Se detuvo ante la puerta principal y llamó. Menos de diez segundos después, apareció una figura. Vestía un chaleco acolchado, llevaba el pelo engominado hacia atrás y lucía un par de anillos en los dedos, con un Rolex centelleando bajo la luz. A Jake le daba la impresión de ser un millonario de Essex —disfrutando de los lujos de una existencia puramente material— más que un agente encargado de la seguridad de un informador.

—¿Tú eres Jake?

Jake asintió.

—¿Uno de los chicos de Garrison?

Dudó. Durante una fracción de segundo, estuvo a punto de decirle que no. Pero entonces recordó dónde estaba y quién se suponía que debía ser.

—Sí —respondió—. Uno de los hombres de Pete. ¿Puedo pasar?

El hombre parecía inquieto, su comportamiento era ligeramente errático, nervioso, como si estuviera tenso. O bajo los efectos de algo. Quizás fue la confirmación de que era uno de los hombres de Garrison. Pero ¿por qué preguntaba por Garrison? *Pensaba que Liam era el que estaba al mando de todo esto.*

El interior de la casa era desolador. No había color en las paredes ni en el suelo, y tenía muy pocas ventanas, a excepción de un tragaluz en la parte superior del rellano que iluminaba la propiedad. Directamente frente a él había un tramo de escaleras que subía en espiral. A su derecha había un salón de planta abierta. A su izquierda, un baño y, más allá, un comedor.

—Por cierto, soy Isaac —dijo el agente de protección de testigos. Extendió la mano con nerviosismo; Jake notó que la tenía húmeda al estrecharla—. Por si acaso Garrison pregunta con quién has tratado.

Jake asintió, sin saber muy bien qué decir. Cuanto menos tiempo pasara fingiendo ser alguien que no era, mejor.

—¿Dónde está?

—Ah. Sí. Michael. Perdón. ¡Se me olvidaba! E-está arriba, en el despacho. Jugando al *Grand Theft Auto*.

Jake siguió a Isaac escaleras arriba. A medida que subían, aumentaba el sonido de Michael gritando y vociferando a la televisión, mezclado con el ruido de ráfagas de ametralladora pesada y explosiones.

Isaac entró en la habitación sin llamar.

—Micky, tienes visita.

—¿Quién?

Michael ya estaba de pie cuando Jake entró y se quedó atónito ante el aspecto del hombre. Era como si estuviera viendo a una persona nueva. Tenía el pelo largo, ondulado y desgreñado, retirado de la cara y peinado tras las orejas. Se había dejado barba, que era tan oscura como su pelo pero no tan tupida; tenía calvas en la línea de la mandíbula y el mentón estaba salpicado de canas. Sus ojos parecían profundos y hundidos, oscurecidos por unas ojeras que los subrayaban como palabras en una página. Su masa muscular había disminuido drásticamente, y lo que antes había sido un cuerpo

robusto con hombros anchos y brazos aún más anchos se había reducido a... lo normal. Probablemente menos que normal. Daba miedo.

Michael Cipriano era el hermano mediano. Y el más grande de los tres. Se solía decir que, durante sus atracos, los Crimson lo utilizaban como disuasión para cualquiera que intentara hacerse el héroe.

—¿Qué coño hace este gilipollas aquí? —siseó Michael.

—Me alegra verte a ti también, viejo amigo.

Jake se volvió hacia Isaac antes de que Michael tuviera oportunidad de lanzarle otro ataque verbal. —¿Podrías dejarnos solos? Necesito hablar con él en privado.

—Por supuesto. —Isaac inclinó la cabeza—. Estaré fuera, en el coche. Llámame cuando hayas terminado.

Dicho esto, Isaac se marchó. Mientras desaparecía bajando los escalones, Jake y Michael se quedaron bloqueados el uno con el otro. Aunque Michael parecía debilitado y mal nutrido, Jake estaba casi seguro de que aún sería capaz de darle una paliza. A pesar de los pocos centímetros de altura que los separaban, Jake tenía la certeza de que a Michael Cipriano le bastaría un solo gancho de derecha para dejarlo inconsciente en el suelo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Jake en un vano intento de calmar el ambiente gélido.

No funcionó.

—¿Qué coño te crees que haces aquí?

Jake tragó saliva antes de continuar. —Supongo... supongo que te habrás enterado de lo de tu hermano.

—Lo sabe medio mundo. —Michael se acercó al sofá, se dejó caer en él y cogió su mando.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Jake mientras se quedaba de pie frente a una esquina de la pantalla de la televisión.

—De la misma forma que el resto de la población. Por las noticias.

—¿Nadie de la policía te lo ha dicho?

Michael apartó la atención del videojuego. —Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta. Pues buen viaje, si me preguntas a mí.

Para mí ya estaba muerto. Un pedazo de mierda sin valor. Probablemente se lo mereciera.

—¿Quieres saber por qué ha muerto?

—Venga, dispara.

—Porque empezó a hablar con alguien con quien no debía. El Cónclave y el resto lo han mandado matar.

—Nunca supo cerrar la boca. Ese era el problema de Danny. Lo fue siempre. Especialmente cuando se lo contó puto todo a la zorra de Louise. —Michael sacudió la cabeza con escarnio—. ¿Y por qué estás aquí? Dudo que sea porque querías hablarme de mi hermano.

—Estoy aquí para protegerte.

Michael se mofó y negó con la cabeza. —Tú no vas a poder hacer que eso ocurra.

—¿Por qué no?

—Porque me acabas de decir lo que le han hecho a Danny. Pueden hacerme lo mismo a mí fácilmente.

—No si yo puedo evitarlo —dijo Jake, dando un paso hacia el centro de la televisión para captar toda la atención de Michael.

—No vas a poder evitarlo. Gente más importante y mejor que tú lo ha intentado y ha fracasado.

—Necesito información —dijo Jake sin rodeos.

—¿Qué?

—Necesito saberlo todo —dijo Jake, dándose cuenta mientras hablaba de que era una posibilidad remota—. Nombres de las personas para las que trabajasteis. Lugares. Fechas. Eventos. Horas. Todos los detalles. Desde el mismísimo principio hasta ahora.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacer eso? No soy tonto. Y ellos tampoco. En cuanto te lo diga, se enterarán y me matarán. De la misma forma que han hecho con Danny.

Jake se puso directamente frente al televisor y se acercó a Michael. Michael pausó el juego y dejó el mando en la mesa de centro.

—Puedo ayudarte. Puedo protegerte. Confía en mí —dijo.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Eres tú el que me metió en esta puta situación en primer lugar.

—Las cosas han cambiado. *Yo* he cambiado.

Michael se acomodó en el sofá y apoyó un pie sobre la otra rodilla. —¿Te has pasado al lado oscuro? ¿Después de todo este tiempo?

—Mientras la gente que importa se lo crea, sí.

—El gran Jake Tanner, corrupto. Nunca pensé que escucharía esas palabras.

Jake suspiró. Michael estaba exagerando las cosas, y él no quería eso.

—¿Puedes ayudarme o no?

—Ojalá pudiera, chaval, pero nunca supe nombres. Nunca vi caras. Lugares, fechas, horas... todos esos detalles jugosos que quieres. No sé nada de eso. Quiero decir, nos hicieron una propuesta hace tiempo, en los viejos tiempos. Un poli corrupto nos buscó y nos fichó. Lo llamábamos Desmond. Lo usamos para nuestros siguientes atracos a cambio de una parte del botín. Ellos se llevaban el cincuenta por ciento mientras nosotros nos repartíamos el otro cincuenta.

—¿Sabes con quién tratabas?

Michael negó con la cabeza. —Nunca supe su nombre real. Siempre trataba con Freddy, y luego con Danny después de que trincaran a Freddy.

—¿Así que Freddy lo sabe? —preguntó Jake, con el pulso acelerado. ¿Un rayo de esperanza, tal vez?

—Sí, pero no vas a sacarle nada. Jamás. Esta gente es lista, tío. Joder, si son polis. Son de la gente más peligrosa que conozco. Lo saben todo sobre ti. Y si no lo saben, lo averiguan. Y en cuanto supieron que Freddy tenía un hijo... Tío, han tenido al pequeño Sammy como rehén desde entonces. Por eso Freddy no le dice ni una palabra a nadie. Mientras pueda seguir viendo a su hijo —gracias a ti, según he oído—, se queda *schtum*.

Jake suspiró y miró una lata de cerveza vacía en el suelo. La única persona que conocía la identidad potencial del Cónclave era la misma persona a la que él había ayudado a meter en la cárcel. Y ahora no iba a decir ni una palabra a nadie. La propia tenacidad y el duro trabajo de Jake habían sido los responsables de pegarse un tiro en el pie.

—¿Hay alguien más?

—Sí. Los mismos polis corruptos para los que finges trabajar. Pero ten en cuenta una cosa, ¿vale? Si se enteran de lo que les estás haciendo, te matarán sin pensarlo. Todos los polis corruptos son iguales: solo miran por sí mismos, y no tienen miedo de hacerte daño si llega el momento. La única razón por la que sigo vivo es porque no sé nada, y pienso seguir así.

—¿Entonces no vas a ayudar? Vas a vivir el resto de tu vida en el programa de protección de testigos, escondiéndote.

—Eh —dijo Michael, levantando las manos en un gesto de rendición burlona—, es una vida fácil. Y cuanto más fácil, mejor.

—¿Y si vienen a por ti?

—No tienen motivos para... —Michael vaciló un momento. Entonces saltó del sofá y se abalanzó sobre Jake—. No me lo puto puedo creer. Eres un cabrón. ¿Me has tendido una trampa?

—¿De q-qué me estás h-hablando?

—Se van a enterar de que has estado aquí y van a asumir que he hecho lo mismo que hizo mi hermano. Van a venir a por mí, ¿verdad? A ese gilipollas de Isaac no le da miedo chivarse de nadie.

Jake no quería admitirlo, pero acababa de mercadear con la vida de Michael.

—Te he dicho que trabajo para ellos. Si preguntan qué hago aquí, les diré que me estaba asegurando de que te mantuvieras callado, de que no le dijeras nada a nadie más. Se lo creerán.

—Qué va, esto no me gusta. No me fío de ti ni un puto pelo.

—Déjame ayudarte. Danika, la misma mujer que me ha enviado aquí, puede ayudarte. Podemos trasladarte a otra ubicación. Un lugar donde nunca te encuentren.

—No voy a huir. Ya he huido bastante en mi vida. Que les den. No voy a hacerlo otra vez. No, tienes que irte. Tienes que largarte de aquí antes de que Isaac empiece a sospechar.

Michael agarró a Jake por la americana y lo sacó a rastras de la habitación, lo bajó por las escaleras y lo llevó hasta la puerta principal.

—Te juro por Dios —continuó Michael— que si me pasa algo, os maldeciré a ti y a tu familia por el resto de la eternidad.

CAPÍTULO 45

CONVERSACIONES

El despacho de Liam estaba sumergido en la oscuridad. Las persianas estaban bajadas y solo contaba con la luz de la pantalla de su ordenador portátil para iluminar la estancia. Se hallaba en una misión —y lo había estado durante la última hora—: sumergirse de lleno en la vida de Charlotte Grayson. Había algo que seguía sin cuadrarle. Por supuesto, el subcomisario Richard Candy le había dicho que la habían enviado desde Croydon para ayudar con la investigación solo para apaciguar a Oliver Penrose, ¿pero y si no era así? ¿Y si trabajaba para las altas esferas de la organización de El Cónclave y la habían enviado para informarles? Peor aún, ¿y si trabajaba para el Departamento de Estándares Profesionales o para la Comisión Independiente de Quejas a la Policía?

No lo sabía, pero iba a tener que saciar su paranoia. No importaba el tiempo que le llevase.

Y de momento: nada.

Todo lo referente a ella parecía estar en regla. Toda su documentación era legítima y se había tramitado por los cauces oficiales. Su expediente era impecable. Era una buena detective y lo había sido durante toda su carrera. Casi diez años en el cuerpo. Había visto y hecho de todo. Había logrado el ascenso a inspectora hacía solo unos meses. Trabajadora, ambiciosa. Todos los adjetivos

habituales. Había recibido grandes elogios del comisario e incluso constaba una solicitud de traslado a la Policía del Gran Manchester, como si fuera una jugadora de un equipo de la Premier League.

Todo era demasiado bueno para ser verdad.

Pero seguía habiendo algo que no encajaba, un detalle que le reconcomía en la nuca.

Todo lo que necesitaba era el acceso adecuado. Seguir el rastro documental, encontrar las firmas de quienes lo habían autorizado. Y lo iba a conseguir.

Liam cargó sus correos electrónicos. Había varios cientos de mensajes sin leer en su bandeja de entrada; algunos importantes, la mayoría requerían su atención y todos ellos le hacían perder el tiempo. Escribió el nombre de Charlotte en la barra de búsqueda del filtro de su correo, pulsó la tecla de retorno y esperó. El sistema operativo vaciló mientras procesaba los resultados.

En la parte superior aparecía el correo más reciente. Tenía la marca de tiempo de la madrugada de aquel mismo día, presumiblemente cuando se había tomado la decisión de notificarle su llegada.

Bingo.

El correo estaba lleno de las formalidades habituales. Espero que se encuentre bien, etc. Qué pérdida de tiempo. "Di lo que tengas que decir y acaba de una vez", pensó.

Sus ojos recorrieron el texto, sin sacar nada en claro. Lo que realmente quería era el archivo adjunto, donde encontraría a los firmantes del nombramiento de Charlotte.

Allí estaba, al final de la cadena de correos.

Abrió el adjunto y leyó. Tras unos segundos absorbiendo la información, obtuvo el nombre, el rango y el departamento de la persona de la comisaría de Croydon que lo había autorizado todo.

—Comisaria jefa Phillipa Marston —dijo la mujer después de que él localizara sus datos de contacto y marcara. Hablaba con un marcado acento de Yorkshire.

—Soy el inspector jefe Liam Greene, de Bow Green. —Liam no tenía intención de andarse con formalidades ni cortesías. Di lo que tengas que decir y acaba de una vez—. Tenía una pregunta sobre la

inspectora Charlotte Grayson, si no le importa... ¿Tiene unos minutos?

—Eh, sí... Claro. Un segundo. —Marston desapareció un momento y luego regresó—. ¿Hay algún problema, Liam?

—No, en absoluto. Solo quería aclarar un par de cosas.

—De acuerdo. Claro.

Liam cogió un bolígrafo y garabateó tonterías en un trozo de papel mientras mantenía los ojos clavados en la pantalla. —¿Fue usted quien autorizó el traslado?

—Sí.

—¿Había tratado antes con la inspectora Grayson?

—Oh, sí. Durante varios meses. Ha formado parte del equipo desde que llegó a mi departamento. Una inspectora fantástica.

—¿Y de dónde partió la solicitud? ¿Puede decírmelo?

Marston vaciló un momento. —Por lo que sé, vino de fuera del cuerpo. Creo que hubo una solicitud externa para que se enviara a alguien a su equipo para ayudar con una investigación en curso.

—¿Sabe quién hizo la solicitud?

—Yo... yo... lo siento, Liam. No sé si me corresponde a mí decirlo.

—No pasa nada. Estoy seguro de que lo comprenderá, teniendo en cuenta que usted también dirige su propio equipo: cuando alguien solicita traer a otra persona porque cree que no se está haciendo un trabajo lo bastante bueno, eso puede ser un golpe bajo. ¿No está de acuerdo?

No hubo vacilación en su respuesta. —Totalmente.

—Entonces, ¿le importaría compartir esa información conmigo? No hace falta que me dé nombres...

—Le seré sincera, Liam. No me acuerdo, y tampoco creo que me convenga recordarlo. Hay... Todo fue un poco sospechoso, si me pregunta a mí. Sé que el LOCOG estuvo implicado, pero creo que también pasaba algo más. Me sentí muy presionada para enviarle a la inspectora Grayson en comisión de servicio durante el futuro previsible. Siento no poder darle más detalles.

—No —dijo Liam con una sonrisa en el rostro—. Ha sido de gran ayuda.

Liam colgó y dejó el teléfono sobre la mesa con delicadeza. Cogió su bebida y dio dos tragos largos; el alcohol le escoció en la garganta. Estaba decidido; sus preguntas tenían respuesta. Todo el asunto apestaba a El Cónclave. El secretismo, la presión, el chivo expiatorio de Oliver Penrose y el LOCOG. El Cónclave, a través de sus interminables tentáculos de persuasión, intentaba socavarlo a cada paso. Lo llevaba haciendo desde...

Llamaron a la puerta del despacho. Liam enroscó la tapa de su vaso frenéticamente y lo ocultó de la vista.

—Está abierto —gritó, agarrando un montón de formularios que le faltaban por firmar y fingiendo que lo hacía.

—Siento interrumpirlo, jefe —dijo Charlotte al entrar—, pero había algo que quería comentar con usted.

—¿Ah, sí?

—Es sobre Maddison, señor.

—¿Ah, sí?

En la mano llevaba una carpeta. Atravesó el despacho y se la entregó. Al cogerla, los escalofríos por la espalda de Liam empezaron a multiplicarse.

—Han llegado algunos análisis forenses del piso de Maddison. Hay una coincidencia entre el cemento utilizado para matar a Danny Cipriano y el cemento hallado en la ropa de Maddison. Pero hay algo más.

—¿Ah, sí?

—En la escena del crimen se encontraron huellas de calzado y dactilares distintas a las de Maddison.

Mierda.

—Las huellas dactilares se hallaron en las paredes y en el marco de la puerta. No hay forma de que Maddison pudiera haberse suicidado y luego haber llegado tan lejos.

Mierda, mierda, mierda.

—No creo que Maddison se suicidara, jefe. Creo que deberíamos convertir esto en una investigación por asesinato.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

Liam la miró fijamente, con la mente en blanco. En unas breves frases, ella había logrado varias cosas. Y todas le provocaban

náuseas de miedo. Primero, le había demostrado que era legal, y la estimación que él había hecho hacía unos momentos sobre que era una corrupta era errónea. Segundo, ella sola había reabierto el caso y los había devuelto al punto de partida. Se suponía que iba a ser un caso fácil, de abrir y cerrar. Y ahora parecía que iba a estar abierto mucho más tiempo. Tercero, acababa de volver su futuro muy incierto.

—Excelente trabajo —mintió Liam—. Quizá haya sido un pequeño descuido de parte del equipo, pero supongo que para eso está usted aquí. —Le dedicó una sonrisa falsa—. Quiero que centre sus esfuerzos en esto, por favor. Haré que algunos de los otros la ayuden también.

Charlotte asintió, le dio las gracias y se marchó. Liam se quedó mirando la puerta mucho después de que se cerrara. *Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.* Si quería mantener a Charlotte alejada de cualquier cosa que no debiera ver, necesitaba una solución rápido. Y era su trabajo dar con ella.

Liam agarró su bebida, se terminó el resto del whisky y estampó el vaso contra la mesa. Necesitaba otro. Pero todavía no.

Sacó su teléfono de prepago y llamó a Drew.

—Ah, jefe —respondió Drew—. Estaba a punto de llamarlo.

—Tenemos un problema. Charlotte ha convertido el suicidio de Maddison en una investigación por asesinato.

—Joder.

—Necesito que trabajes en ello y que busques conmigo una solución para despistarla.

—Lo haré en cuanto vuelva —dijo Drew.

Liam se levantó de la silla con dificultad, ignorando el dolor en las articulaciones de las rodillas, y se acercó a la ventana que daba a la calle.

—Y... ¿qué hay de... Garrison?

Hubo una pausa.

—No creo que le vaya a gustar.

—Dímelo.

—Lo seguí hasta la sede de la BBC. Recogió a Tanya y la llevó a un aparcamiento de varias plantas. No sé de qué estaban hablando,

pero al final de la conversación, ella... ella...

—Suéltalo de una vez.

—Se la chupó.

El cuerpo de Liam se quedó gélido.

—¿Jefe...? ¿Jefe...? ¿Jefe?

—Vuelve a la comisaría. Trabaja en ese asunto por mí. Deja a Garrison y a Tanya de mi cuenta. Esto ha ido ya demasiado lejos.

CAPÍTULO 46

SISMÓGRAFO

Siempre había cierta electricidad, cierta emoción en el aire cada vez que recibían su próximo encargo. El furor solía venir de parte de Vitaly o de Tatiana o, incluso con menos frecuencia, de Nigel. Pero el trabajo de Georgiy siempre consistía en sofocarlo antes de que se volviera demasiado intenso. La emoción conducía a la adrenalina; la adrenalina a las ansias; las ansias a los errores. Y en este negocio, los errores eran inaceptables.

Las reglas en este caso eran sencillas. Un proceso de tres partes.

Y ya estaban en el primer paso.

Georgiy y Vitaly se encontraban frente a la casa adosada de Danika Oblak. Vitaly había conseguido encontrar la dirección con facilidad utilizando varias bases de datos policiales a las que Garrison y la Cábala les habían dado acceso, y les había llevado poco más de una hora llegar allí. Georgiy había conducido, con Vitaly de copiloto, mientras Nigel y Tatiana esperaban pacientemente en el club nocturno a que los llamaran, listos para comenzar la segunda fase del golpe.

Ambos salieron del coche y se acercaron a la puerta principal, inspeccionando los alrededores. A lo lejos, al otro lado de la calle, había un hombre asiático de complexión pequeña que llevaba auriculares y caminaba en dirección contraria. Sus piernas delgadas

se movían tan rápido que eran un borrón. Georgiy lo descartó al instante como una amenaza potencial.

Ya en la casa, Georgiy pulsó el timbre. El sonido de la televisión a todo volumen resonaba al otro lado.

Nadie respondió. Llamaron otra vez, esta vez manteniendo el timbre pulsado hasta que se convirtió en un sonido monótono e incesante.

Finalmente, la puerta principal se abrió.

—¿Detective Oblak? —preguntó Georgiy, intentando por todos los medios ocultar su acento—. ¿Podemos entrar?

Georgiy y Vitaly entraron sin dar a Danika tiempo para responder. Georgiy pasó al salón mientras Vitaly se quedaba de guardia en la puerta, cortándole la salida.

—Me habéis pillado en un momento muy malo. ¿De qué se trata? —preguntó Danika, frotándose la nariz y limpiándose la boca. Snifó con fuerza y un tenue olor a marihuana flotó en el aire.

Georgiy metió la mano en el bolsillo y sacó una placa falsa de la Policía Metropolitana. Era una de las muchas formas de identidad que el Magnate, su contacto en esa profesión, les había fabricado a todos. Cualquier cosa que necesitaran, él podía conseguirla.

—Somos del programa de protección de testigos —continuó Georgiy, hablando despacio—. Tenemos una amenaza creíble contra la vida de Michael Cipriano. Necesitamos todo lo que tenga sobre Michael y su paradero.

—¿Qué? —preguntó Danika, volviendo a snifar con fuerza. Tenía el rostro pálido y unas ojeras marcadas bajo los ojos. El jersey se le resbaló por el hombro y se frotó la nariz con el dorso de la manga.

—Necesitamos todos los documentos que tenga. Tenemos que destruir todas las pruebas de su paradero.

—No entiendo.

—Su vida corre peligro. Tenemos que destruir la prueba de su dirección para protegerlo.

Danika sacudió la cabeza. —No tengo ningún documento. Nunca he tenido ningún documento.

—¿Entonces dónde?

—Está todo en mi cabeza.

—Y...

—¿Y qué? —preguntó Danika.

—¿Cuál es la dirección?

Danika se pasó el dedo por los labios y soltó un largo suspiro. —Está en North Ockendon. Fen Lane. Número sesenta y siete.

Georgiy memorizó la dirección y luego asintió. —Perfecto. Tiene la dirección equivocada. No hay de qué preocuparse.

—Qué... no... no entiendo... —Los párpados de Danika cayeron y empezaron a vibrar como un sismógrafo durante un terremoto. Titubeó y las piernas le flaquearon. Recuperó el equilibrio y la compostura apoyándose en la pared.

—¿Todo bien? —preguntó Georgiy mientras le tendía una mano.

—Estoy bien. Bien. Nada de qué preocuparse —dijo ella. Un brillo blanquecino cubría su rostro, acentuado por la luz que entraba por el ventanal—. Solo necesito sentarme. No me... no me encuentro bien.

Georgiy la llevó hasta el sofá. Allí vio la bolsita de marihuana sobre la mesa de centro, dos finas rayas blancas y una jeringuilla.

—¡V! —llamó Georgiy.

En un instante, Vitaly estaba en el marco de la puerta, con su cuerpo corpulento tocando ambos lados de la misma.

—Ayúdame.

Vitaly agarró a Danika por los pies y, juntos, depositaron su peso muerto en el sofá. Para entonces, ella tenía la mirada vidriosa y el cuerpo rígido. Georgiy le tomó el pulso. Encontró uno. Débil, pero suficiente para convencerlo de que estaba viva. Si fuera una sobredosis, ya estaría muerta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vitaly.

—Yo ir North Ockendon. Tú quédate. Vigílala. Si ella despierta, tú sigues. Asegúrate ella no llame a nadie. ¿Entendido?

Vitaly asintió.

—La necesitamos viva. Por ahora. Pero vigila cada movimiento.

—Entendido.

Georgiy se puso en cuclillas junto a la mesa e inspeccionó el contenido. Reposando sobre la superficie había una montaña de polvo blanco que se había salido de una bolsa de plástico y se había esparcido por la madera. Al lado estaba lo que captó su interés. Una

jeringuilla. No podía asegurar si se había usado o no, pero eso no significaba que no fuera a usarse.

—¿Cómo vas a coger a Michael? —preguntó Vitaly, distrayendo su atención de las drogas.

Georgiy estiró las piernas. —Tengo una idea. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó su teléfono y llamó a Tatiana mientras salía del salón—. Tat, soy yo. Tenemos dirección de Michael. Tengo plan. Escucha con atención.

CAPÍTULO 47

UNA BUENA PIEZA

Jake estaba sentado dentro de su coche, ajeno a cuánto tiempo había pasado desde que Michael lo había echado de casa. Había estado intentando encajar todas las piezas de lo que Michael le había contado. Que no era mucho. Y, por un breve instante, incluso pensó en conducir hasta la prisión de Winchester y hablar con Freddy, pero descartó la idea casi de inmediato. En los últimos meses, Jake había intentado ponerse en contacto con él —solo para mantener viva una apariencia de relación entre ambos—, pero Freddy no había respondido. Quizá Michael tenía razón; quizá Freddy guardaba silencio por temor a que le ocurriera algún daño a su hijo. Jake no lo culpaba. Él habría hecho lo mismo.

Justo cuando estaba a punto de arrancar el motor, un coche de policía patrulla entró en el callejón sin salida y pasó zumbando a su lado.

—¿Pero qué...? —articuló Jake en silencio mientras lo veía pasar a toda velocidad.

Los neumáticos besaron el asfalto cuando el vehículo derrapó hasta detenerse, y dos agentes uniformados se bajaron y corrieron hacia la puerta principal. Jake se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró en el asiento para ver mejor.

Los dos agentes, ambos hombres, ambos de uniforme, aporrearon la puerta. Unos segundos después vio a Isaac. Esta vez el hombre parecía más nervioso, como si lo acabaran de pillar con las manos en la masa. Los agentes uniformados apartaron a Isaac de un empujón y entraron en la casa. Menos de treinta segundos después, volvieron a aparecer, forcejeando con Michael delante de ellos, que llevaba los brazos a la espalda. Lo metieron a empujones en la parte trasera de su coche, se montaron y salieron disparados por la carretera, pasando a toda pastilla junto a Jake. Al hacerlo, las miradas de Jake y Michael se cruzaron. Había una expresión de derrota y miedo en los ojos de Michael.

Algo no iba bien.

Un golpe en la ventanilla sobresaltó a Jake. Era Isaac.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jake mientras bajaba la ventanilla solo un poco.

—Se lo han llevado.

—¿Por qué?

—Han dicho que han recibido informes de que ha incumplido las condiciones de su protección.

—¿Dónde?

Isaac lo miró con el rostro inexpresivo. —No lo sé. Por favor, no se lo digas a Garrison...

Jake giró la llave, se abrochó el cinturón y salió en su busca, dejando atrás al agente de protección de testigos. Se metió entre el tráfico en sentido contrario, adelantando coches tan rápido como pudo, con el pie pegado al acelerador. El coche patrulla iba casi a un kilómetro de distancia por delante, avanzando a buen ritmo hacia el sur. Giró bruscamente a la izquierda en un cruce; Jake lo siguió. En cuestión de segundos estaban en medio de la nada. Solo sus coches en carriles estrechos, rodeados de grandes campos y granjas durante kilómetros a cada lado; de vez en cuando, el horizonte llano se veía interrumpido por un árbol o dos. Jake no tardó mucho en alcanzar al coche de policía manteniendo una distancia de seguridad. El único problema era que eran los únicos vehículos en la carretera. Resultaba demasiado obvio, pero no podía hacer nada al respecto; se sentía agradecido de ir en un coche camuflado. Su prioridad

absoluta era asegurarse de que Michael estuviera a salvo, pero en ese momento no tenía ni idea de cómo lograrlo. Su cuerpo funcionaba con una dosis de adrenalina combinada con el miedo a lo que le esperaba.

El coche de policía volvió a girar y entró en otro tramo de carretera que parecía idéntico al anterior. No, había una ligera diferencia: la carretera estaba elevada y, en el lado derecho, había una zanja que recorría toda la longitud del asfalto.

A lo lejos, una furgoneta negra venía en dirección contraria. A medida que el vehículo opuesto se acercaba rápidamente al coche patrulla —treinta metros, quince, seis, tres— la furgoneta dio un volantazo frente a él. El coche de policía, reaccionando con rapidez, se desvió hacia el borde de la carretera y saltó a una zanja unos metros más abajo. El estruendo del choque fue horroroso, como si se hubiera disparado un arma dentro del coche de Jake.

Pero la furgoneta negra no había terminado. Perdió el control, virando hacia el arcén, pero cuando el conductor corrigió la trayectoria y se metió de nuevo en mitad del asfalto, la furgoneta se dirigió directa hacia Jake.

Tenía una fracción de segundo para decidir: chocar contra la furgoneta y morir, o desviarse hacia la zanja y sobrevivir.

La respuesta era sencilla.

Pegó un fuerte volantazo a la derecha, esquivando por poco a la furgoneta que cargaba contra él, atravesó un arbusto en la carretera y derrapó por la pendiente hacia la zanja. Pisó los frenos a fondo, pero la tracción que conseguían sobre la hierba y la tierra era inútil. La inclinación era moderada y su cuerpo se ladeó. Tensándose, intentó equilibrar el peso del coche hacia el centro.

Finalmente, llegó al fondo de la zanja, con ambas manos pegadas al volante y el pie clavado en el freno. El coche se caló, pero no le importó. Había cosas más importantes de las que preocuparse. Como si se había cagado encima en el proceso, o si tenía el culo tan apretado que podría fabricar un diamante ahí dentro. Por fortuna, la respuesta era negativa en ambos casos. En su lugar, se quedó mirando fijamente a través del parabrisas, paralizado, jadeando.

Entonces gritó; sin palabras, solo ruido.

No fue hasta que oyó un ruido seco que volvió a la realidad. Sacudió la cabeza violentamente y saltó del coche, trepando hacia el vehículo policial dañado. Junto a la zanja corría una hilera de arbustos y árboles pequeños, alineados por una valla. Desde su posición, parecía que un par de brazos gruesos hubieran atravesado el parabrisas del coche de policía volcado. En el accidente, el capó se había clavado en el montículo de tierra y el vehículo había dado una vuelta de campana, quedando sobre su techo paralelo a la carretera. El humo y el vapor salían de la parte delantera del vehículo y pronto llenaron el aire con un rancio olor a quemado.

Jake sabía que no tenía mucho tiempo. Preservar la vida era su principal objetivo.

Corrió hacia la parte delantera del vehículo para encontrarse con que estaba lleno de escombros y follaje. Una sola rama, tan gruesa como una farola, se había hundido en el estómago del conductor. Gruesos coágulos de sangre goteaban de la boca del hombre mientras colgaba boca abajo, atrapado. Mientras tanto, el agente que estaba a su lado estaba aplastado contra el salpicadero como un muñeco de trapo. Cubierto de cristales, con los miembros rotos y retorcidos en varios puntos. La visión le provocó a Jake ganas de vomitar. Intentó tomarles el pulso a ambos, pero pronto se dio cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles.

A continuación, probó con la parte trasera del coche. Por la fuerza de la colisión, la puerta del pasajero de Michael se había abierto y deformado.

Cuando Jake se acercó, oyó un profundo gemido.

—¡Michael! ¡Michael! ¡Michael! —susurró Jake con frenesí—. ¿Estás ahí? ¿Estás bien?

Se asomó al interior del coche y vio a Michael colgando boca abajo, con el cuerpo sujeto por el cinturón de seguridad. Sus manos estaban sueltas —se habían liberado en el choque— y la sangre brotaba de su cabeza y le corría por el brazo. Jake trepó al interior, lo desenganchó de su asiento y bajó a Michael al suelo.

—Soy yo, Michael. Todo va a salir bien. ¡La ayuda está en camino!

Jake sacó a Michael de los restos del coche a pulso y lo arrastró hasta un pequeño terraplén al lado de la carretera. El cuerpo del hombre pesaba mucho y Jake sintió que sus músculos temblaban bajo la presión.

Michael estaba destrozado. Muy mal. No solo tenía la cara cubierta de sangre, sino que tenía la nariz rota, le faltaba la mitad de los dientes y se sujetaba el estómago con el brazo como si se aferrara a la vida.

—Voy a buscarte ayuda —dijo Jake, intentando consolarlo.

Cuando se levantó para irse, Jake oyó a Michael susurrar algo.

—¿Qué? —preguntó.

—No.

—Habla más alto.

Michael dobló el dedo en el aire y le hizo un gesto a Jake para que se acercara a su lado.

—Escucha —dijo Michael. Su voz era rasposa y se atragantaba con su propia sangre después de cada sílaba—. Escucha. Sin nombres. Nunca ningún nombre.

Al principio, Jake no entendió lo que Michael intentaba decir, pero luego, al darse cuenta, centró su atención en los labios de Michael.

—Sin nombres. Sí. Lo entiendo —dijo Jake—. ¿Qué más?

—Pero... me acuerdo...

—¿De qué?

—El tipo... el que nos encontró... lo oí una vez... algo que decía... mucho... una frase...

Sí, sí, sí.

—Él siempre... solía llamarme...

Jake se inclinó más.

—Me llamaba... buena pieza. Yo era... una buena pieza.

PARTE 4

CAPÍTULO 48

SITUACIÓN

El pulso de Jake martilleaba con fuerza; el ritmo de su corazón hacía vibrar la piel de su cuello, imponiéndose a cualquier otro ruido de la zona. *Bum-bum-bum-bum*. Su respiración era de pánico y su cuerpo temblaba ante la rápida descarga de adrenalina. ¿O era por el impacto? Estaba solo, en mitad de un camino vecinal, con la cabeza sin vida de Michael Cipriano apoyada en su regazo. De la sien y el cuello de Michael seguían brotando chorros de sangre —la gravedad de sus heridas era mayor de lo que Jake había previsto— y no tardaron en manchar los pantalones de Jake, formando un pétalo rojo sobre su pierna.

Trató de recomponer lo sucedido. La furgoneta negra, que venía hacia ellos por el carril contrario, el volantazo contra el coche patrulla, lanzándolo por encima del montículo de tierra hasta la zanja; el conductor de la furgoneta, cuyos rasgos e identidad ocultaba el reflejo del sol en el parabrisas. En el tiempo que Jake había tardado en salir a rastras de su coche, la furgoneta había desaparecido y en los campos reinaba ahora el silencio, a excepción del viento agitando los arbustos a su espalda y el sonido de la gasolina goteando en el interior del coche de policía.

Yo era... un buen tipo.

Las últimas palabras de Michael resonaron y rebotaron por las estancias de la mente de Jake. No cabía duda de a quién se refería. Pero ¿qué significaba exactamente? ¿Era Liam simplemente quien había reclutado a los Crimsons en primer lugar? ¿O era él la Cábala, organizando todos estos ataques? Jake no quería creerlo. Por supuesto, sabía que Liam tenía su lado oscuro —lo había dejado claro en los últimos días—, pero nunca había pensado que su amigo fuera capaz de asesinar. De organizar la muerte brutal y despiadada de alguien.

Primero Danny. Ahora Michael.

¿Quién sería el siguiente? ¿Y cuándo?

Un ruido lo distrajo: el sonido de unos neumáticos derrapando sobre el asfalto y frenando en seco. El portazo de un coche. Gritos de voces.

Jake giró el cuello bruscamente y miró hacia la hilera de arbustos que tenía detrás. El instinto lo invadió y le ordenó correr. Lucha o huida. Y no estaba dispuesto a jugarse la vida. Era imposible que fuera la policía; él no los había llamado y no había visto a nadie por los alrededores que pudiera haber dado el aviso.

Alguien volvía para terminar el trabajo.

Jake soltó la cabeza de Michael con toda la dignidad que pudo reunir, subió gateando por el terraplén al otro lado de la carretera y saltó los setos, abriéndose paso entre ramitas, espinas y ortigas. Aterrizó mal sobre una pierna y rodó por el barro. Una vez que logró incorporarse, ignorando el escozor de sus brazos, oteó a través del hueco que había abierto entre el follaje.

Dos figuras estaban de pie en lo alto del terraplén de enfrente, observando el vehículo policial volcado. Tenían los rostros ocultos tras máscaras negras y cada uno sostenía un subfusil en las manos.

Al verlos, Jake luchó por tomar aire; su cerebro le comunicó a sus pulmones que era una mala idea. El aire permaneció en calma mientras ellos recorrían la zona con la mirada.

Una de las figuras empezó a bajar por el montículo. La otra la agarró del hombro y tiró hacia atrás antes de que diera dos pasos.

—¿Qué haces? —preguntó la voz tras la máscara. Jake notó que sonaba rusa. Era una mujer.

—Tenemos que comprobar cómo está. Debemos asegurarnos de que esté muerto —respondió la otra voz. Esta era marcadamente británica. De Essex. Un contraste absoluto con la otra.

Jake observó cómo el atacante británico se giraba lentamente, levantaba el arma y apuntaba en su dirección. Preso del pánico, Jake se tumbó cuerpo a tierra sobre la hierba, se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos, sintiendo cómo el agua calaba su ropa y le provocaba escalofríos en el pecho.

—¡Espera! —dijo la rusa—. Para. No dispares. Tiene que parecer un accidente, recuerda. Nada de disparos.

Jake soltó un profundo suspiro de alivio al oír aquellas palabras. Pero aún no había terminado, no hasta que oyera el sonido de una puerta cerrándose y del coche alejándose.

—¿Y el otro coche? —preguntó el británico.

Jake aguzó el oído.

—Yo lo compruebo.

Joder.

La mujer bajó apresuradamente por el terraplén, saltó sobre los terrones de hierba levantados y corrió hacia el coche de Jake. Mantuvo el arma pegada al pecho y asomó la vista al interior del vehículo.

—¡Vacío! —gritó ella.

—¿Adónde han ido? —replicó el británico.

—No lo sé. Habrán corrido, quizá. ¿Ves a alguien?

—Mira entre los setos.

Joder, joder, joder.

Jake estaba atrapado. Sin salida. Sin lugar al que correr. Sin sitio donde esconderse. Y venían a por él. *Ella* venía a por él.

Oyó sus pasos acercándose suavemente, abriéndose paso entre los arbustos. Y entonces la vio.

Una figura alta, toda de negro. De la cabeza a los pies. Sin rasgos identificables, salvo su acento. Era mucho más alta de lo que él esperaba. En sus manos sostenía el arma de fuego, apuntándole. En cuanto lo divisó, se quedó petrificada y bajó el arma; sus ojos —ocultos tras la ranura de la máscara— se entrecerraron. Jake rodó

por la hierba, con la mano sobre la boca para ahogar su agitada respiración, entrando en pánico mientras observaba el arma.

Cara a cara con la muerte, se encogió formando una bola, algo que no le daría vergüenza admitir. Imágenes de Elizabeth, Maisie y Ellie cruzaron su mente como ráfagas de luz. Cada una era reemplazada por una nueva casi al instante. ¿Cómo se las arreglarían sin él? ¿Cómo saldrían adelante sin su papá para cuidarlas, para protegerlas?

—¿Has encontrado algo? —preguntó el británico desde el otro lado de los arbustos.

La rusa permaneció inmóvil. Se llevó el dedo a los labios y respondió: —Nada. Aquí no hay nadie.

Y entonces se sumergió entre el follaje y regresó al otro lado, casi tan rápido como había venido. Se había ido. Le había perdonado la vida. Le había dejado vivir. Pero no había tiempo para mostrarse agradecido ni para reflexionar sobre el motivo; el británico avanzaba hacia Michael. Manteniéndose pegado a la hierba, ahora empapado en una capa de su propio sudor, Jake miró a través de las ramas y observó cómo el hombre se detenía junto a Michael.

El hombre se arrodilló al lado de Michael y le tomó el pulso.

—¡Aún está vivo!

¿Qué? ¿Lo había dejado allí vivo? Jake estaba seguro de que el último de los hermanos Cipriano estaba muerto.

Entonces un sonido sordo perturbó a Jake. El atacante enmascarado estaba golpeando, apaleando y pateando a Michael en la cabeza y en el resto del cuerpo. Continuó así durante los siguientes dos minutos —con los puños, los pies y la culata de su arma— hasta que Michael estuvo finalmente muerto.

Tras terminar, el hombre trepó rápidamente hasta lo alto del terraplén y los dos desaparecieron de la vista.

En cuanto se hubieron marchado, Jake se puso boca arriba, jadeando. Había dejado de mirar tras los primeros puñetazos y se había metido los dedos en los oídos, pero eso no le había impedido oír cómo cada golpe impactaba en el cuerpo indefenso de Michael.

No había tiempo para pensar. Ni tiempo para quedarse allí tumbado.

El sonido de las puertas de un coche cerrándose y un motor arrancando espoleó a Jake a la acción. Poniéndose sobre el vientre, se impulsó desde el suelo, saltó el arbusto y corrió de vuelta a su coche. No se vio capaz de mirar a Michael al pasar por su lado. Ver su rostro ensangrentado y apaleado por el rabillo del ojo fue suficiente.

Cuando Jake llegó a su coche, los atacantes ya se dirigían hacia la izquierda, a media milla de distancia. Saltó al interior de su coche y pisó el acelerador a fondo. Terrones de barro y hierba saltaron mientras los neumáticos luchaban por agarrarse. Finalmente, lo consiguieron, y el coche subió el terraplén, irrumpió en la carretera e inició la persecución.

Mientras rugía por el asfalto, Jake llamó al móvil de Danika. Si algo le había pasado a Michael, era posible que a ella también le hubiera ocurrido algo.

Sin respuesta.

—Maldita sea.

A continuación, probó con Charlotte.

—¿Jake? —preguntó Charlotte, casi sin estar segura de si era él.

—¡Se requiere ayuda urgente! Repito, se requiere ayuda urgente. Acaban de matar a Michael Cipriano —dijo entre respiraciones frenéticas.

—¿Qué?

—Estoy en plena persecución. Dos sospechosos armados. Una furgoneta Transit negra. —El vehículo estaba a la vista y Jake entornó los ojos para ver mejor el número de matrícula—. Matrícula del vehículo: Alpha-Bravo-seis-cinco, X-ray-Yankee-Zulu.

—Repite, por favor.

—¡Ah, joder! —Jake golpeó el volante—. Es falsa. Repito: ¡la matrícula es falsa!

—¿Dónde estás? —preguntó Charlotte—. Te envío refuerzos.

Jake echó un vistazo al navegador y dijo: —Hacia el sur por Grove Barns.

—Los vehículos de respuesta armada llegarán en breve.

Jake no respondió; estaba demasiado concentrado. En el tiempo que había pasado hablando con Charlotte, los atacantes habían

logrado alejarse de él otra media milla.

Bajaron a toda velocidad por el camino vecinal, sorteando el escaso tráfico que había. Los siguió durante otra milla hasta que finalmente se detuvieron ante una fábrica agrícola abandonada. La estructura era monumental: el doble de alta que la casa de Jake y unas diez veces más ancha, como un viejo hangar de carga aérea.

Jake detuvo el coche a un lado de la carretera, a varios cientos de metros, oculto tras un arbusto de grandes dimensiones que salpicaba el paisaje. Medía seis metros de alto y seis de ancho, lo justo para ocultarlo a él y al coche. La fábrica estaba en el cruce de una intersección y no había nada más a su alrededor.

Jake se sentía expuesto, al descubierto, como un blanco fácil.

Pero ellos también lo estaban. No iban a ninguna parte. Arrinconados. El único problema era que él estaba solo y había al menos dos de ellos. Manteniendo los ojos fijos en la fábrica, Jake echó mano de su teléfono y volvió a llamar a Charlotte.

—Charlotte... soy yo... —Mientras observaba el almacén, dos vehículos salieron de cada lado, se separaron a izquierda y derecha, y desaparecieron rápidamente de la vista.

—¡Jake! ¡Jake! ¿Qué pasa?

—Aborta —dijo Jake—. Cancelado. Despáchalos. No los necesitamos.

—¿Qué está pasando, Jake?

—Te necesito a ti. Ten paciencia conmigo, ¿de acuerdo? Pase lo que pase, asegúrate de venir aquí.

Jake colgó el teléfono, volvió a su agenda y marcó. Le respondieron casi al instante.

—Liam... tenemos una situación que me ha parecido que deberías conocer.

CAPÍTULO 49

CLAVES

Liam tenía ganas de estampar el teléfono contra la pared. Quería lanzarlo contra la ventana, contra el escritorio, contra el ordenador. Al carajo, quería estamparlo contra todo.

Todo empezaba a descontrolarse. Michael Cipriano estaba muerto. Y ahora iba a ser responsabilidad *suya* limpiar el desastre. Igual que con Danny, con Richard y con todos los otros encubrimientos anteriores. Iba a tener que acudir al rescate, como hacía siempre. Con la capa y las mallas ajustadas.

El Rover al rescate.

Soltó un pequeño gruñido. Si algo era seguro, era que Jake estaba empezando a convertirse en una ratita. La presencia de Tanner en el secuestro y asesinato de Michael le preocupaba. Y lo que le preocupaba aún más era la amenaza que Jake representaba ahora. ¿Se habían visto él y Michael? ¿Cuánto le había revelado Michael a Jake? ¿Cuánto le había contado Michael a Jake antes de morir?

Liam había tenido tratos directos con Michael en el pasado. Se habían visto en varias ocasiones después de que él reclutara originalmente a The Crimsons, y Michael le había visto claramente la cara a Liam. Eso, de por sí, ya era un riesgo excesivo para él. El

pasado regresaba para atormentarlo como un secreto sucio. Había quedado expuesto y era vulnerable.

Había que tomar medidas contra Jake. Y rápido.

Liam salió de debajo de su escritorio, se desplazó hasta la caja fuerte oculta en el archivador, la abrió y miró en su interior. En el fondo de la caja metálica había un fajo espeso de billetes de 20 libras sujetos firmemente con gomas elásticas. Diez mil, lo que sobraba del último trabajo que La Cábala le había encargado como parte de su acuerdo por el último golpe de The Crimsons. Lo había guardado allí por seguridad, o como una carta para librarse de la cárcel. ¿Y qué mejor lugar para esconder los beneficios de sus actividades corruptas que el sitio exacto donde a nadie se le ocurriría mirar?

Liam cogió el dinero y se lo metió en el bolsillo; luego salió de su despacho. Había poca gente en el MIT: el grupo de administrativos del fondo estaba absorto ante los ordenadores, con los hombros encogidos y los ojos a pocos centímetros de la pantalla. Los más cercanos a él eran Drew y Charlotte, que trabajaban casi de la misma manera.

Liam se acercó al escritorio de Jake con paso decidido, sacó la silla de este y asintió a Charlotte mientras se sentaba. Allí esperó, por si acaso Charlotte se levantaba de su silla y miraba por encima de la mampara.

Lentamente, una vez que consideró que era seguro, sacó el dinero del bolsillo y se lo puso en el regazo, oculto bajo la palma de la mano.

—¡Drew! —gritó Liam, pillando a Drew por sorpresa.

—¿Sí, jefe? —preguntó Drew con un leve rastro de miedo en la voz. Entonces sus ojos se fijaron en el fajo de billetes.

—¿Cómo vamos? —preguntó Liam, fingiendo naturalidad—. ¿Qué es lo último sobre la muerte de Maddison?

—Bueno, jefe, es... Nosotros... —La mirada de Drew iba y venía entre el dinero y la pantalla de su ordenador. Era irracional. Y si no se controlaba pronto, atraería una atención no deseada sobre ambos —. He echado un vistazo al perfil psicológico de Maddison de cuando estuvo en prisión por la agresión sexual. Se le consideraba con

riesgo de suicidio, y se suponía que debía estar bajo estrecha vigilancia tanto dentro como fuera de la cárcel...

Liam echó un ojo al cajón superior de Jake. Extendió la mano, enganchó el dedo en el tirador y, despacio —y con el mayor silencio que pudo—, lo abrió.

Drew continuó, ajeno a todo. —Mientras estaba dentro, se sometió a varias sesiones de asesoramiento con el terapeuta para mitigar sus pensamientos suicidas.

—¿Pero cómo encaja eso con lo que sugiere la inspectora Grayson?

Liam depositó el fajo de billetes encima de los diez mil que Drew ya le había dado a Jake y garabateó una nota en una tira de papel.

Drew se aclaró la garganta. —No encaja, jefe. Richard Maddison presentaba riesgo de suicidio.

Liam sacó su teléfono, abrió la cámara y sacó unas cuantas fotos del dinero dentro del cajón. Dijo: —Pero hay pruebas en el informe forense que sugieren que había alguien más en la casa en el momento de su muerte. ¿No has tenido ya estas conversaciones con la inspectora Grayson?

Al mencionar su nombre por segunda vez, la inspectora Grayson se levantó de un salto y rodeó su escritorio. Se quedó de pie en el pasillo, entre Liam y Drew, con los brazos cruzados, observándolos a ambos.

—Bueno, sí... —empezó Drew, nervioso—. Pero hay algo más que quería decirte.

—¿Me dará una alegría? —preguntó Liam, arqueando una ceja.

—Sí, jefe. —Drew se limpió la nariz y aspiró con fuerza, asintiendo a Liam.

—Genial. Pues quiero oírlo.

Los tres tenían una serie de frases en clave que utilizaban para comunicarse en conversaciones abiertas cuando otros podían estar escuchando. Rara vez las necesitaban, pero siempre resultaban eficaces cuando surgía la ocasión.

—Se me ha ocurrido que sería casi imposible que Maddison secuestrara a Danny del programa de protección de testigos, lo llevara a la obra y lo matara solo —empezó Drew—. Habría

necesitado un cómplice, alguien que pudiera haberlo ayudado. Alguien con contactos criminales de alto nivel que pudiera hacer que algo así sucediera. Eso es lo que he estado investigando. Mientras Richard Maddison estaba en prisión, se hizo muy amigo de un recluso de interés que tiene conexiones con el crimen organizado. Creo que podrían haber planeado juntos matar a Danny Cipriano.

—¿Es fiable?

Frase número dos.

—Sí, jefe.

—¿Posibilidades de éxito?

Y ahí estaba la número tres: la prueba final para asegurarse de que era un «Adelante».

—Cien por cien, estoy seguro.

—Me gustan esas probabilidades. ¿De quién se trata?

Drew hizo una pausa. —Jermaine Gordon.

Liam se quedó helado. No podía creérselo; era una genialidad. El puto Jermaine Gordon. El tipo era un pez gordo en el mundo del tráfico de drogas del East End, uno de los capos de la ciudad, solo superado por Henry Matheson; y entre los dos controlaban más del noventa y cinco por ciento de la droga que entraba y salía de Stratford y West Ham, y de los distritos postales de alrededor. Liam apenas acababa de conseguir meter un pie en la puerta con Henry —en la parte del envío y la distribución—, pero el traficante le había negado más privilegios alegando que era demasiado recto para ser un poli corrupto. Pero ahora Liam tenía una oportunidad. Una vía de entrada. Con Jermaine Gordon fuera de las calles y encerrado por los asesinatos de Danny Cipriano y Richard Maddison, no había forma de que Henry rechazara su ayuda. Un competidor menos significaba mucho más negocio para él. Y mucho más dinero. Para ambos.

—Hazlo —respondió Liam tras un silencio reflexivo—. Fabrica las pruebas contra él, demuestra que fue él y luego tráelo.

Antes de que Drew pudiera responder, Liam fingió que su teléfono había sonado. Atendió la llamada imaginaria.

—Habla el inspector jefe Greene —dijo, y luego hizo una pausa —. De acuerdo. Entendido... Vamos para allá, Tanner. No te muevas.

En cuanto colgó, se levantó del asiento de un salto y se dirigió hacia la salida.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Charlotte.

Liam giró sobre sí mismo. —Acaban de asesinar a Michael Cipriano en un atropello con fuga. Drew, nos vemos allí. Charlotte, tú vienes conmigo. Tenemos mucho que ponernos al día.

CAPÍTULO 50

LA CARTERA

Jake tamborileó con los dedos sobre el volante al ritmo del compás imaginario que sonaba en su cabeza, se detuvo y después masajeó los laterales del aro con las manos. Estaba traumatizado. Peor aún, estaba en puto estado de shock. En menos de una hora, casi lo habían sacado de la carretera, lo habían estado a punto de atrapar y matar, y había presenciado la muerte de un hombre. Quería buscar el lado positivo —el hecho de que se hubiera librado —, pero no podía. En su lugar, las imágenes del cuerpo de Michael aparecían en su mente, esta vez grabadas con tinta indeleble. La sangre. La piel pálida. La desesperación de su rostro mientras cerraba los ojos por última vez.

Al reproducir en su cabeza los sordos ruidos de los golpes del hombre que había apaleado a Michael hasta la muerte, sintió el inicio de un ataque de pánico. Con saña. Su ritmo cardíaco se aceleró. Su respiración. Su pulso. La piel se le volvió pegajosa. Su visión se volvió borrosa, como en un túnel. Las paredes del coche se le echaban encima, dispuestas a aplastarlo a él y a su tráquea.

Frenéticamente, Jake buscó la llave, la giró en el contacto y bajó las ventanillas, dejando que un torrente de aire frío inundara el interior. Jadeó profundamente, inspirando por la nariz y expirando

por la boca, hasta que su respiración se ralentizó y recuperó cierto rastro de normalidad.

Había estado cerca. Demasiado cerca.

Pero no lo suficiente como para salvar a Michael.

Jake cogió el teléfono y marcó el número de Charlotte. Sonó varias veces, pero no hubo respuesta.

Frustrado, lo intentó de nuevo, esta vez haciendo rebotar la pierna arriba y abajo en el reposapiés.

Seguía sin haber respuesta. Estaba empezando a tener mejor relación con su buzón de voz que con ella. Jake se dio por vencido y apretó el teléfono en la mano. Había pruebas dentro de la fábrica, muchísimas, allí sentadas, esperando a ser encontradas. Y tenía que ser *él* quien las encontrara, y no los forenses corruptos y los servicios de emergencia que Liam desplegaría en cuanto llegaran.

Solo había un problema en su camino: necesitaba una orden judicial. Una aprobación. Algo. Cualquier cosa que le permitiera registrar la fábrica.

Jake tomó la decisión por su cuenta. No podía permitirse esperar, dejar que los atacantes regresaran y se llevaran el vehículo. No podía permitirse esperar a que llegaran Liam, Drew y Garrison, dejarlos precintar la fábrica y permitirles destruir pruebas vitales.

Jake abrió la puerta y cogió del maletero un par de guantes desechables, las tres bolsas de pruebas que le quedaban, un registro de pruebas y un registro de asistencia. Se puso los guantes y echó a correr hacia el edificio, moviendo los ojos de izquierda a derecha por si alguien se aproximaba a lo lejos.

Al acercarse, el olor a estiércol y a tierra de granja asaltó sus sentidos. Casi tan grande como Bow Green, la estructura era de acero y hierro corrugado. Había dos entradas principales: un gran portón metálico en el frente y otro en el lateral del edificio. Jake rodeó el lateral y se detuvo ante una puerta pequeña. Se abrió con un crujido. Contuvo el aliento. Luego se detuvo y escuchó atentamente mientras el sonido resonaba por el vasto espacio.

Segundos después, cruzó el umbral. El olor a estiércol era aún más fuerte en el interior; le golpeó en la cara y le dieron ganas de vomitar, mientras una ráfaga de aire le rozaba los tobillos. El lugar

tenía un aire ominoso, como si hubiera entrado en una casa encantada.

En medio de la nave estaba la furgoneta que habían usado para sacar a Michael de la carretera. A ambos lados había dos juegos de marcas de neumáticos negros. En una esquina había una silla volcada —probablemente utilizada para algún tipo de tortura, pensó Jake— y, junto a ella, las manchas y marcas de maquinaria que llevaba allí décadas.

Abriendo la bolsa de pruebas, Jake se acercó a la furgoneta, abrió la puerta del conductor y miró dentro. Apoyó una mano en el asiento para estabilizarse y luego registró el interior. En medio del reposabrazos, entre el conductor y el pasajero, algo le llamó la atención. Una cartera. La cogió y ojeó las tarjetas hasta que dio con el carné de conducir. El rostro de Danny Cipriano lo miraba fijamente. Aunque el nombre era distinto: Harry Winston.

Guardó la cartera en la bolsa de pruebas y luego se dirigió a la parte trasera de la furgoneta. Metió los dedos bajo la ranura del tirador y tiró. Se tensó mientras se preparaba para lo que pudiera ver. ¿Otro cadáver? ¿Otra escena del crimen? ¿Un arma homicida?

El portón se elevó y a Jake se le encogió el corazón: no había nada dentro.

Consciente del tiempo y de que el resto de su equipo se le echaba encima rápidamente, sacó con presteza el bastoncillo de algodón del fondo de la bolsa de pruebas, tomó una muestra del suelo de la furgoneta y lo devolvió a su vial. Repitió el proceso con el asiento del conductor y el volante.

Después, lo recogió todo.

Pegó una etiqueta blanca en cada una de las bolsas de pruebas —en el centro, doblada por ambos lados— y escribió su nombre, su número de placa, la fecha y la hora. Quienquiera que hubiera secuestrado y matado a Danny Cipriano conducía esta furgoneta. Y quien hubiera matado a Danny era responsable también de la muerte de Michael. Esperaba que los hallazgos fueran suficientes para identificar al Granjero y al resto de sus socios.

Poco después, Jake apretó las bolsas de pruebas en su puño y regresó a su coche.

CAPÍTULO 51

SILENCIOS INCÓMODOS

Liam estaba rebosante de preguntas mientras viajaba sentado junto a Charlotte, conduciendo hacia el este por la A13 en dirección a Southend-on-Sea. Hasta ese momento, el contacto entre ambos había sido mínimo. A propósito, pero ahora quería cambiar eso. El trayecto en coche hasta North Ockendon era lo bastante largo como para llegar a conocerla y averiguar cuál era su verdadero propósito. Se había leído su expediente de personal de principio a fin y se lo sabía de memoria. Todo. Su cumpleaños, el año en que empezó en el servicio, el número de evaluaciones de desarrollo profesional que había tenido, las desavenencias con sus superiores, sus operaciones y sus éxitos. Incluso había confirmado su traslado con la comisaria principal Marston, pero seguía sin estar convencido.

Al principio, había creído que el Cónclave la había enviado para poner de relieve su ineptitud y conseguir que aprendiera de ello o, simplemente, para apaciguar a Oliver Penrose y al LOCOG; y tenía claro que, si se trataba de lo segundo, solo el Cónclave tenía los contactos necesarios para hacerlo de forma tan discreta. Pero cuando Charlotte le informó sobre las manchas de sangre y las huellas en el suicidio de Richard Maddison, supo al instante que se equivocaba con ella. No la habían enviado ni el Cónclave ni el LOCOG.

Estaba allí por un motivo diferente.

Era una manzana podrida.

—Le ruego que acepte mis disculpas por no haberme presentado debidamente antes —dijo él, rompiendo el punto muerto en el que se encontraban desde el inicio del viaje—. Ha sido una época ajetreada y estresante.

Charlotte miraba por la ventana los árboles que pasaban veloces, evitando su mirada. —Entiendo cómo son estas cosas.

—¿Qué tal lo va llevando por ahora?

Ella se volvió hacia él y le dedicó una sonrisa. —Interesante.

—¿En qué sentido?

—Porque este es un caso complejo, más que cualquiera en los que haya trabajado antes. No solemos ver este tipo de cosas por Croydon; al menos, no tanto. Y no parece que estemos más cerca de resolverlo.

—Así es la naturaleza de este trabajo. No conseguimos victorias fáciles. No nos las regalan. Si así fuera, usted sería comisaria principal y yo sería el comandante.

—Lo sé —dijo ella—. Es solo que, en Berin House, un caso se abre y se cierra en uno o dos días, a veces un par. Es una locura. Nuestra gente es fenomenal en lo que hace, y...

—¿Está sugiriendo que mi equipo no es lo bastante bueno?

—No... En absoluto. Su equipo es fantástico. No pretendía ofenderle.

Liam soltó una risita. —Pueden aguantarlo. Son adultos.

—Lo que quería decir es... que lo que nos diferencia del resto de los distritos del cuerpo son nuestros *métodos*.

—¿Métodos?

—¿Le resulta familiar la navaja de Ockham?

—«De entre dos explicaciones para algo, la que requiere menos conjeturas es la que tiene más probabilidades de ser correcta», ¿esa?

—Casi —respondió Charlotte con una sonrisa socarrona.

—¿Y qué tiene eso que ver con esto?

Ella se reacomodó en el asiento de cuero, orientando el cuerpo ligeramente hacia él. —Cuando alguien es asesinado, hay dos

posibilidades. La persona que lo hizo y la persona que no lo hizo: la navaja de Ockham, primera parte. Pero cuando empiezas a añadir múltiples sospechosos a la ecuación... Tres. Cuatro. Cinco. Seis... Ahí es cuando las cosas se complican, y cuando resulta más difícil controlar, sostener y acotar la explicación correcta. ¿Me sigue?

Liam tardó un momento en responder. —Creo que sí.

—Me refiero a que si tomamos el asesinato de Danny Cipriano, por ejemplo. ¿Quiénes eran los sospechosos? Para empezar, Richard Maddison. Perfecto. Ya lo tenemos, nuestro principal sospechoso. Debería ser fácil. Pero ahora está muerto...

—Y fue usted quien nos sugirió que lo habían asesinado, en lugar de cerrar su muerte como un suicidio.

Charlotte se aclaró la garganta y continuó, ignorando lo que él había dicho. —Pero ahora mete a Jermaine Gordon en el ajo. Una persona de nuevo. Un culpable. Un sospechoso. Si empieza a indagar más y a encontrar más nombres para añadir a esa lista de sospechosos, ahí es cuando las cosas se vuelven un poco más complicadas, si entiende a qué me refiero.

—¿Así que está diciendo que a ustedes, en Berin House, les gusta arrestar al primer sospechoso para poder dar el caso por cerrado?

Las sospechas de Liam se dispararon. Estaba hablando de algo sobre lo que él sospechaba que ella no sabía nada. Si de verdad creyera lo que estaba diciendo, no habría sido ella quien hubiera planteado dudas sobre la muerte de Richard Maddison. Simplemente lo habría dejado estar. Como habría hecho cualquier policía corrupto.

—Nuestra forma de hacerlo —continuó ella— es que, en lugar de buscar maneras de demostrar que alguien lo hizo, encontramos las pruebas que demuestran que lo hizo.

Liam reflexionó un segundo. —Y... cuando dice *encontrar* las pruebas, ¿se refiere a...?

Ella se encogió de hombros con aire despreocupado. —A veces las pruebas tienen su propia manera de aparecer convenientemente cuando menos se espera, ¿sabe a qué me refiero?

Él sabía perfectamente lo que quería decir, pero no estaba dispuesto a admitírselo.

—Lo siento, Charlotte —dijo él, alcanzando los 150 km/h mientras se acercaban a Rainham, en las afueras de la ciudad—. No sé cómo les gusta trabajar allí, pero de este lado del río hacemos las cosas de forma un poco diferente.

—¿Está seguro?

—Totalmente —mintió él.

Ella apartó la mirada y, mientras volvía a contemplar el paisaje por la ventanilla, susurró para sí misma: —No es lo que yo he oído.

Si tenía alguna intención de que él la oyera, no lo demostró. Y si no pretendía que la oyera, acababa de cometer el mayor error posible.

Durante el resto del trayecto, Liam permaneció en un silencio cómodo, y esperó que para Charlotte fuera todo lo contrario.

CAPÍTULO 52

LA TORTUGA Y LA LIEBRE

Jake llevaba una hora sentado en su coche y, en ese tiempo, no había visto a nadie. Ni siquiera un tractor o un jinete. Ni siquiera a un ciclista... o «plaga de la carretera», como los llamaba Martha, su suegra, para disgusto de él.

Mientras esperaba, había logrado calmarse, reducir su ritmo cardíaco, pensar racionalmente y limpiarse la mayor parte de la sangre de Michael Cipriano de las manos y la cara, aunque aún quedaban restos. Su mente seguía siendo incapaz de librarse de la idea de que Liam y los Crimson estuvieran trabajando juntos. En los últimos meses, Liam y él se habían vuelto más cercanos. Habían pasado más tiempo juntos fuera del trabajo: tomando cervezas, poniéndose al día con el resto de la oficina, yendo a por café... Jake incluso había invitado a Liam a comer a su casa. Habían estrechado lazos y Jake había dejado que Liam se acercara a sus hijos. Lo recordaba con claridad... chocando esos cinco con Maisie, jugando con su pelo, preguntándole qué tal le había ido el día.

Pero lo peor de todo era el hecho de que Elizabeth y él le hubieran puesto Ellie a la niña en honor a la madre de Liam. Ahora, ella serviría como un recordatorio constante de su traición y su doblez. Pensarlo le hizo estremecerse.

Un juego de luces parpadeó en su retrovisor.

Garrison. En su coche flamante.

—¿Todo bien? —preguntó Jake, bajando de su vehículo mientras Garrison se detenía frente a él.

—Todo bien. ¿Qué ha pasado aquí, entonces?

Jake lo puso al corriente.

—Maldita sea —respondió Garrison—. ¿Te han revisado? ¿Estás herido?

—No, no, estoy bien. ¿Dónde están los demás?

—Eh, yo... esto... —tartamudeó Garrison—. Creo que han dicho algo de pasarse rápido por la escena del crimen, para avisar a la policía de Essex de que podría haber un ligero conflicto de intereses. He dicho que vendría yo a verte aquí, para asegurarme de que estás bien. —Garrison se giró e hizo un gesto con la cabeza hacia la gran estructura que había tras Jake—. ¿Ya la has revisado?

—He estado esperándoos.

—¿Es para que yo haga de músculo?

—¿Te refieres al hombre que tiene edad para ser mi padre?

Garrison señaló a Jake con el dedo.

—¡Más vale que cuides ese lenguaje! —le dio una palmadita juguetona en el hombro a Jake—. ¡Es broma! Te pasaré esta mierda por alto esta vez, pero si lo vuelves a decir, tendré que zurrarte. Y solo porque sea viejo, no creas que no lo haré... ni que no *pueda*.

Jake soltó una risita nerviosa. Su atención se vio distraída por el sonido de otro vehículo que se aproximaba.

Era Drew. Bajando la ventanilla al detenerse junto a ambos, preguntó:

—¿De qué va todo esto ahora?

—Michael Cipriano ha muerto —respondió Jake.

Drew frunció los labios y asintió.

—Asunto espinoso. —Sus ojos se desviaron hacia el coche de Garrison—. ¿Es este el coche nuevo, Pete?

—¿Verdad que es una preciosidad?

—Lástima que no elijas a tus mujeres igual, tío.

Garrison le dedicó a Drew una peineta y le dio un pescozón.

Jake los observó a ambos un momento. Qué inmaduros se estaban comportando, desafiantes. Como niños petulantes que están

deseando que les riñan. Uno de los atracadores más prolíficos del país acababa de ser asesinado y a ellos no parecía afectarles lo más mínimo. Claro que no, comprendió Jake enseguida. No tenían nada de qué preocuparse. Sabían que podrían encubrirlo y encargarse de ello. Fácil.

—¿Te encuentras bien, compañero? —le preguntó Drew.

—No especialmente. Acabo de ver morir a un hombre delante de mis narices. Pero bueno... ya se me pasará.

No se le pasaría. Los terrores nocturnos serían peores ahora. El manto de nieve blanca que veía casi cada noche estaría cubierto por una nueva incorporación: la sangre de Michael Cipriano.

Unos minutos después, llegaron Liam y Charlotte.

—Cielo santo, ¿qué narices te ha pasado? —preguntó Liam.

—He intentado salvarle la vida a Michael Cipriano. Es evidente que no he tenido mucha suerte —dijo Jake con malicia en la voz.

—Vamos a tener que conseguir que te limpies. No queremos que la gente de la oficina piense que eres un temerario.

Jake asintió y soltó una risita forzada.

—Tengo ropa de repuesto en la oficina.

—Cuéntanos qué ha pasado —dijo Liam.

Esta era la parte que Jake más temía. Si les contaba a todos el motivo real por el que se había citado con Michael, le pillarían y descubrirían la verdad al instante. Afortunadamente, el tiempo había jugado a su favor y había podido aprovechar esos valiosos minutos para inventar una mentira.

—He pensado que sería buena idea comprobar cómo estaba Michael. Ver si sabía algo de Maddison, si podía decirnos algo sobre él y Danny. —Jake miró fugazmente a Charlotte antes de volver a centrarse en Liam—. Recordé haber visto en algún sitio que Danny y Richard habían tenido tratos con Jermaine Gordon en el pasado, así que pensé en ver si Michael podía arrojar algo de luz sobre el asunto.

—¿Y lo ha hecho?

Jake negó con la cabeza.

—No ha querido decirme nada.

—¿Luego qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

—Estaba a punto de irme cuando un par de agentes uniformados se lo han llevado. Han irrumpido y lo han metido en la parte trasera de su coche. Me ha parecido extraño, así que he decidido seguirlos, y entonces los han sacado de la carretera. Los uniformados han muerto al instante, pero Michael estaba vivo. He intentado salvarlo, pero entonces han bajado unos tipos y lo han matado a golpes —concluyó Jake. Respiraba con dificultad, esperando que se hubieran creído cada palabra. De lo que no se había dado cuenta era de que, al estar Charlotte allí, necesitaba que todo pareciera reglamentario, como si fuera un caso nuevo y no hubiera antecedentes de ningún tipo.

—¿Y has seguido a los atacantes hasta aquí? —preguntó Liam.

Jake suspiró aliviado.

—Sí, jefe.

—¿Cuántos has dicho que eran?

—Dos.

—¿Y no has podido identificarlos?

—No. Llevaban pasamontañas negros.

Drew se cruzó de brazos.

—Es muy posible que sea cosa de Jermaine Gordon otra vez, jefe. Enviando a algunos de sus chicos para terminar con toda la familia Cipriano en memoria de Richard.

—No descartes esa idea, Drew. Muy posible, desde luego —respondió Liam.

Tras terminar de alimentar el ego de Drew, volvió su atención a Jake.

—¿Has visto a alguien entrar o salir del almacén desde que estás aquí?

Jake negó con la cabeza.

—Los atacantes se han ido en vehículos distintos y han tomado direcciones opuestas. Pero la furgoneta negra en la que viajaban sigue dentro de la fábrica.

La mirada de Liam pasó de Jake al edificio.

—Creo que... quizá la han dejado ahí por alguna razón. Lo cual significa que volverán. En lugar de asaltar el lugar con equipos de

armas de fuego y el equipo forense, creo que deberíamos vigilar este sitio. Esperar a que regresen.

—¿Y si no vuelven? —preguntó Garrison—. ¿Qué hacemos entonces?

—Démosle veinticuatro horas. Si no vuelven a por ella, investigaremos la furgoneta. Registraremos en busca de pruebas. Los riesgos son mayores si investigamos el almacén ahora. Por eso deberíamos dejarlo así. Jugar a largo plazo. La tortuga gana a la liebre, ¿recordáis?

Liam dio una palmada; el sonido resonó en la estructura a lo lejos y llegó de vuelta al grupo.

—Drew —comenzó Liam de nuevo—, quiero que te quedes aquí mientras consigo que aprueben todo. Te toca el primer turno de vigilancia. Alguien más vendrá a relevarte más tarde.

CAPÍTULO 53

¡VAMOS, VAMOS!

Liam convocó una reunión inmediata en la sala de juntas en cuanto regresaron de la fábrica. Todo el equipo se había presentado: casi quince personas estaban sentadas en la sala, prestando atención. La mayoría de los rangos de la oficina eran agentes de la policía judicial, con la incorporación de unos pocos sargentos, lo que dejaba a Charlotte como la oficial de mayor rango allí después de Liam. Pero aquello planteaba la cuestión de por qué Liam los había convocado a todos. No solía hacerlo nunca o, al menos, lo hacía con poca frecuencia. El resto del equipo eran los soldados de a pie que se encargaban de todo lo que se filtraba desde la cadena de mando. Era el método de trabajo preferido de Liam, y era la razón por la que el equipo era una puerta giratoria de caras nuevas.

—Gracias a todos por estar aquí —comenzó Liam—. He pensado que valdría la pena convocar esta reunión porque necesito comprobar en qué punto estamos con las cosas, para poder reevaluar y reenfocar vuestras prioridades si es necesario. Parece que este caso se nos está yendo un poco de las manos por el momento, y necesito meterlo en vereda. Para los que no lo sepáis, Michael Cipriano acaba de ser asesinado. Vamos a trabajar estrechamente con la policía de Essex en esto, pero habrá *algunas*

cosas que podremos hacer nosotros... y la mayoría de vosotros os encargaréis de eso.

Liam recorrió la sala con la mirada, seleccionando en silencio a los miembros del equipo a los que se refería con un breve gesto de cabeza. Jake agradeció no ser uno de ellos.

—Pero por ahora, hacedme un resumen de lo que sabemos.

La sala se quedó en silencio. Nadie quería ser el primero en responder. Jake estaba seguro de que se debía en parte a que casi todos en el equipo le tenían miedo a Liam de una forma u otra, como si tuviera algo contra ellos y no quisieran hablar por temor a represalias.

Jake decidió adelantarse.

—Danny Cipriano, muerto. Enterrado vivo en cemento. El obrero de la construcción, Richard Maddison, principal sospechoso. El móvil: Danny Cipriano lo metió en la cárcel. Las pruebas halladas en el piso de Maddison lo implicaban en el asesinato, pero no pudo haber actuado solo. Necesitaba a alguien más, como mínimo.

Jake hizo una pausa para calibrar la reacción de Liam; su jefe asintió levemente para que continuara. —Entra en escena Jermaine Gordon, conocido capo de la droga del este de Londres. También un asesino convicto. Tiene un historial con Richard Maddison de cuando compartieron tiempo en prisión. Y ahora tenemos a Michael Cipriano muerto.

—Te falta un dato importante aquí, Jake —dijo Charlotte—. Se encontraron muestras de ADN en el domicilio de Richard Maddison, lo que sugiere que pudo haber sido asesinado y que se hizo pasar su muerte por un suicidio. El sargento Richmond y yo lo hemos estado investigando.

—¿Y en qué punto estamos con eso, Charlotte? —preguntó Liam.

—Aún esperamos los resultados, jefe.

Liam asintió. —Ahora mismo tenemos que considerar la posibilidad de que se trate de un asesinato por venganza. Richard y Jermaine se propusieron matar a Danny Cipriano. Tenemos grabaciones de CCTV y datos de telefonía móvil que sitúan a Richard en la urbanización de Jermaine la misma noche en que Drew lo interrogó como testigo. Es muy posible que discutieran por algo;

quizás Richard amenazó con confesarlo todo y luego se marchó. Como sabemos, Richard sufría problemas de salud mental, por lo que pudo haberse vuelto paranoico. Jermaine no podía permitir eso, así que lo hizo callar para siempre.

En cuanto lo dijo, el silencio invadió la sala y los envolvió mientras todos asimilaban lo que se acababa de exponer. Aunque Jake sabía que todo aquello era una sarta de mentiras, tenía que admitir que resultaba convincente. Entre los cuatro —Liam, Drew, él mismo y Garrison— habían hecho que pareciera un caso sólido contra Richard Maddison y ahora contra Jermaine Gordon. Si no supiera la verdad, se lo habría creído.

—¿Pero cómo encaja la muerte de Michael en todo esto, jefe? —preguntó una voz segura desde el fondo.

Liam se impulsó para separarse del borde de la mesa y agitó el dedo en el aire.

—Me alegra que lo pregunte, agente Cotton. Eso es precisamente en lo que tenemos que centrarnos ahora, con la ayuda de la policía de Essex. Necesitamos encontrar un vínculo entre las muertes de Michael, Richard y Danny. Pero primero, necesitamos saberlo todo sobre sus movimientos y actividades desde que entró en el programa de protección de testigos. —Liam vaciló un momento y luego miró al suelo—. Mientras tanto, Garrison, quiero que retomes la investigación sobre Jermaine Gordon donde la dejó Drew.

—¿Es el mismo Jermaine Gordon que acaba de ser juzgado y absuelto por un doble homicidio? —preguntó otra voz desde atrás.

Liam asintió. —El mismo.

—¿Cómo se libró de esa? —preguntó Jake, vencido de repente por la curiosidad.

—Todo se reduce a quién conoces y cuánto dinero tienes —explicó Liam—. Y en este caso concreto, nuestro sospechoso —uno de los mayores traficantes de droga de todo el este de Londres— resulta que conoce al igualmente formidable e infame abogado Rupert Haversham y tiene una burrada de dinero para poder pagárselo.

—¿No nos arriesgamos a lo mismo aquí?

—Por eso precisamente necesitamos que las pruebas sean irrefutables. —Liam lanzó una pequeña mirada de reojo a Garrison —. Y lo digo en serio. To-tal-men-te irrefutables. Pete, como he dicho, tú estás a cargo de esa parte de la investigación. En cuanto al agente Tanner y la inspectora Grayson, el agente Garrison delegará en vosotros las tareas.

Charlotte levantó la mano. —Perdone, señor... y sin ánimo de ofender al agente Garrison ni nada, pero ¿cómo funciona eso? ¿No debería ser yo quien dirigiera la investigación como SIO adjunta? Tengo un rango superior.

—Es cierto. Pero en este caso particular, Garrison tiene más experiencia. Ha estado tratando con Jermaine Gordon y gente de su calaña desde mucho antes de que usted naciera. Garrison tiene la experiencia y, en mi opinión, eso está por encima de todo, independientemente de los galones que luzca en el hombro y de lo que le escueza a usted.

Charlotte abrió la boca para hablar, pero fue interrumpida al instante.

—Cuanto más tiempo estemos aquí sentados, menos tiempo tendremos para encontrar pruebas. ¡Venga, vamos!

Liam dio una palmada, dando por terminada la reunión. Todos se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la puerta.

—¡Esperad! —dijo Charlotte, haciendo que todos volvieran a la sala. Tenía el teléfono en alto. La diminuta pantalla iluminaba su rostro—. Vais a querer ver esto.

—¿Qué pasa? —preguntó Liam.

—Acaba de llegar el informe forense sobre el cuerpo de Danny Cipriano. Han encontrado algo en Danny en medio de todo el hormigón.

—¿Qué? —preguntó Liam, con un deje de miedo e incertidumbre en la voz.

—Han encontrado ADN en el cuerpo y han obtenido una coincidencia confirmada. Pertenece a un criminal convicto... Nigel Clayton.

CAPÍTULO 54

IMPREVISTOS

Me cago en la puta.

Justo cuando creía que estaba empezando a controlar la investigación y a mantenerla por el camino que deseaba, le habían soltado otro imprevisto. ¿Cómo había podido Nigel Clayton meter la pata de forma tan estúpida? Liam conocía el nombre desde hace mucho tiempo. El hombre era un estafador. Un contable corrupto que había ayudado a blanquear millones de libras fuera del país a mediados y finales de los noventa; a quien habían pillado después de que uno de sus clientes fuera arrestado por tráfico de drogas y, posteriormente, lo vendiera para salvarse. Y ahora parecía que había dejado la contabilidad y se había involucrado con El Granjero.

Pero aquello no era lo más importante en lo que debía centrarse ahora mismo. Tenía que solucionar esto antes de que alguien más tuviera la oportunidad de sacarlo de quicio. Jake. Charlotte. Garrison. La lista crecía cada vez más.

Antes de entrar hecho una furia en su despacho, había ordenado al equipo que centrara el grueso de sus esfuerzos y recursos en Jermaine Gordon y que, por ahora, dejaran a un lado a Nigel Clayton. Ciertas personas en la oficina no tardarían mucho en darse cuenta de que aquello era un error y empezarían a dar la voz de

alarma. Dudaba de haber conseguido mucho tiempo para prepararse, pero, al menos, era algo.

Liam se sirvió otro vaso de whisky y se lo bebió de un trago. Algo para calmar los nervios. Nada como un poco de valor líquido antes de llamar a un sicario ruso.

Dejó el mensaje sobre las flores para el funeral, siguió el mismo patrón habitual y finalmente logró contactar con él.

—¿Qué quieres?

—Tienes un problema —respondió Liam mientras se acercaba a la ventana. Las persianas estaban echadas, pero las lamas estaban entreabiertas.

—¿Qué?

—El ADN de Nigel acaba de aparecer en el cadáver de Danny Cipriano.

Hubo una pausa. Larga. Y por un momento Liam se preguntó si se habría cortado la comunicación.

—¿Es broma? —llegó finalmente la respuesta monótona.

—Ojalá, pero esto nos jode a todos. Especialmente a ti.

—Sí.

—¿Dónde está Nigel ahora mismo?

—Escondido después de que él mata a Michael Cipriano.

La semilla de una idea brotó en su cabeza.

—¿Quién estuvo en casa de Maddison? —preguntó él.

—¿De qué hablas?

—Maddison. Sé que queríais que pareciera un suicidio a la rusa, pero no coló. Se encontraron pruebas de ADN adicionales en las paredes y en la alfombra, George. ¿Quién de tu equipo estuvo allí?

—Todos nosotros.

Gracias a Dios.

—Entonces creo que podemos hacer que esto funcione. No va a ser fácil. Pero tienes que colaborar.

—Tú no me das órdenes.

Liam soltó una risita ante la audacia y la confianza que tenía aquel hombre. —No lo entiendes. No te lo estoy pidiendo, te lo estoy diciendo. Olvidas que eres de nuestra propiedad. Eres nuestra perra. Y podemos recurrir a ti siempre que queramos. Ahora, o aceptas, o

esperas a que vayamos a arrestar a Nigel —y a vosotros mismos— por los asesinatos.

—No puedo. Él ser mi contable.

—Pues búscate otro. Todo lo que hace falta es que esta información llegue a la persona equivocada, y te investigarán hasta encontrarte.

—¿Cómo estar sus datos en sistema? Pensé que borrados cuando él sale de prisión.

—Ojalá fuera así, chaval. Están ahí de por vida, y pronto los conectarán con estas muertes. No quiero hacerlo de esta manera, pero no tengo otra opción. Ha cometido un error. Y lo que es más importante, te ha fallado. Necesita ser castigado por ello. ¿Y qué dirá nuestro empleador común cuando se entere de que uno de sus sicarios de más confianza tiene una manzana podrida entre sus filas? No creo que vaya a haber un final feliz, ¿tú qué crees? —Liam vaciló mientras esperaba una respuesta.

—¿Qué necesitas que yo haga?

Una sonrisa burlona creció en el rostro de Liam justo cuando un coche frenaba en seco bajo la ventana de su despacho, evitando por poco a un grupo de niños que cruzaba la calle sin prestar atención.

—Déjame hacer unas cuantas llamadas. Tengo en mente justo lo que necesitamos.

Liam colgó y, en cuanto se cortó la llamada, buscó en el cajón inferior del archivador y llamó a Drew con el teléfono desechable.

Vamos. Vamos. Vamos. Cógelo.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, Drew lo cogió.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó. Se me está quedando el culo cuadrado de estar aquí sentado.

—Tenemos un problema. ¿Tienes el portátil del trabajo contigo en el coche?

—No querrías saber qué clase de cosas llevo en el coche —respondió Drew.

—Déjate de tonterías y presta atención. ¿Lo tienes?

—Sí.

—Bien. Necesito que entres en todas las bases de datos que puedas y busques todo sobre Nigel Clayton. Reescribe el historial de ese hombre.

—¿Reescribirlo cómo, jefe? Tendré que comprobar si todavía tengo los mismos permisos de acceso.

—Jermaine Gordon. Richard Maddison. Ese tipo de cosas. Haz que se ajuste a nuestras necesidades. Y hazlo rápido. Quiero que esté hecho antes de que el resto del equipo le hinque el diente a Clayton. ¿Entendido?

—Entendido.

Liam mantuvo pulsado el botón rojo hasta que el teléfono se apagó, luego le quitó la batería y tiró ambos objetos dentro del archivador. Volvió a su asiento y se arrellanó en el cuero. Necesitaba una dosis. Otra copa. Un cigarrillo. Un porro. Algo que lo calmara un poco más que el alcohol. Qué demonios, el alcohol bastaría por ahora.

Se sirvió otra copa —esta vez de una botella secreta de ron Captain Morgan que guardaba para situaciones de emergencia— y empezó a beber. Ese licor no era su favorito, pero sería suficiente. Sabía que, pronto, querría más. Y más. Y un poco más después de eso.

Sacó de su bolsillo el teléfono de usar y tirar que había empleado para llamar a El Granjero y lo puso sobre la mesa, mirándolo como si fuera una pistola que estuviera considerando usar para acabar con su vida. En cierto modo, la llamada que estaba a punto de hacer tendría el mismo efecto. Si su plan salía mal, sus días en el MIT, y en el mundo, estarían contados.

Mejor así, pensó. De todos modos, no le quedaba mucho tiempo si su cuerpo empezaba a rechazar el tratamiento.

Como un verdadero capitán, su trabajo consistía en llevar el barco a puerto seguro. Y eso era exactamente lo que iba a hacer. Tomando el mando del timón, alargó la mano hacia el teléfono y marcó.

—Dígame…

—Escúcheme y escúcheme con mucha atención. Este plan solo funcionará si hace exactamente lo que le diga. ¿Entendido?

—Entendido.
—Bien. Esto es lo que quiero que haga…
A partir de ahora, el mar parecía estar en calma.

CAPÍTULO 55

CONDUCTA

La noticia de que se había hallado el ADN de Nigel Clayton en el cuerpo de Danny Cipriano lo llenó de euforia. El encubrimiento de la investigación por parte de Liam se desmoronaba como una de las galletas de chocolate de Garrison. Y, en este momento, no podía estar más agradecido de tener a Charlotte con él. Temía que, si ella hubiera llegado un poco más tarde, habría sido demasiado tarde. La muerte de Richard Maddison se habría dictaminado como suicidio, la de Michael habría caído en el olvido y el ADN de Nigel sobre el cuerpo de Danny habría acabado en la basura. Por fin las piezas empezaban a encajar.

Esperaba tener pronto pruebas suficientes para condenar a sus tres colegas por sus crímenes. Y lo sorprendente era que no sentía remordimiento alguno. Aquella gente había sido su amiga en su momento, pero estaban quebrantando los procedimientos, las normas y la ley. Jugaban con las vidas de los demás para su propio beneficio personal y económico. Era imperdonable, reprobable, inexplicable, y merecían acabar en prisión.

Justo después de dar por concluida la reunión informativa, Liam les había ordenado a todos centrarse en la vertiente de Jermaine Gordon mientras él se retiraba a su despacho para «hacer unas

llamadas». Ni Charlotte ni Jake tenían la menor intención de seguir sus instrucciones.

Tras ponerse la ropa limpia que guardaba en su taquilla, Jake cargó las bases de datos a las que tenía acceso e introdujo el nombre de Nigel Clayton en la barra de búsqueda.

Los resultados eran interesantes.

Jake examinó cada uno, deteniéndose con atención en las palabras y su significado. Según los informes, Nigel Clayton había sido arrestado a finales de los noventa por blanqueo de capitales, obstrucción a la justicia y fraude. Solía trabajar para un infame sindicato del crimen llamado los Hermanos Hampton, conocidos por ser una de las bandas más grandes y violentas de Londres. Había oído rumores de que controlaban la ciudad, desde los chicos de las viviendas de protección oficial que distribuían y vendían su droga hasta las altas esferas del gobierno británico. La corrupción estaba profundamente arraigada en el pasado de Nigel, y no había mención alguna a Jermaine Gordon. De hecho, resultaba prácticamente imposible que Nigel conociera a Jermaine o a Richard.

Tras ser detenido por blanquear el dinero de los Hermanos Hampton, Nigel se había ido de la lengua y delatado a toda la familia en un último acto de traición. Si él caía, todos caerían con él. Como resultado, fue registrado como informador y posteriormente entró en el programa de protección de testigos. No fue hasta que murió el último miembro de la familia Hampton —y con él, la amenaza contra su vida— cuando Nigel recuperó finalmente su libertad. Muchos de los cargos contra él fueron retirados y pudo marcharse.

Directo a manos de El Cónclave y El Granjero.

Era una acusación milagrosa contra el sistema de justicia penal, pero a Nigel le había venido de maravilla. Había estado jugando a enfrentar a la policía contra los criminales, dejando en evidencia a todo el mundo por el camino.

Para preservar las pruebas mientras pudiera, Jake sacó fotos de la información con su móvil, hizo capturas de pantalla en el ordenador y luego las imprimió en el rincón de la sala, junto a Lindsay. Copias digitales y físicas. El sello de toda buena investigación. Recopiló la documentación en una carpeta de su

escritorio y la guardó en su mochila, el lugar más seguro que se le ocurrió.

Justo cuando terminaba de meter la mochila bajo el escritorio, Liam salió de su oficina; se tambaleaba un poco y se apoyaba en el marco de la puerta para sostenerse.

—Jake… —empezó, mascullando y balbuceando las palabras—. Charlotte… me gustaría… quiero que los dos… vayan al laboratorio de la policía científica y descubran qué —tuvo un hipo— hay de nuevo sobre el informe del ADN de Richard Maddison. Vean si… tienen algo. Por… por favor.

Jake miró a su jefe un momento, incrédulo ante aquellos signos de embriaguez. Obviamente, Liam tenía muchas cosas encima, tanto en su vida personal como profesional, pero si no estaba en condiciones de seguir o carecía de cualquier sentido de la decencia, debería marcharse y volver cuando estuviera mejor. Si todo lo demás fallaba en la investigación criminal que Charlotte y él estaban armando contra Liam, al menos quedaba un último recurso: conducta profesional inapropiada en el lugar de trabajo.

El muy estúpido estaba borracho en la oficina.

—Por supuesto, señor —dijo Charlotte, pillando a Jake por sorpresa—. Iremos de inmediato.

CAPÍTULO 56

CONFIANZA

Caminaron en silencio hasta el laboratorio anexo de la policía científica, en la parte trasera de Bow Green. Justo después de ponerse en marcha, Charlotte le había hecho una rápida llamada a su enlace y, para cuando llegaron, ya le habían concedido acceso a los pasillos interiores del edificio. Al entrar por las puertas giratorias y avanzar por el vestíbulo, los abordó una voz dominante y nasal que sonaba como si su dueño hubiera sido locutor de radio o comentarista deportivo en otra vida. Y uno bueno, además.

—Perdonen —dijo la voz—. ¿A dónde van?

—A hablar con Sandy… —dijo Jake deteniéndose—. Tengo que comentar una investigación con ella.

—Está muy solicitada últimamente.

Jake ignoró al hombre y se dirigió hacia las puertas dobles al fondo de la entrada. Mientras esperaba a que Charlotte pasara su tarjeta de acceso, la voz del hombre volvió a sonar, como una sirena de niebla.

—Tienen que registrarse… *por favor*.

Jake puso los ojos en blanco y se giró hacia el hombre, que claramente estaba decidido a complicarles la existencia. Luego se acercó por la moqueta, se apoyó en el mostrador y cogió el bolígrafo

sujeto a una pequeña cadena. Jake garabateó su nombre y le pasó el bolígrafo a Charlotte.

—¿Dos veces en una semana?

Jake clavó la mirada en el hombre. —¿Perdone?

—Dos veces en una semana. —El hombre señaló otra fila en la hoja de registro.

Jake se inclinó y la miró de cerca. Su nombre. Firmado y fechado.

—Es curioso, sin embargo, no le recuerdo. Suelo ser bueno con las caras.

Soltando una risita incómoda, Jake restó importancia al asunto, esperó a que Charlotte terminara y cruzó el umbral hacia el laboratorio científico. En cuanto la puerta se cerró tras él, se pasó los dedos por el pelo.

—Ese no eras tú, ¿verdad? —preguntó Charlotte, manteniendo las distancias al otro lado del pasillo.

Jake negó con la cabeza. —No era yo. —A esa misma hora, él había estado a sesenta kilómetros de distancia, en Guildford—. Pero sé quién era.

—¿Quién?

—Drew. —Jake cerró los ojos y lo imaginó pavoneándose por el edificio, todo arrogancia y presunción, falsificando los datos de Jake y esbozando una sonrisa de suficiencia al darse cuenta de que se había salido con la suya. En demasiadas ocasiones le habían recordado a Jake que se parecían: pelo similar, complexión similar, rasgos faciales similares. La única diferencia radicaba en la altura y la edad: diez centímetros y siete años respectivamente. Al principio, Jake se lo había tomado como un cumplido, pensaba que era algo bueno. Ahora se daba cuenta de que distaba mucho de serlo.

—¿Estás seguro? —preguntó Charlotte mientras se detenían al otro extremo del pasillo.

Él respondió con un simple asentimiento. —Fue justo antes de que encontráramos muerto a Richard Maddison. Debió de venir aquí para robar algunas muestras de pruebas.

—¿Las pruebas encontradas en su dormitorio se las llevó de aquí?

—Si tuviera que aventurar una hipótesis fundamentada, diría que sí.

—Pero—

Una técnica de la científica a la que Jake reconoció de las innumerables escenas del crimen en las que había estado apareció en el pasillo, interrumpiéndolos. Jake y Charlotte la saludaron con la cabeza y, en cuanto se hubo ido, subieron al despacho de la jefa de la escena del crimen, en la segunda planta.

Jake llamó a la puerta, pero prefirió no esperar permiso antes de entrar.

Sandy estaba sentada tras su escritorio, con la atención fija en el monitor del ordenador. Con una mano en el ratón y la otra en el regazo, giró lentamente la cabeza hacia Jake y Charlotte, sin inmutarse ni sorprenderse por su repentina aparición. En su línea de trabajo, nada la asombraba, ni siquiera la imposibilidad de que un cadáver volviera a la vida.

—Jake… —dijo Sandy. Llevaba unas gafas apoyadas en la punta de la nariz. Era la primera vez que Jake se fijaba en ellas—. Estás en mi despacho.

Él echó un vistazo rápido a su alrededor como para cerciorarse del hecho.

—Sí. Siento interrumpir, pero necesitamos ayuda.

—¿Quiénes somos «nosotros»?

—La inspectora Grayson y yo.

Charlotte se adelantó y le tendió la mano. Sandy la estrechó y ambas mujeres mantuvieron el contacto más tiempo del que parecía necesario.

—Voy a incorporarme al equipo durante un tiempo —dijo Charlotte.

—Encantada de conocerla. —Sandy se volvió hacia Jake—. Y bien, ¿de qué se trata todo esto?

—El cuerpo de Richard Maddison. ¿Qué es lo último que tenemos? El jefe quiere saberlo.

—Hemos enviado las pruebas a patología forense. Ahora depende de ellos.

Fue el turno de Charlotte para hablar. —¿Qué pasa con las huellas dactilares y las pisadas? ¿Las ha enviado ya? Son de especial importancia para nosotros. Necesitamos los resultados lo antes posible.

—El día solo tiene un número limitado de horas, inspectora Grayson.

—Lo agradezco. Pero tenemos que—

—Gracias por tu ayuda, Sandy —dijo Jake, decidiendo interrumpirla—. Nos avisarás si cambia algo, ¿verdad?

—Si no lo hiciera, no estaría haciendo mi trabajo.

Dicho esto, Jake y Charlotte se marcharon. No era el resultado que esperaban. En un mundo ideal, habrían tenido las pruebas que demostraran que hubo una segunda parte presente en la muerte de Richard Maddison. Quizás incluso una tercera.

—Siento lo de ella —dijo Jake mientras entraban en el hueco de la escalera—. Está estresada y le falta personal. Ya aprenderás pronto cómo es de verdad.

—¿Te refieres a que es una maleducada?

Jake soltó una risita incómoda. —Sí y no. Mucha gente depende de ella.

—¿Alguna vez has pensado que pudiera ser una persona de interés?

Jake no lo había hecho. De hecho, había considerado lo contrario. Para él, era una integrante intachable del personal policial, siempre presente en las escenas del crimen, siempre informativa, siempre metódica y reflexiva en sus procesos e informes, siempre trabajando en silencio en segundo plano, esforzándose al máximo, ocupándose de lo que debía. Pero ahora Charlotte había plantado una semilla de duda en su mente. Era una lección dura de aprender, pero al menos la estaba aprendiendo: que en esta vida, y en este trabajo, realmente no podía confiar en nadie.

CAPÍTULO 57

CHIVO EXPIATORIO

Liam sabía que nada se podía dar por sentado en este negocio. Especialmente cuando había tanta gente —al parecer— que estaba en su contra. Pero, para su sorpresa, Jake y Charlotte habían acatado sus órdenes sin rechistar. Sin alborotos ni réplicas. Se habían portado como perritos falderos y habían abandonado el despacho para que Drew pudiera ponerse a trabajar en la actualización del perfil de Nigel Clayton. Y aquello le hizo preguntarse si se equivocaba con ellos. Si se equivocaba con Jake.

No lo sabía.

Lo único que sabía era que el gran tirano de la depresión estaba llamando a la puerta, esperando vía libre para adentrarse más en los recovecos más oscuros de su mente. Pero antes de dejarla entrar, se entregó a las sensaciones vertiginosas que había empezado a apreciar en los últimos años. Las paredes que nadaban. Las letras que bailaban en la pantalla. La verdadera calma antes de la tempestad.

Se sirvió otras dos medidas de Captain Morgan. De algún modo, casi se había terminado la botella entera. Era suficiente para tumbar incluso al más fuerte de los hombres, pero no a él. Su hígado se había acostumbrado con el paso de los años y ahora trataba al alcohol como a un viejo amigo que venía a menudo de visita.

Liam no había querido empezar a beber. Simplemente... sucedió. El detonante había sido el fallecimiento de su esposa. Repentino e inesperado. Se la habían arrebatado del mismo modo que le estaban quitando esta investigación de debajo de los pies. Había sido una época oscura, y entonces se apoyó en la botella igual que se apoyaba ahora. Y en las drogas. Oh, las drogas. De alguna manera se las había apañado para seguir adelante con todo mientras ocultaba su secreto. Y pronto se convirtió en el ejemplo del éxito, subido a un pedestal hecho de cien agujas y mil bolsas de estupefacientes de clase A, B y C. Pero ahora estaba cerca de la cima y estaba haciendo cosas que nunca creyó que haría. Estaban ocurriendo cosas que jamás estuvieron en su radar cuando empezó...

Su móvil personal vibró, devolviéndolo a la realidad de golpe. Cogió el dispositivo y entornó los ojos hacia la pantalla. Era un mensaje de Drew.

CM

LLÁMAME. La instrucción era sencilla. Liam se tambaleó en su silla y estiró el brazo hacia la parte inferior del armario. Manipuló con torpeza el teléfono prepago mientras intentaba montarlo. Una vez puesta la batería, lo encendió, esperó, esperó, esperó, esperó, esperó, y entonces llamó a Drew.

—¿Qué pasa? —preguntó Drew casi de inmediato—. He estado intentando llamar.

—Apagado —respondió Liam—. Estaba apagado. ¿Está listo?

—Está hecho. Se ha cambiado todo. Nigel Clayton tiene ahora un historial con Jermaine Gordon, Richard Maddison y Danny Cipriano.

—Perfecto.

—¿Necesitas que haga algo más?

—Sí. Pero más tarde. —Tuvo otro hipo, y esta vez no hizo ningún esfuerzo por ocultar que arrastraba las palabras—. El Granjero te visitará. Tú solo... sigue sus instrucciones.

Justo cuando Drew iba a responder, el móvil personal de Liam empezó a sonar. Era Tanya. Joder, iba a necesitar otro trago. Le colgó a Drew sin decir nada y dejó el teléfono sobre la mesa, cambiándolo por el personal.

Luego echó mano a su copa y bebió unos cuantos sorbos antes de responder. Un poco más de valor líquido.

—Hola, tú —dijo ella en tono seductor.

Liam gruñó.

—¿Todo bien?

Liam gruñó de nuevo.

—¿Puedes hablar?

—Contigo no —dijo él, comprobando que las palabras le salían con más claridad y que las enunciaba correctamente.

—¿Y eso qué se supone que significa? —preguntó Tanya.

—Lo sé todo, ¿vale? Así que déjate de gilipolleces.

—¿Qué gilipolleces? Liam, ¿de qué estás hablando?

—No te hagas la tonta. Perra. Te vi subir al coche con Pete. Te vi ir al aparcamiento de varias plantas. Lo vi todo. —Hizo una pausa un momento, más para recobrar el aliento que por otra cosa—. ¿Así que ahí es donde vais vosotros dos, no? ¿Ahí es donde os gusta *follar*, eh?

Gotitas de saliva salieron despedidas de su boca mientras hablaba.

—Liam...

—¿Cuánto tiempo lleváis así?

—Estás borracho, Liam, ¿verdad? ¿Qué te he dicho sobre esto? Estás diciendo tonterías. ¿Por favor? No sé qué crees que viste, pero puedo explicarlo todo. De verdad, puedo. Nunca te mentiría. Nunca te haría algo así para herirte.

Hubo una larga pausa. Liam deliberó si decir algo o no. Decidió que no.

—¿Esta noche? ¿Puedo verte esta noche? —preguntó Tanya.

—No. Estoy *ocupado*.

—¿Mañana?

—Debería darte tiempo suficiente para echar un último polvo con Garrison.

—Que te jodan —siseó ella—. Sabes que nunca haría nada de esto intencionadamente para herirte. Por favor. Mañana. ¿En el sitio de siempre? ¿A la hora de siempre?

—Vale.

—Por favor, no bebas hasta matarte. No puedo dejar que le pase a otro hombre en mi vida.

—No es mi problema. No es culpa mía que digan que las mujeres buscan a hombres que les recuerden a su padre. *Complejo de Electra*.

Un largo suspiro resonó a través del auricular en su oído. ¿Se sentía culpable por su último comentario? Sí. ¿Iba a pedir disculpas? No. Ella no se merecía una disculpa. Todavía no.

—En el sitio de siempre, a la hora de siempre, mañana —dijo antes de colgar.

Su relación con Tanya había sido convulsa desde el principio. Estaba mal visto y se consideraba un conflicto de intereses que un oficial superior de la policía de alto rango confraternizara y se involucrara con un miembro de la prensa, así que, al principio, su relación había sido clandestina; emocionante. Solo sexo. Sin ataduras. Sin compromisos. Sin lealtades. Nada. Era exactamente lo que había necesitado para ayudarle a superar la pérdida de su mujer. Pero a medida que pasaban más tiempo juntos, y a medida que empezaron a hablar, a conocerse, aquello había cambiado sin que ninguno de los dos se lo propusiera. Y las cosas que había echado de menos de su esposa habían vuelto a brotar a raudales. El cariño. El amor. La adoración. El compañerismo. Alguien con quien estar, con quien hablar; alguien a quien abrazar. Y ahora ella estaba a punto de tirarlo todo por la borda por un gilipollas llamado Pete Garrison.

Una sonrisa asomó al rostro de Liam.

Estaba impaciente por que llegara esta noche.

Ese hombre por fin iba a tener lo que se merecía.

CAPÍTULO 58

PNC

CHIVO EXPIATORIO

Jake regresó apresuradamente a su mesa, sintiendo como si todos los ojos de la oficina los estuvieran observando a él y a Charlotte volver juntos del laboratorio; como si acabaran de echar un polvo rápido en los aseos. Habían llevado a cabo una tarea inocua, pero algo en su mente le decía que debía desconfiar de todo y de todos los que le rodeaban. No le había dado a nadie en la oficina motivos para sospechar que realizaba actividades ilícitas, pero no estaba de más ser un poco paranoico.

Al dejarse caer en la silla, Jake metió las piernas bajo el escritorio y movió el ratón hasta que la pantalla del ordenador despertó de su siesta. Justo cuando iba a iniciar sesión, su móvil se iluminó. Era una notificación de Candy Crush avisándole de que ya tenía listas sus vidas del día. Debajo, había una llamada perdida de un número desconocido.

Habían dejado un mensaje en el buzón de voz.

Jake desbloqueó el dispositivo con su PIN de cuatro dígitos —el día y el mes en que Elizabeth y él se habían casado; un número que jamás olvidaría— y escuchó el mensaje.

—Hola, detective Tanner... soy Hannah... Esto, Hannah Bryant. Usted me dio sus datos. Yo, esto, espero que no le importe que le llame. Espero no estar molestándole. Oh, por supuesto que lo hago; probablemente esté muy ocupado. Pero, bueno... yo, esto, me preguntaba... ¿si ha tenido oportunidad de investigar lo que hablamos? Le, esto... le agradecería que pudiera devolverme la llamada.

Mierda. En cuanto oyó su nombre, una punzada de culpa se le anudó con fuerza en el estómago. Durante los últimos días, no había dedicado ni una pizca de su capacidad mental a buscar las pruebas que implicarían a Drew. Podría decir que había estado demasiado preocupado con todo lo demás, pero, en realidad, no había excusa alguna. Aquella joven había confiado en *él* para llegar al fondo del asunto y él no lo había hecho. Se había permitido distraerse cuando debería haber centrado al menos parte de su atención en Hannah. Quizá estaba siendo duro consigo mismo, pero él no lo veía así; era parte integrante del trabajo, y si no podía gestionar varias cosas a la vez, ¿entonces para qué servía?

Jake se apartó de su escritorio y salió de la oficina. Giró a la izquierda en el pasillo y atravesó unas puertas dobles junto al ascensor, entrando en la única escalera del edificio.

Marcó el número de Hannah y le devolvió la llamada.

No hubo respuesta.

Exhaló un suspiro de alivio. Otra vía de escape fácil, no tener que lidiar con la culpa de explicarle su negligencia profesional por teléfono.

El tono sonó en su oído y el buzón de voz empezó a grabar.

—Hola, Hannah. Soy, esto, el detective Tanner. Solo... esto, le devolvía la llamada. Quería pedirle disculpas por el silencio de estos días. No me he olvidado de la investigación. Como... como estoy seguro de que comprenderá, tengo que hacerlo todo yo mismo... así que puede llevar... un tiempo. Espero que eso sirva de algo. Llámeme si necesita cualquier cosa.

Jake terminó la llamada y bajó la cabeza. Qué desastre. Le había mentido. Había intentado defender sus propios actos. Incluso había intentado que ella se sintiera culpable en el proceso. *Espero que eso*

sirva de algo. ¿Espero que eso sirva de algo? Por supuesto que no serviría de una puta mierda. Drew había destruido una parte de ella. Y no había nada que él pudiera hacer para arreglarlo.

Eres un fraude.

Jake dio media vuelta en las escaleras, se dirigió a la oficina y regresó a su sitio.

Cuando la pantalla del ordenador cargó, se abrió en la misma página en la que la había dejado. El perfil de Nigel Clayton. Solo que ahora había diferencias sutiles, ocultas por todo el documento. Jake no se dio cuenta al principio, pero justo cuando estaba a punto de cerrar la aplicación, un par de palabras en la pantalla saltaron a su vista.

Inclinándose más hacia el monitor, Jake volvió a leer los pasajes.

—No me lo creo —susurró para sí mismo.

—¿Qué? —preguntó Charlotte por encima de la mampara que los separaba.

—Ven aquí. Tienes que ver esto.

Charlotte rodeó el escritorio y acercó la silla de Drew para sentarse junto a él.

Jake mantuvo la voz baja mientras hablaba. —Los perfiles e informes de Nigel Clayton en el PNC y en HOLMES han cambiado.

—¿Cambiado cómo?

Jake señaló la pantalla. —En el sentido de que han sido reescritos. Según esto, Nigel Clayton ha colaborado y trabajado ahora con Richard Maddison, Jermaine Gordon y Danny Cipriano. Antes nunca se mencionaba ninguno de sus nombres.

Los ojos de Charlotte se movieron tras sus gafas y sus labios se desplazaron mientras leía los pasajes por sí misma. —No me lo creo. Han falsificado pruebas para convertir a Nigel Clayton en un chivo expiatorio.

—¿Pero cómo? ¿Y quién?

Charlotte le puso un dedo frente a la cara, sacó su teléfono y se lo llevó al oído. Sin decir nada, se levantó del asiento y se dirigió hacia el baño de mujeres.

Cinco minutos después, regresó.

—¿Seguro que quiero saberlo? —preguntó él, temiendo conocer ya la respuesta.

—Mi equipo, el que trabaja en este caso, ha echado un vistazo a los registros del sistema del PNC.

—¿Y...?

Charlotte se agachó junto a las piernas de él, apoyándose en el borde del escritorio, y se aclaró la garganta. —En total se han hecho cuarenta y dos entradas en todo el documento de Nigel Clayton en el PNC. En la última hora, seis de ellas han sido realizadas por una sola persona. Solo una.

—¿Quién?

Charlotte inclinó la cabeza hacia la mesa de al lado de Jake.

CAPÍTULO 59

EL PUB

Jake retiró las manos del teclado y miró la hora. De algún modo, ya eran las siete y fuera estaba noche cerrada. El aire acondicionado de la oficina continuaba zumbando de fondo, filtrando la estancia con un aire suave y limpio. Jake se levantó de su asiento y se acercó a la ventana. Fuera, los trabajadores se apresuraban a volver a casa. Algunos a pie, otros en bicicleta, otros conduciendo. Vació su mente de todo pensamiento y simplemente los observó pasar velozmente. En cierto modo, los envidiaba. Su trabajo consistía en asegurarse de que ellos —y sus familias— estuvieran a salvo; en asegurarse de que, si algo les sucedía, llevaría al responsable ante la justicia. Pero ninguno de ellos sabía lo que estaba pasando en el mundo *real*, en la primera línea del deber. Ninguna de las personas al otro lado de la ventana sabía por lo que estaba pasando él para sacar a los criminales de las calles.

Mirar por la ventana le daba una perspectiva diferente de las cosas. Algunos días preferiría estar ahí abajo, yendo a un trabajo de oficina mediocre que despreciaba para que él y su familia pudieran llevar un estilo de vida de clase media. Otros días no podía imaginar nada peor, y valoraba la oportunidad de ganarse la vida con lo que hacía. Aún no estaba quemado. Y no creía que fuera a estarlo nunca.

Se abrió una puerta a su espalda. Jake se giró y vio a Liam allí de pie, a la cabecera de la sala con los brazos cruzados. Garrison había regresado a la oficina tras otra ausencia inexplicada, y se había pasado la última media hora hablando con entusiasmo sobre su coche nuevo. Mientras tanto, el resto del equipo se había ido a casa, salvo un par de empleados civiles que probablemente buscaban ganarse algunos puntos extra. Ahora solo estaban ellos cuatro: Jake, Charlotte, Liam y Garrison.

Durante un momento, no pasó nada. Jake observó a Liam —la minucia de sus movimientos faciales y corporales— y concluyó que seguía borracho. De hecho, estaba peor que antes, balanceándose un poco de lado a lado con esos ojos inyectados en sangre que parecían quedar nublados ante cualquier cosa.

—¿Qué hay de n-nuevo? —dijo Liam, esforzándose visiblemente por no arrastrar las palabras.

—Muy poco, jefe —respondió Garrison, recostándose en su silla y metiéndose un montón de galletas en la boca; una pila de migas se formó rápidamente en su cuello.

—En realidad —dijo Charlotte, levantándose de su silla. En la mano sostenía una carpeta—. Tengo un par de cosas que creo que serán de interés.

—¿Ah, sí? —dijo Liam—. Me encantará o-oírlas.

—Acaba de llegar el informe de patología de Poojah sobre Richard Maddison.

—¿Y?

—Ha encontrado marcas de pinchazos en sus brazos, recientes, así como lo que ella cree que son rastros de cocaína en su nariz. Eso corrobora su paradero el día antes de morir, según las imágenes de CCTV que Drew encontró de él en el piso de Jermaine Gordon.

—Ya…

—Y hay algo más también.

—Ya… —repitió Liam, demostrando que era la única palabra de su vocabulario que podía pronunciar con claridad estando borracho como una cuba.

—Tras investigar los antecedentes de Nigel Clayton en el PNC y en HOLMES —comenzó Charlotte—, parece que todos han tenido

tratos entre sí. Richard. Jermaine. Nigel. Incluso Danny Cipriano. En el pasado, Jermaine les ha suministrado tanto a Nigel como a Richard desde que todos salieron de prisión.

—¿Así que están todos *compinchados*? —La voz de Liam alcanzó un crescendo al decir la palabra.

—Eso parece, jefe.

Liam se apoyó en la pared. —Bueno, yo digo que todo eso es un trabajo espléndido por su parte, inspectora Grayson. De hecho, vosotros dos —señaló con el dedo alternativamente a Jake y a Pete — tenéis que poneros las pilas… Lo que me recuerda… Garrison, te toca.

—¿Me toca qué?

—Relevar a Drew. El pobre cabronazo probablemente se esté muriendo de asco ahí fuera a solas. Dile que su turno ha terminado por h-hoy. Te quiero en el turno de noche y enviaré a alguien por la mañana. —Los ojos de Liam se posaron en Jake—. Tanner, podrías ser tú.

Jake tragó saliva y asintió. Había estado temiendo eso. No quería estar cerca de esa parte de la investigación. Prefería estar en la oficina con Charlotte; donde se sentía seguro, donde podía apoyarse en ella si era necesario.

Garrison se levantó de la silla y recuperó las llaves del coche de su bandeja de documentos. —Supongo que será mejor darles un buen uso a las ruedas nuevas.

—No te olvides las galletas.

Garrison asintió con un leve rastro de risa antes de marcharse.

Cuando se cerró la puerta, Liam se volvió hacia Jake y Charlotte.

—Idos a casa, chicos —dijo Liam—. Con suerte, mañana tendremos algo que celebrar.

«Parece que tú ya has encontrado ese algo», pensó Jake, pero decidió mantener la boca cerrada.

Sin decir nada más, Liam le dio una patada de despedida a la puerta de su despacho, como solía hacer cada día, y salió de la habitación dando traspiés. El silencio, salvo por el sonido del personal civil de apoyo trabajando de fondo, cayó sobre Jake y Charlotte. Se miraron y se encogieron de hombros.

Él consultó su reloj: las ocho de la tarde.
Era hora de ir al pub.

CAPÍTULO 60

LA BESTIA

Drew tenía el culo y las piernas entumecidos. Había estado sentado inmóvil durante horas, jugando con el móvil y haciendo el pequeño encargo que Liam le había pedido. Era un milagro que llevara encima el ordenador portátil y que fuera una de las pocas personas con acceso al sistema de gestión de la PNC y a la base de datos HOLMES. Por eso, esperaba que al menos Liam le tuviera en alta estima. Quizá incluso le daría una parte mayor del trato que estaba negociando con Henry Matheson.

Crucemos los dedos.

Durante los últimos diez minutos, Drew no había quitado la vista del almacén que se divisaba a lo lejos. Era una completa pérdida de tiempo que estuviera allí, pero sabía que era necesario para mantener las apariencias. Todo formaba parte del plan maestro de Liam. Y eso era lo que le asustaba.

Típico de Liam, pensó Drew. Enviarme a mí a hacer el trabajo sucio.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas al asunto, sonó su móvil.

—¿Liam? —respondió Drew.

—Está de camino. ¿Recuerdas el plan?

—Sí.

—¿Recuerdas lo que tienes que hacer?

—Sí.

—Bien. Llegará dentro de poco. El Granjero también está de camino. No te muevas de ahí.

Liam colgó. Drew dejó el teléfono con cuidado en el asiento de al lado y pasó las manos por el volante una y otra vez en un intento de calmar los nervios. No sirvió de nada. Iba a necesitar algo más fuerte.

Drew se estiró hacia el otro lado del coche, abrió la guantera y sacó un paquete de tabaco sin abrir y su bolsa de cocaína a medio terminar. Después se desabrochó el cinturón de seguridad, se echó hacia delante en el asiento y preparó una raya con lo que quedaba en la bolsa. Enrollando el único billete que tenía en la cartera para formar un tubo y presionándolo contra su nariz, esnifó el contenido y dejó que los químicos lidiaran con la bestia nerviosa que llevaba dentro.

En cuestión de segundos, la habían domado.

Ahora ya estaba listo.

CAPÍTULO 61

ENVIAR

Dos luces blancas y brillantes cortaron el terreno y brillaron en el espejo retrovisor de Drew, erizándole el vello de la nuca. *Ya está aquí*.

Drew inhaló hasta llenar sus pulmones. El agarre de goma del volante se sentía duro y le magullaba la piel. Mantuvo la vista fija en la silueta negra que se acercaba gradualmente. Poco después, pasó al ralentí y se detuvo delante de él.

Garrison apagó el motor y se bajó del coche. Drew lo observó con atención mientras bajaba la ventanilla del copiloto.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó Garrison, sonriendo de forma burlona.

—Vete a la mierda.

—¿Te extraña? No tengo más ganas de estar aquí que tú.

—Probablemente yo habría hecho lo mismo. Sobretodo en el turno de noche.

—Creo que Liam me la tiene jurada —dijo Garrison. Apoyó un codo en el marco de la ventanilla y el otro en el techo.

—¿Cómo está? —preguntó Drew, haciendo un esfuerzo por no sorberse los mocos ni frotarse la nariz. Tenía que fingir que estaba sobrio. Tenía que *parecer* sobrio. Cuando, en realidad, el tiro había

sido más fuerte de lo que esperaba y ya sentía que empezaba a perder el control de sus sentidos.

—Borracho.

—¿Otra vez?

Garrison asintió. —Ha desaparecido durante una hora hace un rato. Ni idea de a dónde ha ido. Ahora no puede ni mantenerse derecho. Y el cabrón tampoco es capaz de articular una frase coherente.

—Vaya desastre —dijo Drew, negando con la cabeza, aunque no lo sentía de verdad.

—Creo que la presión le está pasando factura. Y de qué manera. Todo este rollo con Maddison y ahora Clayton… Es solo cuestión de tiempo que se rompa. O eso, o el Cónclave se deshará de él en cuanto se den cuenta de que Liam es un lastre.

Drew vaciló antes de responder. —Sí —dijo, sin comprometerse. Cuanto más escuchaba el veneno que salía de la boca de Garrison, más se daba cuenta de que lo que estaba a punto de suceder era absolutamente necesario—. —Liam será el primero en venirse abajo. Pero luego supongo que, tarde o temprano, todos le seguiremos. Y no será nada bonito cuando ocurra.

—¿Cuánto tiempo crees que te queda en este mundillo? —preguntó Garrison.

Drew hizo una pedorreta con los labios mientras sopesaba una respuesta calculada. —Ni puta idea, tío, si te soy sincero. Todo depende de esa gilipollez de la violación. Si Tanner hace lo que se le dice y se calla la boca, todo debería ir bien. Pero si el asunto sigue volviendo… si ella va a la IPCC o algo así, estoy acabado. Esto me está consumiendo, tío. Preocupado constantemente, asegurándome de haber borrado cada rastro, de no haberme expuesto ni yo, ni tú, ni nadie más. Es agotador, joder. Llevo meses tan tenso que, si me metieras una almeja por el culo, saldría una perla a los pocos minutos. No he sido capaz ni de hacerme una paja. No he tocado a una tía en meses; estoy empezando a olvidar qué se siente. Estoy casi seguro de que Suze me ha dejado. No ha vuelto a casa en meses. Sabe Dios a dónde se habrá largado.

Garrison se rió como si realmente encontrara gracia y placer en el dolor de Drew.

—Yo he pasado por eso, tío —dijo—. Créeme. En cuanto todo esto acabe, vamos a tener que llevarte a un club de alterne, ¿eh? Hay que asegurarse de que te fundas la pasta en un tipo de raya diferente.

La cara de Drew cambió por completo. —¿Cómo has…?

—No soy gilipollas, tío. Yo estaba a tu lado cuando empezaste con esto. Conocía las señales entonces y las conozco ahora. ¿Necesitas ayuda con el tema?

Drew cerró la boca y negó con la cabeza. —Lo estoy dejando.

—Más te vale. De lo contrario, tendré que intervenir de nuevo. Igual que la última vez. Y si es algo parecido a aquello, sabes que no te va a gustar nada.

Aquello era cierto: no le gustaría. Diez años atrás, cuando Drew empezó a esnifar coca en el trabajo, Garrison se había involucrado. Para ayudar a combatir el problema, Garrison obligó a Drew a quedarse en su habitación de invitados para poder vigilarlo de cerca. Allí, Garrison lo encerró y consiguió que dejara las drogas por las malas, a pelo. Fue una forma drástica y brutal de gestionarlo, pero había sido lo mejor. Después de todo, Garrison había ayudado a que la acusación de violación desapareciera, así que Drew no podía estar enfadado. Para su sorpresa, había funcionado.

—Oye —dijo Drew mientras alejaba forzosamente su mente de todo el bien que su colega le había hecho. Señaló el coche de Garrison—. —¿Qué tal va?

—Pata negra. Motor de cinco litros. Quinientos caballos de potencia. Cinco mil libras menos del precio de venta. Esta joyita corre como un puto cohete.

—Echemos un vistazo —dijo Drew mientras salía del coche y se dirigía al Jag.

Garrison rodeó la parte trasera del coche y se sentó delante. Cuando Drew estaba a punto de unirse a él, los nervios le hicieron temblar. Era el momento de hacer exactamente lo que Liam le había dicho. Distraerlo y mantenerlo allí el mayor tiempo posible hasta que

llegara la ayuda, porque Liam estaba paranoico con que, en cuanto Drew se marchara, Garrison haría lo mismo.

Se subió al asiento del acompañante y dejó que el cuero absorbiera su cuerpo. Sin darse cuenta, dejó escapar un pequeño gemido.

—Mola, ¿eh? —preguntó Garrison.

Drew lo ignoró, buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó su paquete nuevo de cigarrillos. Justo cuando iba a sacar uno, Garrison le dio un manotazo al paquete, haciendo que el contenido se desparramara por el suelo del coche y sobre la grava exterior.

—¡Qué coño crees que haces! No puedes fumar aquí dentro. Ni de puta coña. ¡Solo lo tengo desde hace unas horas!

Drew levantó las manos al aire y luego se apresuró a recogerlos todos. —Lo siento, Pete. No… no quería…

—¡Recógelos! ¡Todos!

Garrison saltó del coche y corrió al lado de Drew, abriendo más la puerta; luego se agachó y empezó a rebuscar entre la grava y la suciedad los cigarrillos que quedaban. Una vez que Drew hubo encontrado todos los que pudo en el hueco de los pies, salió del coche.

—¿Están todos? —preguntó Garrison.

Justo cuando lo dijo, a Drew se le escaparon un par y se le cayeron al suelo. Garrison soltó un juramento mientras ayudaba a recogerlos.

—Cógelos y lárgate de una puta vez —siseó, y se los estampó contra el pecho a Drew.

—Pero, Pete… vamos, tío. ¡Solo era una broma!

Garrison no quería oír nada. Pasó de largo empujando a Drew, cerró la puerta de un portazo y volvió a toda prisa al lado del conductor.

—Vete a casa, tío. Date el gusto de hacerte una paja, y a lo mejor, mientras estás en ello, puedes meterte un par de esos por el culo también —Garrison señaló el revoltijo de cigarrillos que Drew tenía en la mano.

Drew no supo qué decir, así que regresó a su coche, arrancó el motor y se alejó hasta que la silueta de Garrison se hizo cada vez

más pequeña. En cuanto estuvo fuera de vista, se detuvo a un lado y escribió un mensaje de texto.

TODO TUYO.

PULSÓ ENVIAR. Y esperó.

Unos minutos más tarde, una furgoneta negra pasó por su lado.

CAPÍTULO 62

PERSISTENCIA

Jake había sugerido The Head of the House; era un sitio familiar, acogedor y perfecto para guardar las apariencias. Charlotte había decidido marcharse antes que él, y él tenía instrucciones estrictas de esperar cinco minutos antes de hacer lo mismo, por si acaso los seguían. Ella estaba siendo cautelosa y Jake decidió seguir su ejemplo.

Llegó al pub diez minutos después de haberse puesto en marcha.

—Hola —dijo al reunirse con ella junto a la entrada.

—¿Te han seguido?

—Que yo sepa, no.

—¿Estás seguro?

—No. No soy un espía.

—Pero tienes sentido común. ¿Sabes distinguir cuándo algo no parece normal o cuándo alguien podría estar siguiéndote?

—No soy tonto.

—Bien.

Jake le abrió la puerta y le cedió el paso. Ella le dio las gracias y caminaron hasta la barra.

—¿Qué tal, cielo? —dijo Maggie, la camarera y dueña. Tenía un chicle en la boca y mascaba de forma horrible, haciendo ruidos

vulgares y repugnantes mientras lo hacía, y enseñando los dientes con cada bocado.

—Buenas noches, Mags —dijo Jake.

—¿Quieres lo de siempre?

—Vaya, ¿conque lo de *siempre*? —repitió Charlotte, enarcando una ceja y lanzándole una mirada de reprobación.

Jake la ignoró. —Sí, por favor —asintió, y luego se volvió hacia Charlotte—. ¿Tú qué quieres? Invito yo.

—Un vodka con cola —respondió Charlotte sin dudarlo. Jake apenas podía culparla. Una copa cargada era exactamente lo que ambos necesitaban. Habían estado trabajando sin descanso y se merecían una pequeña recompensa.

Maggie desapareció tras la esquina, regresó con dos vasos y empezó a servir las bebidas. Primero dejó la cerveza de Jake en el mostrador; las burbujas subían disparadas hacia arriba mientras un chorretón resbalaba por el lateral del vaso. Unos segundos después, le entregó su bebida a Charlotte. —No te había visto la cara por aquí.

—Acaba de unirse al equipo —respondió Jake.

—Bueno, solo estaré por aquí un tiempo —corrigió Charlotte, cogiendo el vaso de la barra.

—Esta es nuestra iniciación —dijo Jake.

—¿Se van a unir los demás?

—Lamentablemente, todos tenían compromisos previos.

—Bueno, espero que tengas la piel curtida, guapa —le dijo Maggie a Charlotte—. Algunos de estos chicos a veces no se dan cuenta de que están en compañía de mujeres. Pero con este vas bien; es de los buenos. Aunque es una pena que le guste beber meados.

Charlotte soltó una risita nerviosa. Jake aprovechó el momento para cambiar de tema.

—¿Cuánto te debo, Mags?

Maggie levantó una mano al aire. —Esta ronda corre de mi cuenta. Considéralo una bienvenida al equipo.

Encantado, Jake le dio las gracias y guio a Charlotte hacia un asiento a la vuelta de la barra, en el sitio habitual del equipo. La

zona de asientos estaba desierta, a excepción de dos hombres con monos manchados de pintura que estaban sentados en silencio tomando una pinta cada uno. Jake se acomodó en el cojín de imitación de cuero.

—Estoy impresionada —dijo Charlotte al sentarse con él—. Os llamáis por el nombre. Bebidas gratis. Creo que le gustas. ¿Encantas así a todas las mujeres?

—Solo si me ofrecen algo gratis a cambio —dijo Jake, e instantáneamente deseó no haberlo hecho.

Sin embargo, a Charlotte no pareció importarle; se rió.

—Es bueno salir de allí, del trabajo —dijo ella—. Se vuelve claustrofóbico. Aunque no estemos allí todo el tiempo, parece que sí lo estamos... ¿entiendes lo que quiero decir?

—Más o menos... —dijo Jake, dando un sorbo a su bebida.

—Aquí fuera siento que puedo ser yo misma, hasta cierto punto. Pero nunca sabes cuándo vas a tener que volver al modo infiltrada.

—Debe de ser difícil.

—Lo es.

—¿Qué porcentaje de la verdadera Charlotte llegamos a ver?

Charlotte dio un trago largo. —Cerca de un diez por ciento. No puedo permitirme ponerme demasiado cómoda. De lo contrario, la gente empieza a notar cosas.

—Parecías cómoda hace un rato...

—¿Perdona?

—Con Liam. Dándole esa información. Además, lo estabas disfrutando —Jake se aclaró la garganta para empezar su imitación de Liam—. «¡Oh, Charlotte, estoy tan impresionado! Todos los demás deberían seguir tu estándar excepcionalmente alto. ¡Pronto ocuparás mi puesto!».

Charlotte no le vio la gracia. —¿Te das cuenta de que estaba haciendo mi trabajo, verdad? Se llama ganárselo. Al principio del día, antes de recibir tu llamada de emergencia, intenté sacarle información. No funcionó, así que ahora estoy...

—¿Matándolo a base de amabilidad?

—Algo así. Le estoy diciendo lo que quiere oír. A los hombres les encanta eso.

Jake dio otro sorbo a su cerveza. —Estaría bien que se me mantuviera al tanto de las cosas.

—No puede ser, Jake. No puedo. No tanto como te gustaría. Sería demasiado obvio para ambos y entonces se descubriría mi tapadera. Tendrás que confiar en que sé hacer mi trabajo. Y yo confiaré en que tú hagas el tuyo.

Jake hizo una breve pausa antes de cambiar de conversación. —¿Cuánto tiempo llevas en esto de la infiltración?

—Lo suficiente para saber que quiero un cambio.

—¿Qué te gustaría hacer en su lugar? —preguntó Jake, esperando que ella desviara la conversación del trabajo. Al menos por el momento. Quería que Charlotte se sintiera cómoda con él, que estuviera a gusto, que sintiera que podía confiar en él. Quedaba mucha noche por delante para hablar de trabajo.

—Me gustan los caballos —dijo Charlotte.

—Los caballos...

—Ya sabes, ¿unicornios sin el cuerno?

—Estoy familiarizado con el animal.

—Crecí con ellos. Mi padre solía criarlos y los llevaba a carreras. Se le daba bastante bien, la verdad.

Jake asintió, absorbiendo todo lo que ella le contaba. —¿Tú corrías?

—Entrenaba, pero nunca fui lo bastante buena para ser jockey o competir.

—A mí no me gustan los caballos —dijo Jake—. Nunca he disfrutado estando cerca de ellos. No me fío.

—¿Por qué?

Jake se encogió de hombros. —Sin más. Son demasiado grandes.

Charlotte estalló en carcajadas, entornando los ojos. Golpeó la mesa con la palma de la mano y puso la otra sobre la de él con picardía. Jake no se sentía cómodo con su mano ahí arriba, pero no hizo nada al respecto, aunque ella la dejó apoyada demasiado tiempo.

—No puedes culparlos por tener el tamaño que tienen —respondió ella, con una voz que alcanzó un crescendo que molestó a

otros clientes. Era una risa fea, pero a Jake no le importó; le resultó entrañable.

—Entonces, ¿cómo acaba una chica que domaba caballos siendo policía infiltrada?

La risa de Charlotte se apagó y dio otro sorbo a su bebida. —Pasan cosas en la vida. Los planes cambian. No siempre sale todo como uno quiere.

—¿Cuánto de lo que me estás contando es verdad?

—Jake, rico, mi trabajo consiste en mentir a la gente. Es una de las cosas que se me dan bien. Dejaré que tú decidas cuánto quieres creerte —Charlotte se terminó la bebida, dejó el vaso sobre la mesa con fuerza y preguntó: Y ahora... ¿te apetece otra?

CAPÍTULO 63

LA OPORTUNIDAD PERFECTA

En el coche de Liam sonaba BBC Radio 2, aunque él apenas le prestaba atención. Estaba más concentrado en lo que ocurría justo frente a sus ojos que en escuchar la última canción de Linkin Park, su banda favorita.

Jake. Charlotte. La Jefa del Centro. Sentados juntos. Bebiendo. Tocándose. Coqueteando. Bebiendo más.

Todo era demasiado perfecto. Demasiado afortunado. Se había apostado en el aparcamiento de fuera; tras marcharse de Bow Green, había decidido despejarse la cabeza. Necesitaba un lugar donde pudiera estar solo pero rodeado de gente ebria; algún sitio donde pudiera relajarse de una maldita vez o charlar de cualquier tontería con desconocidos. Por supuesto, había algunos habituales a los que reconocía —a los que saludaba con un gesto de cabeza y con los que intercambiaba la charla trivial de rigor—, pero aparte de eso, parecía aparecer una cara nueva casi cada noche. El pub y sus parroquianos poseían cierto anonimato que él admiraba; era su santuario, y si había algo que pudiera hacer para no pensar en Garrison, lo haría.

Pero ahora sentía que le habían arrebatado aquello.

La canción de la radio cambió, lo que sobresaltó a Liam y lo impulsó a actuar. Se inclinó hacia atrás y alargó el brazo hacia el

hueco de los pies del asiento del pasajero trasero, buscando a tientas la cámara digital que guardaba allí, metida en una bolsa de plástico. Tenía un zoom óptico de veinte aumentos. Veinte megapíxeles: veinte veces más claridad en la imagen. Veinte libras le había costado, de un vendedor con muchas prisas que quería deshacerse de ella. La urgencia del hombre por librarse de la cámara debería haberle preocupado, pero no fue así. Si resultara que era un pederasta o un abusador de menores y que hubiera utilizado esa cámara en particular para satisfacer sus deseos, la solución era sencilla: destruir la cámara y eliminar cualquier rastro de haberla poseído jamás. Nadie pensaría que un policía es un pederasta. Especialmente uno con un historial tan impecable como el suyo.

La encendió, abrió la lente y enfocó a Jake y Charlotte. Parecían estar pasándoselo bien, enfrascados en una conversación amistosa. Quizá demasiado amistosa.

Por lo visto, Jake acababa de decir algo gracioso, ya que Charlotte se echó hacia atrás riendo. Liam esperó a que la cámara cargara, con la esperanza de poder sacar una fotografía a tiempo.

Justo cuando Charlotte estaba a punto de retirar la mano de la de Jake, Liam pulsó el disparador, capturando el momento en una imagen fija para siempre.

—Cazados —susurró para sí mismo.

Esa era toda la prueba que necesitaba. No sabía cuándo la necesitaría, ni si llegaría a hacerlo, pero ahí estaba, y eso era lo único que importaba.

Mientras tanto, un plan que esperaba que no fuera necesario empezó a tomar forma en el fondo de su mente.

CAPÍTULO 64

OJITOS DE CORDERO DEGOLLADO

Habían pasado cinco minutos y ya se aburría. Una parte de él había sopesado marcharse. No tenía ninguna razón real para estar allí, así que ¿por qué seguía? Porque la otra parte de él estaba preocupada por Drew. Por lo mucho que habían pasado juntos. Por cómo había defendido a su inepto colega en una ocasión anterior y por cómo no estaba seguro de poder hacerlo de nuevo. Por cómo a Drew había que dárselo todo mascado. Por cómo le había lamido el culo a Liam en los últimos meses. Por cómo ambos se habían distanciado. Por cómo él mismo estaba a años luz de Liam y Drew en el escalafón de La Cábala, y por si sería capaz de sacar fuerzas de flaqueza para llamar a El Granjero y organizar un golpe contra uno de ellos si llegaba el momento.

La respuesta era sencilla. Sí. Conocía su misión y sabía que podía hacerlo.

Un par de faros aparecieron a la izquierda del almacén. El coche avanzó por la carretera y luego giró a la derecha, dirigiéndose hacia Garrison.

Observó cómo quien quiera que fuese se detenía frente a él, apagaba el motor y salía del coche.

—No eres quien esperaba —dijo Garrison mientras Nigel Clayton abría la puerta del copiloto y se deslizaba dentro.

—Soy el único que está disponible. Los demás se esconden: esperan a que pase el temporal después de lo que ha pasado. —Nigel señaló con la cabeza el almacén por el que acababa de pasar.

Hubo una larga pausa. Garrison aprovechó el tiempo para inspeccionar el rostro de Nigel. Había algo extraño en su presencia, pero no sabía qué. Garrison esperaba a alguien del equipo de El Granjero, pero nunca a Nigel Clayton; nunca al contable.

—¿Por qué estás aquí?

—El dinero. Él... me ha preguntado por el dinero. El Granjero. Lo quiere. Es mucho dinero el que tenemos que blanquear fuera del país.

—¿Fuera del país? —preguntó Garrison.

Una media sonrisa cruzó el rostro de Nigel, pero no ocultó su semblante asustado. —Por eso soy el mejor en lo mío.

—No te flageles.

—¿Cuándo va a llegar?

—Lo tengo ahora mismo en el maletero.

—¿De verdad?

—No, claro que no, joder, *de verdad* no. ¿Qué puntería crees que tengo? ¿No eras tú el inteligente?

Nigel jugueteó con los dedos.

—¿Cuándo va a llegar? —repitió, mirando por la ventana.

—Prefiero hablar de esto con El Granjero —respondió Garrison.

—Está ocupado. Por eso me ha enviado a mí.

Mmm. Seguía habiendo algo que no le cuadraba.

—Puedo llamarle sin más. —Garrison metió la mano en el bolsillo, despacio al principio para calibrar la reacción de Nigel, pero cuando el contable no reaccionó, Garrison sacó la mano. Siguió observando a Nigel con suspicacia—. ¿Qué está pasando realmente, Clayton? ¿Por qué estás aquí de verdad?

Nigel giró la cabeza bruscamente hacia él. —¿Es verdad?

—¿Qué es verdad?

—Lo del DNA. En el cuerpo de Danny Cipriano.

Garrison soltó una larga exhalación, diseñada para hacer que Nigel sudara un poco más. —No tienes que preocuparte por eso; nos estamos encargando.

—¿Cómo?

—No hace falta que lo sepas.

—Sí, *me hace falta*. Necesito saberlo. ¿Y qué hay del cuerpo de Maddison? ¿También está mi DNA en ese?

Garrison frunció el ceño. —¿Por qué iba a estar? Pensaba que se había suicidado.

Nigel se rascó la nuca. No era capaz de sostenerle la mirada a Garrison. —Hubo un forcejeo. Entramos justo después de que se cortara las venas. Pero en cuanto nos reconoció, intentó salir de la bañera. Lo inmovilicé y lo sumergí, pero había sangre y desorden por todas partes. Limpiamos después.

Garrison no podía creer lo que estaba oyendo. —¿A conciencia?

Nigel lo miró con ojitos de cordero degollado, lo cual le dijo a Garrison todo lo que necesitaba saber.

Justo cuando estaba a punto de hacer una llamada, otro par de faros aparecieron en su espejo retrovisor. Esta vez era una furgoneta.

El vehículo derrapó hasta detenerse junto al coche de Garrison, y tres figuras saltaron fuera, ocultas tras máscaras negras. En sus manos empuñaban armas —un bate de críquet, un bate de béisbol, una palanqueta— y rodearon el Jaguar, abriendo primero la puerta del copiloto. Presa del pánico, Garrison reaccionó rápido y arrancó el motor, dirigiendo su mano instintivamente a la caja de cambios automática. Pero hubo un problema. La fuerza de la costumbre dictó su siguiente movimiento: metió la directa hacia delante en lugar de la marcha atrás.

Y entonces se abrió su puerta. Por el rabillo del ojo, vio que la cabeza de Nigel se ladeaba de un lado a otro como la de un muñeco de trapo mientras era golpeado repetidamente con un bate de críquet, y supo que estaba a punto de correr la misma suerte.

De pie junto a él, con una mano en la puerta y la otra sosteniendo un bate de béisbol, había un hombre corpulento, macizo y de complexión fuerte, enmascarado tras un disfraz negro. No hubo lugar para ningún otro pensamiento en el cerebro de Garrison antes de que el hombre descargara el bate sobre su cráneo y lo enviara al mundo interminable de la inconsciencia.

CAPÍTULO 65

SALTO

Georgiy disfrutaba llevando la máscara negra; lo hacía sentirse peligroso, amenazante, invencible... como si nadie pudiera tocarlo. El único inconveniente era que, incluso en noches frías de noviembre como esta, picaba una barbaridad. Y la cosa solo empeoraba con el sudor que se formaba en los pliegues del cuello y en el cuero cabelludo, un subproducto de su adrenalina.

A los pocos segundos de su llegada, todo estaba hecho. Habían quitado de en medio el coche de Nigel y ambos hombres estaban inconscientes y ya en sus puestos. Un fino hilo de sangre corría por la sien de Nigel desde el punto donde lo había golpeado con demasiada fuerza. Puede que le hubiese reventado algo dentro del cráneo, pero eso no importaba. Era algo que se merecía. El contable había cometido demasiados errores, y eso por sí solo era justificación suficiente.

Vitaly cerró de un portazo la puerta del otro lado del Jag de Garrison.

—Ya está hecho —le dijo a Georgiy mientras rodeaba la parte trasera del coche.

—Coge el ladrillo.

Fue Tatiana quien siguió la instrucción; regresó un momento después con un pesado ladrillo rojo en la mano.

—¿Y el casco?

Tatiana le lanzó el ladrillo a Vitaly antes de salir corriendo hacia la parte trasera de la furgoneta. Vitaly lo atrapó con torpeza, a punto de dejarlo caer sobre el techo del coche. Tras ajustar el agarre sobre el ladrillo, corrió de vuelta al lado de Garrison, colocó el ladrillo sobre el acelerador, cerró la puerta y regresó.

Tatiana apareció en su visión periférica y le entregó el casco a Vitaly. Entonces Vitaly cambió la máscara negra por el casco y, así de simple, estuvieron listos. Solo les había llevado unos minutos. Silencioso. Limpio. Calmado. Eficiente. Todo lo que Georgiy quería en un golpe. De todos los que habían hecho en el pasado, este había sido el más fluido.

—¿Listo? —le preguntó Georgiy a Vitaly mientras el joven se subía al asiento trasero del coche—. ¿Recuerdas la instrucción que te he dicho?

Vitaly asintió. —Giro a la derecha y luego sigo recto.

—¿Cuándo saltas?

—A cuarenta.

—Bien. ¿Qué más?

—Coger furgoneta del almacén y quedar en el número tres.

Se estrecharon la mano antes de que Georgiy cerrara la puerta de un golpe. Luego dio unos golpecitos en el techo, indicándole a Vitaly que tenía vía libre para empezar.

El joven se inclinó hacia el habitáculo del coche y arrancó el motor. Al instante, el ladrillo hizo que el motor se revolucionara hasta que rugió y perturbó el silencio que los rodeaba. Dentro del coche, Vitaly puso la palanca en la D.

El coche salió disparado de su sitio y aceleró por la carretera. Al llegar al cruce, giró a la derecha y desapareció de la vista, oculto bajo el manto de oscuridad. Georgiy entornó los ojos, buscándolo. Siguió lo que creyó que era la silueta del coche, pero resultó no ser más que su mente jugándole una mala pasada.

El aire se quedó en silencio a medida que crecía la distancia entre él y el vehículo, salvo por el sonido de su respiración agitada. Menos de veinte segundos después, el aire se vio rasgado por el

sonido desgarrador de un vehículo chocando y envolviéndose alrededor de un objeto inanimado.

Georgiy solo esperaba que Vitaly hubiera podido saltar a tiempo.

PARTE 5

CAPÍTULO 66

PROPUESTA DE NEGOCIOS

A Liam se le erizó la piel al bajar del coche y cerrar la puerta. Le rodeaba por todas partes un estruendo de gritos, golpes, estrépito, risas juguetonas, televisores que atronaban con repeticiones de programas matinales y el sordo y repetitivo estrépito de la música house. Era una cacofonía de sonidos que le intimidaba —intimidaría a *cualquiera*— y no le daba miedo admitirlo.

Por norma, los agentes de policía no debían venir aquí. Ni siquiera los corruptos que mantenían una apariencia de relación con los que dirigían la urbanización. Liam incluido. Pero esta noche se trataba de una circunstancia excepcional. Se le había presentado una oportunidad y era hora de sacarle provecho.

Cada vez que ponía un pie en la urbanización Cosgrove, en Stratford, Liam contaba los minutos hasta que podía escapar. Todo allí le asustaba. Todo estaba más sucio en aquel lugar. El hormigón. Los edificios. El pequeño retazo de tierra que servía de campo de fútbol. La cancha de baloncesto tras el césped. Los garajes y las paredes decorados con grafitis de mal gusto. La tienda de conveniencia que habían asaltado y saqueado, y que ahora estaba tapiada. Hasta la única y solitaria farola naranja situada en el centro de la plaza se veía desaliñada. Y, lo peor de todo, era el olor: el

hedor a orina y alcohol que flotaba en las calles, recorriendo las avenidas y pasadizos en un viento tibio.

Liam cruzó tranquilamente la plaza, flanqueada por dos imponentes torres de gran altura; una al norte y otra al sur. Sus pasos parecían resonar con fuerza por toda la urbanización. Iba de paisano, pero era consciente de que incluso quienes no sabían quién era podían deducirlo. Podían deducir *qué* era. Como si tuvieran una especie de sexto sentido para detectar maderos a un kilómetro de distancia.

Ante él, a unos treinta metros de distancia, había un paso subterráneo excavado en la base del bloque de pisos. De su interior surgió un chico joven con una sudadera con capucha montado en una bicicleta y se acercó a Liam.

Liam se detuvo donde estaba. La experiencia le decía que lo hiciera. Que siguiera las reglas. Que no hiciera ninguna estupidez. Nadie le salvaría allí; nadie oiría siquiera sus gritos.

El chico dio vueltas a su alrededor un rato, provocándolo, observándolo, hasta que finalmente se detuvo poco a poco. —Brazos —ordenó el chico. No debía de tener más de trece años; su voz acababa de empezar a cambiar.

Liam levantó los brazos y el chico le cacheó, dándole palmadas en los bolsillos y las piernas, asegurándose de que no llevaba armas.

Satisfecho, el chico dijo: —Camisa.

Sin necesidad de que le explicaran a qué se refería, Liam se levantó la camisa, demostrando que no llevaba micrófono.

—Estás limpio —dijo el chico, subiéndose a la bici.

—Dile a Henry que quiero hablar con él.

El chico sacudió la cabeza. —Eso no le va a hacer puta gracia... *madero*. ¿Sabes qué hora es?

No lo sabía con precisión, pero era consciente de que ya pasaban de las tres. Mucho después de la hora de dormir del chaval. Y de la suya.

—Tú limítate a decírselo, renacuajo de mierda —le espetó Liam —. Es importante.

—Más vale que cuides lo que dices delante de mí, pavo. —El chico, con la rapidez del rayo, sacó una navaja automática del

bolsillo y la mantuvo a la distancia del brazo. La farola iluminó la hoja de ocho centímetros con un tono naranja, como si estuviera al rojo vivo.

Liam la miró y se quedó quieto. —¿Cómo te llamas, chaval?

—Lewis —respondió el chico con orgullo y un rápido movimiento de barbilla.

—Sabes lo que soy, ¿verdad?

—Eso no vale una mierda cuando pones un pie por aquí... *madero*.

Lewis escupió en el suelo, junto a los pies de Liam, y arrancó con su bici, volviendo a través del paso subterráneo. Mientras esperaba, Liam observó los alrededores. Los bloques de torres tenían treinta pisos de altura y allí vivían cientos de personas, la mayoría en condiciones ruinosas. Pero no unos pocos elegidos. Había una jerarquía que no mucha gente de fuera de la urbanización conocía. Los camellos eran, como es natural, los más ricos, y ocupaban varios pisos a la vez; la mayoría en lo más alto, lo más lejos posible de cualquier banda rival que quisiera iniciar una guerra de territorios haciendo que alguien se tragara una bala. Luego estaban los correos, los «pequeños» —los críos aprendices que no tenían más de quince años y que no sabían lo que hacían— que repartían la droga por las calles, llevándola a los compradores. Y, por último, estaban los compradores: los adictos desesperados que suplicaban por su siguiente dosis.

Y luego estaba el que se la suministraba a todos.

Henry Matheson.

Liam se preguntó en qué piso se estaría quedando. ¿En el edificio norte o en el sur? Antes de que pudiera seguir dándole vueltas, el chico regresó, con los frenos chirriando mientras derrapaba hasta detenerse.

—Le has pillado de buen humor. Sígueme.

Liam echó a andar tras el chaval. Se dirigieron al edificio que estaba al otro lado de la cancha de baloncesto, cruzaron las puertas y subieron catorce tramos de escaleras. Allí, el hedor a alcohol y vómito le subió por las fosas nasales, le bajó por la garganta y se le instaló en el estómago, dándole ganas de devolver. Al detenerse en

el vigésimo piso, Liam intentó borrar el olor de su mente. Tenía que concentrarse. Había un trabajo que hacer y necesitaba estar al cien por cien si quería resultar mínimamente convincente.

«A tope», se dijo Liam. «A tope».

El chico se detuvo ante un piso. No tenía número en la puerta, pero tras ella se encontraba el origen de los graves pesados que había oído desde la plaza. Después de que Lewis llamara, la música paró y le siguió el sonido de pasos y el de una cadena de seguridad al abrirse.

Henry Matheson era un tipo corpulento: de pelo corto, ojos hundidos y nariz rota. Llevaba una cadena de oro al cuello y otra todavía más gruesa en la muñeca. Su cutis era claro y parecía que lo cuidaba bien, lo que a Liam le resultó extraño, pues pensaba que lo último en lo que pensaría un traficante de drogas sería en completar una rutina facial cada noche. Henry vestía un chándal Adidas, con los pantalones por la mitad de las piernas y la chaqueta desabrochada, revelando una camiseta de tirantes y una cantidad considerable de vello en el pecho.

—Más vale que esto sea importante. No habías pedido cita.

—¿Es que ahora tienes tarjetas de visita o algo así? ¿Una secretaria a la que pueda llamar? —Liam esperaba que la broma ligera compensara la molestia.

No fue así.

Henry le dio la espalda a Liam y desapareció dentro del piso. Liam lo interpretó como su señal para entrar. El piso estaba oscuro, frío y apestaba a hierba. Era un cambio agradable frente a la orina y todo lo demás que había olido por el camino. El aire estaba lleno de una densa bruma originada por el humo; Liam supuso que impregnaba las paredes, los poros y las moléculas de todo lo que allí vivía.

Siguió a Henry hasta el salón, al fondo del piso. Las luces estaban apagadas y la única fuente de iluminación era la pantalla de televisión de cuarenta pulgadas que estaba en el suelo, a la izquierda. Contra cada una de las tres paredes restantes había un sofá. En ellos estaban sentados Henry y sus camellos, todos mirando a Liam con desprecio, mientras las luces parpadeantes de la

televisión bailaban en sus cadenas y pendientes. Al recorrer la habitación con la mirada, se dio cuenta de que, a cada lado del televisor, había dos cuerpos desplomados sobre unos pufs.

—¿Están bien? —Liam señaló a las dos chicas en coma.

—Deja que yo me preocupe por ellas —dijo Henry, cruzándose de brazos—. Tú preocúpate de que se te escuche en los próximos cinco minutos.

«Con gusto», pensó él, entrando en la habitación. Vio un sitio libre, lo bastante grande para sentarse sin entrar en contacto con nadie más, y se sentó.

—No, no. No tienes permiso para sentarte —ordenó Henry, señalando con el dedo a Liam para que se levantara.

Poniéndose en pie en medio de la habitación, Liam soltó una risita incómoda y preguntó: —¿Cómo va el negocio?

Henry chasqueó la lengua. —Pavo, ¿vienes aquí a estas horas de la madrugada para hablar de puta contabilidad? Acabas de perder dos minutos de tu tiempo. Habla de una vez.

Liam levantó una mano en señal de paz. Ir al grano. Corto y conciso, se dijo. —¿Y si te dijera que puedo casi duplicar tus ingresos?

Henry se inclinó un poco hacia adelante. —Diría que estás diciendo gilipolleces, pero ahora tienes mi atención.

—¿Seguro que has oído hablar del caso Cipriano? Los ladrones famosos. Mataron a su madre con una especie de collar bomba con pinchos. ¿Sí? Esos. Asqueroso, lo sé. Pero lo hizo uno de los chicos que tengo en nómina. Le ofrecí una suma de dinero lo bastante grande y aceptó encantado. El único problema ahora es que uno de sus chicos ha metido la pata y su ADN ha acabado en el cadáver. El contacto que tenemos en la científica no tuvo oportunidad de descartarlo. Ahora tenemos una situación...

—Un minuto.

Liam continuó, a pesar de todo. —Necesitamos a alguien a quien cargarle los muertos. Y ahí es donde entras tú.

Ante eso, uno de los traficantes a la izquierda de Henry movió la mano hacia el brazo de su asiento, agarró una pistola de debajo de un cojín y la puso lentamente sobre su rodilla, asegurándose mucho

de que Liam supiera que estaba allí y de que le apuntaba directamente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Henry.

—De mi pregunta original. De negocios. Van bien, pero podrían ir mejor, ¿no? —Liam miró alrededor de la habitación como si realmente esperara una respuesta—. Tu amigo, Jermaine Gordon... ¿cómo le va?

—Sigue quedándose con el cuarenta por ciento del mercado.

—¿Y si me librara de él? Mi equipo puede arrestar a Jermaine, colocarle algunas pruebas que hagan que parezca que él mató a los hermanos y entonces habrá desaparecido durante unos buenos diez o veinte años. Con sus antecedentes, incluso podría caerle más tiempo. Eso deja libre su parte del mercado.

Un momento de vacilación recorrió la sala. Liam se sentía como si estuviera en un tribunal, siendo juzgado y evaluado por un jurado. Con suerte, el hombre de la pistola no sería su verdugo.

—¿Tú qué sacas de todo esto?

Liam se encogió de hombros. —Una tajada mayor de lo habitual. El diez por ciento.

—Vete a la mierda.

—El diez por ciento de tu recaudación mensual. Piénsalo. Serás el dueño del cien por cien del mercado. El diez por ciento de eso es insignificante. Y nosotros seguiremos dejando que traigas los cargamentos, que los repartas por la ciudad y te mantendremos fuera de líos.

—El dos por ciento —repuso Henry.

—El ocho.

—El dos.

—El cinco.

—El dos.

Liam abrió la boca para replicar, pero se detuvo al ver que el hombre de la pistola la subía más por su pierna. —Está bien. El dos por ciento. ¿Los métodos de entrega de siempre?

—Sí. —Henry asintió—. ¿Eso es todo?

—Todavía no. ¿Cuánto tiempo me queda?

—Diez segundos.

—Bien. Una última cosa: dile a tus chicos que dejen de suministrarle a Drew. Está a punto de descarrilar si seguís dándole esa mierda.

Henry se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. —Tengo algo que quiero que te lleves. —Se volvió hacia el hombre que tenía al lado y le quitó la pistola de las manos; luego la puso sobre la mesa de cristal que tenía delante.

—Qu...

—¿Vas a ponerte desagradecido ahora, Liam?

Liam sacudió la cabeza.

—Buen chico. Si tu plan funciona y todo sale bien, entonces los chicos de Jermaine van a ir a por ti. Y créeme, no vas a querer que eso pase. No suelo ofrecer protección a mis clientes, pero como este es un trato especial y me estás haciendo un favor, es lo menos que puedo hacer por ti. ¿De acuerdo?

Liam asintió. No sabía qué decir. De hecho, tenía demasiado miedo para decir nada. Una pistola le estaba apuntando y no quería ni pensar en el tipo de vida que habría tenido: a cuántas vidas habría puesto fin, cuántas balas habrían pasado por su recámara, a cuántas mujeres habría dejado viudas, a cuántos niños huérfanos de padre.

—¿Y lo de Drew? —preguntó, intentando ganar todo el tiempo posible.

—Solo te preocupa porque hace tiempo que no pruebas el género por ti mismo... —Henry buscó a su espalda y sacó una botellita de Pepsi. La puso sobre la mesa—. Puedes usar esto. Pruébalo y mira qué te parece. Podría ayudarte a olvidar que eres un madero sucio durante un par de horas. Como hacías antes. Recuerdo que era tu favorita. Anda, vete. Se acabó el tiempo. Elijah te acompañará a la salida.

Sin necesidad de que se lo dijeran dos veces, Liam agarró la pistola y la botella de Pepsi, se las guardó en el bolsillo y en la cintura, y se marchó.

CAPÍTULO 67

EL DOBLE

En cuanto se cerró la puerta principal, Henry encendió un cigarrillo, inhaló las toxinas en sus pulmones y las mantuvo allí hasta que no pudo aguantar más la respiración.

—El puto Liam Greene —dijo en voz alta, sacudiendo la cabeza en medio de la nube de humo que flotaba frente a su cara—. Ese capullo se está subiendo a la parra. Nadie viene a decirme cómo llevar mi negocio. Nadie.

—¿Qué vas a hacer, G? —preguntó Elijah.

—Ya sé perfectamente lo que voy a hacer. —Sin quitarse el cigarrillo de la boca, Henry buscó su teléfono y pulsó el cinco en la marcación rápida.

El silencio descendió sobre la habitación.

—¿Diga? —respondió una voz.

—¿Rupert? Soy yo. Siento despertarte a estas horas.

—No pasa nada. No hay problema. —Hubo una pausa—. Dame un momento; iré a un sitio más privado.

Henry esperó mientras Rupert se movía por la casa, abría una puerta y bajaba por unas escaleras que chirriaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rupert cuando se acomodó en algún lugar de su mansión del norte de Londres.

—Acabo de tener una reunión con un amigo común.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó Rupert. Hablaba con elegancia. Aunque estaban en el mismo tipo de negocio y ganaban sumas de dinero parecidas, se habían criado en extremos opuestos del espectro social.

—Nada de eso. Ha sido Liam... Liam Greene. Ha venido para proponer un trato. Solo quería que supieras que planea sacar a Jermaine de las calles a cambio de una parte de los beneficios. Quiere encasquetarle un doble asesinato a J.

Rupert suspiró a través del teléfono—. Está claro que no se ha mantenido al día, ¿verdad?

—Tiene la cabeza demasiado metida en su propio culo para enterarse.

—O está demasiado centrado en mantener contenta a la Cábala. ¿Qué necesitas que haga?

—Mantén a Jermaine fuera de todo esto. No quiero que nada ponga en peligro nuestros nuevos planes. Ignora cualquier cosa que te diga Liam. No tienen nada contra J y les costará mucho que los cargos prosperen, pero he pensado que deberías estar preparado para representarle cuando te necesite.

—Dalo por hecho. Pero no voy a cobrar mi tarifa habitual. Quiero más.

—¿Cuánto?

—El doble. Cincuenta mil.

CAPÍTULO 68

NOVEDADES

Jake no recordaba haber llegado a casa la noche anterior. Charlotte y él habían tomado una copa de más. Habían pasado horas hablando de todo. De sus vidas. De sus familias. Del matrimonio de Jake y de la soltería de Charlotte. De sus intereses, sus deseos, sus aficiones. Y luego pasaron a la investigación. Los progresos que ambos habían hecho; cómo Charlotte había estado trabajando incansablemente en un segundo plano fuera de su horario. Y después analizaron los efectos que aquello estaba teniendo en ellos. Jake había sido sincero sobre el hecho de que, aunque sentía que se acercaban al final de la investigación, todavía le parecía que todo no acababa de empezar; que era solo la punta del iceberg; que resultaba agotador física y mentalmente y no sabía cuánto tiempo más podría aguantarlo; que estaba sometiendo a su matrimonio con Elizabeth a una tensión sin precedentes.

Charlotte le había escuchado parlotear con un oído comprensivo y empático, pero él suponía que solo era por cortesía. Por desgracia, ella era la única persona con la que podía hablar, y agradecía que estuviera allí. Le gustara o no, ahora era algo más que una agente encubierta: era una amiga.

—Buenos días —dijo al entrar en la cocina. Elizabeth estaba preparando una taza de café para cada uno.

—Buenos días —respondió ella, evitando su mirada. Terminó de verter el agua en la taza y removió.

Jake se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, pero ella se apartó.

—¿Está todo bien? —preguntó él.

—¿Tú qué crees?

—No te desperté al llegar a casa, ¿verdad? —preguntó Jake, cogiendo su café y buscando una silla en la mesa.

—No.

—¿Qué pasa entonces?

Ella lanzó la cuchara al fregadero, se dio la vuelta bruscamente y le miró con saña; las ojeras se le marcaron aún más, como si estuviera invocando al mismísimo diablo desde su interior.

—Disfrutamos mucho de la comida a domicilio anoche, gracias. Ah, *espera*, no, no lo hicimos: nadie apareció por aquí para traerla.

El arrepentimiento asaltó el cuerpo de Jake. Como un boxeador, le golpeó en el estómago repetidamente hasta que se vio consumido por la culpa. Otra vez. Había fallado a su familia. Otra vez. Y ni siquiera se había dado cuenta. Había prometido volver a casa con comida y, en su lugar, se había quedado en el pub con Charlotte. Era un marido pésimo. Y un padre todavía peor.

—Liz, yo...

—Ahórratelo.

—Lo siento. Deja que te lo compense. Pero... quizá hoy no pueda. No sé cuándo volveré a casa.

—No me importa. A *nosotras* no nos importa. Haz lo que quieras. Las niñas y yo vamos a ir al parque un par de horas hoy. Jugaremos un rato en los columpios, iremos al balancín, puede que incluso volemos una cometa. Y luego hemos quedado con Becky para ir a las carreras.

Jake dio un sorbo al café y lo escupió de inmediato; el contenido estaba hirviendo y se quemó la lengua.

—No irás allí a apostar, ¿verdad?

Elizabeth cogió su café de la encimera y se sentó en el extremo opuesto de la mesa, lo más lejos posible de él. Entre las montañas

de papeleo, libros escolares y carpetas, estaba el portátil de la familia. Él no se había percatado, pero la tapa estaba abierta.

Elizabeth dejó su taza en la mesa y movió el ratón.

—No sabía que tuvieras un problema con que yo apostara —dijo ella, desafiante. Mientras la pantalla del ordenador cargaba, giró el aparato y se lo mostró a Jake—. Aunque tú no parecías tener ningún problema con eso la otra noche.

Frente a él estaba el sitio de apuestas que había visitado hacía unas noches, repleto de sus colores llamativos y vibrantes. *Mierda*. Se había olvidado por completo de cerrar la sesión y borrar el historial del navegador antes de llevar a Maisie a la cama.

—Yo... yo —tartamudeó. No había nada que pudiera decir que excusara lo que había hecho—. Yo...

—Cuando dijiste que ibas a buscar una solución a nuestros problemas, no esperaba que recurrieras a esto, Jake. Precisamente tú sabes mejor que nadie cuánto puede empeorarlo todo.

Jake agachó la cabeza avergonzado. Lo sabía, vaya si lo sabía. Cuando Jake era más joven, su tío, Adam, había intentado aprovechar la posición de su hermano en el Chelsea para obtener información privilegiada y apostar en sus partidos, tanto nacionales como internacionales. Ian le había dicho que no, pero Adam se volvió adicto rápidamente y no pasó mucho tiempo antes de que perdiera su casa, su matrimonio y a sus hijos. Unas semanas después de que se formalizara el divorcio, su exmujer lo encontró colgando del techo tras dejar a los niños para su visita del fin de semana.

—Lo siento —dijo Jake, tragándose su culpabilidad—. Pero no hice nada. Solo me registré.

—¿Y qué te hizo pensar que registrarse era una buena idea?

Él se encogió de hombros.

—Tenían una oferta. Si gastas diez libras, te regalan otras diez.

—¡No tenemos diez pavos que podamos tirar así por las buenas! Y luego están todos esos viajes en taxi que estás haciendo. ¿Qué está pasando, Jake? ¿Dónde estuviste y con quién anoche? ¿Qué más no me estás contando? Te juro por Dios que, como encuentre

algo más, me llevo a Maisie y a Ellie y nos vamos directas a casa de mi madre.

Maisie entró en la cocina con un oso de peluche en los brazos y frotándose los ojos.

—¿Qué haces ya despierta, cielo? —preguntó Jake, inclinándose para cogerla en brazos.

—Me habéis despertado —respondió Maisie, apretando el oso contra su pecho.

—¿Dónde está Ellie, Maisie? —preguntó Elizabeth, poniéndose en pie.

—Jugando.

Jake y Elizabeth se miraron.

—Iré yo. —Elizabeth se escurrió de la silla, salió de la cocina y subió las escaleras.

Una vez que se hubo ido, Jake centró su atención en su hija. Su hermosa y preciosa hijita.

—¿Has dormido bien, cariño?

Ella asintió, con los ojos todavía entrecerrados. Él se acercó a la nevera y le buscó un zumo. Al desenroscar la tapa, dijo:

—No se lo digas a mamá, ¿vale?

—Secreto.

Jake soltó una risita.

—Eso es. Nuestro pequeño secreto. —Vaciló al oír el sonido de pasos bajando las escaleras—. ¿Tienes ganas de ir al parque hoy?

Los ojos de Maisie se iluminaron y sacó la lengua por un lado de la boca.

En ese momento, regresó Elizabeth con Ellie en brazos. Tenía una expresión severa en el rostro y las mejillas encendidas.

—¿Te has dejado la barrera abierta? —preguntó, aunque el tono de su voz le indicaba que ya sabía la respuesta.

Lo había hecho. Había sido un accidente, un descuido absurdo, pero era consciente de lo que podría haber pasado. Y si Ellie, o incluso Maisie, se hubiera caído por las escaleras y se hubiera hecho daño, nunca se lo habría perdonado.

Antes de que Jake pudiera responder, le sonó el teléfono.

—Siento que sea tan pronto, tío, pero te necesitamos aquí. Junto a la factoría agrícola. Cuanto antes. Ha habido una novedad importante. Es Garrison. Ha pasado algo gordo.

Liam colgó, dejando que las palabras resonaran en la mente de Jake. Factoría agrícola. Garrison. ¿Qué le había pasado?

—Lo siento, cielo —dijo posando a Maisie en el suelo—. Me tengo que ir. Te llamo cuando pueda, ¿vale?

Cuando Jake se inclinó para dar un beso a Elizabeth, ella giró la cara y soltó un suspiro profundo y frustrado.

CAPÍTULO 69

EMBASSY

Jake pidió el taxi hasta The Head of the House para poder recoger su coche y conducir hasta North Ockendon desde allí. Era una etapa adicional en el viaje, pero era mejor llegar tarde que presentarse en un taxi.

Por el camino, intentó no pensar en todas las posibilidades de lo que le podría haber pasado a Garrison. No tenía sentido detenerse en hipótesis; no hasta que supiera con certeza qué estaba ocurriendo.

A medida que se acercaba al lugar que habían elegido para las vigilancias, Jake levantó el pie del acelerador. Dos líneas gruesas, como pistas de aterrizaje, se extendían desde la gravilla hacia la carretera, con polvo y piedras levantados tras ellas. Jake apartó rápidamente la vista del arbusto y creyó ver un palito blanco —quizás un lápiz o un bolígrafo— en el otro lado de la calzada.

Sin prestarle mucha atención, siguió conduciendo, giró a la derecha en el cruce y comenzó a recorrer otro largo tramo de carretera. Esta vez, al final del mismo, antes de que la vía se curvara en un recodo, vio un convoy de ambulancias, camiones de bomberos y vehículos policiales, cuyas luces parpadeaban y bailaban sobre el asfalto.

Jake se detuvo ante la cinta policial, mostró su identificación, firmó en el registro de asistencia, se puso un mono forense y luego se agachó para pasar bajo el cordón.

Frente a él, a unos treinta metros, rodeado por un ejército de policías de tráfico y la unidad local de investigación de accidentes, había un coche empotrado contra un árbol. Había cristales y restos por todas partes, esparcidos por la franja de carretera. Jake reconoció el coche al instante como el nuevo Jaguar de Garrison y se estremeció: la escena guardaba demasiadas similitudes significativas con la colisión de Michael Cipriano.

Las sospechas y los temores de Jake ya le estaban gritando.

Se acercó al coche destrozado con incredulidad y asomó la mirada por la curva de la carretera. Un equipo de ambulancia se alejaba en la otra dirección. A su izquierda, Liam, Drew y Charlotte merodeaban alrededor del maletero del Jag.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —preguntó Jake, intentando distanciarse del aspecto personal de lo que estaba presenciando. Intentó olvidar que era Garrison quien había estado dentro del coche. Que él era —y no cabía duda en la mente de Jake— el objeto de otro asesinato corrupto y despiadado.

—Garrison —comenzó Liam. Sonaba normal. Demasiado normal. Garrison se ha visto implicado en una colisión en las primeras horas de la mañana.

—No me jodas, señor —dijo Jake, mirando los restos ante él—. Ya lo veo. Se ha dado contra un puto árbol.

Intentaba mantener la calma, pero no funcionaba.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Charlotte. Estaba de pie junto a Jake con las manos en los bolsillos, protegiéndose del frío cortante que recorría el asfalto.

—Está vivo y respira —respondió Liam—. Los paramédicos lo llevan ahora mismo al hospital. Han dicho que no hay forma de saber en qué estado estará cuando despierte... —Hizo una pausa—. *Si* despierta. La otra persona que iba con él no ha tenido tanta suerte...

—¿Quién? —preguntó alguien. Jake no sabía quién. Estaba demasiado concentrado en los labios de Liam al moverse como para

notar cualquier otra cosa.

—Nigel Clayton. La identificación hallada en su cartera confirma que es él. Los paramédicos han certificado el fallecimiento en cuanto han llegado.

Nigel Clayton. Nigel Clayton. Nigel Clayton. Jake repitió el nombre en su cabeza en un intento fallido de despejar su mente de cualquier otro pensamiento. No tenía sentido. ¿Por qué iba Garrison en un coche con Nigel Clayton?

La respuesta le golpeó mucho más tarde de lo que debería haberlo hecho.

—No puedo creerlo —dijo Drew con timidez, sacando a Jake de su estupor. No había emoción en la voz del hombre: ni pena, ni empatía, ni compasión.

—Sé que es duro —dijo Liam—. Pero Garrison saldrá adelante. Es un tipo duro, nuestro Pete. Solo desearía que lo hubiéramos encontrado antes. Un accidente terrible. Pobre hombre: ha estado atrapado dentro de ese coche durante horas.

Jake entornó los ojos.

—¿Quién lo ha encontrado?

—He sido yo —respondió Drew de inmediato, levantando una mano—. Venía a hacer el turno de mañana sobre las seis para relevarlo de sus funciones cuando me he dado cuenta de que no estaba allí. He llamado a su móvil unas quince veces, pero no ha habido respuesta. Así que he dado una vuelta a la manzana y lo he visto así. Cristales por todas partes. Sangre por todas partes, brotando de su cara, de la sien, de la nariz. Aún estaba atrapado dentro del coche cuando lo he encontrado. Creo que eran las piernas. Y también tenía una de las manos atrapada. He intentado sacarlo pero no he podido; las puertas estaban bloqueadas. Así que he llamado a los bomberos. Han tardado unos veinte minutos en llegar, y se han pasado la última hora intentando sacarlo del coche. Ha sido horrible. Me he sentido tan impotente.

De manual. El exceso de explicaciones. Proporcionar demasiada información. Dar la historia más completa posible para intentar abrumar y demostrar su inocencia. Era obvio que Drew mentía.

—Deben de haber estado discutiendo o algo así dentro del coche —conjeturó Drew, intentando llenar el vacío de silencio entre todos ellos—. Parece que ha perdido el control y se ha salido contra el árbol.

Jake miró al asfalto.

—¿Cómo explicas eso? Si hubiera perdido el control, habría dado un volantazo y habría pisado los frenos. No hay ni una sola marca de frenazo a la vista.

Drew abrió la boca, pero Liam lo interrumpió.

—La gente hace cosas raras cuando se enfrenta a situaciones de vida o muerte.

—¿Qué...? ¿Cómo puede...? ¿Está...? No me lo puedo creer.

Liam levantó las manos en el aire en señal de rendición.

—No tiene mucho sentido discutir, Jake. No cuando uno de los nuestros está en cuidados intensivos. Pero el hecho de que estuviera con Nigel Clayton plantea más preguntas de las que responde. Odio decirlo, pero a partir de ahora tenemos que tratar a Garrison como sospechoso en este caso. Es muy posible que estuvieran trabajando juntos.

Jake refunfuñó algo entre dientes.

—¿Perdona? —Liam dio un paso hacia Jake—. Sé que estás sensible. Lo entiendo, yo también lo estoy. Pero hay un momento y un lugar para eso. Garrison era uno de mis amigos más cercanos, ¿no crees que me duele? Vete a la mierda. Esto duele como nada que haya experimentado antes, y me encantaría tenerlo aquí con nosotros ahora mismo si pudiéramos, y me encantaría que no fuera cierto. Pero lo es, y no podemos hacer nada al respecto.

Jake se acercó más al coche, dando la espalda a Liam, con su mente intentando recomponer la secuencia de eventos que habían conducido al accidente. Si ambos iban en el coche de Garrison, ¿dónde estaba el de Nigel? No había visto ninguno al venir. ¿Y cómo había ocurrido esto? Había ido en coche con Garrison en el pasado; el hombre era un conductor experto, nunca haría algo tan temerario como esto. ¿Por qué no había dado un volantazo Garrison? ¿Cómo había perdido el control de forma tan estrepitosa?

Un montón de preguntas, pocas respuestas. *Todavía*.

Jake rodeó el vehículo hacia el lado del pasajero y se asomó al interior. Al sacar el cuerpo de Nigel del asiento —para que pudieran llevarlo directamente al depósito—, los bomberos se habían visto obligados a arrancar el marco de la puerta. Al hacerlo, habían apartado a patadas y retirado gran parte de los restos del compartimento de los pies y los habían trasladado al asfalto. Pero no todos.

Era un cigarrillo Embassy, como indicaba la útil y pequeña inscripción: la marca de Drew. ¿Podría haber estado en el coche en algún momento? ¿Por qué?

—Quiero que vuelvas a la oficina —dijo Liam, distrayéndolo—. Tú y Charlotte. Seguid con lo que estáis haciendo. Centrad todos vuestros esfuerzos en Jermaine Gordon. Él es la única conexión entre todas estas personas ahora mismo.

Liam se volvió hacia Drew.

—Y quiero que *tú* lo traigas. Llévate a algunos agentes de uniforme también, por si acaso.

—En ello estoy —dijo Drew, dirigiéndose ya hacia su coche.

Jake y Charlotte decidieron seguirlos, cada uno hacia su propio vehículo. Jake saltó al interior del suyo y dio un portazo. Apoyando la cabeza contra el volante, cerró los ojos. Que acabara; solo quería que todo acabara. Pero hasta entonces, Liam y Drew seguirían arruinando la reputación de la Policía Metropolitana y saliéndose con la suya con su engaño y corrupción.

Jake esperó hasta que Drew y Charlotte se hubieron marchado de la zona antes de arrancar el motor. Había algo que quería comprobar; algo que le había llamado la atención antes, y necesitaba estar solo.

Jake condujo hacia la fábrica agrícola, giró a la izquierda en el cruce y avanzó despacio hacia el punto de vigilancia. Se detuvo a su lado, asegurándose de estar totalmente oculto por la maleza, y luego bajó al asfalto. El sol estaba saliendo y los pájaros empezaban a cantar, pero aun así, persistía el ligero frío en el aire. Quizás eran los nervios. Quizás era el hecho de que estaba petrificado ante lo que podría ver. O quizás era porque sentía la sensación implacable

de que alguien lo seguía, lo observaba, vigilando cada uno de sus movimientos.

Cruzó al otro lado de la carretera, agachándose mucho y contemplando el suelo, escudriñando con la mirada en busca de cualquier detalle mínimo. Y entonces algo le llamó la atención. Lo mismo que había visto antes. Relucía bajo el sol, cubierto por una capa de rocío. Jake se acercó; su intriga, curiosidad y emoción iban en aumento.

Oculto entre la maleza había otro cigarrillo Embassy.

—¿Pero qué...? —se dijo a sí mismo, interrumpido por su propio desconcierto.

Se agachó y sacó su teléfono, tomando varias fotos de los cigarrillos y recriminándose por haber gastado la última de sus bolsas de pruebas el día anterior. Tendría que conseguir más y volver antes de que desapareciera.

Y entonces recordó lo que Liam había dicho hacía apenas unos momentos.

Que todo había sido un accidente.

Jake no se creía ni una palabra. Solo necesitaba poder demostrarlo.

CAPÍTULO 70

ESCÁNERES

El cálido aroma del café dio la bienvenida a Liam como un viejo amigo y le recordó lo que se sentía al beber de la taza reutilizable que tenía en ese momento en su despacho. Se sentía bien, era la respuesta, antes de que el alcohol empezara a anular el sabor. Se encontraba en una cafetería de la zona, a cinco minutos del lugar del accidente; estaba sediento y necesitaba beber algo. Le daba un poco de vueltas la cabeza por lo de la noche anterior, pero más que nada tenía hambre; no había comido nada en más de catorce horas y empezaba a temblar.

La dueña estaba ocupada trabajando tras el mostrador, atendiendo a otro cliente y, al parecer, gestionando los pedidos de todos los demás en el local. Liam esperó en la cola mientras echaba un vistazo al menú.

Tras un minuto de espera, la mujer que tenía delante recibió su bebida y se marchó.

—Siguiente, por favor.

—Buenos días —dijo Liam alegremente—. ¿Me pone un café expreso doble y un cruasán, por favor?

La dueña sonrió y preguntó:

—¿Uno de esos días?

—Ahora que lo dices, que sea triple.

—Marchando.

Mientras la veía preparar el café, Liam no pudo evitar quedarse mirándola. Le resultaba extrañamente familiar, como si la conociera de otra vida. En cierto modo, le recordaba a Charlotte: el pelo rubio y las gafas gigantescas que se tragaban su cara y disimulaban el tamaño de su frente. De pronto se dio cuenta de que, cuanto más la miraba, más raro parecía.

—Aquí tiene —dijo ella finalmente, dejando la taza de IKEA sobre el mostrador—. En un momento le llevo el cruasán a la mesa.

Liam pagó y buscó un asiento junto a la ventana.

Se quedó allí sentado un rato, pensando en el sindiós con el que tenía que lidiar. Danny. Michael. Richard. Nigel. Jermaine. Garrison. El accidente. El hospital. La lista iba en aumento. El accidente no había salido según lo previsto. Garrison no estaba muerto. Cierto, existía la posibilidad de que su amigo no despertara. Pero el riesgo de que lo hiciera era demasiado grande. ¿Y qué pasaría entonces? ¿Lo recordaría todo o habría sufrido un daño cerebral irreversible y pérdida de memoria? Liam esperaba lo segundo. Garrison se había convertido rápidamente en un problema al que había que silenciar, pero en estos momentos era intocable: iba en la parte trasera de una ambulancia camino al hospital sin forma de saber cuándo podría volver a verlo nadie.

No había nada que Liam pudiera hacer salvo esperar a que Garrison despertara. Entonces podría silenciarlo de nuevo. La dinámica de su relación había cambiado y cruzado el punto de no retorno. Con suerte, Garrison se llevaría sus secretos a la tumba. Aunque, pensándolo bien, había un secreto al que Liam deseaba acceder por encima de todos: la identidad de La Cábala. Tenía claro que Garrison y La Cábala eran cercanos, lo habían sido en los últimos meses, así que era posible que conociera la verdadera identidad de esa persona.

Su teléfono sonó, sacándolo de su ensimismamiento. Suspiró profundamente antes de responder.

—Justo estaba pensando en ti.

—No me hagas la pelota —dijo la voz.

—Ya está todo hecho. Está solucionado. Richard. Danny. Michael. Incluso atraparemos pronto a Jermaine. Eso debería ayudar con todo lo que tienes entre manos con Henry. Ahora quiero mi parte. Cien mil, tal como acordamos.

—Aún no has terminado.

—Sí, he terminado. Me he encargado tanto de Danny como de Michael. Y hasta he metido a Garrison en el lote.

—¿A qué te refieres con... Garrison? —preguntó La Cábala—. ¿Qué le has hecho a Garrison?

—También me he encargado de él. Se estaba convirtiendo en una amenaza excesiva. Estaba a punto de jubilarse; quién sabe qué se le escaparía de la boca una vez que estuviera fuera de todo esto.

Hubo una larga pausa.

—Idiota. Nunca habría estado fuera. Habría vuelto arrastrándose.

Claro, eso es lo que tú dirías.

—Tú nunca tuviste que trabajar con él. Se estaba volviendo complaciente. Se había rendido. No podía permitirme que cometiera errores. No olvides que yo soy el líder de este equipo.

La mujer llegó y dejó un plato sobre la mesa. Su llegada sobresaltó a Liam y, al retirar el teléfono de la cara, colgó sin querer.

—Aquí tiene —dijo ella, sonriéndole. Sabía que probablemente sería su sonrisa de atención al cliente, pero aquello lo excitó.

—Gracias —respondió él, devolviéndole la sonrisa. Dios, necesitaba sexo. Un desahogo. Algo.

En cuanto Liam volvió a coger el teléfono, empezó a sonar.

—¿Dígame? —respondió, pensando que era La Cábala.

—¿Hablo con el inspector jefe Liam Greene?

—Al habla.

—Hola, soy Patricia, le llamo del Hospital Comunitario de Thurrock, en nombre de nuestro paciente, Pete Garrison. Tengo entendido que usted pidió a nuestros paramédicos que le mantuviéramos informado de todo lo relacionado con el señor Garrison...

—Sí —dijo él, con la voz cargada de una mezcla de inquietud y expectación.

—Solo le llamo para comunicarle que lo están operando en este momento. Sus piernas y tobillos resultaron gravemente heridos en la colisión.

—¿Volverá a caminar?

—Es difícil de decir. No conoceremos el alcance total de sus lesiones hasta que hayamos terminado la cirugía.

—¿Va a despertar?

Hubo una pausa.

—Lo siento, señor, pero los primeros escáneres cerebrales del señor Garrison indican que podría estar en coma.

CAPÍTULO 71

QUIEN MÁS TIENE QUE PERDER

Jake irrumpió en la oficina y se dirigió directamente a Charlotte, que ya estaba tecleando en su ordenador con el teléfono pegado a la oreja.

—Necesito hablar contigo —dijo él.

Charlotte levantó la vista de la pantalla y lo miró fijamente. Le dijo a la persona al otro lado de la línea que le devolvería la llamada.

—¿Qué pasa?

Jake acercó una silla que había junto a ella y se inclinó. Mantuvo la voz baja, casi en un susurro. Una parte de él pensaba que sería más sensato hablar de aquello en privado —fuera, en la sala de reuniones—, pero la otra parte no quería perder tiempo innecesariamente.

—Escucha —empezó—, hay algo que no encaja en el accidente de Garrison.

—He estado pensando lo mismo. —Se sacó una hoja de papel del bolsillo—. Mientras venía en coche, he llamado a mi supervisor y le he contado las novedades. Me ha dado luz verde para acceder a todo el historial de llamadas y a los registros financieros.

—¿De quién?

—De todos los del equipo.

A Jake se le detuvo el corazón. —¿Incluyéndome a mí?

Charlotte asintió.

Joder. Si veía aquellos registros y se daba cuenta de que tenía problemas financieros, no tendría más remedio que informar de ello; o peor aún, asumiría que *estaba* implicado secretamente en toda la trama de corrupción.

—¿Cuánto tardará eso?

—Es un proceso farragoso. Lleva su tiempo. Con suerte, para mañana lo tendremos todo. He solicitado la información de Liam como prioridad.

Espero estar al final de la pila.

—Creo firmemente que está ocultando algo —dijo Jake, deseando desesperadamente cambiar de tema—. Lo que le ha pasado a Garrison no ha sido un accidente, de eso estoy seguro. No había marcas de frenazo en la carretera, y... —Jake hizo una pausa para mirar a su alrededor; no había nadie a la vista—. He encontrado un cigarrillo en el espacio para los pies del copiloto del Jag de Garrison, y otro en el suelo, cerca de donde estaba aparcado originalmente.

Ella lo miró confundida. —¿Y...?

—Son Embassy... y Drew es el único que fuma esa marca. Los demás siempre se meten con él por eso.

—Pero ya sabemos que él estuvo allí antes que Garrison. Se intercambiaron el turno.

—Lo sé. Yo también he pensado eso al principio. Pero luego me he dado cuenta de que Garrison recibió el coche nuevo ayer mismo. Lo cuida muchísimo. No hay ninguna posibilidad de que hubiera dejado que Drew fumara dentro. Y Drew jamás habría dejado sus cigarrillos tirados en el suelo de esa manera. Odia desperdiciarlos.

Charlotte hizo una pausa mientras observaba el bolígrafo que hacía girar entre los dedos. —No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver esto con nada?

Jake suspiró brevemente. —No lo sé. Todavía estoy intentando encajar las piezas. Pero sitúa a Drew en la escena del crimen.

—Como he dicho, ya sabemos que estuvo allí. ¿Es posible que Nigel Clayton fume la misma marca?

Jake puso una mano sobre la mesa. —Si algo he aprendido en este trabajo es que cualquier cosa es posible. Por favor... creo que es algo que deberíamos investigar.

—¿Los has recogido como prueba?

—He hecho fotos. No quería contaminarlos y no llevaba bolsas de pruebas encima.

Charlotte inclinó la cabeza y le lanzó una mirada de decepción, como si fuera su madre y él acabara de saltarse el toque de queda por primera vez. —Esta mañana hemos recibido el informe forense del cuerpo de Richard Maddison. Aún no he tenido oportunidad de revisarlo. Échale un vistazo. Avísame si encuentras algo. —Alargó la mano hacia la bandeja de entrada para coger las llaves del coche—. Tengo bolsas de pruebas y guantes en el coche. ¿Dónde has dicho que habías encontrado el cigarrillo?

—En el arbusto desde donde vigilaba la fábrica... al otro lado de eso. El punto de observación. No tiene pérdida.

—De acuerdo.

—¿Puedes revisar también el coche de Pete? A ver si encuentras el que hay allí dentro.

—Dame un par de horas y volveré con todo.

—Date prisa. Si alguno de ellos ha encontrado los cigarrillos y los ha recogido, entonces... lo siento... debería haberlos recuperado como prueba cuando he tenido la oportunidad.

—Tú mejor que nadie sabes que no se deben manipular las pruebas. Has hecho lo correcto.

Jake la vio salir de la oficina mientras la paranoia empezaba a recorrerle el cuerpo. Imaginó el cigarrillo allí tirado sobre el asfalto, rodando suavemente por el suelo empujado por el viento. Luego imaginó el coche de Liam deteniéndose a su lado, un pie saliendo del vehículo, una mano recogiéndolo. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que aquello no sucediera.

Pero ya no podía hacer nada al respecto.

Primero, tenía que revisar el informe forense.

Se giró hacia su escritorio, inició sesión en el ordenador y cargó sus correos electrónicos. El informe apareció en pantalla y comenzó a leer.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba.

El ADN encontrado en las huellas dactilares de la pared coincidía con el de Nigel Clayton.

Lo que significaba que estuvo presente en el asesinato de Danny Cipriano.

Lo que significaba que estuvo presente en el suicidio de Richard Maddison.

Lo que significaba que estuvo presente en el intento de asesinato de Pete Garrison.

¿Había sido él también quien mató a golpes a Michael Cipriano? ¿Un contable reconvertido en sicario?

Las pruebas sugerían que sí. Lo único que quedaba por hacer ahora era averiguar quién tenía más que perder y quién había contratado al asesino en primer lugar.

Afortunadamente, Michael Cipriano ya le había dado esa información.

Eres un buen tipo, Jake. Un buen tipo.

CAPÍTULO 72

FINGIR

—Quiere a Haversham —le dijo Drew a Liam sin andarse con rodeos por teléfono—. No podemos permitírselo. Lo arruinará todo.

Rupert Haversham era un hombre que no necesitaba presentación. Durante la última década, su nombre se había convertido en sinónimo de crimen y de los sistemas de justicia penal. Trabajando desde su pequeña oficina en el norte de Londres, muchos de los criminales más prolíficos de la ciudad —de todos los ámbitos imaginables— utilizaban sus servicios para que les ayudara a evadir la justicia. El único problema era poder permitírselo.

Liam suspiró. —¿Lo has hecho todo según las normas, de acuerdo? ¿Le has leído sus derechos, lo has registrado, le has confiscado todo, te has asegurado de que todo esté jodidamente impecable? No podemos darle a ese capullo de abogado ningún motivo para sacar a Jermaine.

—Creo que sí… —Drew vaciló—. Estás haciendo que dude de mí mismo.

—¿Dudar de ti mismo por hacer tu puto trabajo? Jesús. Déjamelo a mí.

Liam colgó antes de permitir que Drew respondiera y, a los pocos segundos, el tono de llamada volvió a sonar en sus oídos.

—Me preguntaba cuándo llamarías —dijo Rupert Haversham al descolgar. Su voz era profunda, autoritaria y muy imponente. No era de extrañar que tuviera tanto éxito en los tribunales. Su voz tenía el poder de intimidar y provocar incluso a los individuos más engreídos y seguros de sí mismos.

—Supongo que ya te has enterado, ¿no? —preguntó Liam mientras se escabullía hacia su coche desde la cafetería.

—¿Se requieren mis servicios?

—¿Por qué si no iba a estar llamando?

—Tal vez te apetecía charlar un rato. ¿Quién es esta vez?

—Jermaine Gordon.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Ha cometido un triple asesinato. Posiblemente un cuarto.

—Me lo creeré cuando vea las pruebas.

—No te hace falta. Te pagaré el doble.

—¿El doble de qué? —preguntó Rupert, con un ligero matiz de curiosidad en la voz.

—De lo que sea que él te esté pagando. Te pagaré el doble.

—Todavía no sé cuánto me va a pagar. No he hablado con él.

—¿Qué más da? Di una cifra al azar y yo la duplicaré. Tan solo tienes que apartarte del caso, eso es todo. De hecho, ni siquiera te acerques al proceso, ¿qué te parece?

—Podría considerar la idea. Convénceme.

Liam suspiró. —¿Cuál es tu tarifa habitual?

—Bueno, eso depende de las pruebas presentadas contra mi cliente. Si tenéis muchas, entonces sale más caro. Si no tenéis nada y es puramente coincidencia, seguirá siendo costoso porque me habréis hecho perder el tiempo. Tengo mucha demanda.

—Como te empeñas en recordarme cada vez que hablamos —comentó Liam.

—Así que… ¿qué pruebas tienes?

Liam tragó saliva. Dada la considerable falta de pruebas concretas que tenían contra Jermaine Gordon —no había rastro de su ADN en los cuerpos, ni había nada que lo conectara con el crimen *aparte* de su relación con Richard y Danny—, Liam sabía que no

había forma de convencer a Rupert de que se retirara. El hombre era demasiado inteligente y tenaz para eso.

Era hora de ponerse creativo.

—Encontramos su ADN en el cuerpo de Danny Cipriano. Se encontraron fibras capilares, así como fibras de ropa que coinciden con las de Jermaine. Tenemos tanto ADN suyo en la base de datos que ha sido fácil.

—¿Eso es todo?

—Cámaras de seguridad. Imágenes de él fuera de la zona de obras del Estadio Olímpico en el momento de la muerte. Mis chicos están trabajando ahora mismo en mejorar la nitidez de las imágenes. —Liam hizo una breve pausa—. Es una causa perdida. No tienes apenas nada que rebatir.

Rupert soltó una risita por el teléfono. Fue suave y grave. —¿Cuánto tiempo hace que trabajamos juntos tú y yo?

—No lo sé… unos cuantos años.

—Diez —corrigió Rupert—. Y en este tiempo, te he visto hacer algunas cosas bastante turbias, Liam. Estoy seguro de que sabes a qué me refiero. Así que, ¿qué me garantiza que no has hecho lo mismo aquí con nuestro viejo amigo Jermaine Gordon, eh? Sé cómo trabajas…

—Y yo sé cómo trabajas *tú* —interrumpió Liam, agarrando la palanca de cambios con fuerza—. Dudo que en los últimos diez años hayas cambiado tu filosofía laboral, ¿verdad? Trabajar para el mejor postor. Todo el país te quiere, pero no todos pueden pagarte. Como he dicho, yo sí puedo. Y te pagaré el doble.

—¿Tienes esa clase de dinero disponible?

—Los dos llevamos mucho tiempo en este negocio, Rupert. Sabes que sí. ¿Aceptas el trato o me estás haciendo perder el tiempo?

Hubo una larga pausa al teléfono, llena de silencio y algún que otro estallido de estática.

Y entonces: —Está bien. Tenemos un trato. Pero te costará cien mil libras. Transfiéreme el dinero antes de que acabe el día y fingiré que ni siquiera he oído hablar de Jermaine Gordon.

CAPÍTULO 73

DESCANSO PARA IR AL BAÑO

Jake se había pasado los últimos treinta minutos intentando dar respuesta a todo, para su propio disgusto.

Ya se había confirmado que Nigel Clayton —el hombre que había muerto tras verse implicado en el fatal accidente de coche con Garrison— estuvo presente tanto en la muerte de Danny Cipriano como en la de Richard Maddison. Esperaba que solo fuera cuestión de tiempo que se confirmara que también estuvo presente en el asesinato de Michael Cipriano para completar el triplete. Jake reflexionó un momento mientras recordaba el suceso: cómo había estado a escasos metros de alguien que le arrebataba la vida a Michael a golpes; cómo se le había subido el corazón a la garganta al escuchar los sonidos de la agonía de Michael; cómo se había acurrucado en el suelo, preparándose para que lo vieran y le dispararan; cómo la mujer de negro le había perdonado la vida.

Nada. Aquí no hay nadie.

Ella lo había salvado. Lo había dejado vivir. Pero ¿por qué? ¿Y quién era ella?

Jake volvió a centrar su mente en el asesinato de Richard Maddison. En el momento en que Drew lo había llamado para decirle que un grupo de personas había asaltado la casa de Maddison.

—Estoy fuera del piso de Richard Maddison esperando a que llegue a casa, pero creo que El Granjero y su grupo acaban de entrar por la fuerza.

—Danny Cipriano fue asesinado por un socio cercano nuestro llamado El Granjero y su equipo.

En ese instante, por el rabillo del ojo, vio que Drew regresaba a la oficina, lo que lo distrajo. El sargento detective venía acalorado y nervioso, y parecía ligeramente abochornado, como si acabara de recibir un baño de vino en la cara. Se puso de espaldas a la pared y se sirvió un vaso de agua de la fuente, evitando el contacto visual mientras se sentaba.

—¿Todo bien? —preguntó Jake.

—Sí.

—¿Cómo ha ido?

—¿El qué ha ido cómo?

—Jermaine.

—Ah. Estamos esperando a localizar a su abogado. Ha solicitado a Rupert Haversham.

Jake asintió despacio, asimilando el nombre. Era algo recurrente en la oficina, casi como si el señor Haversham fuera un miembro más del equipo.

—Parece que media ciudad requiere sus servicios —dijo Jake.

—Por algo será. Es bueno. Yo lo querría si estuviera en apuros.

«Normal que lo quisieras», pensó Jake, mientras su mente conjuraba imágenes de Drew sentado tras un micrófono, defendiéndose en un tribunal por violar a Hannah Bryant.

—¿Crees que las pruebas contra él se sostendrán? —preguntó Jake.

—No importa lo que yo crea. Importa lo que crean la fiscalía y doce jurados. —Drew esbozó una sonrisa de suficiencia, dirigió su atención a la pantalla del ordenador y cogió unos documentos de la bandeja. Empezó a rellenar las hojas, alzando la vista hacia el ordenador repetidamente mientras completaba la información.

—¿Y qué crees que dirán doce jurados sobre lo que le pasó a Pete?

Al oír el nombre de Garrison, Drew se detuvo y giró el cuello bruscamente hacia Jake. —¿De qué estás hablando? —Antes de dar a Jake la oportunidad de responder, giró la cabeza hacia el escritorio de Charlotte—. ¿Adónde ha ido *ella*?

—Ha tenido que salir un momento. Ha dicho algo de volver al lugar del incidente de Garrison para buscar pruebas. Creo que vio algo en unos arbustos cercanos y en el asiento del copiloto.

Los ojos de Drew se movieron con nerviosismo y el color desapareció de sus mejillas. Y en ese momento Jake supo que tenía al cabrón.

Sin decir nada mientras apagaba la pantalla de su ordenador, Drew se levantó lentamente de su silla.

—¿Adónde vas? —preguntó Jake, apartándose de su escritorio.

—Eh... a fumar... y luego... al baño.

—¿Te importa si te acompaño?

—Vete a la mierda, pervertido.

Jake soltó una pequeña risa por la nariz y observó cómo Drew salía de la oficina y giraba a la izquierda. Para cuando llegó al vestíbulo, Drew estaba al final del corredor, ladeando el cuerpo para enfilar otro pasillo. Jake corrió tras él escaleras abajo. Si necesitaba alguna señal de que Drew mentía, era esta.

Poco después llegaron a la entrada de la comisaría. Drew iba unos veinte metros por delante de Jake, con el móvil ya pegado a la oreja.

Cuando Drew se acercó a las puertas giratorias, se quedó petrificado y se apartó el teléfono de la cabeza.

Hannah Bryant acababa de subir los escalones del edificio y estaba en la entrada. Se quedaron parados un momento, mirándose el uno al otro. Ninguno dijo nada, atrapados en una batalla de palabras no pronunciadas y mordaces que se habían manifestado tras años de silencio y aborrecimiento.

—¡Hannah! —dijo Jake, fingiendo entusiasmo al verla cuando en realidad estaba perplejo—. Gracias por venir. Espero que no haya sido con tan poco margen de tiempo.

—No... —dijo ella, insegura—. Ha estado bien...

—¿Qué tal el viaje?

Por el rabillo del ojo, Jake notó que a Drew se le había quedado la boca abierta.

—Bien, gracias —respondió ella, todavía sin saber qué tramaba él.

—Me alegro —contestó Jake—. Bueno, si no te importa, sargento Richmond, me gustaría hablar con mi testigo un momento. ¿No tenías un descanso para ir al baño que debías tomarte?

CAPÍTULO 74

SEÑORITA B

—¿Por qué... por qué está usted aquí, Hannah? —preguntó Jake, dedicándole una sonrisa forzada mientras se sentaban uno frente al otro en una sala de interrogatorios—. ¿No ha recibido mi mensaje?

—Lo he recibido. Lo siento, inspector. Quería venir en persona. Necesito saber qué progresos ha hecho con el caso. —Bajó la mirada hacia su regazo y jugueteó con los dedos—. Lo siento.

Jake se frotó la nariz. —Hannah... lo siento...

—¿No ha hecho nada?

—Hannah...

—¡No! —gritó ella; su actitud y su humor cambiaron de repente —. Confié en usted. Era el único en quien podía haber confiado para hacer esto por mí, ¡pero es usted igual que todos los demás!

—Hannah, por favor, déjeme terminar. —Jake levantó las manos en el aire en un intento de aplacarla. En cuanto ella se calmó, continuó—. Las cosas aquí han estado tan increíblemente movidas que me han ocupado la mayor parte del tiempo. No he podido...

—¡Típico! —exclamó ella, poniendo los ojos en blanco y reclinándose en la silla con los brazos cruzados.

—No es que sirva de excusa, créame. Quiero ayudarla, de verdad. Y dedicaré todos mis esfuerzos a su caso en cuanto me sea

posible, pero ha habido una novedad y las cosas pueden ser un poco más complicadas de lo previsto inicialmente.

Hannah se inclinó ligeramente hacia delante.

—El agente Garrison, el hombre que estuvo a cargo de su caso la primera vez, se ha visto implicado en una colisión a primera hora de esta mañana. Está vivo, pero aún no sabemos la gravedad de sus lesiones.

—Me alegro.

—¿Perdone?

—Me alegro —siseó ella, cargando la palabra con más veneno todavía—. Se lo merecía. Es el karma por quince años de sufrimiento y dolor que he tenido que soportar. Solo espero que el final del inspector jefe Richmond sea todavía peor. Se merece todo lo que le pase.

—Estoy seguro de que no lo dice en serio, Hannah.

—Sí que lo digo. No veo la hora de que llegue el día en que me entere de que ha muerto. ¿Y sabe qué espero que le pase? Espero que sufra lo mismo que me pasó a mí. Espero que lo torturen. Espero que lo hagan sentirse impotente. Espero que lo violen hasta matarlo y que le sorban hasta la última gota de vida de su alma.

Jake abrió la boca y se quedó atónito, mirándola con incredulidad. No podía creer lo que estaba oyendo. De hecho, no quería creerlo. Parecía tan dulce e inocente. Pero Jake sabía que no lo era. No podía serlo. Lo que le había ocurrido fue una experiencia aterradora que había moldeado su vida, su comportamiento y su actitud de formas que él no podía ni imaginar. Sin darse cuenta, Drew le había cambiado la vida para siempre, y su reacción era un producto visceral del abuso y el tormento que sufría a diario. Jake nunca sería capaz de comprender el dolor por el que ella había pasado —y estaba pasando—, por lo que decidió fingir que no había oído lo que acababa de decir. Aunque eso significara que el nombre de ella subiría a los primeros puestos de la lista si a Drew llegaba a pasarle algo.

—Hannah, le prometo que llegaré al fondo de esto. Solo necesito más tiempo. Pero puedo asegurarle que ellos afrontarán las consecuencias de sus actos.

Hannah negó con la cabeza. —No es suficiente. El mundo tiene que saber lo que ese hombre ha hecho. Cómo ha abusado de su poder. Cómo no se le debería permitir volver a llamarse policía nunca más.

—Y estoy totalmente de acuerdo con eso. Solo que va a llevar tiempo. Hay ciertos procedimientos que debemos seguir. Es un proceso minucioso y, créame, es tan desesperante para mí como para usted.

Hannah se mofó. —No finja que puede compadecerse de mí. No sabe ni la mitad. No sabe nada de nada. Y nunca lo sabrá. Usted nunca tendrá que pasar por lo que yo he pasado. —Miró hacia la mesa—. Sabe Dios cuánta gente más habrá pasado por lo mismo.

—¿Insinúa usted que ya lo ha hecho antes? ¿Mencionó él alguna vez habérselo hecho a otras mujeres?

Hannah vaciló. —Que yo recuerde, no. Nunca se me ocurrió preguntar. Puede que lo hiciera. Estoy segura de que él y el agente Garrison tenían montado su propio grupito.

A Jake se le erizó el vello de la piel. Si pudiera abrir una investigación sobre otros casos de violación que hubieran quedado sin resolver y olvidados desde que Drew empezó en el cuerpo, Jake podría construir un caso aún más sólido contra él.

—¿Y qué hay de alguna amiga suya del colegio? ¿Tenía alguna amiga que lo conociera o a la que el inspector jefe Richmond le ofreciera el mismo tipo de *ayuda*? —Jake no estaba seguro de cómo redactarlo. Esperaba no haberse excedido con la elección de sus palabras.

Hannah volvió a sumirse en un estado de reflexión. Se pasó el dedo por los labios y luego se lo puso bajo la nariz.

—Había una chica. Nunca llegué a hablar con ella debidamente. Éramos algo así como conocidas. Crecimos en la misma urbanización y fuimos al mismo colegio. Ahora que lo pienso, sí los vi juntos un par de veces. Es posible que a ella también le pasara algo.

—¿Recuerda su nombre?

—Nancy.

—¿Solo el nombre de pila?

—Por desgracia. Nancy B... Su apellido empezaba por B. ¿Tiene acceso a los expedientes escolares y cosas así?

—Podemos tenerlo. ¿Entre qué años estuvo allí?

—Entre el noventa y uno y el noventa y seis.

Jake sacó su libreta de notas y apuntó el nombre de Nancy y los años que debía buscar.

—¿Y el nombre del colegio?

Hannah se lo dijo. Jake lo anotó.

—¿Hay algo más que deba contarme? Si consigo encontrar pruebas contra el inspector jefe Richmond por esto, entonces podré investigar lo de Nancy.

Hannah negó con la cabeza.

—Bueno, si se le ocurre cualquier cosa, tiene mi número. Por favor, sea paciente. Haré todo lo que esté en mi mano. Pero ahora mismo, deje al inspector jefe Richmond en mis manos.

CAPÍTULO 75

LANGOSTA

Drew luchaba por recuperar el aliento. Gordo de mierda. Solo había corrido por el aparcamiento hasta su coche. ¿Cómo se pondría si tuviera que escapar de un vehículo o de El Granjero? Una oleada de adrenalina combinada con el miedo palpitaba por su cuerpo, haciéndolo temblar. Buscó a tientas el teléfono en el bolsillo y, con las prisas, se le cayó al suelo del coche.

Estaba hecho un desastre.

Ver a Hannah Bryant había despertado en él un temor que llevaba mucho tiempo reprimido: la sensación que tuvo la primera vez que Hannah presentó acusaciones de violación contra él. Y esta vez no era diferente. Estaba allí por el mismo motivo que hace quince años, de eso estaba seguro. Salvo que esta vez había un ligero cambio: Jake en lugar de Garrison. Un poli honrado en lugar de uno corrupto. Fue entonces cuando Drew se dio cuenta de que se había estado engañando a sí mismo al creer que Jake mantendría la boca cerrada, incluso con el dinero con el que había intentado sobornarlo. No, Jake había continuado con la investigación sobre la violación y cada vez estaba más cerca de encontrar las pruebas.

Las pruebas. No había ninguna. Garrison le había asegurado que las habían retirado y que se habían encargado de ellas. Pero Garrison ya había demostrado que no era de fiar. ¿Y si aquello

también era mentira? Joder. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de averiguarlo antes de dejar a su colega en coma.

Drew se agachó y cogió el teléfono que estaba a sus pies. Desbloqueó el dispositivo, buscó el número de móvil de Liam y marcó.

El pecho le subía y bajaba con fuerza mientras esperaba, con los sentidos alerta. Su mirada saltaba de izquierda a derecha mientras observaba a agentes uniformados y vehículos policiales pasar ante su parabrisas.

—Más vale que sea importante —dijo Liam al oído de Drew. Había estado prestando atención a medias, concentrado en parte en lo que ocurría fuera, por lo que al principio no registró la voz de Liam.

—Lo es. Yo... nosotros... tenemos un problema.

—¿Qué?

—¿Dónde estás?

—De camino a la comisaría.

—Tienes que dar la vuelta. Rápido.

—¿Por qué? —preguntó Liam, poco impresionado. Drew percibió el resentimiento en su voz.

—La he cagado. He cometido un error. Lo siento.

—¿Qué has hecho?

—Anoche se me cayeron unos cigarrillos en el coche. En el coche de Garrison y en el asfalto, junto al arbusto.

—¿Estás de broma?

—Ojalá...—

—¡Pedazo de idiota! —gritó Liam. Drew oyó a su jefe golpear el volante, frenar en seco y pisar el acelerador a fondo—. ¿Cómo puedes ser tan estúpido? Eres un inútil. Eres un puto chiste. Si nos pillan por algo de esto, te echaré la culpa a ti. Todo esto es responsabilidad tuya.

—Liam, lo siento. No sé... Yo... me entró el pánico. No estaba pensando con claridad.

—¿Estabas puesto?

Drew hizo una pausa y tragó saliva con dificultad. —Tienes que darte prisa. Charlotte va de camino al lugar del accidente ahora

mismo. Creo que sabe lo de los cigarrillos. Tienes que encontrarlos antes que ella.

—¿Dónde has oído eso?

—A Tanner —respondió Drew, alzando la vista hacia Bow Green, donde Jake estaba hablando en ese momento con Hannah Bryant—. Dijo que ella se había ido de la oficina para ir a comprobar algo.

—Hijo de perra. Están trabajando juntos. Tienes que mantenerlos separados. Yo me encargaré de los cigarrillos y tú vigila a Jake. Si no desiste, dímelo. Encontraré la forma de que escuche.

Drew vaciló. Calmó su respiración hasta que recuperó un ritmo natural. —Eso no es todo, jefe —dijo, apretándose el puente de la nariz.

—¿Cuánto peor puede ser?

—Me he cruzado con Hannah Bryant en la comisaría. Está hablando con Jake ahora mismo.

—¿Sobre la violación?

—Sí.

—Pero pensaba que habías dicho que Jake se había retirado de eso. Pensaba que para eso era el soborno.

—Eso dije. Lo hizo. Para eso era.

—¿Pero sigue investigando?

—¿Por qué si no iba a estar ella aquí?

—Jesús...

—¿Y si se entera de lo de las otras? —dijo Drew por accidente, pues pretendía pensarlo en lugar de decirlo en voz alta.

—¿Otras? Pensé que habías dicho que solo era ella.

—Eso dije. Así fue. Pero... hubo otra.

Otras cuatro.

Liam suspiró. —¿Y qué pasa con ella? ¿La misma situación?

Drew asintió, aunque Liam no estaba allí para verlo. —Garrison lo tenía todo bajo control.

—Como si pudiéramos fiarnos de cualquier cosa que haya hecho ese capullo.

—¡No es que podamos despertarlo y preguntarle!

Ambos se quedaron en silencio. El pecho de Drew seguía subiendo y bajando con esfuerzo, mientras el motor del coche de

Liam sonaba en sus oídos.

—Dame algo de tiempo —dijo Liam—. Tengo que pensar. Pero, sinceramente, a menos que puedas deshacerte de todas y cada una de las pruebas antes de que Jake llegue a ellas, no hay nada que yo pueda hacer.

—Deja que vaya a por él —dijo Drew—. Puedo convencerlo para que pare. Si el dinero no funciona, puedo ponerme creativo.

—No. No te acerques a él.

—¿Por qué sigues defendiéndolo?

—Por razones que no entenderías. Limítate a estar agradecido de que te siga poniendo a ti por delante de él.

Drew apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. —Está bien. La princesita Tanner se quedará sin un rasguño.

Drew colgó, furioso. Ahora el miedo había sido devorado y tragado por la furia y la ira. Apretó el puño hasta que los nudillos se le pusieron blancos y luego lo descargó repetidamente sobre su muslo. *Pum. Pum. Pum. Pum*. Hasta que el dolor se le hinchó en la rodilla y los músculos del cuádriceps se le quedaron dormidos. Era una alternativa más suave que golpear el interior de la puerta del coche, o el volante, o el salpicadero, o una pared de ladrillo; pero seguía doliendo lo mismo.

Durante los siguientes minutos, se quedó sentado e inmóvil, contemplando sus opciones. Tal como él lo veía, no había ninguna. Liam no iba a ayudarlo. Ni de coña; lo acababa de dejar muy claro. ¿Y si Tanner estaba cerca de las pruebas, o ya las tenía? Sus días como oficial de policía estaban contados. Y si no se le permitía ir a por Tanner él mismo, ¿qué se suponía que debía hacer? Si no era Liam quien iba a por él, con toda seguridad serían El Granjero y El Cónclave, y Drew sabía de primera mano de qué era capaz esa gente: con qué facilidad podían deshacerse de alguien como si fuera un trozo de mierda en un zapato. No podía defenderse contra eso. No estaba dispuesto a convertirse en otra de las estadísticas mortales de El Cónclave.

Drew se estiró hacia el asiento del pasajero, abrió la guantera y cogió el teléfono móvil.

Una pegatina en la parte posterior del dispositivo decía: solo uso de emergencia.

Llamó al único número que figuraba en la agenda.

—Buenas tardes, restaurante Clam Shell —dijo la voz al otro lado —. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me preguntaba si podría reservar una mesa para uno a las siete en punto.

—¿Para uno?

—Sí.

—¿Y desearía la langosta o el salmón?

—Langosta.

—Hemos tomado nota de su reserva. Adiós.

La línea se cortó.

Drew se apartó el teléfono del oído, deslizó la carcasa para abrirla, sacó la batería y retiró la tarjeta SIM que había debajo. Rompió la SIM en dos y quemó el chip dorado con su encendedor antes de regresar a la oficina y tirar los restos a la papelera.

CAPÍTULO 76

BILLETES

Jake salió de la sala de interrogatorios y se dirigió hacia la unidad de custodia de pruebas en el sótano del laboratorio del SOCO. De memoria, recordó que, según las notas internas del caso de Hannah, Garrison había extraviado accidentalmente las pruebas y todos los archivos de su escritorio. Una noche estaban allí; a la mañana siguiente, no. Visto para sentencia. No se requerían más acciones porque Garrison era el encargado de la investigación. Todos los cargos retirados. Eres libre de irte. Sencillo.

Pero Jake no se lo creía en absoluto.

Garrison era un adicto al trabajo. A pesar de sus defectos, el hombre era metódico y minucioso. Lo que significaba que las pruebas existían con toda seguridad y que el papeleo seguía vivo en algún lugar, pero oculto; en algún sitio donde pensó que nadie lo encontraría. O eso, o estaba en el lugar más obvio, el lugar donde nadie pensaría en mirar, apartado a un lado, olvidado. Jake nunca se lo perdonaría si no comprobaba eso primero.

Tras hablar con el mismo hombre tras el mostrador —que Jake ya creía que era un elemento permanente del edificio—, cruzó las puertas dobles, giró a la derecha hacia el hueco de la escalera y bajó los peldaños de dos en dos. Tras su visita al despacho de Sandy el otro día, el DPS le había dado permiso para cruzar ciertas puertas

que requerían niveles de acceso específicos. Justo frente a él había una de ellas; al otro lado se encontraban los archivos de pruebas. Jake pasó su tarjeta por el escáner de la puerta y entró en la pequeña sala cuadrada. Lo primero que notó fue la temperatura: frío, el aire estancado. Sin ventanas y sin unidad de aire acondicionado ni rejillas de ventilación en el interior. Había estanterías recorriendo el perímetro de las paredes a la altura del hombro de Jake y, debajo de ellas, una hilera de archivadores repartidos por la sala. Doce en total, organizados por categoría de delito y orden cronológico.

Jake se desplazó a la izquierda de la sala, donde encontró el archivador titulado «Violaciones y agresiones sexuales». Abrió el primer cajón y rebuscó entre los expedientes, ojeando la historia hasta que encontró 1997.

Veinte casos en total. Uno de ellos era el de Hannah Bryant.

—¡Te tengo! —exclamó Jake mientras extraía el archivo.

Abrió la delgada carpeta de manila y leyó el contenido tan rápido como pudo. El informe era extenso y, en opinión de Jake, concluyente. Comprendía una lista de objetos entregados como prueba contra el atacante —de los que nunca se había vuelto a saber nada— con sus correspondientes números de referencia. Cosas como depósitos de saliva y semen encontrados en la ropa y el pelo de Hannah Bryant. Hematomas encontrados en el cuerpo de Hannah Bryant. ADN de sus uñas.

Las pruebas estaban allí. Crudas. Claras como el agua. Indiscutibles. Y habían sido descartadas como si no fueran nada. Jake no podía creer lo que estaba viendo. Pero tampoco podía creer lo fácil que había sido encontrarlas. Como si hubieran estado esperando a que alguien tropezara con ellas. Pero había un problema. Parte del contenido estaba censurado; en particular, la sección del informe que indicaba a quién pertenecía el ADN.

El dedo corazón de Garrison.

Jake cerró el archivador de un portazo y salió de la sala de pruebas con la carpeta firmemente encajada bajo la axila. De camino a la oficina, hizo una llamada rápida.

—¿Sandy? —dijo Jake mientras subía de nuevo las escaleras.

—¿Eres Jake?

—¿Cómo lo has sabido?

—Por la inflexión de tu voz. Por suerte para ti, no suenas como los demás. Siento lo de Pete, por cierto.

—Sí… yo también lo siento…

—Es trágico —añadió Sandy. Al ver que él no respondía, continuó —: ¿Qué puedo hacer por ti?

Jake se detuvo al llegar al rellano del tercer piso. Había una pequeña ventana horizontal que daba a la calle. A lo lejos, había un paso de peatones y observó cómo alguien cruzaba la calzada.

—¿Jake?

—Pruebas —dijo él—. Necesito unas pruebas. Y los informes forenses originales. Me preguntaba si todavía los tendrías en algún almacén.

—¿Para qué caso es?

—CS/7163949/E.

Hubo una pausa de un momento. —Déjamelo a mí. Se lo pasaré a Jemimah. Se pondrá en contacto contigo cuando tenga algo.

—Por favor —dijo Jake y luego colgó.

Se guardó el teléfono en el bolsillo, se dio la vuelta y subió los últimos peldaños hacia la oficina. Al regresar a su mesa, Jake pasó por el lado de Drew y dejó la carpeta junto al ratón y el teclado.

—¿De qué iba eso? —preguntó Drew.

Jake ignoró la pregunta mientras buscaba con la mirada una funda negra en el escritorio, pero no la encontró.

—¿Jake? Te estoy hablando. ¿Qué tenía que decir ella en su defensa?

Se miraron a los ojos un momento y luego la vista de Drew se desvió hacia la carpeta.

Jake se encogió de hombros. —¿Por qué no te preocupas simplemente de tus propios problemas? —Mientras lo decía, abrió el cajón de su escritorio. Se le cortó la respiración al ver lo que había dentro: un fajo de dinero. Billetes apilados sobre más billetes. Esta vez había más que la cantidad que Drew le había dado. Y, encima, una nota.

Jake se inclinó hacia delante para leerla, evitando tocarla; no quería incriminarse dejando sus huellas dactilares en ella.

AQUÍ TIENES *el dinero del último cargamento de droga. Más pronto*.

JAKE SE RECOSTÓ en su silla, entornando los ojos hacia la distancia. Luego se dio la vuelta. Se encaró con Drew. —¿Sabes algo de esto?

Una sonrisa de suficiencia asomó en el rostro de Drew. Se levantó y puso una mano en la espalda de Jake.

—¿Por qué no te preocupas simplemente de tus propios problemas, eh?

CAPÍTULO 77

REGISTROS

Jake sintió como si una serpiente le rodeara el esófago mientras veía a Drew dirigirse hacia la cocina. Alguien estaba jugando con él. Alguien intentaba incriminarlo por algo que no había hecho. Alguien intentaba que pareciera que había hecho algo ilegal, corrupto, moralmente reprobable.

Las palabras de la nota daban fe de ello.

¿Pero quién? ¿Drew? ¿Liam? ¿Garrison antes de su accidente?

El móvil de Jake sonó, arrancándolo de sus pensamientos.

Respondió sin mirar la identificación de la llamada.

—Soy yo —dijo Charlotte.

Jake resopló hinchando las mejillas. —¿Dónde estás?

—La cosa no pinta bien, Jake —dijo ella. Parecía sin aliento y, de fondo, Jake oía el canto de los pájaros.

—¿Qué ha pasado? —Empujó lentamente el cajón para cerrarlo con el pie.

—Los cigarrillos. No están aquí. Los han movido.

Jake apretó el puño y tensó todo el brazo derecho—. ¿Crees que llegaron antes que nosotros?

—Ha sido la persona que está detrás del accidente de Garrison... o Liam... o Drew.

Jake observó los movimientos de este en la cocina. —No ha sido Drew; ha estado aquí todo el día. ¿Y qué hay de Liam? No le he visto volver desde esta mañana.

—¿Sabes siquiera dónde está?

—Ni idea.

—Tenemos que encontrarlo. Él es la llave que abre todo esto, Jake.

Hubo una breve interferencia en la línea y Jake esperó a que Charlotte continuara.

—Voy a hablar con mi enlace; solicitaré una orden de registro tanto para los vehículos como para las propiedades de Drew y Liam. Podría haber pruebas allí que los relacionen a todos con esto.

Jake estaba a punto de hablar, pero ella le interrumpió.

—También he solicitado rastrear e intervenir todos los números personales de Liam y Drew. Sus llamadas, sus mensajes de texto... pronto serán nuestros. Sabremos qué dicen y a quién se lo han estado diciendo —explicó Charlotte.

—Jermaine Gordon... —susurró Jake, pensando en voz alta—. Van a hacer que parezca que Jermaine Gordon es quien ordenó el golpe contra Garrison y Clayton. Van a cargarlo absolutamente todo sobre él.

Pero ¿por qué Jermaine?, se preguntó Jake. ¿Qué interés tenían en él? No podía ser solo porque tuviera una conexión con Richard Maddison. Tenía que haber otro ángulo, un motivo oculto. Entre todos los escombros, había una pista que debían desenterrar, descifrar, analizar, interpretar.

—Escucha —empezó Charlotte—, llegaremos al fondo de esto. Confía en mí. Tenemos a un equipo trabajando en ello en segundo plano también por nosotros. Para esto me trajeron. Pero primero necesito que encuentres a Liam. Si ha ido a recoger los cigarrillos, quiero que lo esperes y los encuentres.

CAPÍTULO 78

AUTOINCRIMINACIÓN

El salpicadero absorbía el calor del radiante sol de octubre como una esponja, caldeando el interior del coche. Pegado al asiento de cuero, su espalda empezaba a sudar, al igual que el cuello, los brazos, las piernas y el culo. No ayudaba el hecho de que el miedo a ser visto y a que su tapadera saltara por los aires empeorara las cosas.

Había pasado la hora del almuerzo y tenía hambre. El expreso y el cruasán no habían servido de mucho para saciarlo, y le apetecía otro tentempié. Pero no podía permitirse abandonar la zona. Se encontraba en el punto de observación perfecto, oculto, discreto; estacionado en el aparcamiento al pie de Roundshaw Park, justo al este de South Croydon. El terreno era extenso, abarcaba varios acres de césped, y estaba sorprendentemente concurrido. Los colegios habían terminado la jornada y todas las madres y padres habían decidido llevar a sus hijos al parque por la tarde. Algunos jugaban en los columpios y el tiovivo de la zona infantil. Otros jugaban con un balón a sus pies. Unos saltaban y brincaban, mientras otros se sentaban en la hierba y se metían puñados de ella en la boca.

Pero había una familia en particular que reclamaba la atención de Liam. Los había seguido desde su casa en Croydon, los había visto

subir a un autobús y había conducido tras ellos, manteniendo la distancia en todo momento.

En el asiento del pasajero, a su lado, estaba la cámara digital que había utilizado para tomar las fotografías de Charlotte y Jake en The Head of the House la noche anterior.

Liam cogió la cámara, la encendió y apuntó a la familia.

Elizabeth Tanner empujaba un cochecito mientras caminaba con su hija mayor al lado. Maisie Tanner correteaba y sonreía con entusiasmo, rebosante de juventud y ganas de vivir. Dentro del cochecito estaba Ellie Tanner, la segunda hija de Jake. Liam se había sentido emocionado —eufórico, incluso— al enterarse de que habían decidido ponerle a la niña el nombre de su propia madre. Era un honor, lo que hacía que fuera aún más lamentable que las cosas hubieran llegado a este extremo. Le caían bien Jake, Elizabeth y su familia; eran personas cariñosas, atentas y acogedoras. Pero Jake se había convertido en un contratiempo, y ahora todos debían ser tratados de la misma manera.

Vamos a ahogar este problemilla.

Finalmente, Elizabeth y las niñas encontraron un lugar en un banco cercano. El espacio estaba vacío y Elizabeth se apresuró a ocuparlo todo. Empujó el cochecito hasta el extremo del banco, sentó a Maisie a su izquierda, junto al cochecito, y luego se sentó ella en el otro extremo. Después se agachó hacia el compartimento de almacenamiento y sacó una bolsa cuyo contenido hizo que el estómago de Liam rugiera con más fuerza aún.

Durante los siguientes minutos, mantuvo la cámara fija en ellas mientras las observaba comer, sacándoles fotos mientras lo hacían. Sentado allí, intentaba no pensar en Jake y en cómo tenía todo lo que Liam había imaginado para sí mismo: una mujer hermosa, unas hijas preciosas, un hogar estupendo, una vida envidiable. Intentaba no pensar en el hecho de que nunca había tenido hijos, de que nunca había tenido tiempo para formar una familia con su mujer, de que nunca había tenido el *valor* de formarla. En realidad, era culpa suya; solo podía culparse a sí mismo.

Algo más adelante lo distrajo, sacándolo de sus pensamientos.

Elizabeth había dejado caer algo al suelo. Era su monedero y, mientras ella se agachaba para recogerlo, un hombre que vestía un jersey negro con la capucha sobre la cara y de espaldas a Liam lo alcanzó y se lo entregó.

Rápidamente, Liam tomó unas cuantas imágenes del buen samaritano devolviéndole el monedero. Una sonrisa socarrona asomó a sus labios.

Estaba en el ángulo perfecto.

Después de que el hombre se fuera, Liam abrió la biblioteca de fotos en el dispositivo y las examinó. La pequeña miniatura mostraba claramente tanto a Elizabeth como al buen samaritano mirándose el uno al otro, pasándose algo entre las manos.

Por la foto, no había forma de saber qué se habían intercambiado.

Por la foto, no había forma de saber qué relación tenían.

Y así era exactamente como Liam lo quería. Imaginaba los titulares: la mujer de un policía, pillada en un trapicheo de drogas con sus hijos en el parque.

Todo lo que necesitaba ahora era colocar una prueba dentro de la casa de los Tanner, y entonces podría meter una marcha más y hacer que Jake deseara no haber empezado nunca esta campaña contra él. Durante demasiado tiempo, aquel hombre había ignorado las advertencias, y ahora era el momento de lidiar con las consecuencias.

Pero primero, antes de hacer nada de eso, la seguiría durante el resto del día. No solo porque fuera agradable de mirar, sino porque pensaba que ella podría ofrecer más oportunidades de incriminarse sin saberlo. Y él quería estar allí, listo para capturar el momento en que ocurriera.

CAPÍTULO 79

EL SONIDO

El Granjero era un hombre de palabra. Si aceptaba un contrato, lo llevaba hasta el final, por muy poco que le apeteciera terminarlo. Tenía sentido desde el punto de vista empresarial. Más cadáveres significaban más dinero. Más cadáveres significaban más clientes. Más cadáveres significaban más negocio.

Pero el siguiente era el que menos le apetecía de todos.

Las cosas estaban empezando a irse de las manos. Originalmente solo lo habían contratado para uno: Danny Cipriano. Eso era todo. Nada más y nada menos. Pero se habían producido demasiados daños colaterales con Richard Maddison, Pete Garrison y Michael Cipriano de por medio. Demasiados. Todo en un espacio de tiempo tan corto. Y ahora se había visto obligado a añadir a un miembro de su propio equipo a la mezcla. La muerte de Nigel era lamentable pero vital. El hombre se había vuelto complaciente y, si los contratos iban a seguir llegando al ritmo en que lo habían hecho, Georgiy no podía permitirse ninguna forma de complacencia.

Su próxima cita venía de arriba, directamente de El Cónclave.

—Los motivos son dobles —le había dicho El Cónclave a través de la plataforma de mensajería Kingdom of Empires—. Sabe demasiado. Es una carga. En segundo lugar, haces esto para herir a alguien. Liam no ha estado haciendo su trabajo. Se está volviendo

débil. Ahora tienes que darle a él y a otra persona una lección importante.

La recompensa por la cabeza de Danika Oblak se había fijado en cien mil libras extra. El precio del silencio.

Georgiy rememoró el día anterior. Cómo ella había estado drogadísima, desmayada en su propio sofá, luchando por asimilar las drogas que recorrían sus venas. Una parte de él esperaba que hubiera sufrido una sobredosis, para poder ganar los cien mil más fáciles de su vida. Pero sabía que la realidad era otra; por la cantidad de droga que había en la mesa de centro, solo estaría inconsciente un par de horas. Lo más probable era que estuviera viva.

Por ahora.

Georgiy se preparó poniéndose un par de gruesos guantes de cuero negro. El cuero daba calor y era pegajoso, pero las huellas dactilares podían traspasar el látex y, mientras sacaba la Beretta M9 de debajo del asiento del copiloto y se la guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero, se dio cuenta de que no quería que quedara ningún rastro que lo señalara. En el otro bolsillo llevaba un silenciador y una máscara.

Pasándose el pasamontañas por la cabeza, abrió la puerta del coche, sacó las piernas y recorrió la corta distancia hasta la casa con paso tranquilo mientras vigilaba el entorno. No había nadie cerca.

Georgiy pulsó el timbre y escuchó con atención, buscando algún sonido de vida.

Allí estaba. El sonido de una tos. Movimiento. La televisión encendida de fondo.

Pasos que se acercaban.

Cerró la mano alrededor de la pistola justo cuando se abría la puerta principal.

Antes de que Danika pudiera reaccionar, Georgiy le plantó la Beretta en la cara y se llevó un dedo a los labios.

—Tranquilita —dijo—. ¿Entiendes?

Danika asintió, con el blanco de los ojos resaltando sobre el resto de su rostro.

—Adentro. —Georgiy presionó el cañón de la pistola con más fuerza contra su piel, obligándola a entrar en la casa.

Danika retrocedió hacia el pasillo, sin dejar de mirarlo a los ojos. Detrás de él, Georgiy echó el cerrojo.

Una vez en el salón, Georgiy le ordenó que se sentara en el sofá. Se acercó a las ventanas delanteras, cerró las cortinas y luego quitó el sonido a la televisión.

—¿Has venido a matarme? —preguntó ella.

—No es personal —dijo Georgiy, cuyos dedos empezaban a sudar bajo el cuero—. Me pagan por eliminar gente como tú; gente que sabe demasiado. Preocupados por chivatazos. —Le costó pronunciar la última palabra. Era una nueva incorporación a su vocabulario inglés.

—¿No tienes curiosidad por saber lo que sé? —Danika se acomodó en el sofá, como si se pusiera cómoda, aceptando ya su destino—. Podría contarte cosas, ¿sabes? Muchas cosas.

—¿Para qué quiero eso?

Danika se encogió de hombros.

—Para usarlo en tu beneficio. Para ayudarte a llegar a la cima.

—¿Negocias por tu vida? ¿Crees que no te mataré?

Danika negó con la cabeza.

—He visto lo que ha salido en las noticias. Vi lo que les hiciste a Danny. Y a Michael. Y a Richard. Y a Garrison. Sé que no hay escapatoria; hace mucho tiempo que sabía que algo así iba a pasar. Pero no entiendes lo jodidamente doloroso que es no poder contárselo a nadie. Ahora ya no tendré que vivir con miedo a las consecuencias, porque puedo pasarte la carga a ti. ¿No quieres averiguar de dónde viene tu dinero para poder conseguir más?

Georgiy no respondió. Bajó la pistola hasta la cadera. El Cónclave era una entidad de un secretismo y una traición extremos. Y en su negocio, esas eran características desfavorables. Siempre tendría en el fondo de su mente la preocupación de que El Cónclave pudiera, en cualquier momento, contratar a otro sicario y poner precio a su propia cabeza. Quería estar preparado para cuando llegara ese día.

Una sonrisa asomó al rostro de Danika. Mostró una dentadura amarillenta y ennegrecida que sugería que su adicción al tabaco y a

las drogas no era algo reciente.

—Te cacé —dijo, guiñándole un ojo. Alargó la mano por el sofá, agarró su bolso y lo volcó. Una botella de vodka cayó sobre el cojín, y una bolsa de marihuana aterrizó a su lado, junto con un paquete de Rizla, filtros y tabaco. Él la observó con atención mientras preparaba un porro con la hierba y el tabaco.

—¿Te importa? Quiero estar relajada cuando me mates.

Georgiy negó con la cabeza, incrédulo ante lo que estaba sucediendo.

—¿Quieres? —preguntó ella, lamiendo el papel antes de enrollarlo con fuerza.

Georgiy volvió a negar con la cabeza.

Ella gruñó.

—Lo entiendo. No quieres que te paren conduciendo bajo los efectos. Esa mierda conlleva una pena máxima de catorce años.

—¿Qué crees que he venido a hacer? No estoy aquí para charlar. —Georgiy levantó la pistola y volvió a apuntarle a la cabeza.

Ella se quitó el porro de la boca y lo miró fijamente.

—Pensarías que estaría asustada, ¿verdad? Ojalá lo estuviera; de verdad. Pero no lo estoy. Hace mucho tiempo que acepté mi muerte. Hay cosas en mi vida que nunca podré arreglar, y hace aún más tiempo que dejé de intentarlo. Todo por culpa de ese gilipollas de Jake Tanner. Si nunca hubiera atrapado a los hermanos, si nunca los hubiera metido en la cárcel, no estaríamos en esta situación, tú no me estarías apuntando a la cabeza y yo no querría que apretaras el gatillo. Qué diferentes podrían haber sido nuestras vidas.

Georgiy abrió la boca pero le costó decir algo. Esta mujer no merecía morir. No era una criminal. No había herido a nadie. No había robado a nadie. No había matado a nadie. No había violado a nadie. Su único crimen era tener información. Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y ahora estaba sufriendo por ello. A juzgar por su cuerpo frágil, parecía que llevaba sufriendo mucho tiempo.

Una bala en el cráneo solo aceleraría el proceso.

Georgiy bajó la pistola y se dirigió hacia la puerta del salón.

—¿A dónde vas? ¿Me vas a dejar aquí... sola?

—Tienes tu vodka.

—Una botella no va a servir de mucho.

Georgiy se quedó inmóvil en el marco de la puerta y miró el arma que tenía en las manos. No estaba registrada y los números de serie habían sido borrados. No había ADN en ella, ni huellas dactilares, nada. Era un fantasma, igual que él.

Sacó el cargador del arma, vació todas las balas menos una en la palma de su mano y luego la dejó sobre el brazo del sofá.

—Ahí —dijo—. Lo dejo a tu elección.

Georgiy cerró la puerta tras él.

Caminó lentamente por el pasillo, abrió la puerta principal y se dirigió hacia la furgoneta, manteniendo la cabeza baja. Al abrir la puerta del conductor, oyó el sonido inconfundible de un disparo procedente del interior de la casa de Danika Oblak.

Sus dedos se cerraron alrededor del silenciador que llevaba en el bolsillo.

CAPÍTULO 80

SR. MCNULTY

Drew nunca se había sentido tan paranoico en su vida, y empezaba a tener la sensación de que todo le había venido de golpe. Treinta y tres años de vida, paranoia y miedo, todo concentrado en un solo momento. Su pierna repiqueteaba contra el suelo del coche y sus ojos saltaban constantemente entre la hora del salpicadero y el aparcamiento de varias plantas, totalmente vacío, que tenía delante.

Estaba en el cuarto nivel, aparcado en el sitio de siempre. Solo esperaba que no hubiera habido problemas ni retrasos con su reserva; la forma en que se comunicaban implicaba siempre una vía de sentido único. Si algo había salido mal, o si por algún motivo se le había pasado su turno, no lo sabría hasta unas horas después, cuando su cita resultara no presentarse.

En el pasado, Drew solo había necesitado utilizar sus servicios una vez.

Había sido para un amigo suyo. Un criminal. Condenado por múltiples asesinatos en un único incidente relacionado con bandas y drogas. Drew había sido quien ayudó a su amigo a evadir la captura en aquel entonces, y no había vuelto a saber de él desde entonces. Supuso que eso era algo bueno. Si su amigo podía desaparecer, esperaba poder hacerlo él también.

El sonido del motor de un coche rebotando en las paredes lo perturbó. Por un momento, contuvo el aliento por miedo a que fuera Jake, Charlotte, Liam, Hannah o cualquier otra persona a la que hubiera logrado herir en el pasado. Pero al darse cuenta de que la matrícula era falsa, se relajó.

Manteniendo el cuerpo erguido, deslizó la mano izquierda hacia el asiento del pasajero y cerró los dedos alrededor de la navaja automática que había comprado meses atrás como medida de protección extra. Aún no había tenido que usarla, y esperaba no tener que hacerlo, pero le hacía sentirse seguro saber que la tenía en su poder. Le recordaba a todas esas estadísticas con las que la prensa daba la tabarra en un intento de evitar que la gente llevara navajas. Eso de que es más probable que te apuñales a ti mismo que a otra persona. Menuda gilipollez. Estaba preparado para defenderse si llegaba el caso, como todos los demás que llevaban una. A su modo de ver, si le sacas una navaja a alguien, tienes la intención de hacerle daño y sabes perfectamente lo que estás haciendo. Son los que no saben lo que hacen los que salen heridos, los que pasan a formar parte de las estadísticas. Y Drew no estaba dispuesto a convertirse en otro de esos.

El conductor detuvo el coche. Era un viejo Ford Mondeo azul cielo con los cristales traseros tintados y una suspensión que había sido rebajada considerablemente. Quienquiera que fuese el dueño, estaba claro que seguía viviendo a finales de los noventa.

El conductor apagó el motor. Drew apretó los dedos alrededor del arma.

Manteniendo la cabeza gacha, Drew salió y caminó a buen paso hacia el coche. Al acercarse, el conductor bajó la ventanilla. Bajo la tenue luz, Drew pudo distinguir los mismos rasgos del hombre con el que se había topado la última vez. La nariz rota. Los pelos canosos en la barbilla. El molar que le faltaba en la boca.

—No pensé que volvería a verte el jeto —dijo el hombre, con su marcado acento escocés. El único nombre que Drew tenía para él era su apodo: The Magnate. Aparte de eso, los detalles brillaban por su ausencia.

—Ha pasado tiempo —respondió Drew mientras aflojaba el agarre de la navaja en su bolsillo—. Me sorprende que sigas en el negocio.

The Magnate gruñó.

—Ya, sube delante.

Un poco sorprendido, Drew rodeó la parte trasera del coche y se montó en el lado del copiloto.

—Reforzando la seguridad ahora, ¿eh?

—Ya sabes lo que dicen: hoy en día nunca se es demasiado precavido.

Sin que Drew se diera cuenta, el hombre metió la mano en el compartimento lateral de la puerta, sacó una pistola y le apuntó al pecho.

—¿Qué? ¿Por qué? —Drew siempre había sentido una aversión natural hacia las armas. Eran demasiado ruidosas. Demasiado letales. Demasiado peligrosas. Demasiado rápidas. Por no mencionar que daban un miedo de cojones.

—Seguridad —se encogió de hombros The Magnate—. Hay quien se cree que puede coger las cosas sin pagar por ellas. Así fue como perdí esto… —apuntó con la boca de la pistola hacia su diente—. Esos cabrones casi me matan a palos.

—¿Todo por unos documentos?

—La gente hace lo que sea por salir del país hoy en día. No pueden largarse de este vertedero lo bastante rápido. No se les puede culpar, la verdad —The Magnate volvió a apuntar con el arma a Drew—. Los bolsillos: vacíalos.

Drew tragó saliva con dificultad.

—Vamos, hombre… ¿es necesario?

—¡Vacíalos!

Lentamente, Drew metió la mano derecha en el bolsillo y sacó el forro hacia fuera. Luego, sacó la izquierda. Al ver la pequeña navaja automática oculta, la expresión de The Magnate permaneció impasible. Sin decir nada, alargó la mano y le arrebató el arma de las manos a Drew.

—Otra para la colección. No lo vuelvas a intentar la próxima vez, si no, me aseguraré de que esta esté cargada —The Magnate agitó

la pistola frente a la cara de Drew—. ¿Tienes lo otro que te pedí?

—No me lo pediste —dijo Drew, buscando en el bolsillo del pantalón—. No me dijiste un precio, así que supuse que sería la misma tarifa que antes. No ha subido, ¿verdad?

Antes de que el hombre tuviera oportunidad de responder, Drew le entregó un fajo de billetes que llevaba oculto en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Cincuenta mil. Está todo ahí. Todo tuyo —dijo—. No te vas a poner a contarlo, ¿o sí?

El hombre no dijo nada y, manteniendo todavía la pistola apuntando a la cara de Drew, sacó un sobre marrón de la guantera y lo dejó caer sobre el regazo de Drew.

—Aquí tienes tu langosta, señor. Pasaporte. Carné de conducir. Tarjetas de débito. Tarjetas de crédito. Número de la Seguridad Social. Veinte mil euros de activos liquidados en una cuenta en el extranjero; todo en esa libretita —el hombre apartó el arma de la cara de Drew, la deslizó de nuevo en el bolsillo de la puerta y puso las manos sobre el volante—. Hemos terminado aquí. Coge tus cosas y márchate. Ah, y disfruta de lo que te queda de vida, Sr. McNulty.

CAPÍTULO 81

EL JEFE

Vitaly recordó lo que Tatiana se había empeñado en recordarle, como si fuera un niño pequeño. Mantén la cabeza agachada. No mires a nadie de forma extraña. No le digas nada a nadie. Ni siquiera pienses en nadie. Y, lo más importante de todo, no hagas nada que llame la atención.

Su recado era sencillo. ¿Así que por qué se empeñaban en ponérselo tan jodidamente difícil?

Vitaly metió la barbilla contra el pecho mientras caminaba a zancadas por la calle, reprimiendo el instinto de mirar la falda corta que acababa de pasar a su lado. Unos metros después, se detuvo junto a una cabina telefónica roja y giró a la izquierda. Frente a él había una tienda de licores y, a su derecha, la entrada de un aparcamiento de varias plantas.

Sin levantar la cabeza, Vitaly entró en la tienda, se acercó a la caja registradora, cogió un puñado de las tarjetas SIM de prepago del expositor giratorio más cercano y las estampó sobre el mostrador.

—¿Algo más? —preguntó el propietario.

—No.

A los tres se les estaban acabando rápidamente las tarjetas SIM; sobre todo cuando se suponía que debían destruirlas después de

cada golpe. Pero eso no había salido precisamente según lo previsto, no con la cantidad de contratos que estaban recibiendo. Simplemente no tenían tiempo.

Las emociones en el equipo estaban a flor de piel tras la muerte de Nigel Clayton. Ninguno de ellos hablaba del tema —todos sabían por qué había tenido que suceder—, pero eso no hacía que doliera menos. Aunque esa era parte del problema. La muerte de Nigel le había dolido mucho; mucho más de lo que creía. Y todo se reducía a una cosa: la lealtad. En los últimos meses, Nigel había sido un amigo cercano, un confidente; alguien en quien podía confiar y a quien podía acudir. Y Georgiy le había enseñado desde el principio que en este negocio no existían las lealtades. Estaba empezando a comprender por qué.

El cajero escaneó las tarjetas SIM, cogió el billete de 50 libras de Vitaly y deslizó el paquete por el mostrador. Vitaly gruñó a modo de agradecimiento mientras se metía las tarjetas en el bolsillo del jersey. Le dio la espalda al hombre y salió de la tienda, con sus anchos hombros pasando a duras penas por las puertas correderas. Pero al salir del establecimiento, se detuvo.

Dos coches acababan de salir del aparcamiento y se incorporaban a la carretera. La luz anaranjada de la farola iluminó el rostro del primer conductor. Vitaly lo reconoció al instante. Había hablado con él hacía solo unos días: el Magnate, el hombre que se había encargado de falsificar todos sus documentos y de asegurarse de que todos tuvieran identidades nuevas cuando las necesitaran como parte de su plan de reserva.

Entonces el segundo coche llegó al cruce. El conductor tenía la cabeza girada hacia el otro lado, pero cuando el coche giró a la derecha, dirigiéndose hacia él, Vitaly se arriesgó a mirar más de cerca.

—No me lo puedo creer, joder —susurró para sí mismo con incredulidad.

Mientras el coche pasaba por delante, ambos hombres se miraron fijamente el uno al otro.

Vitaly sacó su teléfono y marcó el número de Liam Greene, que Georgiy le había dado por precaución, como una contramedida, por

si acaso.

—¿Diga? —respondió Liam.

—Soy Vitaly.

—¿Cómo has conseguido este número?

—No es importante.

Para entonces el coche ya había desaparecido.

—¿Qué quieres? —preguntó Liam.

—Hay algo que tienes que saber.

—¿Alguien tiene problemas?

—Se podría decir que sí —Vitaly se encogió de hombros de camino al escondite—. ¿Has oído hablar alguna vez del Magnate?

Hubo una breve pausa. —¿El falsificador de documentos?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Acaba de salir de una de sus reuniones.

—Vale, ¿y...?

—Era una reunión con tu jefe... con Drew.

CAPÍTULO 82

CAÍDA

Liam dejó que el teléfono se le escurriera de las manos. El aparato cayó haciendo ruido y rebotó bajo el asiento del coche. Ya no le importaba. Era reemplazable. Como todo lo demás en la vida. Como Garrison. Y como pronto lo sería Drew.

Había tenido suficiente. Drew había cruzado la línea hacía ya varios kilómetros, pero Liam le había concedido el beneficio de la duda una y otra vez. Era hora de cambiar eso. Drew era un buen tipo que se había echado a perder. El muy cabrón redomado estaba pensando en marcharse del país y empezar una nueva vida en el extranjero, todo porque temía que el error que había cometido hacía quince años volviera para atormentarlo. Bien. Se merecía cualquier cosa que le pasara por aquello.

En cierto modo, esto favorecía a Liam. No podía permitirse que lo vieran con un violador en el equipo, además de con un poli corrupto. La prensa se frotaría las manos. Ya habían empezado a acosarlo, llamando para darle el pésame por lo que le había pasado a Garrison —como hacía cualquier otro miembro del Servicio de Policía Metropolitana—, y la cosa solo empeoraría si se corría la voz de que Garrison no era tan íntegro como todos pensaban.

Liam alargó la mano hacia la guantera. La pequeña luz del interior iluminó lo que había dentro: la Glock que le había dado

Henry Matheson y la botella de Pepsi.

Cogió la botella primero. Hacía mucho tiempo que no sostenía uno de los diseños patentados de Henry. La botella estaba dividida en tres secciones, y cada sección estaba conectada por un tapón de rosca. En el compartimento central, oculto tras la etiqueta de Pepsi, había una bolsa de cocaína, mientras que el tercio superior y el inferior estaban llenos de refresco, de modo que parecía un producto de consumo genérico, a pesar de su propósito más siniestro e ilícito. Era una idea magistral y ya estaba resultando un éxito masivo en el mercado; una de las muchas razones por las que Liam quería involucrarse más en el negocio.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, se echó hacia delante en el asiento y vertió el polvo sobre el salpicadero. Con su tarjeta de débito, Liam lo organizó en una raya. Emanaba un aroma delicado y sutil a fresa. Había oído en la calle que Henry había empezado recientemente a rociar sus drogas con productos químicos de olor dulce porque eso provocaba mayores subidones de dopamina y serotonina en el cerebro. Pero, lo más importante, hacía que la droga fuera más memorable para que los consumidores siguieran volviendo a por más.

Marketing en estado puro.

Antes de hacer nada, Liam comprobó la hora. Eran las 19:30. Se suponía que tenía una cita en media hora.

Hizo una llamada. El tono de marcado sonó en sus oídos.

—¿Diga?

—Tanya, soy Liam.

—Hola.

—¿Podemos dejar la cena para otro momento?

—¿En serio? ¿Me estás dando plantón?

—¿Estás en posición de discutir?

—Pensé que íbamos a hablar las cosas.

—Y lo haremos. Solo quiero posponerlo a las diez. Te recogeré en tu casa de camino a la mía cuando salga del trabajo, ¿de acuerdo?

—¿O sea que voy a pasar la noche en tu casa?

—Esta noche... la siguiente... la de después... ¿quién lleva la cuenta?

Si todo salía según lo previsto, las drogas no serían la única fuente de dopamina en su cuerpo.

—No tardes —dijo ella antes de colgar.

Sin prestar apenas atención a su comentario, dejó el teléfono a un lado, enrolló un billete de diez libras de su cartera para que pareciera una pajita, se lo introdujo en la fosa nasal derecha, presionó el otro lado con el dedo para cerrarlo y luego se inclinó hacia delante para esnifar.

Tres, dos, uno.

Despegue.

Los químicos salieron disparados por su nariz, quemando y erosionando el cartílago y la piel, dándole un subidón instantáneo. Y entonces comenzó la fiesta de bienvenida. Le hormigueaba la piel. Le hormigueaba el cerebro. Los músculos. Los huesos. Todo su cuerpo.

Liam se reclinó de nuevo en su asiento, cayendo, cayendo, cayendo. Se sentía eufórico, vivo, radiante. Como si nada pudiera detenerlo. Como si fuera invencible.

Un sonido a lo lejos lo distrajo y se enderezó de golpe, alerta. Eran las 19:45. Quince minutos habían pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Era hora de actuar.

Decidiendo que aún conservaba todas sus facultades, se puso en camino hacia la casa de Drew.

CAPÍTULO 83

CASAS DE PAPEL

La puerta trasera del patio daba a un pequeño lavadero. En el interior, una lavadora vibraba y giraba mientras terminaba las últimas fases de su ciclo; el olor a suavizante y detergente perfumaba el aire.

A medida que su cuerpo se rendía a los efectos de la cocaína, Liam cruzó la puerta al fondo de la estancia y entró en la cocina. La mesa del comedor —si se la podía llamar así— no era más que un tablero circular de unos noventa centímetros de diámetro, apoyado sobre un pedestal de un metro veinte de altura situado justo a sus pies. La cocina recorría el borde de la habitación, con una ventana que daba al jardín. Dirigió su atención a los armarios de Drew y rebuscó en ellos; encontró un vaso y se sirvió agua con algo de hielo del frigorífico. Tras apurar el primer vaso, se sirvió otro y después tomó asiento a la mesa.

Dieron las 20:15 y todavía no había ni rastro de Drew. Se estaba cansando, aburriendo e impacientándose de esperar allí. Su ritmo cardíaco estaba por las nubes y necesitaba movimiento, emoción, algo que estuviera a la altura de sus pulsaciones.

Un minuto después, eso cambió.

La puerta que comunicaba con el pasillo estaba justo frente a él, y al otro extremo se encontraba la puerta principal de la casa. Liam

se inclinó hacia un lado para ver mejor al oír el giro de una llave en la cerradura.

Allí estaba, el hombre que le había causado tanto estrés y ansiedad durante los últimos días, ajeno a la presencia de Liam. Drew cerró la puerta tras de sí y avanzó por el pasillo. Al entrar en la cocina, encendió las luces. La habitación se iluminó y cegó a Liam. Mientras sus ojos se adaptaban a la intensa claridad, oyó un grito.

—¡Me cago en la leche, tío! —dijo Drew, llevándose la mano al pecho—. ¿Qué coño haces aquí?

—Siéntate. —Liam señaló la silla frente a él—. Eres un hombre difícil de encontrar.

Sacando la silla de debajo de la mesa, Drew respondió:

—A veces de eso se trata.

—¿Se trataba de eso esta vez?

—¿De qué va esto, Liam? ¿Has vuelto a beber?

—No puedo creer que nunca hubiera puesto un pie aquí antes. —Liam movió los brazos en abanico, abarcando toda la estancia—. Tienes un sitio bastante apañado. Aunque se nota que hace tiempo que no vive una mujer aquí. ¿O sí? Nunca se sabía contigo. Siempre has sido un cabrón de lo más reservado, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí...? —Se percibió una nota de miedo en la voz de Drew.

Liam gimoteó con la nariz antes de continuar.

—No creo que lo pilles, ¿verdad?

—¿Pillar qué?

Otra aspiración nasal.

—Que ya no todo es de color de rosa, Drew. Que todo por lo que hemos trabajado en los últimos años se ha ido a la mierda.

—Ya, pero sabemos de quién es la culpa, ¿no?

—¿De quién?

—¡De Jake! Desde que apareció, simplemente no ha podido adaptarse, ¿a que no? Desde el principio. Volviendo a Bridger y los Crimsons. Tenía que meter las narices e intentar llegar al fondo de todo. ¡Y sigue en ello!

Liam negó con la cabeza.

—No... no...

—¡Estás siendo un capullo, Liam! —Drew golpeó la mesa con las palmas de las manos—. Sigues defendiéndolo cuando sabes que tengo razón. Es veneno para este departamento. Se ha ido abriendo camino, nos ha destrozado y mira cómo estamos ahora. Garrison... está en el puto hospital por culpa de Jake.

—Garrison es el motivo por el que Garrison está en el hospital. Él mismo se lo buscó. Fue a nuestras espaldas para su propio beneficio. Estaba haciendo todo lo posible por acercarse a El Cónclave lo máximo posible, y no te engañes pensando que eso no significaría vendernos si llegaba el caso.

—¿Pero por qué? No paraba de decir que no veía la hora de largarse de aquí. Que ya había terminado con todo esto.

Liam siguió sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación. Bajó la mano hasta el bolsillo y rodeó la culata de la pistola con los dedos.

—Tú tampoco has sido un santo —dijo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Acaso quieres una puta lista?

—Solo si tienes una.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Liam—. Hannah Bryant, para empezar. Lo que le hiciste debería haber sido una señal para mí de que no vales para nada en este negocio. Que eres un egoísta. Un engreído. Un animal que solo mira por sí mismo. Esta noche lo has vuelto a demostrar.

—Estoy empezando a notar un patrón... —respondió Drew, con la voz sorprendentemente calmada.

—¿Perdona? —Liam sacó el arma del bolsillo de la chaqueta y se la puso sobre el muslo. El movimiento fue diestro y quedó fuera de la vista.

—*Tú* eres el veneno del grupo —empezó Drew—. Tú eres el que comete todos esos errores. Garrison y yo estábamos bien antes de que tú llegaras. Y luego dejas que ese imbécil de Tanner se una al equipo. Tú eres quien debería haber notado las señales de Jake hace mucho tiempo, pero nunca hiciste nada al respecto. Tú eres el que dejó pasar el comportamiento de Garrison durante tanto tiempo. Y no me vengas con esa mierda de Hannah; tú eres el que me

mantuvo en el equipo a pesar de saber perfectamente lo que había hecho.

—Créeme —dijo Liam, a quien la conversación estaba enfureciendo—, quise mandarte a paseo aquella noche. Créeme de verdad. Pero Dennis me convenció de lo contrario. Éramos buenos amigos y confiaba en él. Dijo que habías cometido un error... que debería darte el beneficio de la duda.

Drew se reclinó en su silla, apoyó el codo en la silla de al lado y cruzó una pierna sobre la rodilla.

—¿Cuánto has pagado esta vez? —preguntó Liam, esforzándose por reprimir una sonrisa.

—¿De qué me acusas ahora?

—Escocés. De mediana edad. Con sobrepeso. Sudoroso. Mick «El Magnate». Pero, obviamente, eso ya lo sabías, ¿no?

—¿Entonces por qué lo preguntas?

—Porque quiero oírtelo decir.

—Decir qu... —La boca de Drew se abrió y cerró repetidamente mientras Liam subía la pistola a la mesa.

Era hora de jugar.

—Sabes —empezó Liam, lamiéndose los labios—, alguien me dijo una vez que lo que hacemos es como construir casas de papel. Nosotros —como equipo, como colectivo, como un ejército de policías corruptos y criminales— trabajamos duro y nos jugamos el pellejo por el dinero que ganamos, pero si una de las hojas se humedece y arruina la integridad de la estructura, entonces hay que ocuparse de ella. Garrison era una hoja húmeda. Ya se han ocupado de él. Si no hubiera sido así, todo se habría venido abajo.

—¿Casas de papel?

—Casas de papel.

—¿Me estás vacilando? Venga, hombre. No tiene ningún sentido lo que dices.

—Lo tiene si lo piensas bien. Pero tú no piensas en las cosas, ¿verdad? No meditas tus actos. Un ejemplo: Hannah Bryant. No pensaste en lo que eso te haría a ti y a tu reputación con el tiempo.

Drew abrió la boca, pero Liam lo silenció con un movimiento del arma.

—Otro ejemplo: El Magnate. Volveré a preguntar: ¿qué estabas haciendo con él? ¿A qué parte del mundo te está ayudando a llegar?

—¡No es asunto tuyo!

Liam apuntó con el arma a Drew.

—Lo es... así que dímelo.

—¡A Grecia!

—¿Grecia?

—Tengo algo de familia allí. Hace mucho tiempo... No... no los he visto en mucho tiempo.

—¿Cuándo vuelas?

—Mañana.

—¿Y a quién ibas a contarle todos tus escurridizos secretos?

—A nadie. De verdad. Te lo juro. ¡Liam, tienes que creerme!

—Te creo. Te creo de verdad. No se lo dirás a nadie, eso lo entiendo. Solo necesito asegurarme de que siga siendo así.

Liam levantó la pistola en el aire, apuntó al entrecejo de Drew y apretó el gatillo.

PARTE 6

CAPÍTULO 84

MORADA

La sangre y algunos restos de tejido cerebral salpicaron la pared del fondo, deslizándose por la pintura hacia los rodapiés y el suelo de baldosas. El cadáver de Drew se hundió aún más en la silla, tambaleándose sobre el borde de su lado izquierdo, con el brazo colgando como la trompa de un elefante. Una vez que cesó el penetrante pitido en los oídos de Liam, este se sacudió la ropa, se guardó el arma en el bolsillo interior de la chaqueta y salió de la casa por la puerta del patio, con cuidado de no pisar el cuerpo de Drew ni ninguna mancha de sangre.

Eran casi las diez y llegaba casi tarde a su cita.

Liam caminó a paso largo hacia su coche; sus pisadas sobre la grava de la entrada de Drew perturbaban la serenidad de la calle a su alrededor. Se subió de un salto y resopló, haciendo subir flema de su garganta y moviéndola por la boca. Se asomó por la ventanilla y escupió un glóbulo sobre la acera, que brilló bajo la luz artificial de la farola. Los efectos de las drogas empezaban a remitir, como si la concentración y la adrenalina derivadas de disparar a Drew hubieran agotado los niveles de cocaína en sangre.

Más. Necesitaba más.

Solo un poco. Nada del otro mundo.

Liam cogió la bolsita de plástico de la guantera, se lamió el dedo y rebañó lo que pudo del interior. Luego se lo frotó frenéticamente en las encías hasta que la fricción le abrasó. No era mucho, pero bastaba. Un ligero subidón para reforzar su estado de alerta.

Al arrancar el motor, apenas acababa de asimilar lo que había hecho. Acababa de matar a un hombre con su propio dedo. Había acabado con una vida. Bum. Hecho. Así de fácil. Se acabó. Fin. No más.

Bien. Se lo merecía. Totalmente.

Pero ahora no había tiempo que perder. Sabía por sus años de experiencia que los criminales siempre cometían los errores más graves inmediatamente después de perpetrar el delito. Solían entrar en pánico mientras intentaban deshacerse del cuerpo o encubrirlo, dejando un rastro de migas de pan para que el detective de turno, entusiasta y algo curtido, los encontrara y los arrestara. Y Liam no tenía intención de convertirse en una estadística más.

Mañana. Lo solucionaría entonces. Mañana. Sí.

En cuanto a su objetivo actual, quería el lote completo.

Sintiendo un ritmo musical imaginario en su cabeza mientras las drogas empezaban a apoderarse de su cuerpo, Liam tamborileó sobre el volante y se puso en marcha.

Estaba en casa de Tanya Smile en diez minutos. Vivía en el lado oeste de Stratford, a unos pocos kilómetros de su propia casa. Se vio obligado a conducir despacio y con prudencia. No le serviría de nada tener un accidente de coche ahora. Estaba a punto de echar un polvo.

La casa de Tanya era una de esas elegantes y lujosas por las que Liam sentía envidia. Era alta, de un mármol blanco, y tenía dos columnas junto a la puerta principal al final de un pequeño tramo de escalones. A la izquierda de la puerta estaba el salón. Una tenue luz amarillenta escapaba por las cortinas, distorsionada por su sombra mientras ella se movía por el lugar.

Liam se detuvo, subió el coche al bordillo y le envió un mensaje de texto. En unos segundos, ella salió por la puerta y se dirigió hacia él a zancadas. Llevaba su blusa de cuadros blancos y negros, unos

pantalones negros y sandalias. Se había cortado el pelo corto y lo llevaba ondulado.

—Llegas tarde —dijo ella, lanzando su bolso al espacio para los pies.

—Guapa —dijo él—. Estás muy guapa.

El trayecto de vuelta a su bloque de pisos se le hizo largo e inacabable. Al llegar al edificio de Liam, entró en el aparcamiento y apagó el motor.

—Bienvenida a mi humilde morada —dijo con sarcasmo.

CAPÍTULO 85

VACÍO

Al estómago de Jake no dejaban de rugirle las tripas. Esta era solo su segunda vigilancia y no había previsto el hambre que llegaría a pasar. De hecho, ni siquiera había previsto cuánto tiempo se vería obligado a esperar el regreso de Liam. El hombre se había comportado como un fantasma durante todo el día. No estaba con sus amigos, ni con su familia, ni en ninguno de sus lugares habituales. Jake incluso se había pasado por el pub y, aun así, no había tenido suerte en su búsqueda.

Hasta ahora.

Jake observó con avidez cómo Liam y la reportera de BBC News, Tanya Smile, entraban en el bloque de pisos de Liam. Él estaba sentado a unos cuarenta metros, en el aparcamiento frente al edificio, oculto a la sombra de un árbol que se cernía sobre él. Entre las manos sostenía una de las cámaras profesionales de Elizabeth, equipada con el objetivo que le había comprado después del nacimiento de Ellie. Era el que ella había utilizado en la universidad para ayudarse a obtener su matrícula de honor. Tenía instrucciones estrictas de no dañarla; si lo hacía, tendría que reponérsela, un gasto que, desde luego, no podía permitirse.

Jake apuntó con el objetivo a los dos perfiles, hizo zum y disparó.

—Te cacé —susurró para sí mientras apartaba la cámara de su rostro—. Ahora ya sabemos quién ha estado vendiendo nuestros secretos a los lobos hambrientos.

En cuanto desaparecieron de la vista, Jake saltó de su vehículo y cruzó el aparcamiento sigilosamente, caminando con ligereza y manteniendo el cuerpo agachado. Menos de una hora antes, Charlotte le había dado luz verde para acceder a los coches de Liam y Drew por cualquier medio necesario. Junto al maletero del coche de Liam, se puso un par de guantes desechables, sacó del bolsillo un juego de ganzúas y herramientas de apertura y empezó a forzarlo.

Bajo el látex, sus dedos manipularon la cerradura hasta que finalmente cedió y el portón se abrió. Había entrado, y le había llevado menos tiempo de lo esperado; mientras esperaba, había practicado con su propio maletero y, con la escasa luz, le había costado varios minutos.

Una pequeña luz roja incandescente se encendió dentro del maletero, iluminando todo su contenido. Allí vio una bolsa reutilizable de Tesco, llena de botellas de agua con gas, una barra antirrobo para el volante y un mapa de carreteras de la AA. Escondida bajo el mapa asomaba la esquina de otra bolsa de plástico. Levantó el mapa y descubrió los dos cigarrillos que había divisado antes, guardados dentro de dos bolsas de pruebas. En las esquinas superiores de las bolsas había etiquetas adhesivas. Cada una había sido marcada, firmada y fechada por el propio Liam.

Jake dejó de respirar por un momento mientras encajaba las piezas de lo que todo aquello significaba. Ahora se confirmaba que Drew y Liam habían sido cómplices en el accidente de Garrison. Los cigarrillos eran las pruebas que Charlotte y él necesitaban. Pero ¿por qué estaban precintados en bolsas de pruebas y preparados para que pareciera que se habían encontrado en la escena del crimen para ser presentados como pruebas del caso?

La respuesta no tardó en formarse en la mente de Jake.

Era un seguro de vida para Liam. Por si acaso necesitaba usarlos contra Drew. Por el motivo que fuera.

Jake cerró el maletero en silencio, se dirigió a la parte delantera del coche, forzó la cerradura y se sentó en el asiento del conductor.

Echó un vistazo rápido al contenido de la consola central. No había nada allí, salvo una botella de Pepsi a medio beber y una bolsa de sándwich vacía. Tras considerarlo despejado, se inclinó hacia la guantera. Antes de abrirla, tragó saliva, temiendo lo que pudiera haber al otro lado.

La abrió y luego suspiró profundamente.

Vacía.

Una parte de él se sintió aliviada, aunque la otra había esperado que hubiera algo dentro que pudieran utilizar para acumular pruebas contra él. Quizá un arma, o un paquete de droga, o un fajo de dinero en efectivo; tal vez incluso un teléfono prepago que contuviera toda su actividad ilícita.

Un sonido a lo lejos le distrajo: una rama cayendo al suelo o rompiéndose bajo los pies de alguien. Asustado, con el pulso acelerado, cerró la guantera, salió del coche y volvió a cerrarlo con llave. Luego regresó apresuradamente a su propio vehículo y puso rumbo a la comisaría.

CAPÍTULO 86

UNA NOCHE LARGA

Jake aparcó su coche bajo una farola, por miedo a que alguien pudiera manipularlo. A que pudieran meterle drogas o dinero en el coche como habían hecho con su cajón, que lo vandalizaran o incluso que lo robaran para después hacer que pareciera que él había estado involucrado de algún modo en el accidente de Garrison. No había forma de saber hasta qué punto llegarían Liam y Drew. No se sabía hasta dónde estaban dispuestos a forzar las cosas.

Se quedó mirando el edificio de la comisaría frente a él, con la piel teñida por el tono anaranjado de las farolas. Todas las luces de Bow Green estaban encendidas, aunque Jake sabía que solo habría un puñado de personas dentro a esas horas de la noche. Bow Green era su segundo hogar. Un lugar de refugio. Camaradería. Amistades. Relaciones. Había varios recuerdos divertidos y alegres que habían tenido lugar entre las cuatro paredes que componían el Equipo de Investigación de Delitos Graves. Y también había habido momentos tristes, angustiosos y desoladores.

Pero, como ocurre con todo, lo bueno siempre pesaba más que lo malo.

Jake llevó las bolsas de pruebas al MIT. Las luces del interior casi lo cegaron. A lo largo de las paredes se abrían grandes cuadrados de oscuridad que contemplaban la calle de abajo. Al otro lado, se oía el

zumbido esporádico de los coches al pasar junto al edificio. Charlotte era la única persona en la oficina. Estaba ocupada trabajando en su escritorio, hojeando documentos.

Jake la saludó con la mano. —Buenas noches.

—¡Jake! —dijo ella con entusiasmo—. Me alegro de que estés aquí.

—¿Has estado trabajando todo este tiempo?

—No me he tomado ni un descanso —respondió Charlotte, volviendo a centrar su atención de inmediato en el trabajo. Al lado de su teclado había una ensalada de pasta con pollo a medio comer del Co-Op, que estaba a unos cientos de metros de la comisaría.

—¿Qué tienes? —preguntó Jake mientras se acercaba a ella. Se abrió paso entre los escritorios con las bolsas de pruebas en la mano.

—Mucho. El informe de ADN de la cartera que encontraste en el almacén y el ADN del cuerpo y la ropa de Michael Cipriano.

—¿Y?

—El tuyo ha aparecido, como era de esperar. Pero tenías razón: alguien lo molió a palos hasta matarlo. Nigel Clayton. Otra vez. Su ADN estaba tanto en la cartera como en el cuerpo de Michael. Quizá es que no usa guantes.

—Aunque él no es un criminal como los otros. Era contable, un hombre de números, no un delincuente curtido que tuviera buen ojo para la discreción.

—¿A qué te refieres con *los otros*? —preguntó Charlotte, girando sobre su silla para mirarlo de frente.

Jake acercó una silla y se sentó a su lado. —¿Dónde está la furgoneta negra que se quedó en el almacén?

—Ha desaparecido. Nadie la ha encontrado.

—Así que se la llevaron mientras Drew o Garrison estaban en su turno. Y el coche de Clayton también faltaba. —Jake hizo una pausa —. Se me olvidó mencionarlo, pero cuando Michael murió, había alguien más presente. Una mujer. Tenía la cabeza en otra parte; se me pasó por completo...

—¿Estás seguro?

Claro que estaba seguro. No había podido olvidarse de ella. De pie sobre él, pistola en mano, el dedo sobre los labios...

Aquí no hay nadie...

—¿Te dejó ir? —preguntó Charlotte después de que él terminara de explicárselo—. ¿Pero por qué?

Jake se encogió de hombros. La respuesta se le escapaba.

—¿Sabía que eras policía?

—Puede ser. Pero no es como si llevara el uniforme puesto ni nada parecido.

Charlotte reflexionó un momento, cogió su cena y se llevó una cucharada de pasta a la boca. —Podría haber pensado que eras un desconocido cualquiera. —Hizo una pausa para dar otro bocado—. ¿Apuntaste la matrícula de la furgoneta después de entrar en el almacén?

Jake asintió y le dijo cuál era.

—La comprobaré. Veré si la han detectado desde entonces.

—Si es la misma que usaron para transportar y matar a Danny Cipriano, las placas serán falsas. Pero si consigues encontrar algo, me quedaré impresionado.

—Tengo algunos trucos bajo la manga. Un par de personas que podrían deberme algunos favores. —Charlotte garabateó algo más en el bloc y luego señaló las bolsas de pruebas sobre la mesa—. ¿Es eso lo que creo que es?

Jake asintió lentamente.

Charlotte las alcanzó, las sostuvo en alto y las inspeccionó. —¿Cómo las has conseguido?

—En el maletero de Liam. Estaba en su piso. Con Tanya Smile.

Charlotte abrió mucho los ojos mientras se limpiaba los labios con el dorso de la mano. —¿La reportera de noticias de la BBC?

—A menos que tenga una gemela idéntica.

Charlotte no dijo nada, dejó las bolsas de pruebas y cogió su teléfono. La llamada ya se había conectado para cuando se lo llevó a la oreja.

—¿Diga? —dijo—. Soy yo... Necesitamos a los de forense de urgencia en la oficina. ¿Está Carl disponible...? Perfecto. Envíalo para acá.

Charlotte colgó y, así de fácil, el asunto quedó resuelto.

—¿Qué pasa ahora, entonces?

—Mi oficial de enlace va a enviar a alguien a recoger las pruebas. Les hará algunas pruebas y luego deberíamos ver si hay algún otro ADN en ellas.

—¿Cuánto va a tardar eso?

—Con él... las huellas dactilares tardarán un par de horas... cualquier otra cosa, un par de días... como mínimo.

Charlotte cogió su taza de café y la agitó.

Estaba vacía.

—Te traeré otro —dijo Jake, quitándole la taza—. Tengo la sensación de que va a ser una noche larga.

CAPÍTULO 87

DIRECCIÓN

Las horas parecían alargarse sin que hubiera rastro de un amanecer que trepara por las ventanas como un personaje de alguna película de terror japonesa. Jake sentía los párpados pesados y una racha de bostezos lo asaltó. Su cuerpo estaba agotado y, para mantenerse despierto, caminaba de un lado a otro de la oficina, obligándose a permanecer activo. Y a no quedarse dormido.

Hizo balance de todo lo que sabían sobre Liam, Danny Cipriano y todo lo que había entre medias. Danny Cipriano fue asesinado por El Granjero, un sicario, y sus cómplices. Lo habían secuestrado del programa de protección de testigos y lo habían enterrado vivo en la obra. El ADN de Nigel Clayton, un contable, se descubrió en la escena del crimen. Listo. El siguiente era Richard Maddison, el principal sospechoso —a ojos de Liam, Drew y Garrison—. Todos corruptos. El Granjero y sus cómplices mataron a Richard en su propio piso. De nuevo, el ADN de Nigel apareció en la escena. Luego le tocó a Michael Cipriano sufrir el mismo destino que su hermano. Salvo que esta vez fue diferente: solo eran dos. Nigel Clayton y una mujer. Rusa. Identidad desconocida. Le había salvado la vida y le había dejado marchar.

¿Quién era ella y, lo que es más importante, quién era El Granjero?

La pregunta del millón de dólares.

Si descubrían quién era El Granjero, Jake tenía la esperanza de que desvelaran la identidad de La Cábala.

Poco después de que Charlotte hubiera llamado a su contacto externo, el técnico de la escena del crimen, Carl, había recogido los cigarrillos y se los había llevado para investigarlos. Jake y Charlotte pasaron las siguientes horas realizando tareas que normalmente llevaba a cabo un equipo de cinco o más personas. Empezaron con Nigel, comprobando primero si tenía alguna dirección particular registrada. Habían encontrado una que dio antes de entrar en prisión pero, tras una rápida comprobación, Jake descubrió que el edificio había sido derribado y se había convertido en una gasolinera con una tienda de conveniencia anexa.

Callejón sin salida.

Jake giró sobre sí mismo y miró a Charlotte. Justo cuando iba a preguntarle algo, el móvil de ella empezó a sonar.

—¿Sí? —respondió ella con voz somnolienta—. Puedo hablar. Sigo en la oficina con el detective Tanner. ¿Qué pasa?

Hubo una larga pausa en la conversación; Jake escuchaba con atención.

—Ah, perfecto. Muchísimas gracias… Sí. Por supuesto. Entendido… Pásamelo, por favor. Voy a iniciar sesión ahora mismo.

Charlotte colgó y dejó el teléfono sobre la mesa. Cogió un bolígrafo y garabateó algo en un trozo de papel.

—¿De qué iba eso? —preguntó Jake.

—Ya tenemos los registros de llamadas de Liam, Drew, Garrison y Clayton, todos de una vez. Mi contacto los está enviando ahora.

—¿Y la información en tiempo real de las torres de telefonía? ¿Va a conseguirla?

—Está en ello. Si son lo bastante estúpidos como para dejar su ADN en los cadáveres, puede que también lo sean para dejar sus teléfonos encendidos.

Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Jake, y no se le quitó hasta que el correo electrónico llegó a la bandeja de entrada de Charlotte. Ella imprimió dos copias de los informes y le entregó una. Contenía una larga lista de números de móvil, fechas, horas y la

duración de las llamadas, junto a una serie de mapas que mostraban las ubicaciones de las mismas. Tantos datos y tan poco tiempo.

—Jake —comenzó Charlotte—, ten en cuenta que estas son llamadas realizadas desde teléfonos registrados a sus nombres en los últimos doce meses. Si Liam, Drew o Garrison han hecho algo con números sin registrar, no lo tendremos. A menos que encontremos los teléfonos que podrían haber estado usando. ¿Has encontrado alguno en el coche de Liam?

Jake negó con la cabeza y luego se volvió hacia el despacho de Liam. —Apuesto a que ahí dentro hay una mina de oro de respuestas —dijo.

—No, no podemos. —Charlotte se subió las gafas a la frente y se masajeó la cara, pensativa.

—Claro que podemos. ¿Y si registro el despacho buscando algo relacionado con el asesinato de Danny? —preguntó Jake—. Entro allí, encuentro un teléfono y empieza a sonar. Eso me parece sospechoso, así que lo dejo estar. Espero a que termine la llamada y luego inspecciono el terminal.

—Jake…

Él se levantó de la silla y se acercó al despacho de Liam. Estaba abierto.

El olor a alcohol flotaba en el aire; ese tipo de olor que se filtra por los poros, que no se va ni con una ducha a la mañana siguiente de la noche anterior. Jake lo ignoró y recorrió la habitación con tiento, con cautela. No podía librarse de la paranoia de sentirse vigilado, monitorizado, o de que en cualquier momento Liam pudiera llamar a la puerta y preguntarle qué coño estaba haciendo. Recuperando la compostura, regañándose a sí mismo por ser un estúpido y pensar tales cosas, Jake registró los cajones del escritorio de Liam. Lo sacó todo. Nada. Los dejó y centró su atención en el archivador que había en la esquina de la habitación.

El cajón superior estaba lleno de papeles y carpetas. El segundo también. Así que, al llegar al de abajo, Jake no tenía demasiadas esperanzas.

Puso la mano bajo el tirador y tiró de él.

Su respiración se detuvo al reconocer lo que había dentro. Una botella de whisky y un teléfono móvil.

—Ay, Liam —dijo—. Liam, Liam, Liam.

Jake llamó a Charlotte y ella acudió de un salto.

—¿Qué pasa?

Jake se lo mostró. —Un móvil desechable, supongo.

—No lo toques. Deja que coja unos guantes y una bolsa de pruebas. —Charlotte salió y reapareció unos instantes después con una bolsa y las manos enfundadas en guantes de látex azules. Introdujo la mano en el archivador, sacó el teléfono y se lo llevó a su mesa.

—Esto se suma a la ya larga lista de papeleo que tendremos que rellenar cuando todo esto acabe —comentó Jake.

Una sonrisa burlona asomó a la cara de Charlotte. —El papeleo es lo que hace que este trabajo sea lo que es.

—Creo que vamos a tener que poner en orden tus prioridades.

Charlotte dejó el teléfono sobre su mesa, lo encendió y revisó las llamadas más recientes. Jake cogió los documentos impresos y los puso junto al móvil. Pasaron los siguientes minutos cruzando los números de la agenda con los del registro.

Poco después, obtuvieron un resultado. Varios.

Jake deslizó el dedo por la fila de la hoja.

—Es un número de teléfono fijo. Una tienda de accesorios de telefonía móvil en Elm Road —dijo Jake tras mirar la ubicación correspondiente en el mapa.

—Ideal para el blanqueo de dinero —respondió ella—. Vamos a echar un vistazo. Yo recogeré esto, tú llama al SO19. Que vengan los AFO. Son personas que tienen acceso a armas de fuego. No quiero dejar nada al azar.

CAPÍTULO 88

DEJANDO ATRÁS

Las luces azules intermitentes iluminaban la calle, irrumpiendo en los edificios, las ventanas y las vidas privadas de la gente. Jake y Charlotte fueron los primeros en llegar y esperaron a que el resto de los agentes acudieran al lugar. El emplazamiento que habían descubierto era una tienda de accesorios para móviles en Elm Road, justo al oeste de Bow Green. Era pequeña, pintoresca y, en su mayor parte, discreta, a excepción de la vibrante fachada verde que adornaba la puerta y las paredes. El frente del edificio albergaba escaparates de cristal, y los expositores estaban repletos de teléfonos móviles, ordenadores portátiles reacondicionados y videoconsolas, además de fila tras fila de cualquier tipo imaginable de accesorio para móviles: fundas, cargadores, protectores de pantalla, palos selfi. De todo.

Un vehículo de respuesta armada se detuvo a su lado. Cinco hombres vestidos de negro y con equipo de protección, armados con SIG, surgieron de la furgoneta y se aproximaron al edificio en silencio. Cuatro de ellos se desplegaron a ambos lados de la entrada, mientras que uno se apresuró hacia la puerta, con destreza y sigilo. Se agachó junto a la cerradura y la forzó. En cuanto se abrió, los agentes armados gritaron: —¡Policía armada! ¡Salgan con las manos sobre la cabeza!

No era la oportunidad que los criminales merecían, pero fue la que tuvieron. Al no obtener respuesta, llegó el momento de enviar al perro policía. Un pastor alemán ataviado con su propio arnés protector saltó de la parte trasera de una furgoneta canina. Sujeto aún por la correa, corrió hacia la puerta principal. En cuanto estuvieron a unos pocos pies de la entrada, el guía soltó al perro y este irrumpió en el edificio, abriéndose paso por el vestíbulo hacia las habitaciones traseras. En cuestión de segundos, sus ladridos profundos y potentes desaparecieron y se volvieron amortiguados, casi inaudibles.

Menos de un minuto después, el sabueso regresó, jadeando, exhausto, con la lengua colgando y goteando saliva.

A continuación, fue el turno de los agentes armados para entrar en la propiedad. Una vez que el perro estuvo de vuelta con su guía, los agentes entraron en tropel; con las armas en alto, los rostros ocultos y gritando las mismas dos palabras que lograban erizar el vello de la nuca de Jake cada vez que las oía. Policía. Armada.

Jake echó un vistazo a izquierda y derecha, observando la longitud de la calle. En cuestión de minutos, en los límites del perímetro establecido por los agentes de uniforme, los residentes de las casas circundantes habían permitido que la curiosidad les venciera. La mayoría estaban envueltos en sus albornoces. Algunos honraban a los presentes con la vista de sus torsos desnudos, a pesar del aire fresco. Otros estaban completamente vestidos, abrazándose a sí mismos para entrar en calor.

Jake les prestó poca atención.

Dos minutos más tarde, los cinco agentes armados regresaron, aún con las armas en ambas manos. Ninguno de ellos parecía falto de aliento, y ninguno parecía perturbado por la adrenalina que recorría sus cuerpos.

Charlotte y Jake se acercaron a ellos.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Jake.

—Vacío —dijo uno. Jake supuso que era el oficial al mando—. No hay nadie ahí dentro.

—¿Alguna señal de vida en absoluto?

El agente negó con la cabeza. —Se lo han llevado todo. Quienquiera que estuviese ahí dentro ha hecho una limpieza a fondo.

Jake dio una patada al pavimento bajo sus pies.

—Muy bien —dijo Charlotte, ocultando la frustración en su voz. Se volvió hacia Jake—. Que entre la científica. Puede que hayan dejado algo atrás. Y, si lo han hecho, daremos con ellos.

CAPÍTULO 89

GRABACIONES

La suave luz de la mañana, teñida de un tono azulado por las nubes bajas, se filtraba por las ventanas del dormitorio de Liam, despertándolo. Tenía el sueño ligero; siempre lo había tenido. Su mente era demasiado activa —rayando en lo paranoide— y siempre le costaba dormir. Cualquier mínima perturbación lo despertaba. Y las drogas tampoco habían ayudado.

Tanya yacía a su lado, y su cuerpo irradiaba calor a través de su piel suave y delicada. La noche anterior, ella había tardado exactamente dos minutos en dar explicaciones y defender sus actos antes de que él acabara perdonándola. No había sido culpa suya en absoluto; esa responsabilidad recaía en Garrison, y el hombre estaba exactamente donde merecía estar.

Y luego habían tardado otros dos minutos en reconciliarse.

Dos veces.

Tanya estaba envuelta bajo el edredón, acurrucada hasta las orejas y de espaldas a él. Liam se acercó a su cuerpo y la rodeó con los brazos. La atrajo suavemente hacia su pecho y la apretó.

—Buenos días —dijo ella, manteniéndose completamente quieta.

—Perdona. No pretendía despertarte.

—No pasa nada. Tenía que levantarme pronto de todos modos.

—¿Has dormido bien?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Todavía mejor. —Él le besó la nuca. Ella aún llevaba puesto el sujetador, y la mano de él recorrió su espalda arriba y abajo antes de hurgar en el broche y soltarlo.

—Ahora no —dijo ella, poniéndose boca arriba—. Lo siento.

—Solo necesito algo que me ponga de humor para ir a trabajar.

—Podríamos hablar de eso, en cambio. Anoche no dijiste mucho al respecto.

Liam se incorporó sobre los codos. —¿Y quién tiene la culpa de eso?

Tanya se dio la vuelta para mirarlo, mostrando esa sonrisa que tanto le gustaba.

—Pero ahora en serio —continuó ella, sacándolo de sus pensamientos—. Tenemos que hablar del tema. No parece que lo estés llevando bien. Nunca te había visto tan receloso y tenso.

—Se ha ido todo a la mierda. Sorprendentemente, eres casi la única persona en la que puedo confiar en este momento.

—¿Por qué lo dices?

No le había contado lo de Drew. Y solo había sido escueto en los detalles que rodeaban el accidente de Garrison. No quería que supiera hasta qué punto estaba involucrado, por miedo a lo que ella pudiera pensar de él. Temía que eso asfixiara su relación y le cortara el suministro de aire, del mismo modo en que había muerto Danny Cipriano.

—Garrison me traicionó contigo y con los asesinatos de los Cipriano. Estaba intentando encubrirlos mientras yo intentaba resolverlos. Y creo que Drew podría haber sido el responsable de lo que le pasó a él. Tiene esa acusación de violación de la que intenta defenderse y se está volviendo paranoico. Garrison es el único que sabe lo que pasó. Y creo que podría haber intentado silenciarlo.

—¿Pero qué tiene eso que ver contigo?

Liam hizo una pausa. —Porque Drew sabe que estoy tras su pista. Sabe que lo sé todo. Está paranoico.

—¿Estás seguro de que no eres *tú* el que está paranoico? Esas personas han sido tus amigos durante años. No me imagino que fueran a traicionar tu confianza así.

Tú y yo pensamos igual.

Él se encogió de hombros. —Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo. Soy una mujer. Siempre somos la voz de la razón y la lógica. Te conozco lo suficiente para saber que te pones en lo peor en cualquier situación.

—Eso se llama ser... —Liam se detuvo, con la mente divagando —. Espera, ¿qué acabas de decir?

—Que te conozco lo suficiente...

—Antes de eso.

—Que claro que tenía razón, que soy una mujer...

—Sí, pero no. Has mencionado lo de ser la voz de la razón.

Tanya se incorporó sobre los codos, subiéndose el edredón hasta el pecho al hacerlo. —No le veo la importancia.

Liam apartó la mirada y sus ojos se posaron en el regazo de ella. —¿Qué otra mujer es la voz de la razón? —susurró para sí mismo.

—¿Tu madre? —respondió Tanya, dubitativa.

Sin decir nada, Liam saltó de la cama, recorrió el pasillo y entró en el salón. Los restos de la comida china de la noche anterior estaban sobre la encimera de la cocina americana, y allí, en la mesa del comedor de Liam, estaba su ordenador portátil. Lo cogió y regresó al dormitorio.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tanya. Parecía un poco asustada.

Liam la ignoró y abrió el ordenador, con la mente trabajando en piloto automático. Se cargó la pantalla de inicio e inició un programa en su escritorio. Era el software de audio que Drew le había instalado después de colocar los micrófonos en los coches de sus objetivos. En la página principal había una lista de dispositivos que el software estaba rastreando. Al lado figuraba la hora y la fecha de la última grabación y la ubicación. Liam hizo clic en el primer resultado, pulsó la barra espaciadora y escuchó. La marca de tiempo indicaba que era de ayer a mediodía.

Al principio se oyó el ruido estático de fondo. Luego empezaron las voces.

—¿Jefe? —dijo la voz de Charlotte, alta y clara.

—Liam, ¿qué es... —interrumpió Tanya, pero él la silenció con un gesto de la mano.

—Esto es la prueba de que no me estoy volviendo loco —respondió él.

Liam dejó de prestarle atención y volvió a centrarse en la grabación de audio.

—Estoy bien. Acabamos de tener otro incidente. El agente Pete Garrison. Al parecer, una colisión de tráfico. A mí me parece sospechoso.

—¿Qué necesitas?

—Registros telefónicos y financieros del inspector jefe Liam Greene y del sargento Drew Richmond.

—¿Algo más?

—Órdenes de registro para sus domicilios y vehículos.

—Déjamelo a mí. ¿Alguna otra cosa?

—No, señor.

—¿Estamos cerca de un avance?

—Sí, señor. Es inminente. El agente Tanner y yo tendremos a Liam y a los sicarios bajo custodia muy pronto.

—Bien.

Hubo una breve pausa y, por un momento, Liam se preguntó si la conversación había terminado.

Entonces, el hombre al otro lado continuó. —¿Cómo va todo? ¿Tu salud, tu bienestar?

—Bien.

—¿Echas de menos a la familia?

—Estaré bien.

—¿Estás segura?

—Sí. Tengo sus cenizas, algunas fotos. El trabajo me ayuda a no pensar en todo eso.

—Estoy seguro —dijo la voz—. Pero si necesitas cualquier cosa, dímelo. Te haré llegar esos documentos en cuanto pueda.

—Gracias, jefe. Se lo agradezco.

La línea se cortó y la grabación se detuvo poco después.

Liam se quedó mirando los píxeles de la pantalla hasta que sus ojos se empañaron y se acostumbraron al brillo intenso. Al instante

sintió náuseas físicas, como si no fuera a llegar al baño y su alfombra fuera a tener una nueva mancha imborrable.

—¿Liam? —una voz lejana lo llamó—. ¿Liam?

Era Tanya.

—¡Liam! —dijo ella, esta vez tocándolo.

Él regresó sobresaltado a la realidad y giró la cabeza bruscamente hacia ella.

—¿De qué iba todo eso?

—Es... es mi... ¡Lo puto sabía! —La ira creció en su interior como una marea ascendente dentro de una cueva, y necesitaba algún lugar donde liberarla—. Esos malditos... traidores... —gritó, llenando la habitación con un rugido profundo.

—Me estás asustando, Liam —respondió Tanya—. Cálmate. Por favor. ¿Qué está pasando? Habla conmigo.

Liam mantuvo las distancias. Nunca le había pegado a una mujer en su vida, pero eso no significaba que no fuera a hacerlo. No si se acercaba demasiado. Hacía mucho tiempo que no sentía tanta rabia, y sus nudillos nunca se habían recuperado del todo desde entonces; tampoco el rostro del hombre al que había molido a palos.

—Mi equipo. Jake. La nueva, Charlotte. Vienen a por mí por los asesinatos de Danny y Michael... y ahora el incidente de Garrison. Apuesto a que están trabajando con Drew. Apuesto a que lo han hecho todo este tiempo.

—¿Por qué? ¿Por qué iban a ir a por ti? ¿Es verdad?

—¡No! ¡Claro que no es verdad! Yo no tuve nada que ver con ninguno de ellos. Están buscando a alguien a quien echarle la culpa.

—¿Va a repercutirme a mí? —preguntó Tanya. Deslizó las piernas por el borde de la cama, se abrochó el sujetador y se puso una camiseta que había sido arrojada al suelo antes de empezar el sexo.

—¿Qué? —soltó Liam con brusquedad.

—¿Me va a salpicar a mí? Las llamadas. Los registros de llamadas. ¿Se van a dar cuenta de que estamos trabajando juntos?

Liam sacudió la cabeza con incredulidad. —¿De verdad crees que eso es lo que me preocupa ahora mismo?

—No, pero a *mí* sí. *Yo* también tengo una carrera que cuidar. No todo gira en torno a tu maldita vida, Liam.

Liam la ignoró. Se apresuró a ir a su armario, agarró una camisa blanca y empezó a ponérsela.

—¿Adónde vas? —preguntó Tanya. Empezaba a parecer que estaban teniendo una pelea de pareja. De esas en las que él no tiene razón y huye de su responsabilidad de hablarlo con ella.

Él prefirió no responder.

Ella rodeó la cama y se acercó a él. La adrenalina de él corría y su pulso se aceleraba. Ella le tocó el brazo y, para su sorpresa, la ira acumulada en su cuerpo se disipó ligeramente. —Nunca te había visto así. Me estás asustando. No me gusta.

—Voy a casa de Tanner. Tengo que hablar con su mujer. Charlar un rato con su familia.

—¿Por qué?

—Hay algunas cosas que creo que su mujer merece saber. Sin duda ya tendrán los registros de llamadas. Jake es el único que puede impedir que esto vaya a más. Lo siento, Tanya, pero tengo que ir a terminar con esto.

CAPÍTULO 90

NOVENTA Y NUEVE POR CIENTO

La cabeza de Jake golpeó la mesa, con fuerza. Eran casi las seis de la mañana y no había pegado ojo. Su cuerpo estaba prácticamente bajo mínimos, y no era algo que un desayuno inglés completo o ingentes cantidades de café pudieran solucionar. Necesitaba dormir, y lo necesitaba ya.

Él y Charlotte habían regresado a la oficina inmediatamente después de su fallida redada en la tienda de telefonía móvil, abatidos y un poco derrotados.

Se les agotaban las opciones. Y Jake no podía evitar sentir que también se estaban quedando rápidamente sin tiempo. No sabían a quién buscaban, ni sabían dónde buscarlo. La última pieza del rompecabezas no encajaba. Por lo que sabían, el Granjero y sus socios bien podrían haber abandonado ya el país.

Era algo en lo que era mejor no pensar. No serviría de nada ponerse en lo peor.

—¿Café? —preguntó Charlotte, asomando la cabeza como un resorte por encima de la mampara que separaba sus escritorios.

Jake hizo una pausa mientras los engranajes de su cerebro empezaban a girar lentamente. —Si tomo más —dijo—, no me quedará nada más en el estómago. Me va derecho al intestino.

Charlotte hizo una pausa y le lanzó una mirada de desaprobación. —Qué asco.

Jake soltó una risita. —Lo siento. A veces olvido dónde estoy.

Charlotte sonrió y desapareció en la cocina. Mientras ella ponía el hervidor en marcha, las puertas de la oficina se abrieron y entró Lindsay Gray. Llevaba el maletín de un ordenador portátil en una mano y una taza de café en la otra. Tenía unos auriculares blancos bien encajados en los oídos. En cuanto vio a Jake, se los quitó y se acercó a su mesa.

—¡Buenos días! —dijo con energía—. No pensaba verte aquí tan temprano.

—Llevamos aquí toda la noche. ¿Tú sueles venir a esta hora?

—Todas las mañanas. Este lugar no se va a gestionar solo, ya sabes. —Lindsay dio un sorbo a su bebida y se detuvo—. ¿Estáis solos, Charlotte y tú?

—Sí. Ella está ahí detrás.

—¿Sigues intentando avanzar algo con el caso Cipriano?

Jake resopló. —Y con todo lo demás, Lindsay. Es un no parar.

—¿Estáis cerca de resolverlo, o...?

—Más cerca de lo que hemos estado —dijo Jake, asegurándose de no compartir ningún detalle. No porque no confiara en ella, sino porque Charlotte le había dado instrucciones de no hablar del tema con nadie. No obstante, agradeció el esfuerzo de Lindsay por sacar conversación.

—Seguro que llegáis al fondo del asunto.

Lindsay puso la mano en su espalda, dejándola apoyada allí. —Me he enterado de lo que le pasó a Garrison —dijo, mirando de reojo hacia la mesa de Pete—. Es devastador. De verdad.

—Vamos a encontrar al culpable, no te preocupes.

—¿Has sabido algo más desde que ocurrió?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a si sabes lo último. Está en coma. No creen que vaya a despertar nunca.

El pulso de Jake se ralentizó. —¿Cómo lo sabes? —Se sintió ligeramente ofendido de que alguien ajeno a su equipo supiera esa información antes que él.

—Casi siempre estoy aquí todo el día. Oigo los cotilleos. Debió de ser mientras estabais fuera. Creo que Liam se lo ha contado a todo el mundo. Al parecer, Garrison lo puso como contacto de emergencia.

Jake la miró fijamente, carente de emoción o sentimiento alguno. Antes de que pudiera pensar en qué decir, Charlotte regresó.

—Os dejo con vuestras cosas —dijo Lindsay—. Se os ve muy ocupados.

Justo cuando los pensamientos de Jake empezaban a volverse hacia Garrison en su cama de hospital, sonó su teléfono. Miró la identificación de llamada, reconoció quién era y se apartó.

—¿Diga? —dijo, manteniendo la voz baja.

—¿Agente Tanner? —preguntó una voz aburrida y robótica—. Soy Jemimah; llamo del laboratorio. Le llamo por el documento del que solicitó los archivos originales sin alterar. Número de caso CS/7163949/E.

—¿Y bien?

—He decidido volver a pasar las pruebas del caso. Aún las teníamos guardadas por alguna parte. Le estoy enviando un nuevo informe a su correo ahora mismo.

Jake le dio las gracias a Jemimah, le dijo que le debía una, colgó y luego comprobó su correo electrónico.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlotte cuando él regresó a su mesa.

—Estoy esperando un...

Su teléfono emitió un pitido. Leyó el correo electrónico, y le empezaron a sudar las palmas de las manos mientras sus ojos escaneaban el documento.

—No me lo puedo creer —susurró, con un nudo formándosele en la boca del estómago.

—¿Qué es?

—Hannah Bryant. La ingeniera que fue testigo en el lugar del entierro de Danny. Una de las razones por las que estás aquí. Bueno, hace unos años, mientras aún era agente raso, Drew la violó, pero el caso se archivó y se desechó. Este es el archivo que confirma a Drew como sospechoso, y lo señala con una precisión del noventa y nueve por ciento.

—Dios mío —respondió Charlotte, atónita.

—Tengo que irme. Hay un sitio donde debo estar.

—¿A dónde?

Jake se dirigió hacia la salida, se detuvo y se giró para mirarla. —Tengo que ver a un viejo amigo.

CAPÍTULO 91

CONSUELO

Jake Tanner vivía en una calle pintoresca y estrecha. Había coches aparcados a ambos lados de la calzada, dejando un hueco suficiente para un solo carril de circulación. Unos robles gigantescos se intercalaban uniformemente a lo largo de la acera como los agujeros de un cinturón, proyectando alargadas y ominosas sombras sobre las casas.

Liam estaba sentado en el interior de su coche con la ventanilla bajada, apostado justo delante de la casa de Jake. Se frotaba las manos contra el volante para prepararse. Tenía un discurso en la cabeza, un plan, una secuencia que quería que siguiera su conversación. Lo había ensayado varias veces durante el trayecto. Pero la realidad era que la vida no era una obra de teatro: no salía exactamente como uno quería. Hasta aquel momento, los últimos días habían sido buena prueba de ello. Liam esperaba que la siguiente conversación fuera distinta.

Cogió su cámara del asiento del pasajero, salió del coche y se dirigió a la puerta principal de Jake. Al otro lado se oían los ecos de los gritos de un niño. Llamó.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y lo recibió una Elizabeth de aspecto sofocado. Estaba en pijama y tenía el pelo hecho un desastre; aun así, seguía pareciendo elegante y hermosa:

la atracción que sentía por ella definitivamente no remitía. Y sospechaba que nunca lo haría.

—¡Liam! ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí? —preguntó ella, envolviéndose en su bata.

Liam no dijo nada. Ella no tardó mucho en empezar a temerse lo peor.

—Dios mío. —Se llevó la mano a la boca—. ¿Jake? ¿Es... es él...? ¿Va todo bien?

—¿Puedo pasar?

Elizabeth profirió un lamento que resonó por todo el pasillo. Los ojos se le empañaron y las mejillas se le pusieron rojas.

—¡Mami! —dijo una voz desde el interior de la casa—. ¿Quién es?

En ese momento, Maisie Tanner apareció en el pasillo con una botella de agua en la mano.

—Es uno de los amigos de papá, cariño —dijo Elizabeth mientras Maisie se apresuraba hacia ella. Cuando llegó a su altura, Elizabeth se agachó y la cogió en brazos.

—¿Puedo pasar? —repitió Liam.

—Sí. Sí... Sí, pasa, por favor. —Se hizo a un lado y le dejó entrar.

Liam exhaló un suspiro de alivio. Una de las partes más difíciles ya había pasado.

Se detuvo junto a la entrada, señaló sus zapatos y preguntó:

—¿Me los quito?

—No. Por favor, déjatelos puestos. Ve a la cocina. Me estás asustando, Liam. ¿Pasa algo malo?

Esperó a estar en la cocina antes de responder.

—Jake está perfectamente —dijo, deteniéndose junto a Ellie, que estaba en su trona. Le acarició la mejilla y le revolvió su pelo castaño—. No corre ningún peligro.

—¿Estás seguro? —preguntó Elizabeth. Sentó a Maisie en la encimera de la cocina—. No vino a casa anoche. Pero ha enviado un mensaje hace un rato diciendo que todavía estaba en el trabajo. ¿Le ha pasado algo?

—No —dijo él—. Está totalmente a salvo. Pero quería pasarme por aquí porque... —Hizo una pausa para dar énfasis—. No me resulta fácil decir esto, Elizabeth...

—¿Qué? ¿De qué se trata?

—Hay algo que debes saber sobre Jake.

—Dímelo.

Liam dejó de tocar el pelo de Ellie.

—¿Cómo habéis estado últimamente?

—Bien. ¿Por qué? —respondió Elizabeth, poniéndose a la defensiva al instante.

—En el trabajo, ha mencionado un par de veces que habéis estado pasando... apuros económicos.

—¿Qué hizo *qué*?

—Solo me lo ha dicho a mí. Nadie más en la oficina lo sabe. Creo que le daba bastante vergüenza. Pero dijo que había estado buscando métodos para intentar pagar algunas de vuestras deudas.

—Ya —dijo Elizabeth con brusquedad—. La otra noche le pillé mirando páginas de apuestas.

Liam frunció los labios y sacudió la cabeza.

—No me refiero a páginas de apuestas, Elizabeth. El otro día encontré algo en su cajón. —Hizo una pausa—. Una gran suma de dinero. Creo que había unos diez mil allí. Quizá más.

Sacó su teléfono, buscó la foto que le había hecho al dinero y se la enseñó.

—Le interrogué al respecto, pero no me dijo de dónde lo había sacado. Creo... Me preocupa que pueda estar metido en algo turbio. Algo que no debería hacer. Hay mucha corrupción en nuestro trabajo. Se dejan seducir por el dinero. La mayor parte consiste simplemente en hacer la vista gorda ante tratos de drogas y cosas así. Pero quería asegurarme de que lo supieras antes de que el asunto siguiera adelante, a los niveles superiores de la cadena.

—¡No puedes! —espetó Elizabeth, esforzándose por apartar la vista de la foto.

—Tengo que hacerlo, Elizabeth. Se trata de una cuestión de conducta profesional. Ha incumplido varias normativas, por no mencionar la ley.

Elizabeth retrocedió un paso, chocando contra la encimera de la cocina que tenía detrás. Los dedos le empezaron a temblar a medida que el impacto de la noticia calaba en ella. Aquellos habían sido los

primeros golpes. Ahora era el momento del gancho de derecha. El golpe de gracia.

—Además, hay algo más.

—¿Más?

—Lamentablemente. —Hizo otra pausa, aumentando el suspense —. ¿Te ha mencionado Jake alguna vez el nombre de Charlotte?

Elizabeth negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Es nueva en nuestro equipo —continuó él—. Lleva con nosotros unos pocos meses. Poco más de medio año. Pasan mucho tiempo juntos en la oficina. Almuerzan juntos. Salen a tomar cafés. Charlan. Se ríen. Tienen tonteos. Al principio no le di importancia, pero luego... la otra noche... —Se aclaró la garganta mientras cogía la cámara—. La otra noche los vi juntos en el pub. Tenía mi cámara en el coche y... te dejaré que pases las fotos.

Liam le acercó la cámara a Elizabeth. Al principio ella no la tocó; se limitó a mirarla fijamente, como si quisiera que se autodestruyera con el pensamiento. Pero luego, cuando las lágrimas empezaron a brotar de nuevo de sus ojos, tomó la cámara y la sostuvo con la muñeca temblorosa. Liam observó mientras ella pasaba las fotos de Jake y Charlotte en The Head of the House. Antes de salir del piso, él había pasado todas las imágenes relevantes a una tarjeta de memoria nueva y la había insertado en el dispositivo. La última imagen era la prueba definitiva, la foto que había tenido la suerte de capturar.

—Dios mío —dijo Elizabeth al llegar a la imagen final. Dejó la cámara y se secó las lágrimas. Maisie, que seguía encaramada al borde de la encimera, preguntó qué pasaba. Elizabeth no respondió.

—Lo siento, Liz —dijo Liam después de un rato—. No le he enseñado estas fotos a nadie más, pero me pareció que debías saberlo. Te dejo esto por aquí. —Liam dio un golpecito al dispositivo y luego hizo amago de irse.

Cuando abrió la puerta, se detuvo a medio girar.

—Sé que no sirve de mucho consuelo —añadió—, pero quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti si me necesitas.

Liam abrió la puerta, salió a la calle y se encaminó hacia su coche con una sonrisa creciente en el rostro. Estaba hecho. Liquidado. Todo lo que Jake apreciaba estaba a punto de desmoronarse. Y Liam iba a estar allí cuando ocurriera.

En cuanto subió al coche, le sonó el móvil.

—¿Dígame? —respondió.

—Tienes un problema. Tienes que ir a casa de Drew ahora mismo.

Su sonrisa no duró mucho.

CAPÍTULO 92

HABLAR

El coche de Drew seguía aparcado en la entrada de su casa unifamiliar en Chigwell y no parecía haberse movido en absoluto; por la noche había llovido ligeramente y había un trozo de acera despejado bajo el coche de Drew. Eran poco más de las ocho y no había excusa para que Drew llegara tarde al trabajo, aunque el vago de mierda estuviera pasando una resaca o algo parecido.

Jake dobló las rodillas y miró por la ranura del buzón. La luz de la mañana de la cocina inundaba el pasillo, iluminando el suelo de madera maciza y la parte inferior de la escalera. Jake entornó los ojos, con la esperanza de que eso le permitiera ver mejor.

Algo le llamó la atención. Una obstrucción en el marco de la puerta. Una pierna y un brazo colgando.

Me cago en todo. Está borracho perdido.

Jake intentó llamar a la puerta hasta que le dolieron los nudillos, pero fue inútil. Drew no se movía.

—¡Eh! —gritó a través del buzón—. ¡Drew! Despierta, ¡soy Jake!

Seguía sin haber respuesta.

Jake suspiró profundamente y rodeó la casa buscando un punto de entrada. Lo encontró en forma de una pequeña puerta lateral que daba al jardín. Estaba entreabierta. Jake solo había estado en casa de Drew en dos ocasiones anteriores: para celebrar el decimoquinto

aniversario de Drew en el servicio y para una salida de equipo navideña anticipada. En ambas ocasiones, no se había mencionado a la mujer de Drew, ni se la había visto. Y, también en ambas ocasiones, Drew les había indicado que entraran en la propiedad por el lateral. De modo que no le pareció extraño que la puerta estuviera entornada. Quizás un error menor, un descuido. El alcohol haciendo que Drew se olvidara.

Jake caminó despacio por el lateral de la casa, giró a la izquierda y se detuvo junto al cuarto de la colada. Abrió la puerta lentamente, y sus sospechas aumentaban a medida que se acercaba. Las bisagras chirriaron y le gritaron mientras empujaba la puerta para abrirla más.

—¿Drew?

Silencio.

—¿Drew?

Seguía sin haber nada.

Jake cruzó el umbral de la propiedad y se tensó, preparándose para que algo —o alguien— saltara sobre él cubierto de sangre, rabioso. Había estado viendo demasiadas películas de trasnochar mientras las niñas dormían.

El cuarto de la colada estaba vacío, pero el olor a detergente y suavizante flotaba en el aire. Había una carga completa en la lavadora, presuntamente de la noche anterior. Jake caminó hasta el final de la habitación y giró a la derecha.

Entonces se quedó petrificado.

En la pared había una salpicadura de sangre, gotas carmesíes que resbalaban por la pintura. Algunas se habían coagulado y secado y empezaban a encostrarse bajo el sol de la mañana, mientras que el charco del suelo era espeso y de un tono rojo más oscuro.

—Drew… —la voz de Jake no fue más que un susurro.

Lo que tenía ante sus ojos le dio ganas de vomitar. Un gran agujero había reventado la cabeza ensangrentada y desfigurada de Drew, y había trozos de hueso y masa encefálica bajando por la nuca hasta su americana. Tenía el pelo apelmazado y humedecido por la sangre.

Jake tuvo una arcada. Abrió la boca para respirar, pero eso solo agravó la sensación.

Se llevó la mano a la boca y salió corriendo de la casa. Sintiéndose desorientado y con náuseas, se tambaleó contra el marco de la puerta del cuarto de la colada y se quedó de piedra al mirar hacia fuera. Alguien le bloqueaba el paso. El corazón le dio un vuelco y se tragó el bocado de vómito que le había subido por la garganta.

—No vas a ninguna parte todavía, Jake —dijo Liam, apuntándole con una pistola—. Tenemos que hablar.

CAPÍTULO 93

LA CONFESIÓN

A Jake se le cerró la garganta; estaba petrificado. Miraba directamente al hombre que había dejado a un compañero en coma y le había pegado un tiro en la cabeza a otro a sangre fría.

Aquí se acaba todo. *Así es como voy a morir.*

Jake habló, esperando no sonar tan nervioso como se sentía. —¿Qué… qué haces aquí, Liam?

—He venido a devolver esto. —Liam agitó la Glock 17 en el aire.

—¿Es la que has usado para matar a Drew?

—La usó él mismo contra sí mismo.

—No me mientas. Dime la verdad de una vez. ¿Es esa la que has usado para matar a Drew?

—Sí —dijo Liam con aire desafiante, como si no le importaran las consecuencias de sus actos—. Drew se estaba convirtiendo en un problema para todos nosotros.

—¿En un problema para quién?

—Para mí. Para Georgiy. Para nuestro empleador común…

—¿De qué estás hablando, Liam? ¿Quién es Georgiy? ¿Quién es vuestro empleador común?

Liam ignoró la pregunta. —Drew era un lastre, y estaba harto de limpiar sus desastres. Ahora lo único que tengo que limpiar es su

desastre *real*. —Liam señaló el charco de sangre densa que se había formado junto al rodapié.

—No puedo dejar que hagas eso. No puedo dejar que hagas nada más. Has hecho daño a demasiada gente. —Jake metió la mano en el bolsillo, sacó el móvil y empezó a llamar a Charlotte.

Liam agitó la pistola. —Por favor, no hagas eso. He dicho que tenemos que hablar. —Suspiró—. Tengo una confesión que hacer, Jake.

Jake mantuvo el teléfono pegado a la oreja. Al otro lado, Charlotte respondió. Confundida por el silencio, pronunció su nombre.

—Hablemos entonces —dijo Jake, usando el pulgar para bajar el volumen de la voz de Charlotte.

Liam extendió la otra mano. —Dame el móvil.

—No voy a hacer eso, Liam.

—¿Cuánto más va a hacer falta para que hagas lo que te digo, Jake? Dame el móvil.

En el oído, Jake oyó que Charlotte le indicaba que entendía que estaba bajo coacción, que iba a ayudarle. Con todos los caballos y todos los hombres de la Reina.

Eso era todo lo que necesitaba oír.

—Vale, vale —dijo Jake, alejándose el dispositivo de la cara—. Está bien. Quédatelo. Es todo tuyo.

Jake colgó la llamada y se lo lanzó a Liam. El teléfono quedó suspendido en el aire durante lo que pareció un momento anormalmente largo, pero finalmente Liam lo cogió, lo tiró al suelo y lo pisoteó. El cristal se hizo añicos y se esparció por el suelo de baldosas.

—Podrás comprarte uno nuevo sin duda… con la entrega especial que te he dejado en el cajón.

—¿Has sido tú?

—Nada como un poco de chantaje. Sabes, *de verdad* quería creer que estabas de nuestra parte. Cuando Drew me lo dijo, me alegré mucho. Me puse eufórico, incluso. Pero luego me di cuenta de que eso nunca iba a pasar. Nunca te ibas a volver corrupto. Así que tuve que hacer que lo pareciera. Solo hará falta un soplo al DPS para que

te detengan por corrupción, blanqueo de dinero, receptación de bienes robados, conducta indebida en cargo público y cualquier otra cosa que puedan echarte encima.

—Nunca habrías podido hacer que esas acusaciones se sostuvieran —protestó Jake.

—Por supuesto que sí. Si a eso le sumas el hecho de que estás endeudado, que tienes dificultades financieras y que tus datos han aparecido en la Dark Web… podría haber hecho que *cualquier cosa* se sostuviera. Por si eso no fuera la guinda del pastel, está esto. —Liam metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil. Desbloqueó el dispositivo, cargó una imagen y se la mostró a Jake.

Jake dio un paso adelante para verla mejor. Se quedó helado en cuanto se dio cuenta de lo que estaba mirando. Era una imagen de su familia: Elizabeth y las niñas en el parque, sentadas en un banco. Relajadas. Divirtiéndose.

Liam pasó a la siguiente imagen. Esta vez era de un hombre y Elizabeth inmortalizados juntos, intercambiando algo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake.

—Nada alarmante —empezó Liam—. Los estaba observando ayer y a Elizabeth se le cayó algo. Este hombre la ayudó a recogerlo. Totalmente inocuo. Pero para alguien que no conoce el contexto… esto parece un intercambio de drogas de algún tipo. O quizá es una trabajadora sexual cobrando a su próximo cliente. Imagínatelo: un oficial de policía profundamente endeudado que usa los beneficios del crimen organizado no para pagar la deuda, sino para alimentar la adicción a las drogas de su mujer. Auch. No queda muy bien por escrito, ¿verdad? Y estoy seguro de que mis amigos de los medios de comunicación podrían hacer que pareciera incluso peor de lo que es. Hoy en día la gente se cree cualquier cosa que lee.

El pecho de Jake subía y bajaba pesadamente, su cuerpo rebosaba de rabia. Liam era un individuo mucho más maligno, manipulador y calculador de lo que Jake había imaginado jamás, y de lo que jamás le había reconocido.

—También he ido a verla esta mañana, a tu preciosa mujer. Realmente es hermosa. Sigo sin entender cómo te las has apañado para conseguir algo así —dijo Liam—. Nadie lo entiende.

—¿Qué has hecho? —preguntó Jake entre dientes.

—Solo le he enseñado un par de fotos. Le he hablado del dinero de tu cajón. Se preguntaba dónde te habías metido la otra noche… cuando llegaste tan tarde después de estar tomando copas con Charlotte…

Al oír el nombre de Charlotte, Jake entreabrió los labios.

—Sí, lo sé todo sobre eso —continuó Liam—. Yo estaba allí. Iba a tomarme un par de copas, a darme un capricho. Pero cuando os vi a los dos, me di cuenta de que me habíais dado un capricho aún mayor. Aunque no creo que a Elizabeth le hiciera mucha gracia ver las fotos que logré sacaros a los dos. Charlotte es muy *cariñosa*, ¿verdad? De mucho contacto físico. ¿Por qué has tenido que involucrarla, Jake? Nunca pensé que fueras de los que se rinden y delatan a sus compañeros. ¿Para quién trabaja? ¿Para el DPS? ¿Para el IPCC? Nosotros te cuidamos. Te acogimos. No sabes cuántas veces te salvamos. Alguien te quería muerto. Alguien todavía te quiere muerto. Estás vivo gracias a *mí*.

Liam vaciló un momento para recuperar el aliento. —No me quedé lo suficiente para saber qué pensaba Elizabeth de todo esto. Pero todavía tiene las fotos como prueba, así que supongo que se pasará el día mirándolas, tramando algún tipo de venganza, pensando qué va a hacer con los niños y sus cosas. ¿Quién sabe? Puede que esté haciendo las maletas mientras hablamos. Pero eso son conjeturas. Al fin y al cabo, es tu mujer. Tú la conoces mejor que nadie.

La mente de Jake se aceleró con una miríada de pensamientos. No sabía por dónde empezar. Debería haber estado pensando en su mujer y en el daño que Liam había causado a su relación. Pero no lo hacía; no podía. No cuando había preguntas más importantes que necesitaban respuesta.

—¿Quién me quiere muerto?

—La Cábala —respondió Liam—. Ya habrás oído ese nombre a estas alturas. De hecho, sé que lo has oído.

Jake miró a Liam, atónito. —Pensaba que *tú* eras la Cábala.

Liam soltó una risita. —¿Qué te ha dado esa impresión?

—Michael Cipriano. Dijo que la única persona que había conocido, el único que trataba con él y con los Crimsons, solía llamarlo «buena pieza». Pensé…

—Me temo que no, chaval. Yo solo ayudé a formar a los Crimsons. Fui quien los descubrió… en nombre de la Cábala. Hice de ellos lo que fueron, los ayudé a evadir la justicia durante tanto tiempo. Pero en cuanto a la Cábala… es más grande de lo que puedes imaginar. Y, por cierto, todavía quieren tu cabeza.

—¿Por qué?

—Porque queremos que te apartes de una puta vez y nos dejes seguir con lo nuestro. Están pasando muchas cosas entre bastidores que no conoces. Hay muchas facetas en esta organización. Todavía nos queda mucho dinero por ganar en este negocio y la Cábala no quiere que tú lo arruines.

—¿Cómo me has salvado entonces?

—¿No me estás escuchando? La Cábala te quería muerto. Yo dije que no.

—¿También quería muertos a Garrison y a Drew?

—Lo de Garrison y Drew fue distinto —respondió Liam—. Se habían pasado años jodiéndolo todo. La cosa solo llegó a un punto crítico después de que muriera Danny.

—¿Cómo?

—A Garrison se le estaban subiendo los humos. Iba a mis espaldas. Le contaba a la Cábala cada cagada que yo cometía. Creo que quería ganarse unos puntos extra antes de jubilarse.

—¿Así que intentaste matarlo?

Liam levantó las manos en señal de falsa rendición. —Yo no tuve nada que ver con eso. No toqué nada. Solo lo orquesté. Drew y Georgiy simplemente siguieron mis órdenes.

—¿Quién es Georgiy?

Sin respuesta.

—¿Es Georgiy «el Granjero», Liam?

Seguía sin haber respuesta. Jake probó con otro ángulo. —¿Cómo ocurrió? —preguntó—. ¿Qué le pasó a Garrison?

—Solo hay dos personas que pueden contártelo. Una de ellas está muerta al otro lado de esta pared.

—Y la otra es Georgiy…

—Si puedes encontrarlo. Tiene la costumbre de no querer que lo encuentren.

—No puede huir para siempre.

—La Cábala lleva haciéndolo desde que empezó todo esto. Nadie sabe quiénes son ni dónde coño están. Ni siquiera yo. ¿Y crees que Georgiy no puede hacer lo mismo?

—Puedes decirme dónde está —negoció Jake.

—Mi cabeza será la siguiente en una estaca si hago eso.

—¿Quién más trabaja para él? ¿Dónde están?

Liam se quitó el sudor de la frente con el dorso de la manga. En ese milisegundo, mientras Liam perdía la concentración, Jake sopesó lanzarse sobre el hombre y detenerlo, pero para cuando se decidió, el foco de Liam estaba de nuevo en él.

Jake hizo avanzar la conversación. Quería averiguar todo lo que pudiera antes de que llegara Charlotte. No se sabía cuánto compartiría Liam en un entorno policial.

—¿Y qué hay de Drew? —preguntó—. ¿Por qué merecía morir?

—Drew fue un error, una mala pieza. Nunca debería haber formado parte de este equipo. Nunca debería haber sido oficial de policía. No sabía hacer nada bien. Sé que encontraste los cigarrillos, y sé que te enteraste de la denuncia por violación. Y el muy hijo de puta pensó que podría salir del país sin que yo lo supiera, o pensando que nunca me enteraría. Era un riesgo andante.

—¿Un riesgo que no podías permitirte?

—Precisamente —dijo Liam, inclinando la cabeza.

—¿Y qué hay de mí? He sido el que más ha desmontado tu investigación. ¿Por qué no me has matado? ¿Por qué no has intentado silenciarme como hiciste con los otros? ¿O finalmente has venido a hacerlo ahora?

Liam negó con la cabeza y, para sorpresa de Jake, bajó el arma.

—Es complicado. Intenté sacarte de esto. En realidad, nunca quise que te involucraras en nada de esto. Eres demasiado joven. Demasiado ingenuo. Tienes demasiado futuro; toda tu carrera por delante. Una familia. Ninguno de nosotros tenía eso. Y no quería que

arruinaras tu vida siguiendo el mismo camino que nosotros. A la larga, no valía la pena. Sigue sin valerla.

—¿Cómo puedes decir eso cuando acabas de colocar pruebas contra mí y le has dicho a mi mujer que he tenido una aventura?

—No quiero matarte, Jake… solo arruinar tu vida como tú has hecho con la mía. Conozco a gente en ciertos puestos que podría haber borrado de tu historial las drogas, el dinero y la aventura y haberlo dejado limpio. Te habrían trasladado a otro departamento en un distrito diferente, quizá, pero te habrían permitido seguir en la Met. Habrías estado libre de todo esto, hasta cierto punto… siempre que no dijeras nada y mantuvieras la boca cerrada sobre todo lo que sabías. Simplemente significaba que te verías obligado a vivir tu vida, y el resto de tu carrera, en un estado de miedo y paranoia constantes. De hecho, lo harás de todos modos, pase lo que pase. Ahora que tu nombre se ha convertido en un objetivo, la Cábala vendrá a por ti y se empeñará en hacer de tu vida un infierno. Si me dejas ir, puede que sea capaz de protegerte. Pero si me arrestas ahora, no hay nada que pueda hacer por ti.

Jake abrió la boca, pero no se le ocurrió qué decir.

—Si te deshaces de mí, Jake… —continuó Liam—. Si me sacas del equipo, no estaré ahí para defenderte y protegerte. Recuérdalo. Son implacables, Jake; no les importa quién seas, quién te importe, a quién ames. Es un negocio, donde cada engranaje funciona como parte de la máquina, y al final del día, los negocios no pueden permitirse engranajes débiles, Jake. Simplemente no pueden.

—¿Quién es, Liam? ¿Quién es la Cábala? Tienes que saberlo. Dímelo y podré ayudarte.

—¿Cómo has conseguido ayudar a Bridger? ¿Cómo has conseguido ayudar a Danika?

El semblante de Jake cayó.

—Sí —continuó Liam—, sé lo de tus conversaciones con ellos. Tengo grabaciones de todas las llamadas con ambos, otros dos policías corruptos con los que has tratado de cerca en los últimos dos años… por si necesitaba más munición para el chantaje. ¿Y qué tal va eso de sacarlos de esta corrupción de la que todos formamos parte?

—Es… yo… ¿Qué les pasará? Me lo contaron todo. Me dijeron que siempre los estás vigilando, siempre escuchando, siempre siguiéndolos. Temen por sus vidas. ¿Cuándo se va a acabar esto para ellos?

—Ahora —dijo Liam tajantemente, sorprendiendo a Jake—. Ya se ha acabado. En más de un sentido. Ya han cumplido su propósito.

Jake abrió la boca al darse cuenta de algo. —¿Los has matado?

Liam prefirió ignorar la pregunta. —Bridger está fuera de la ecuación por razones que no puedes entender, que yo no puedo entender, que nadie puede entender. La Cábala *necesita* a Bridger. Pero no ocurre lo mismo con Danika. No puedo garantizar que esté a salvo. Era solo un pequeño engranaje que cumplía un propósito importante. Pero ahora es un engranaje sucio, estropeado, alguien que sabe demasiado. La última vez que lo comprobé, estaba haciendo nuevos amigos con Molly y Charlie, y otros amigos llamados Jack. Está arruinando su vida aferrada a la botella, y no pasará mucho tiempo hasta que abra su asquerosa boquita. Pero sin mí vigilándola, conmigo fuera de juego, cualquier cosa podría pasarle. Puede ir por dos caminos: o se quita la vida, o se ve arrastrada de vuelta a este mundo como un engranaje sucio, que es lo que siempre será. Y ya sabemos qué les pasa a los engranajes sucios…

—Yo puedo evitar que eso ocurra.

—No lo entiendes, ¿verdad? Todo es un castillo de naipes. Todo forma parte del plan maestro. Todo se ha calculado. Tú incluido.

Nada más terminar Liam, estalló un sonido a su espalda, seguido de dos agentes armados con chalecos negros que irrumpieron en el lavadero.

—¡Policía armada! ¡Las manos en alto!

Liam se sobresaltó y, en ese momento, soltó el arma al suelo. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, fue demasiado tarde. Los agentes armados se le echaron encima en un instante, tirándolo al suelo e inmovilizándolo allí, con las rodillas apoyadas en su espalda.

—¡Despejado! —gritó uno de ellos mientras terminaba de ponerle las esposas a Liam.

La siguiente en aparecer en el lavadero fue Charlotte. Ella también llevaba un chaleco protector ajustado al cuerpo.

—Jake, ¿estás bien? —preguntó, acercándose apresuradamente a él. Se hizo a un lado mientras los dos agentes armados sacaban a Liam de la casa.

—Estoy bien. Bien. Estoy bien.

—Venga, vamos a sacarte de aquí.

Jake se giró hacia la puerta de la cocina y señaló. —Drew… ¿qué pasa con Drew?

—Traeremos a la policía científica.

El cuerpo de Jake estaba en estado de shock. Sus músculos no se movían y no sabía hacia dónde mirar ni qué pensar. Todo lo que le acababan de contar le asustaba; le tenía petrificado, incluso. Y no había tiempo suficiente para que empezara a procesarlo todo.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Jake distraídamente, consciente del estrecho patio que tenía delante.

—A trabajar de nuevo.

CAPÍTULO 94

LAVANDERÍA

—¿A dónde vamos? —preguntó Jake mientras él y Charlotte pasaban por delante de Bow Green. Era la primera vez que hablaba desde que había subido al coche. Por elección propia, se había mantenido en silencio. Sabía que ella tenía una batería de preguntas que quería hacerle, y sabía que eran necesarias para la investigación, pero simplemente necesitaba tiempo y tranquilidad para permitir que su mente procesara todo.

—A mi cuartel general.

—¿A qué te refieres?

—Es hora de que conozcas al resto del equipo.

Antes de que se diera cuenta, Charlotte se salió de la carretera y entró en un aparcamiento subterráneo, en algún lugar del extremo norte de Londres. El aire allí abajo era gélido, mucho más frío que el de fuera, y al bajar del coche, su cuerpo se estremeció. Charlotte lo guió hasta una escalera, subieron cuatro tramos y finalmente entraron en un espacio de oficinas. El cartel de la pared indicaba que el local se había alquilado recientemente. El interior de la oficina era casi una copia exacta del MIT. Había una sala cerrada a la derecha donde solía estar la sala de reuniones, otra sala más pequeña a la izquierda que habría sido el despacho de Liam, y la mayor parte del

espacio estaba ocupada por casi una docena de escritorios y ordenadores, con al menos dos personas en cada uno.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Jake mientras escaneaba el entorno, asimilándolo todo. Los hombres y las mujeres iban vestidos de forma impecable, con carpetas y tabletas en las manos. Las conversaciones en voz baja. El tecleo furioso. El sonido lejano de los teléfonos sonando. Por un momento pensó que había entrado en una realidad alternativa.

—Bienvenido a la sede de la Operación Jackknife… —dijo Charlotte mientras caminaba por la oficina.

Jake se sintió obligado a seguirla.

—Hay unas cincuenta personas trabajando en este caso ahora mismo. Todo en lo que han estado trabajando está aquí. Todo lo que ya les has dado. Todo lo que hemos logrado encontrar nosotros mismos.

—¿Pero qué pasa con los registros de llamadas que estaban en Bow Green?

—Están en el coche. Ya los he guardado.

—¿Y Liam?

—De camino a la comisaría de Wembley. Creo que ha solicitado los servicios de Rupert Haversham, pero el abogado se ha negado. Tenemos a nuestros investigadores allí trabajando con él. Han tomado el control de todo el MIT. Nadie tiene permiso para hacer nada más hasta que nosotros digamos que pueden.

—Como el CIB en su día.

—Solo que mejor —respondió Charlotte.

Y entonces le vino un pensamiento a la cabeza. Más bien, una imagen.

—El dinero —le dijo él.

—¿Perdona?

—Dinero. Hay algo en mi cajón. Veinte mil. Diez de Drew, diez de Liam. Lo pusieron allí para que pareciera que yo era un corrupto. Por si acaso alguno de tus hombres encuentra algo.

Charlotte le lanzó una mirada de desaprobación que sugería que no se creía que lo hubieran puesto allí a propósito, pero al final cedió, le dio las gracias y le dijo que pasaría el mensaje. Era mejor

sacarlo a la luz ahora que tener que dar explicaciones más tarde. Ojalá hubiera hecho lo mismo con ciertos aspectos de su matrimonio. Apartando la mente de aquello, analizó lo que ocurría a su alrededor, asombrado por todo. Por fin, se sentía orgulloso de lo que había hecho. Todas aquellas personas estaban trabajando en algo que él había sacado a la luz, trabajando en algo que no era completamente absurdo e inconcebible.

Todo aquello era gracias a él.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Creo que tú y yo tenemos que charlar. —Charlotte le indicó con un gesto que se sentara en un escritorio en el centro de la sala que estaba casi exactamente en la misma posición que su mesa en Bow Green. No estaba seguro de si se había diseñado así para inspirar cierta familiaridad o si era solo una casualidad, pero aun así le gustó.

En cuanto se sentaron, la expresión de Charlotte se volvió decidida. —¿Qué te ha dicho Liam, Jake? ¿Ha confesado? ¿Mató a Drew? ¿A Danny? ¿A Michael? ¿A Richard?

—Solo a Drew. Los asesinos de los demás siguen ahí fuera. La gente que trabaja con Nigel Clayton. La mujer que vi en la zanja y un hombre llamado Georgiy.

—¿Dijo Liam algo sobre él?

Jake sacudió la cabeza. —Nada. Solo sé que se llama Georgiy.

—¿Dijo algo más sobre para quién podría estar trabajando Georgiy, o con quién? ¿Cualquier cosa?

—Ojalá lo hubiera hecho. No tuve tiempo suficiente para sacárselo.

—Mejor eso a que te pegara un tiro, ¿no? —dijo Charlotte con una mueca. A pesar de la gravedad de la situación, todavía se las arreglaba para encontrar algo de humor en todo aquello.

Jake lo intentó, pero le costó.

Por encima del hombro de ella, un detective de rostro juvenil, vestido con un traje de marca recién planchado y sin un solo pelo fuera de su sitio, se acercó a Charlotte. No parecía tener más de diecinueve años, veinte a lo sumo, pero tenía la confianza de un detective que llevara veinte años en el servicio.

—Señora —dijo él, entregándole un juego de carpetas.

Charlotte se las quitó de las manos y retiró la banda elástica que las envolvía. —¿Te importa darme la versión resumida?

El joven detective se puso firme, como si tuviera algún tipo de pasado militar. —Ciertamente, señora. No hemos podido localizar la furgoneta negra que se utilizó en los asesinatos de Danny y Michael Cipriano.

Al mencionar la furgoneta, Jake frunció el ceño. —¿Usasteis las matrículas que os di?

El detective asintió. —Eran falsas, como era de esperar. Tampoco se ha detectado nada en las cámaras de seguridad. Pero hemos detenido al dueño de Tyred Out Mechanics. Resulta que llevaba mucho tiempo en busca y captura por fraude. Sospechamos que él fue quien fabricó las matrículas en primer lugar.

Tiene sentido, pensó Jake. Eso explicaba por qué la mujer encapuchada le había obligado a poner las matrículas; él las suministraba.

—¿Qué hay del vehículo desaparecido de Clayton? —preguntó Charlotte.

—Tampoco ha habido suerte ahí —dijo el joven oficial.

—¿Tienes alguna buena noticia para mí?

El joven levantó el pulgar. —Una memoria USB, señora. Se encontró en el cuerpo de Nigel Clayton cuando lo sacaron de entre los restos del coche.

—¿Y? —preguntó Jake.

—La estamos revisando ahora mismo.

Jake saltó de su asiento y siguió al detective hasta otro escritorio en la esquina opuesta de la sala, con Charlotte detrás. El ocupante del escritorio fue presentado como Steve, un hombre cuyo pelo negro alborotado y cuyas patillas recordaban a las de un tejón, y cuya barriga ligeramente prominente contrastaba con el resto de su cuerpo, que sugería que estaba en buena forma física.

Jake y Charlotte se situaron con el joven detective detrás de Steve y observaron sus movimientos en la pantalla.

—Está repleta de documentos —dijo Steve, con los ojos moviéndose rápidamente por la pantalla.

—¿Algún virus? —preguntó Charlotte.

—Comprobado dos veces. Limpio. Lo único extraño era un archivo corrupto. Aparte de eso, tenemos vía libre.

Steve hizo clic con el ratón y se adentró más en la memoria USB. Apareció una lista de siete carpetas. Jake escaneó las dos primeras y luego sus ojos se clavaron en la carpeta de abajo del todo. Escrito en mayúsculas ponía: PAQUETE DE SEGURO.

—Esa. —Jake la señaló—. Esa es la que queremos.

Steve hizo lo que se le ordenó. Dentro de la carpeta había una serie de documentos. Fotografías. Archivos de Microsoft Word. Excel. PDF. Pero lo más importante —y lo que más llamó la atención de Jake— era que al final había un archivo de vídeo MP4. Siguiendo de nuevo las instrucciones de Jake, Steve reprodujo el vídeo y subió el volumen del ordenador.

Inmediatamente, el rostro de Nigel Clayton ocupó la pantalla. Sujetaba un teléfono o una cámara de vídeo frente a su cara desaliñada y descuidada, y hablaba a cámara.

—Mi nombre es Nigel Clayton —dijo, comenzando su monólogo —. Pero lo más probable es que, si habéis encontrado esto, ya lo sepáis. Dependiendo de quién seáis, imagino que algo malo me ha pasado. O, si no ha pasado todavía, probablemente pasará. Durante mucho tiempo, he estado trabajando con un grupo de sicarios rusos y de Europa del Este. Sus nombres serán infames y bien conocidos para cualquier agente de la ley encargado de encontrarlos. Especialmente el más influyente de este grupo, el líder, que se hace llamar El Granjero. Nombre real, Georgiy Ivanov. El hombre es un narcisista, un profesional, y no hay objetivo demasiado grande.

»El siguiente en la lista es Vitaly "El León" Antonov, pero nadie le llama así. Un bruto corpulento. Atontado, joven, aprendiendo el oficio con Georgiy al mando. Solo es cuestión de tiempo que o bien unan sus fuerzas permanentemente o sigan caminos separados, ya sea de forma amistosa o no.

»Y luego, por último, tenemos a Tatiana. Tatiana Malkovich. Sinceramente… no sé qué hace aquí. No aporta nada, pero es hábil con los pies y hábil con la lengua. Estoy seguro de que ha logrado escabullirse de un buen puñado de situaciones difíciles con Georgiy

en el pasado. Tiene que haber alguna razón por la que todavía sigue aquí.

Nigel hizo una pausa de un segundo y miró fijamente a la lente de la cámara. Era como si estuviera mirando directamente a Jake, culpándole de su muerte.

—El resto de la información que necesitáis sobre cualquiera de estos individuos está en estos archivos. Haced con ellos lo que queráis, pero si intentáis borrarlos, tengo copias. Y copias de copias. Y así sucesivamente.

»Hago esto porque temo por mi vida. Durante los últimos años, he sido el contable del grupo, ayudándoles a blanquear dinero en la economía a través de una serie de negocios exitosos. Pero las cosas han ido a más. Han empezado a pedirme que les acompañe en sus encargos. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo; solo soy un contable. Esto no es para lo que me apunté. Y ahora temo que, si me voy, me matarán. Sé demasiado. He visto demasiado. Soy un problema para ellos. Y no quiero eso. Así que, si me pasa algo, quiero que esto se encuentre para que puedan ser capturados. La verdad saldrá a la luz.

El vídeo se detuvo, y Jake, Charlotte, Steve y el joven detective se quedaron sumidos en un silencio de asombro. Y entonces estalló un torbellino de actividad. Charlotte saltó de su silla y empezó a ladrar órdenes por la oficina; Steve extrajo la memoria USB y se apresuró hacia la parte delantera de la sala; el joven detective desapareció por un pasillo y se metió en otra habitación. Mientras tanto, Jake se quedó allí sentado, sin un solo pensamiento en la cabeza, mirando la pantalla negra que, hacía unos momentos, mostraba el rostro de Nigel Clayton. Jake no sabía por qué no podía moverse. Quizás fuera por la impresión. Quizás por la emoción de que finalmente tenían una pista. O tal vez por darse cuenta de que había tenido razón todo este tiempo: Nigel había sido un engranaje en la maquinaria de La Cábala, junto con El Granjero y los demás.

Al final, llegó a la conclusión de que era por todo aquello.

—¡Quiero toda la información que tengamos sobre cada uno de estos tres individuos cuanto antes! —ordenó Charlotte a los oficiales que correteaban a su alrededor. Estaba de pie en la cabecera de la

oficina. Tenía ventanas a ambos lados, pero justo detrás de ella había una pantalla de proyección, con Steve instalando el proyector frente a ella. El haz de luz iluminaba la mitad de su rostro—. Quiero que alguien revise el resto de los archivos y me diga qué hay en ellos.

En cuestión de minutos, todo estaba listo. El proyector se había configurado y ahora mostraba la lista de carpetas en la pantalla. Los oficiales estaban en sus escritorios, escaneando la información de los archivos de la memoria USB, absorbiéndola. Y Jake observaba asombrado la eficiencia de todo el proceso.

—Así debe de ser trabajar en un equipo bien engrasado —le dijo Jake mientras ella se acercaba apresuradamente hacia él.

—En uno de *mis* equipos —dijo ella, poniéndole una mano en el antebrazo—. No te preocupes, estoy segura de que pronto podrás experimentar lo que es eso.

Justo cuando Jake abría la boca para responder, una voz gritó desde el otro lado de la oficina.

—Señora —gritó una oficial de pelo corto y un rojo vibrante—. Aquí dice que tienen tres escondites.

—¿Dónde?

—Uno por cada asesinato.

—¿Dónde?

—Un club nocturno. Una tienda de telefonía móvil. Y una lavandería.

—¿En ese orden?

—Sí.

—¿Y las direcciones?

—Están todas en este documento.

—Ponlo en pantalla —dijo ella, y un segundo después, se mostró en el proyector.

Jake y Charlotte se desplazaron al centro de la sala, centrando la vista en el texto pixelado que tenían ante ellos.

El club nocturno. No tenían ni idea de eso. Pero sí de la tienda de móviles; habían estado allí la noche anterior y no había habido ni rastro de El Granjero ni de sus socios. Pero al menos iban por el buen camino.

En ese orden… uno, dos, tres en total… Danny… Richard… Michael…

—Están en la lavandería —dijo Jake en voz alta.

—Desplegaremos unidades tácticas de armas de fuego en las localizaciones ahora mismo.

Charlotte cruzó la habitación y cogió un juego de llaves de coche. Mientras regresaba a toda prisa hacia Jake, pidió a gritos a alguien de la oficina que le enviara las direcciones de las calles por correo electrónico de inmediato.

—Vamos —le dijo, haciendo tintinear las llaves en sus manos, con una sonrisa agradable en el rostro—. Vamos a buscarlos, ¿te parece?

CAPÍTULO 95

CINCO MINUTOS

—¿Estás segura de que has sentido el pulso? —preguntó Tatiana desde el otro lado de la habitación.

—Sí. ¿Es que no te fías de mí? —respondió Vitaly, plantado en el umbral con terquedad y los brazos cruzados—. Estaba ahí. Estoy seguro.

Les había llegado el rumor de que Pete Garrison seguía vivo, aunque en coma, respirando a través de un tubo en la cama de un hospital y conectado a una máquina. Malas noticias, en resumen. Y eso significaba que ahora necesitaban un plan de contingencia. Si en cualquier momento, Garrison se despertaba, iría a por ellos. Y sería capaz de acabar con ellos, especialmente con la información que tenía sobre sus personas.

—¿No podemos ir a por él antes? —preguntó Georgiy mientras arañaba la tela deshilachada en el brazo del diván—. Mandamos a Tat al hospital. Desenchufar.

Tatiana se removió incómoda en el sofá de enfrente. Los tres estaban arriba, en la vivienda anexa sobre la lavandería, su tercer negocio de blanqueo de dinero. El estrépito constante y monótono de las lavadoras que habían puesto en marcha para guardar las apariencias resonaba por todo el edificio y hacía vibrar el suelo y las paredes. A estas alturas, sin embargo, Georgiy se había

acostumbrado y, curiosamente, le calmaba, le ayudaba a relajarse y a despejar la mente. Debería haber estado enfadado, furioso con Vitaly por no haber matado a Garrison. Pero no lo estaba, porque las opciones eran sencillas: matarlo o huir.

—No me gusta esa idea —dijo Tatiana, con la mirada saltando de Georgiy a Vitaly—. Es demasiado peligroso. Tienen cámaras por todas partes. Me verán seguro.

—Quizá hacemos que lo haga Vitaly. Como sacrificio —dijo Georgiy.

—Sacrificio. ¿Para qué?

—Por no matarlo a primera vez. —Se inclinó hacia delante, recogió la pelusa que había caído al suelo y formó una bolita con las manos—. Has cometido error. Errores no buenos. Nigel comete errores…

Esperaba que Vitaly entendiera de qué estaba hablando.

La expresión de Vitaly le confirmó que así era. —Yo… no volveré a cometer error…

Antes de que cualquiera de ellos pudiera responder, un teléfono móvil sonó. Era el único objeto sobre la mesa de centro en mitad de la habitación, y se sacudió violentamente al entrar la llamada, con la pequeña pantalla iluminada por un número desconocido.

Georgiy se acercó despacio. No reconocía el número. Tampoco esperaba ninguna llamada.

Echó mano al dispositivo y respondió, conteniendo el aliento.

—Salid de ahí —dijo una voz grave—. Os han descubierto. Lo saben todo. Quiénes sois, vuestros nombres, fechas de nacimiento. Vuestros escondites. Todo. Tenéis cinco minutos para recogerlo todo e iros; de lo contrario, vendrán agentes armados a por vosotros. *Salid de ahí*.

CAPÍTULO 96

PUNTO DE PARTIDA

La lavandería estaba situada en medio de una hilera de casas. Como parte de la decoración, una lavadora de gran tamaño colgaba a un par de metros por encima del suelo del local, empotrada en el ladrillo. Colgaba de forma precaria del edificio y parecía que la más mínima ráfaga de viento bastaría para tirarla al suelo. Era un milagro que hubieran aprobado aquello. Los ladrillos de alrededor estaban grises y decrépitos, mientras que las ventanas eran de madera, ahora plagada de podredumbre. A primera vista, el edificio parecía abandonado, y como si llevara así bastante tiempo.

—Casas de papel… —susurró Jake mientras contemplaba el edificio, sin darse cuenta de que lo había dicho lo bastante alto para que Charlotte lo oyera. Estaban dentro del coche de ella y, a unos cientos de metros, había un furgón blindado de respuesta armada con las lunas tintadas, donde se encontraban cinco miembros del SO19, el equipo táctico de armas de fuego de la Policía Metropolitana.

—Ahora todo se viene abajo —respondió Charlotte.

La radio del salpicadero emitió un pitido. —Aquí Víctor-Bravo-cuatro-uno, comprobando comunicaciones, corto.

Escucharon con atención.

—Víctor-Bravo-cuatro-uno, le recibo alto y claro; de OFC, estamos en estado ámbar. Prepárense para estado rojo a mi orden. —Luego, unos segundos después—: A todas las unidades Víctor-Bravo, estado rojo, estado rojo.

De inmediato, las puertas traseras del furgón se abrieron de golpe y del interior brotó un torrente de agentes armados que se desplegaron sobre el hormigón en formación perfecta y corrieron hacia la lavandería. Lo último que oyeron Jake y Charlotte, antes de que desaparecieran dentro del edificio, fueron los gritos habituales de: «¡Policía armada!».

Jake observó y esperó durante unos angustiosos instantes; la tensión en el interior del coche era palpable y densa. El silencio llenó el aire cuando los gritos de los agentes se desvanecieron con ellos dentro del edificio, pero pronto fue sustituido por el sonido de sus breves y autoritarios informes que llegaban por la radio del salpicadero.

—¡Planta baja, despejada!

—¡Planta superior, despejada!

—¡Dormitorio, despejado!

Jake suspiró con desánimo. Ni siquiera le hacía falta estar allí con ellos para saber que habían perdido a Georgiy. El comandante estratégico de armas de fuego confirmó sus sospechas un minuto después.

—Les han dado un chivatazo —le dijo Jake a Charlotte mientras salían del coche y se dirigían hacia la entrada de la lavandería.

Los agentes de la policía científica que Charlotte había solicitado estaban terminando de montar sus puestos dentro del edificio, y los agentes uniformados acordonaban la calle. Durante las próximas horas, la lavandería sería su patio de recreo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Charlotte.

—No puedo. Pero mi intuición me dice que ha tenido que ser así. ¿Podemos conseguir que Steve o alguien más localice todos los teléfonos que han emitido señales en esta zona durante las últimas doce horas y ver dónde están ahora?

Charlotte se encogió de hombros, sin comprometerse.— Podría hacerlo, pero no nos dará nada preciso.

—Será suficiente.

Jake y Charlotte buscaron un mono de protección forense para cada uno, con sus correspondientes calzas, capucha, guantes y mascarilla. En cuanto se vistieron, no perdieron tiempo y se apresuraron a entrar en la lavandería.

Al entrar, rodeado de lavadoras, secadoras, percheros de ropa y el olor a detergente, a Jake le vinieron a la memoria imágenes viscerales y nítidas de Drew que le dejaron paralizado. La sangre. La masa encefálica. Los huesos. El cuerpo desplomado hacia un lado. Jake sintió arcadas bajo el calor del traje forense.

—¿Estás bien? —preguntó Charlotte, al notar su malestar.

—Bien —mintió él, tragándose la bilis—. Me alegraré cuando todo esto haya terminado.

Por la mirada de ella, supo que estaba pensando exactamente lo mismo: *si* es que esto terminaba pronto.

Tras inspeccionar rápidamente la propia lavandería —y decidir que no había nada de importancia o relevancia—, subieron corriendo a lo que parecía ser la vivienda. Estaba completamente abandonada. El rellano estaba vacío, los armarios de la cocina y la nevera carecían de cualquier rastro de vida, al igual que el baño y los dormitorios. Pero fue el salón lo que más intrigó a Jake y Charlotte.

A la izquierda había un sofá, encajado en la esquina de la habitación, y a su lado un armario; vacío. En la esquina opuesta había un televisor, en modo de espera. Y en el lado derecho de la habitación había otro sofá, este en forma de L.

Jake olfateó. Otro aroma —aparte del olor del detergente para la ropa— impregnaba el aire. Y los sentidos de Jake.

—¿Hueles eso? —preguntó.

—¿El qué?

Jake recorrió la habitación a toda prisa, buscando el origen del olor. Lo encontró, escondido tras el sofá con *chaise longue*.

—Lejía —dijo mientras sostenía en el aire la botella de marca blanca del supermercado.

Charlotte se cruzó de brazos y se frotó la frente con el dorso de la mano.— Apuesto a que este sitio no ha estado nunca tan limpio…

—Brillante —dijo él, lanzando una mirada fulminante a la botella de lejía—. Ahora hemos vuelto al punto de partida… al puto punto de partida.

CAPÍTULO 97

ESPERA

Jake se desplomó en la primera silla que encontró en la oficina satélite, abatido.

Habían regresado a toda prisa en cuanto revisaron la propiedad y se dieron cuenta de que no había nada de interés. Al menos, nada que pudieran ver a simple vista. El análisis de los detalles minúsculos dependía ahora de la policía científica, que, con un poco de suerte, podría encontrar algo microscópico que sirviera como prueba contra Georgiy, Vitaly o Tatiana.

Pero aquello no les servía de mucho a Jake y al equipo en este momento. Seguían sin saber adónde había huido Georgiy.

—¿Qué tenemos, gente? —preguntó Charlotte mientras se dirigía hacia la parte delantera de la sala. Al llegar, una figura salió de entre las sombras y la llevó a un rincón de la planta.

Jake la vio alejarse y luego echó la cabeza hacia atrás en un intento desganado de encajar las últimas piezas del rompecabezas.

«Piensa», se dijo a sí mismo. «Piensa, piensa, piensa».

Y eso hizo: empezó a repasar los acontecimientos y la información que conocía, centrándose en los hechos.

Danny Cipriano estaba muerto. Asesinado en plena noche tras ser secuestrado mientras estaba bajo protección de testigos. Asesinato atribuido a Richard Maddison, ahora fallecido. Presunto

suicidio. Se confirmó que Nigel Clayton estuvo allí. Ahora también fallecido. Y luego estaban Garrison y Drew. Garrison había estado trabajando estrechamente con Georgiy, moviendo los hilos. Pero ahora estaba en coma, así que no servía para nada. ¿Y Drew? Muerto. También inútil.

Jake se dio cuenta enseguida de que el número de personas que sabían algo sobre el Granjero y sus socios era escaso; casi inexistente.

Excepto... que había *otro* más.

Jake saltó de la silla y corrió hacia Charlotte, que acababa de terminar de hablar con el individuo.

—Jake, llegas en el momento justo —dijo ella, señalando al hombre que estaba a su lado—. Este es mi supervisor. El comisario principal Dremel.

Jake estrechó la mano gigantesca de aquel hombre igualmente gigantesco; era casi el doble de alto que Jake y solo ligeramente más ancho. Tenía el pelo de un rojo fuego y el apretón de alguien que hubiera sido bombero en otra vida; alguien que se hubiera pasado la vida levantando objetos pesados.

—Un placer conocerte, Jake —dijo Dremel, inclinando levemente la cabeza—. He oído hablar mucho de ti. El trabajo que has realizado en esta investigación ha sido una verdadera prueba para tus capacidades.

—Bueno, gracias... —dijo Jake, intentando no parecer desagradable o rudo. Simplemente odiaba aceptar elogios. Siempre le había pasado. Siempre le pasaría.

—¿Qué querías, Jake? —preguntó Charlotte.

—A Isaac Dawes.

—Necesito algo más que eso.

—El oficial de protección de testigos a cargo de Danny y Michael Cipriano.

—¿Qué pasa con él?

—Está compinchado en todo esto. —Jake tragó saliva y mantuvo la mirada fija en Charlotte mientras hablaba—. Él entregó a Danny al Granjero la noche en que lo mataron, y estaba allí cuando fui a hablar con Michael, momentos antes de que Michael fuera

secuestrado y sacado de la carretera. —Jake hizo una pausa para recuperar el aliento—. Debe de saber algo sobre ellos... Pero... pero...

—¿Qué ocurre? —preguntó Charlotte. Hizo amago de ponerle la mano sobre la suya, pero se detuvo a tiempo.

—Después de que metieran a Michael a la fuerza en la parte trasera del coche patrulla, Isaac vino corriendo hacia mí... —Jake suspiró y bajó la cabeza—. Estaba frenético, asustado. Pero no sabía nada de lo que le estaba pasando a Michael. Lo organizaron todo sin contar con él. Así que no sé si sabrá dónde está el Granjero... pero es un comienzo.

Charlotte le puso una mano en el hombro. —No te tortures. Este es el tipo de información que necesitamos. Esto es bueno.

Hizo una pausa y se dirigió a un agente que estaba trabajando al fondo. —Isaac Dawes —le dijo al oficial—. Oficial del programa de protección de testigos. Detenedlo. Veamos si puede decirnos algo sobre el Granjero y los asesinatos de Danny y Michael.

El agente saltó de su silla, cogió sus cosas y salió de la habitación.

En cuanto se hubo marchado, Charlotte volvió a centrar su atención en Jake.

—¿Cómo va lo de Liam? —preguntó Jake.

—Callado —respondió Dremel—. No suelta prenda sobre nada a nadie. ¿Hay algo más que te haya podido contar y que hayas olvidado o que no logres recordar?

Jake se estrujó el cerebro, odiando la sensación de estar bajo algún tipo de presión temporal para dar con la solución.

—No —dijo finalmente—. Os he contado todo.

—¿Hay algo más en el asesinato de Drew que te parezca extraño o fuera de lo común? —preguntó Dremel, sacando la mente de Jake de la investigación del Granjero para meterlo de lleno en el asesinato de Drew.

No le hizo mucha gracia, pero a medida que lo pensaba, más sentido cobraba.

A lo mejor, solo a lo mejor, los dos casos podían estar relacionados de alguna manera.

—Sí —respondió—. Lo hay. —Antes de darle a Dremel la oportunidad de replicar, lanzó una batería de preguntas a Charlotte —. ¿Estamos rastreando los números de móvil de los registros de llamadas que obtuvimos de los teléfonos de Liam y Drew?

—Sí.

—¿Cómo va la cosa? ¿Algún número que esté en movimiento?

Ella negó con la cabeza. —Muchos han sido desconectados y ya no están activos, según las operadoras.

Jake asintió, con su mente cayendo en picado por una montaña de ideas. —¿Y el número de móvil de Drew... alguien lo ha rastreado? ¿Alguien ha localizado su paradero de anoche antes de que muriera?

—¿Qué importancia tiene eso? Liam lo asesinó en su casa —añadió Dremel, interviniendo en la conversación.

—Un momento, señor. —Jake agitó un dedo en el aire. Su mente trabajaba a marchas forzadas y necesitaba decir lo que pensaba primero—. Antes no me percaté, pero ahora empieza a tener sentido. Liam dijo que Drew era un estorbo, una causa perdida. Que se había burlado de ellos demasiadas veces y que esta vez había ido demasiado lejos. Al principio pensé que se refería a la investigación por violación contra Hannah Bryant, pero no era eso. Liam mencionó algo sobre que Drew estaba intentando salir del país. Y estuvo con nosotros toda la tarde de ayer en la comisaría, así que el único momento en que pudo haberlo intentado fue por la noche, poco antes de que lo mataran.

Jake vaciló un momento mientras esperaba a que Charlotte y Dremel procesaran la información. —Así que Liam debió de enterarse, fue a su casa, lo esperó y lo mató. Yo estuve fuera de la casa de Liam toda la noche y no lo vi ni una sola vez hasta *después* de que hubiera matado a Drew. Alguien tuvo que darle el chivatazo.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero Drew debía de tener su propio plan de protección. No podía salir del país con su identidad actual... nunca podría escapar de ella. Ya había visto lo que le pasó a Garrison; temía que le pasara lo mismo a él.

—O sea, que posiblemente tenía un contacto que le iba a proporcionar una identidad nueva, datos nuevos... —dijo Charlotte, abriendo mucho los ojos al entrar rápidamente en la misma sintonía.

—Exacto... y debió de reunirse con ellos por la tarde. Alguien lo vio, se lo sopló a Liam, y luego se fue a casa a encontrarse con la muerte.

Charlotte pasó por su lado y se dirigió a paso rápido hacia Steve, en el centro de la sala. Habló apresuradamente con él y luego le hizo una señal a Jake para que se acercara.

—Steve ya le ha echado un vistazo rápido —explicó Charlotte mientras él cargaba un software en su ordenador.

En la pantalla apareció un mapa de Stratford, con sus marcas viales, líneas de ferrocarril, lugares de interés y semáforos. En la parte superior, derecha e izquierda aparecieron tres grandes círculos que representaban las torres de telecomunicaciones locales. En el epicentro donde las tres se solapaban, había un pequeño punto. Steve lo señaló.

—Ahí es aproximadamente donde el teléfono de Drew conectó con los transmisores locales.

—¿Con qué precisión?

—Dado que en la zona hay muchas más torres de telefonía que en mitad de la nada, el área tiene aproximadamente un kilómetro de ancho.

—Brillante —dijo Jake.

Ahora que tenían la ubicación, se centraron en localizar el paradero de Drew la noche en que murió utilizando las cámaras de seguridad de la zona. Tardaron cuarenta y cinco minutos en encontrarlo, y cuarenta y cinco segundos en darse cuenta de quién era el contacto.

En la pantalla, vieron el coche de Drew salir de un aparcamiento de varias plantas detrás de otro vehículo. El primer coche giró a la izquierda en el cruce, mientras que Drew giró a la derecha. Las imágenes de las cámaras estaban grabadas desde un ángulo que permitía ver la entrada del aparcamiento, así como la tienda de conveniencia que había al lado. Y, lo que era más importante, al asesino a sueldo ruso de pie frente a ella.

—Contactad con el dueño —dijo Jake, hablando para nadie en particular, pero esperando que alguien siguiera sus órdenes—. Solicitad las imágenes de las cámaras del interior de la tienda; averiguad qué compró.

Alguien, en algún lugar de la oficina, se puso manos a la obra. Regresaron con los resultados media hora después.

—Seis tarjetas SIM —dijo el agente que había sido enviado a comprobarlo—. Vodafone. Todas sin registrar, de prepago.

—Y... —dijo Jake con impaciencia. Le habían obligado a esperar un tiempo desesperadamente largo.

—Estamos localizándolas todas ahora, asumiendo que estén activas.

—¿Cuánto va a tardar eso?

La agente consultó su reloj. —Quizá una hora.

Jake soltó un bufido y se puso a caminar por la habitación. Ya no le quedaba nada por hacer, salvo esperar.

CAPÍTULO 98

A Georgiy no le gustaba vivir con remordimientos. Los remordimientos implicaban errores. Los errores implicaban un carácter débil. Un carácter débil implicaba fracaso.

Y, sin embargo, ahí estaba, sentado en un piso franco en medio de la nada, un fracaso viviente, que respiraba y andaba.

Fue un error meter a Nigel en el negocio.

Fue un error volver a confiar en Vitaly.

Fue un error acercarse a Tatiana.

Fue un error pensar que podía montar un grupo de sicarios a sueldo.

—¿Cuánto tiempo tenemos estar aquí? —preguntó Vitaly mientras atravesaba el comedor de un lado a otro.

—Hasta que sepamos que es seguro… —respondió Georgiy. Sus ojos se posaron en Tatiana, que estaba apoyada en la mesa del comedor, jugueteando con los dedos. Georgiy se apartó de la ventana y se sentó a su lado—. ¿Cómo tú dices que encontraste este sitio?

Estaban en el escondite de Tatiana, una casa unifamiliar abandonada a las afueras de Hatfield Forest, en Hertfordshire, al este de la M11. Rodeados por una valla de estacas que era su única protección, estaban aislados. Era el lugar del que ella les había hablado momentos antes de verse obligados a salir de la lavandería. Al principio había sido parca en detalles, pero ahora que estaban

solos y a resguardo en la propiedad, era el momento de que se explicara.

—Te lo dije… —dijo Tatiana, con un nudo en la garganta—. Nigel me ayudó a prepararlo. Me dijo… que si alguna vez necesitaba una vía de escape, un paquete de seguro, esto debía serlo.

—¿Un seguro?

—Ya sabes… si alguna vez pasaba algo. Si alguna vez necesitaba *largarme*. Si os pasaba algo a vosotros.

Georgiy la miró fijamente a sus ojos oscuros y cavernosos, que parecían devorar la luz que caía en ellos. Esos ojos los había amado en su día, había compartido secretos con ellos, los había amado y en ellos confió. Pero ahora no había nada. Eran inocuos, objetos inanimados. Como lo era ella.

Dijera lo que dijera, se lo tomaba con pinzas. Llevaban unos meses muy unidos. En realidad, más que unidos. Amantes. Lo habían compartido todo y él la había dejado entrar en su mente; una sensación extraña a la que apenas había tenido el valor de abrirse. Pero ella le había mentido, le había traicionado, le había ocultado cosas.

Estaba decidido a averiguar si esta era la única.

—¿Cuánto tiempo tener sitio? —preguntó.

Ella apartó la mirada y volvió a juguetear con las manos—. Un par de meses.

—Y no dices a mí.

—Clayton me dijo que no lo hiciera.

Al decirlo, su voz cambió levemente. Al principio, Georgiy no lo reconoció, pero parecía que se quebraba su acento, que se le trababa el habla.

—No me mentirías, ¿verdad?

—¡No! ¡Claro que no! —Le puso una mano en la rodilla—. Sabes que no lo haría.

Ahí estaba otra vez. La quiebra en su voz. El acento que se le caía. Un tenue tono inglés asomando.

Georgiy la apaciguó con una sonrisa y luego se puso en pie, regresando a la ventana. Dejó vagar la mirada por la negrura frente a él, rota apenas por el resplandor apagado de la luna filtrándose

por el velo de nubes que cubría el campo. Volvió con la mente al momento en que había encontrado a Tatiana. Cómo habían chocado en la estación cuando él iba camino de un objetivo. Cómo ella había ido en el mismo vagón que él. Cómo se habían cruzado las miradas. Cómo había sabido entonces, al instante, que no era lo que aparentaba.

A Tatiana la habían contratado para matarlo. Un antiguo cliente agraviado a quien él había fallado, y enviaron a Tatiana para rematarlo. Pero, tras una suave persuasión con su boca —dentro y fuera del dormitorio—, ella desoyó el encargo y decidió unir fuerzas con él. Su relación empezó ahí, y nunca llegó a terminar del todo.

Hasta ahora.

Empezaba a sentir que todo lo que ella le había contado era mentira. Se había dejado cegar por un sentimiento al que había jurado que nunca cedería.

Su voz. Su acento. Era falso. No era ucraniano, como decía. Era británico, inglés. Y ella era una agente encubierta.

Tatiana —si es que ese era su verdadero nombre— se levantó de la silla, cuyas patas rasparon las baldosas de piedra, y salió de la habitación. La mirada de Georgiy la siguió. En cuanto ella salió de la estancia, cruzó la cocina de un salto y agarró del brazo a Vitaly, tirándole de la manga.

—Dame la pistola, ahora.

—¿Por qué?

Vitaly tardó demasiado. Georgiy le metió la mano en la axila y arrancó la Glock de la cartuchera del hombro. Con la otra mano, Georgiy acalló a su primo, que acababa de abrir la boca para protestar, y luego siguió a Tatiana al salón.

La encontró de espaldas a él, mirando por los ventanales tipo mirador, las manos por delante.

—¿Qué haces? —preguntó al entrar, empuñando el arma y manteniéndola oculta. Por ahora—. ¿Para quién trabajas?

Tatiana no contestó.

—¿Para quién trabajas?

Nada.

—Yo saber que tú eres encubierta. ¿Para quién trabajas? ¿La Cabal?

Silencio.

—¿La Cabal te hace trabajar contra mí?

Tatiana se volvió hacia él. En la mano tenía un teléfono móvil. Desde donde estaba, vio que había una llamada en curso. No sabía con quién, pero no le hacía falta.

Tatiana acababa de pedir refuerzos. Se estaban cerrando en torno a él. Y, situados en medio de la nada, no había salida.

Georgiy alzó el arma, apuntó con el cañón entre aquellos ojos suyos antaño perfectos y apretó el gatillo.

CAPÍTULO 99

ABOGADO

Durante media hora, Jake y Charlotte, junto con el mando operativo de armas de fuego y su equipo, compuesto por diez hombres, habían permanecido tendidos cuerpo a tierra sobre un montículo de tierra húmeda en mitad de la nada, vigilando atentamente la casa desolada y abandonada mientras el agua calaba sus ropas.

Steve, de vuelta en la oficina satélite, había estado rastreando los números de móvil que Vitaly compró en la tienda de conveniencia la otra noche. Y el número —solo uno de ellos estaba encendido por ahora, mientras que otro entraba y salía de servicio— los había conducido hasta allí.

Jake podía verlos a través de las ventanas de la casa. Moviéndose, hablando. A través de sus prismáticos, parecían ansiosos, agitados, como si supieran que los estaban siguiendo. Como si supieran que la soga se estaba apretando alrededor de sus cuellos.

Jake reconoció a Vitaly por las imágenes de las cámaras de seguridad. Era un hombre corpulento, apenas mayor que él, con el pelo negro que empezaba a clarear con canas en los laterales. Se preguntó si sería por todo el estrés de matar a gente.

Vitaly estaba de pie junto a la ventana, contemplando los alrededores. Jake y el resto del equipo se relajaron sabiendo que eran apenas visibles en la oscuridad absoluta. Nubes espesas e insondables se cernían sobre ellos, ocultando gradualmente las estrellas y la luna; sus coches estaban escondidos a casi un kilómetro de distancia, y ninguno de ellos llevaba ropa reflectante. Además, si se llegaba a un tiroteo, Jake simplemente agradecía contar con algunos de los mejores oficiales de armas de fuego de la Met y de la policía de Hertfordshire.

Sentados a la mesa, en una discusión silenciosa, estaban Georgiy y Tatiana. Georgiy estaba sentado de espaldas a Jake. Este enfocó el rostro de Tatiana. No sabía por qué, pero ella parecía asustada, pensativa; casi como si estuviera retenida allí contra su voluntad.

Un segundo después, se oyó una interferencia en la radio entre él y Charlotte. Era tenue, apenas audible.

—Todas las unidades, informen... —llegó la voz estática del mando operativo de armas de fuego, el oficial encargado de asegurar que la estrategia estuviera en marcha.

—Victor-cinco: en posición.

—Victor-uno: confirmado.

—Victor-dos: en posición.

—Victor-tres: objetivo a la vista.

—Confirmado. Todas las unidades en posición.

La adrenalina recorrió el cuerpo de Jake al oír esas palabras, dominando el escalofrío que empezaba a asentarse en su estómago y sus muslos. Una lluvia ligera —esa clase de llovizna que parece flotar en el aire como si fuera parte de la atmósfera— había comenzado en el momento en que llegaron y no mostraba signos de amainar. A su alrededor reinaba el silencio, salvo por el sonido de su propia respiración, el suave susurro de las briznas de hierba moviéndose al paso del viento y la lluvia. Volvió a centrar su atención en los prismáticos. Pronto, se dijo a sí mismo. Pronto, todo habrá terminado.

Excepto por La Cábala, su raison d’être; el propósito de toda su carrera en la policía, según había decidido.

Mientras Jake presionaba los prismáticos contra su cara, notó que algo iba mal. Tatiana se había levantado de su asiento y se dirigía a la otra habitación, y entonces Georgiy abordó a Vitaly, metió la mano en su bolsillo y sacó...

Era una pistola. Una Glock.

Georgiy ocultó el arma contra su pierna y siguió a Tatiana al salón. El pecho de ella estaba iluminado por un tono azul brillante que provenía de su móvil, con el rostro desencajado por los nervios.

—Está pasando algo —dijo Jake, buscando a tientas a Charlotte por la hierba—. Él... tiene un arma.

Jake no podía apartar la vista de la acción, pero necesitaba encontrar la radio para alertar a los oficiales. Dejando a un lado los prismáticos momentáneamente, pasó las manos por las briznas de hierba a ambos lados —del mismo modo que acariciaba el pelo de Elizabeth cuando ella se sentaba frente a él mientras veían la televisión—, pero no la encontraba.

—¡Charlotte! ¡Charlotte! —susurró. Ella estaba tumbada boca abajo, mirando todavía por sus prismáticos, paralizada—. Charlotte, ¿dónde está la...?

Un único disparo retumbó, resonando por toda la casa y por las ondulantes colinas del campo.

Antes de que Jake tuviera tiempo de asimilar lo que había sucedido, se efectuaron dos disparos más. Tres. Cuatro. Seguidos por el sonido devastador de gritos aterrorizados y el estrépito de cristales rompiéndose.

Presa del pánico y desorientado por los sonidos penetrantes que reverberaban en su cráneo y le hacían perder el equilibrio, Jake buscó de nuevo los prismáticos a tientas. Fue lo bastante rápido para ver a Tatiana allí parada junto a la ventana, rodeada por los oficiales armados. Más allá de ella, Georgiy estaba siendo arrojado sobre la mesa de centro en mitad de la habitación, con la cara aplastada contra la madera. A la izquierda de Tatiana, junto a la entrada de la cocina, estaba Vitaly, desplomado, con una mancha de sangre sobre él, manchando la puerta blanca.

Jake parpadeó mientras intentaba comprender qué había pasado. ¿Cómo podía haber muerto Vitaly si él no era quien empuñaba el

arma?

Y entonces recordó. Justo cuando había bajado los prismáticos, había visto a Vitaly dirigiéndose a la cocina por el rabillo del ojo. Debió de intentar recuperar su arma de manos de Georgiy —quizá hubo un forcejeo— y entonces los oficiales armados dispararon al hombre que tenía el arma. Pero tendría que esperar al informe final.

Mientras Jake soltaba un suspiro de alivio, se oyó estática en la radio. Bajó los prismáticos y miró el dispositivo de comunicaciones en la mano de Charlotte. Ella se estaba poniendo de pie y hablaba por el micrófono.

—Casa asegurada y bajo control. Una víctima mortal. Dos detenidos.

Charlotte confirmó la recepción de la transmisión y se volvió hacia Jake mientras bajaba el micrófono a su costado.

—Se acabó, Jake —dijo ella, tocándole el brazo y espantando un insecto de su hombro—. Lo has conseguido.

Jake no estaba convencido. Cierto, había destapado un aspecto de la corrupción de La Cábala dentro de la policía, pero empezaba a tener la impresión de que Liam, Drew, Garrison, El Granjero, Bridger, Michael, Danny... todos ellos eran solo piezas muy pequeñas de una maquinaria inmensa.

A Jake le correspondía destruirla.

Un minuto después, Jake y Charlotte estaban de pie junto al furgón policial que habían traído para trasladar a los delincuentes a la comisaría. No había tardado mucho en llegar el resto de la fuerza policial: los equipos de emergencia que estaban en medio de la colocación del cordón y el equipo forense que se estaba poniendo sus trajes protectores, justo cuando el equipo de armas de fuego regresaba con Tatiana y Georgiy firmemente sujetos.

—¡Soltadme! —gritó la mujer, retorciéndose, con los brazos inmovilizados a la espalda—. No sabéis con quién os estáis metiendo.

Un oficial de armas de fuego subió a la mujer a pulso a la parte trasera del furgón policial y la lanzó sobre el asiento. Unos metros detrás de ella estaba Georgiy. Parecía más reservado, más relajado,

como si ya estuviera empezando a tramar un plan de escape en su cabeza. Jake esperaba que no fuera el caso.

—Abogado. Quiero abogado —dijo Georgiy.

Jake sonrió con sorna. —¿Déjame adivinar... Rupert Haversham?

CAPÍTULO 100

NOMBRES

Los cuatro estaban finalmente sentados a la mesa en la sala de interrogatorios de la comisaría de Loughton, en el anillo interior de la M25. Jake, Charlotte, Georgiy y Rupert. Habían transcurrido cuatro horas desde que Georgiy y Tatiana habían sido arrestados, y la mayor parte de ese tiempo se había empleado en intentar localizar a Rupert Haversham. Pero ahora que estaban todos allí, Jake se sentía aliviado de que por fin pudieran empezar.

Despachó las formalidades lo más rápido posible. Ya estaban bien entradas las primeras horas de la madrugada, él todavía no había dormido y no parecía que fueran a terminar pronto; tendrían suerte si conseguían presentar el caso ante el Servicio de Fiscalía de la Corona antes de que acabara el día.

—Dime, Georgiy —empezó Jake—, ¿qué sabes de Danny y Michael Cipriano?

—Sin comentarios.

—¿Y cuál es tu relación con Pete Garrison?

—Sin comentarios.

—¿Drew Richmond?

—Sin comentarios.

—Liam Greene.

—Sin comentarios.

—¿Acaso conoces a alguien?

—Sin comentarios.

—¿Te contrataron para matar a alguno de estos individuos?

—Sin comentarios.

—Ya veo.

Jake se volvió hacia Charlotte. Esto iba a ser más difícil de lo que había pensado en un principio. Resultaba evidente que la táctica de silencio de Haversham estaba dando resultado. Tanto él como Charlotte le habían permitido un tiempo para hablar con Georgiy antes del interrogatorio; se veían obligados a hacerlo todo estrictamente según la ley cuando se trataba de Rupert. La reputación del hombre lo precedía; era capaz de encontrar el más mínimo resquicio en la verdad, el agujero más insignificante en el procedimiento que pudiera haber pasado desapercibido.

—Georgiy... —comenzó Charlotte—. Tenemos pruebas de llamadas telefónicas realizadas desde y hacia tu móvil por un número no registrado que utilizaba el inspector jefe Liam Greene. También tenemos las grabaciones de esas llamadas. Además, hemos rastreado el número de móvil sin registrar que has estado usando, y te sitúa en el lugar exacto de las muertes de Danny Cipriano y Richard Maddison. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Sin comentarios.

—¿Vas a responder hoy a alguna de nuestras preguntas? —preguntó Jake.

—Las está respondiendo —terció Rupert—. Solo que no os está dando las respuestas que queréis oír.

Jake le dedicó una sonrisa forzada a Haversham. —Bien. De acuerdo. Creo que eso es todo por ahora.

Jake alargó la mano sobre la mesa para dar por terminado el interrogatorio, pero entonces dejó el dedo suspendido sobre el botón. Se le había ocurrido una idea. —Me... Me preguntaba si podrías responderme a esto. ¿Te suena de algo el nombre de «La Cábala»?

Georgiy reaccionó de la manera que Jake esperaba: obstinado, desafiante, del mismo modo en que había reaccionado ante todos los demás nombres. Pero lo que Jake buscaba en realidad era la

expresión de Rupert. El hombre podía ser un abogado penalista de gran éxito con la habilidad de abrirse paso en el tribunal a base de mentiras, pero no era un buen jugador de póquer. Y eso le dijo a Jake todo lo que necesitaba saber.

Jake terminó el interrogatorio y se levantó para irse.

—Gracias a los dos por su tiempo. —Asintió a Haversham y luego centró su atención en Georgiy—. Estoy seguro de que volveremos a vernos muy pronto.

Salieron de la sala de interrogatorios en silencio. En cuanto la puerta se cerró tras él, Jake apretó el puño y lo golpeó contra la pared en un arrebato de ira.

—¿Qué haces? —preguntó Charlotte.

—Es una pérdida de tiempo. No creo que vaya a decirnos nada.

—Al menos está al otro lado de ese muro en lugar de estar ahí fuera, donde pueda hacer daño a alguien más.

Jake se encogió de hombros. —Dale el giro positivo que quieras. Seguimos sin estar más cerca de descubrir quién es La Cábala.

—Llegaremos a ello. Créeme, llegaremos.

—¿Cómo?

Charlotte miró a ambos lados del pasillo, abrió la puerta más cercana y lo empujó dentro. Estaban en los aseos de hombres y, antes de hablar, Charlotte revisó todos los cubículos. Una vez que consideró que estaban solos, habló.

—He estado pensando últimamente.

—¿Ah, sí?

—En mi carrera. Quizá sea hora de cambiar. ¿Qué te parece si me uno al MIT? Vas a necesitar una reconstrucción bastante grande. He hecho cosas importantes con el DPS, no me malinterpretes. Y me encanta la gente con la que trabajo. Pero ya no puedo seguir haciendo lo que hago allí. Es demasiado agotador. Es demasiado horrible. Me gusta pensar que todavía quedan algunos de los buenos por ahí fuera.

—¿No da más satisfacción atrapar a los malos?

—¿Tú crees? Quiero decir, aquí estamos, acabamos de arrestar a alguien contratado para matar por dinero y a otro por ser un

corrupto... y tú estás preocupado por el panorama general. ¿De verdad resulta tan satisfactorio? Siempre habrá un pez más gordo.

—Castillos de naipes —susurró Jake—. Han caído algunas cartas, pero la estructura sigue en pie. Voy a reducirla a cenizas. Hasta que no quede nada.

La puerta se abrió y entró un agente uniformado. El hombre se quedó petrificado, atónito ante la presencia femenina en el baño de hombres. Antes de que la puerta se cerrara, Jake le dijo que saliera. El hombre lo hizo, a toda prisa.

—¿Un café? —preguntó Charlotte—. Invito yo.

—Mataría por uno —respondió Jake—. Supongo que quizá podría acostumbrarme a tenerte por la oficina más a menudo.

—Si ese va a ser el caso, entonces hay algo más que probablemente deberías saber.

—¿Qué es?

—Mi nombre real. No es Charlotte. Es Stephanie.

CAPÍTULO 101

DINERO MANCHADO DE SANGRE

Más tarde aquel día, en algún momento de la tarde —no sabía cuándo; su reloj biológico interno estaba completamente descompensado—, Jake condujo hasta casa en silencio, preparándose para lo que se le venía encima. Decir que le estaba dando demasiadas vueltas a las cosas era quedarse corto. Se preguntaba qué diría Elizabeth cuando regresara. Cuánto le habría contado Liam. Cuánto se habría creído ella. Cuánto habría discutido y protestado, asegurando que Jake no era capaz de tener una aventura ni de hacer ninguna de las cosas de las que Liam lo había acusado.

Una parte de él deseaba que el trayecto durara más, que el tráfico lo retrasara, quedarse atrapado tras un tractor en mitad de la A222. Algo que pospusiera lo inevitable. Pero, por desgracia, no hubo nada, y para cuando aparcó frente a su casa, el viaje le había llevado poco menos de una hora.

Apagó el motor, cogió su bolsa y caminó hacia la puerta principal. Al entrar, lo recibió el silencio. Se sentía como un extraño en su propia casa, como si estuviera entrando a robar para saquear el lugar.

—¿Hola? —llamó, mientras las paredes absorbían su voz—. ¿Liz? ¿Maisie? ¿Ellie?

Nada.

—¿Hay alguien?

Avanzó despacio por el pasillo, asomó la cabeza en el salón a su izquierda, vio que no había nadie y continuó hasta la cocina, al fondo. La cocina estaba limpia, pero no había rastro de ninguna nota ni nada parecido.

En ese instante, Jake se temió lo peor.

Liam. Aquel hombre había puesto un pie en su casa. Le había enseñado a Elizabeth todas esas fotos. Pero ¿y si había enviado a Georgiy poco después? ¿Y si habían secuestrado a Elizabeth y a las niñas? O peor aún, ¿y si las habían matado y las habían dejado en alguna parte?

Presa del pánico por su propia imaginación, intentó llamar al móvil de su mujer. Sonó y sonó. Una y otra vez.

Cortó la llamada antes de que saltara el buzón de voz e intentó de nuevo.

Seguía sin respuesta.

Jake caminó en círculos alrededor de la isla central, apretando el puño con rabia y miedo. Era posible que simplemente no hubiera oído el teléfono, pero no se lo creía. Y si no se la habían llevado, solo quedaba otra opción.

Se acercó a la nevera, cogió la agenda de Elizabeth del montón de papeles que había al lado y buscó el número fijo de su suegra. Martha y Alan Clarke se empeñaban en mantener su privacidad y en asegurarse de que no existiera ninguna copia digital de su número de teléfono o dirección. Algo relacionado con su paranoia. Un síntoma de trabajar para el Gobierno, siempre había pensado Jake.

En cualquier caso, resultaba de poca ayuda en una situación así.

Finalmente encontró el número, lo marcó en su teléfono y llamó.

—¿Diga? —respondió Martha.

—Martha, soy Jake. ¿Está Liz ahí... por favor?

Hubo una larga pausa y, de fondo, oyó voces lejanas y susurros que respondieron a la pregunta por él.

Colgó el teléfono, salió a toda prisa por la puerta y volvió a subir al coche. Los padres de Elizabeth vivían a menos de cinco kilómetros, en una majestuosa casa victoriana en Crystal Palace. La

casa era independiente y era la única propiedad de la calle que tenía piscina en el jardín trasero, que daba a un campo de golf cercano.

Jake llegó a la casa diez minutos después y corrió hacia la puerta.

Elizabeth abrió poco después de que él llamara. Llevaba el pelo recogido en una coleta y tenía los ojos y las mejillas enrojecidos. Estaba envuelta en una rebeca de color azul cielo y vestía unos vaqueros. A pesar de su aspecto de abatimiento, seguía estando guapísima.

—Liz... —dijo él con voz débil.

—¿Qué quieres?

—Quiero... quiero hablar. ¿Podemos hablar?

—No puedes entrar.

—Me parece bien. No quiero entrar. —Se dio la vuelta y señaló a su espalda—. ¿Qué te parece si nos sentamos en el coche?

—Dame las llaves.

—¿Qué?

—Dame las llaves.

Jake se miró la mano y jugueteó con las llaves del coche entre los dedos.

—Claro. Lo que sea.

Abrió el coche por encima del hombro y le pasó las llaves a Elizabeth, que las lanzó al interior de la casa. Ella salió y cerró la puerta tras de sí. Jake nunca la había visto tan enfadada. Al principio había confundido el color rojo con la tristeza. Caminaron hacia el coche en silencio; Jake intentaba preparar mentalmente lo que iba a decir y cómo lo iba a decir, pero tenía la mente en blanco.

—Lo siento —empezó una vez que se hubieron acomodado. Se giró hacia Elizabeth, pero ella no le devolvió el gesto; se giró y miró por la ventana para evitar reconocer su presencia—. Siento lo de estos últimos días. Las últimas semanas. Los últimos meses. Siento haber sido un marido de mierda. Por no haber estado nunca. Siento haber pasado tanto tiempo en el trabajo y haber antepuesto eso a ti y a las niñas, y siento no haber solucionado este problema antes. De hecho, siento no haberlo solucionado en absoluto. —Respiró hondo

—. Pero sea lo que sea lo que te enseñó Liam, era mentira. Todo. El dinero en mi cajón. Las fotos de Charlotte y yo en el pub.

—¡Ah!, ¿así que eso no pasó? —Elizabeth giró la cabeza bruscamente para mirarlo—. Ahora resulta que Liam es un maestro del Photoshop, ¿no?

—No —dijo Jake suspirando—. Sí, fuimos a tomar algo. Por eso llegué tarde a casa. Pero no fue nada de eso, nada en absoluto. Estábamos hablando del caso. Ella era nueva en el equipo; acababa de incorporarse y yo quería darle la bienvenida, mantener las formas.

—¿Qué formas? ¿Hacer que pareciera que eras un buen amigo para que nadie se diera cuenta de que te la estabas tirando?

Liam había plantado una semilla tan profunda en la cabeza de Elizabeth que haría falta mucho esfuerzo para arrancarla.

—Te juro, Elizabeth Tanner, que no fue nada de eso. Ni por asomo. ¿Qué te dijo Liam?

—No te lo voy a decir. Solo para que puedas buscar la forma de salir del paso. Y tampoco quiero oír excusas.

—No son excusas. La he cagado, lo entiendo. De verdad que sí. Pero es mucho más complicado de lo que parece.

—Oh, estoy segura de que sí. —Elizabeth se cruzó de brazos y apartó la vista.

Esto no servía de nada. No llegaba a ninguna parte.

—¿Quieres que te cuente exactamente lo que ha estado pasando estos últimos días?

—¿No te preocupa que Liam te riña por compartir ese tipo de información conmigo? —Lo dijo con tal desdén en la voz que lo enfureció aún más. Sabía que estaba arremetiendo contra él porque estaba furiosa, pero eso no hacía que doliera menos.

—Liam ha sido arrestado.

La mirada de Elizabeth se clavó de nuevo en él. —¿Por qué? —Había una nueva emoción en su voz.

—Por muchas cosas. Pero lo más importante, por matar a Drew. Le pegó un tiro en la cabeza.

Elizabeth ahogó un grito y se llevó la mano a la boca. —¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Anoche? Dios mío. Ese hombre... estuvo... entró en mi casa... ¡en *nuestra* casa!

Jake le puso la mano en la pierna. Ella dejó que se quedara allí.

—Lo sé —dijo él—. Está bien. Ya se ha ido. No volverá a acercarse a ti ni a las niñas nunca más. ¿Hizo algo mientras estaba en casa?

Elizabeth negó con la cabeza. —Solo entró... saludó a las niñas y... me enseñó las fotos.

—¿Aún las tienes?

Elizabeth asintió. —Se dejó la cámara en nuestra casa.

—Vale. ¿Hizo algo más? ¿En algún momento estuvo solo en alguna habitación?

—No. Estuve con él en todo momento. También vi cómo se marchaba. No hizo nada que no debiera.

Jake asimiló lo que ella había dicho, asintiendo y rascándose la cicatriz del lado de la cara.

—¿Qué está pasando, Jake? ¿Qué va a pasar?

Ella le puso la mano en la suya. Él se la apretó.

—Escucha, es complicado. En resumen, durante los últimos quince años, Liam, Drew y Garrison han estado corrompidos por una fuerza externa de alguna manera. Liam fue el responsable de reclutar a los Crimsons hace tantos años. Drew estaba metido en todo, e incluso violó a una chica inocente cuando era más joven. Y hasta contrataron a sicarios para matar a los hermanos Cipriano. Ha sido todo un caos. Drew... muerto. Liam... arrestado. Y Garrison... está en coma. Liam y Drew intentaron deshacerse de él simulando un accidente de coche. No se sabe si llegará a despertar. Y, para colmo, intentaban que yo también pareciera un corrupto.

—¿Cómo?

—Esas fotos. El dinero que plantaron en mi cajón. Incluso os hicieron fotos a ti y a las niñas en el parque el otro día. Estoy seguro de que han hecho otras cosas para intentar que parezca uno de ellos. Ahora tengo que averiguar qué.

Jake hizo una breve pausa para recuperar el aliento. —Nada de lo que te enseñó Liam es verdad. La foto mía con Charlotte... eso

ocurrió, sí, lo admito. Pero no de la forma que piensas. Fui a Asuntos Internos para informar sobre Liam, Drew y Garrison. Charlotte es una agente encubierta; su nombre real es Stephanie. Estábamos trabajando juntos para intentar desenmascararlos a los tres. Pero llegamos demasiado tarde para salvar a Drew y Garrison. Eso fue todo, Liz. No hubo nada más. Nada. Tienes que creerme.

Elizabeth lo miró fijamente un rato más. Sus ojos brillaban por las lágrimas, pero de alguna manera parecía aún más hermosa.

—Te creo. Te creo. Es que... no sé qué decir —respondió—. ¿Por qué no me contaste que estaba pasando todo esto?

—No quería preocuparte. No quería que pensaras que corría ningún peligro. Quería asegurarme de que no supieras nada, por si acaso alguien os utilizaba a ti y a las niñas como moneda de cambio.

—¿*Corriste* algún peligro? —preguntó Elizabeth con una ceja levantada.

Jake se acordó de estar sentado al otro lado de un seto mientras mataban a golpes a Michael Cipriano. De su altercado con Liam. De cómo había estado mirando por el otro extremo de una pistola en ambas ocasiones.

—No —mintió—. No corrí ningún peligro. Solo quería asegurarme de que tú y las niñas estuvierais a salvo.

—Lo estamos. Podemos dejarlas con mi padre y mi madre un tiempo si quieres...

—Eso podría ser lo mejor. Supongo que el lado positivo de todo esto es que me van a pagar muchas horas extras este mes.

—¡No te lo he dicho! —dijo ella, dándole un golpe emocionado en el brazo.

—¿Qué?

—El dinero. La deuda. Mis padres. Nos lo han dado.

Jake abrió la boca para protestar, pero Elizabeth lo cortó al instante.

—Sé que no querías que lo hicieran, pero se han ofrecido ellos. No creen que seamos unos desvalidos. Solo nos están ayudando. Igual que hicieron la última vez.

Jake soltó un profundo suspiro de alivio. No podía negar que le sentaba mal tener que aceptar dinero de sus suegros. Otra vez. Ni

tampoco podía negar que le dolía que su familia estuviera en esta situación cuando él solo tenía veinticinco años. Si ya estaban pasando apuros, ¿cómo sería dentro de cinco años, diez, quince? No le parecía justo para las niñas. Pero aceptar el dinero de Martha y Alan —que tenían de sobra— era la forma más ética de pagar sus deudas en comparación con los otros métodos que había barajado, especialmente porque lo mantenía alejado del dinero de su cajón. Una parte de él se había sentido tentada a cogerlo. Pero sabía que habría sido una decisión estúpida. Estaba sucio, contaminado. Era dinero manchado de sangre. Sería confiscado y él se enfrentaría a la cárcel o al despido, y ninguna de las dos opciones sería buena para su familia.

Porque, al fin y al cabo, ellas eran lo único que le importaba.

CAPÍTULO 102

CONTACTO

Una semana después seguían metidos de lleno en faena, incluso con toda la ayuda adicional del equipo del DPS de Charlotte. El número de tareas en la lista de pendientes de Jake crecía por momentos. No había hablado en condiciones con nadie —ya fueran amigos, familiares o colegas— en los últimos días. No había podido comentar los recientes acontecimientos con nadie que le ayudara a procesarlos; simplemente le habían ordenado que se concentrara, una y otra vez.

Así que, cuando sonó su teléfono, fue una distracción agradecida.

—¿Diga? —respondió.

—Hola, compañero —era el sargento detective Elliot Bridger, que sonaba más excitado de lo habitual—. ¿Todo bien?

—Todo lo bien que se puede estar…

—¿Te has enterado de lo de Danika, entonces?

Se había enterado. Y habría preferido no haberlo hecho.

Unos días después de que Liam y Georgiy hubieran sido arrestados, procesados e interrogados, Jake había recibido una llamada de la inspectora jefa Pemberton comunicándole que, tras enviar una patrulla a casa de Danika para ver cómo estaba, la habían encontrado muerta en el sofá. Una botella de vodka y un porro a su lado. Un disparo en la cabeza. Suicidio.

Jake no se creía ni una palabra.

—Es una puta mierda —respondió.

—Por eso te dije que te cuidaras, chico.

—Tú también —replicó Jake—. Vete del país. Sigue adelante. Lejos de todo. Empieza una nueva vida alejado de toda esta mierda. Tú sabes más de lo que sabía Danika.

Hubo una pausa.

—No puedo, Jake. Agradezco tus esfuerzos y tus consejos, pero no puedo. No es tan sencillo. Están pasando muchas más cosas de las que imaginas…

—¿O sea que me mentiste? —interrumpió Jake—. Es verdad.

—¿El qué?

—Liam me dijo que tú eras inmune en todo esto. Dijo que siempre estarías a salvo por razones que yo nunca entendería. ¿Cuáles son?

—Jake, no sé de qué me estás hablando.

—¿Por qué me sigues mintiendo, Bridger? Después de todo este tiempo, después de todo lo que te he demostrado. ¿Qué está pasando?

Bridger guardó silencio un momento. —Nada. De verdad.

Jake se encogió de hombros. Ya había llegado al punto en el que le daba igual. No le quedaban fuerzas para intentar convencer a Bridger de que huyera, de que se pusiera a sí mismo en primer lugar, de que se asegurara de no sufrir el mismo destino que Danika. Estaba harto de todo aquello.

—Si no vas a decírmelo y si no vas a ayudarme, no puedo seguir con esto. Ahora que esto se ha acabado con Liam, vamos a tener que cortar nuestros vínculos. Esto ha traído demasiada angustia y destrucción a mi carrera y a mi familia.

—Eres tú quien tiene que salir de ahí, Jake —dijo Bridger.

—No cuando tengo que arreglarlo todo aquí. No cuando La Cábala sigue ahí fuera y hay un círculo de agentes corruptos a los que tengo que pillar.

—Si no tienes cuidado, irán a por ti como fueron a por Danika. No te hagas eso. No se lo hagas a tu familia.

—No si yo los pillo a ellos primero.

Jake colgó e inmediatamente bloqueó el número de Bridger. Si iba a llevar a cabo lo que acababa de decir, tenía que asegurarse de cumplir su palabra.

Y el primer paso era cortar el contacto.

CAPÍTULO 103

BRILLANTE

Treinta minutos después, llegó la hora de irse a casa. Al menos para Jake. Dremel le había permitido marcharse con su mujer y sus hijas mientras el resto de los inspectores continuaban trabajando en la Operación Jackknife. Después de lo que había sido un día sorprendentemente productivo y feliz, dadas las circunstancias, Elliot Bridger le había dado un bajonazo considerable.

Pero Jake estaba decidido a asegurarse de que el resto del día transcurriera sin sobresaltos, así que expulsó de su mente cualquier pensamiento sobre Bridger.

Fuera, el cielo estaba cubierto por un manto negro, y las estrellas empezaban a atravesar el tejido como faros que irrumpen en la niebla. La astronomía nunca le había interesado a Jake, pero de vez en cuando disfrutaba mirando hacia arriba, contemplando la vida más allá de la Tierra, más allá del universo, más allá de todo: qué habría ahí fuera; cómo sería pasar tiempo en el espacio.

A veces la idea lo asustaba; otras, le ayudaba a poner las cosas en perspectiva. Que, por muy mal que le fuesen las cosas —con Elizabeth, las niñas, el trabajo—, no era tan malo como salir disparado por el espacio. Sentía que su mundo entero empezaba a encarrilarse de nuevo. Y no podía esperar a ver qué le deparaba el futuro.

Se acercaba un breve descanso. Dos días de vacaciones lejos de todo. Solo él, Elizabeth y las niñas, desconectados del resto de la sociedad en mitad de los Cotswolds. Patrocinado por Martha y Alan, por supuesto. Solo que esta vez Jake había sido el primero en aceptar el dinero para pagarlo. Incluso había dejado a un lado sus diferencias y les había preguntado si querían unirse a ellos, pero Martha no había podido pedirse los días en el trabajo. En eso habían tenido suerte, pensó Jake. Esperaba que, en el campo, pudiera pasar más tiempo contemplando el cielo, imaginando escenarios en su cabeza, fabricando vidas e historias. Quizá incluso podría contarles algunas a las niñas.

Algo que le hacía ilusión.

Y mientras cruzaba el aparcamiento a paso ligero, se dio cuenta de que había algo más que le apetecía. Cena para llevar. Comida china, su favorita. Esta vez la recogería Elizabeth, vistos sus antecedentes.

Una sonrisa asomó a su rostro mientras abría la puerta del coche y se sentaba al volante. Pero en cuanto se acomodó, notó que algo no iba bien. Había algo raro. Era algo mínimo, minúsculo, pero algo parecía estar fuera de lugar.

Olfateó el aire y se relajó al comprobar que no había ningún olor abrumador a perfume o a sudor. Luego echó un vistazo a la parte delantera y a la trasera. Todo estaba como debía.

Por un segundo se preguntó si se lo habría imaginado. Pero ese pensamiento desapareció en cuanto su mirada se posó en la guantera. Con el cuerpo en tensión y la mente conjurando imágenes de lo que podría encontrar —una mano cortada, una bomba, una pistola—, estiró el brazo y la abrió.

La realidad era mucho, mucho peor.

Envuelto apretadamente en film transparente había un fajo de billetes y otro paquete de polvo blanco. Drogas.

Sobre el dinero había una nota. Jake se inclinó y la leyó.

LE AGRADECEMOS SU SILENCIO.

POR ALGUNA RAZÓN, las estrellas en el cielo nocturno ya no parecían tan brillantes.

EPÍLOGO

El inspector jefe Liam Greene ha sido acusado de corrupción, blanqueo de capitales, obstrucción a la justicia, prevaricación y asesinato. Ha sido condenado a cincuenta y tres años de prisión. Continúa con su tratamiento contra el cáncer.

LOS ACTIVOS de The Farmer han sido embargados y se le ha condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Se encuentra en la prisión de alta seguridad HMP Belmarsh.

EL DETECTIVE PETE GARRISON permanece en coma. Se desconoce si llegará a despertar y en qué estado se encontrará si lo hace.

SE HAN DEDICADO un total de diez mil horas a la Operación Jackknife. La investigación ha durado tres meses y no se han producido más arrestos.

ELLIOT BRIDGER ESTÁ vivo y se encuentra bien. Está jubilado, vive en Surrey y disfruta jugando al golf.

VITALY HA MUERTO a manos de los agentes armados. Se ha certificado su fallecimiento en la misma escena del crimen.

EL NOMBRE real de Tatiana era Theresa Appleton. Más tarde se ha revelado que trabajaba como agente encubierta para el MI5. Desde entonces, ha sido destinada a una nueva operación.

TRAS LA MUERTE del sargento Drew Richmond, Hannah Bryant ha puesto en marcha una iniciativa que ha propiciado que otras cinco mujeres dieran un paso al frente, todas ellas denunciando haber sufrido agresiones sexuales por parte de Drew. Se le ha señalado públicamente como el violador de todas las mujeres de la lista.

LA POLICÍA no ha podido localizar a Isaac Dawes, el agente a cargo de la protección de testigos de Danny y Michael. Su paradero actual es desconocido.

JAKE, junto con Stephanie, espera con ilusión conocer a las próximas incorporaciones del equipo.

LA IDENTIDAD de La Cábala sigue siendo una incógnita.

FIN

Pero no del todo. La historia continúa en Cruzar la Raya:

Un jefe mafioso. Una crucifixión en llamas. Un adolescente que lo grabó todo.

Henry Matheson controla el tráfico de drogas en el East End de Londres. Despiadado, poderoso y protegido por una red de policías corruptos, es intocable.

Hasta que un adolescente graba un brutal asesinato en la urbanización Cosgrove y desencadena una reacción en cadena. Mientras el detective Jake Tanner investiga, se ve arrastrado a un mundo de violencia entre bandas, corrupción policial y una conspiración cada vez mayor vinculada a La Cábala. Con su familia amenazada y con las lealtades cambiando a su alrededor, Jake deberá arriesgarlo todo para sacar la verdad a la luz.

Pero en una ciudad donde el silencio se compra y la justicia se entierra, cruzar la línea podría ser la única forma de sobrevivir.

¡Descubre qué sucede en Cruzar la Raya en Amazon ahora! ¡Haz clic AQUÍ para conseguir tu copia!

SERIE DE NOVELA NEGRA BRITÁNICA DEL DETECTIVE JAKE TANNER

La serie de Jake Tanner

Abarcando el crimen organizado, la corrupción y el antiterrorismo, la serie de Jake Tanner sigue a un detective desde las calles del este de Londres hasta la primera línea del SO15, el Comando Antiterrorista de la Policía Metropolitana. Ya sea persiguiendo a asesinos en serie, enfrentándose a las familias criminales más despiadadas de Londres o corriendo contrarreloj para impedir el próximo atentado en suelo nacional, los casos de Jake lo llevan al límite de lo que es capaz de soportar, y a sus seres más cercanos al límite de lo que son capaces de perdonar. La serie se divide en tres arcos conectados entre sí:

Serie de novela negra británica del detective Jake Tanner

Novelas completas que combinan procedimiento policial, crimen organizado y corrupción policial.

LIBRO 1: PISA LA RAYA

Una pequeña joyería de Guildford High Street es asaltada y deja a la policía dando palos de ciego. Los primeros informes apuntan a los Crimson, una organización criminal a la que la policía lleva años persiguiendo. Cuando la dueña de la tienda es secuestrada y le colocan un collar de pinchos alrededor del cuello, Jake descubre que uno de los suyos está implicado: un agente de policía. Mientras persigue a la banda en una búsqueda inútil, Jake cuestiona todo lo que creía saber sobre su equipo. ¿En quién puede confiar? ¿Y está preparado para averiguarlo?

→ Lee Pisa la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: EN LA RAYA

Una pareja que oculta un secreto inconfesable es brutalmente asesinada en su galería de arte londinense. Sus cuerpos limpiados. Sus miembros descuartizados. Y la palabra MENTIROSA grabada en el pecho de la mujer. Para Jake Tanner pronto se hace evidente que no se trata de un asesinato por venganza. Hay un asesino en serie suelto por las calles de Stratford. Y lo único que conecta a las víctimas es su nombre: Jessica. Jake es llevado al límite de su cordura cuando descubre The Community, un foro en línea donde solteros y parejas se conocen. Pero hay un solo problema: el asesino lo estaba esperando… y está hambriento de su próxima víctima.

→ Lee En la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 3: BAJO LA RAYA

El DC Jake Tanner creía haber dejado atrás el tormento del caso que estuvo a punto de matarlo. Se equivocaba. Cuando el cuerpo de Danny Cipriano es descubierto enterrado en una tumba de hormigón, las heridas de Jake vuelven a abrirse. Pero una cosa se hace pronto evidente. El antiguo líder de los Crimson sabía demasiado. Y alguien quería silenciarlo. Para siempre. El único problema es que Jake sabe quién.

→ Lee Bajo la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 4: CRUZAR LA RAYA

Durante años, Henry Matheson ha sido intocable, controlando el tráfico de drogas en el este de Londres. Hasta que el cuerpo de su rival más cercano aparece calcinado y atado a una farola en su barrio. ¿Una guerra de bandas que salió mal, o un asesinato calculado? Solo un hombre tiene el valor de plantarle cara y averiguarlo. Pero, como Jake Tanner no tarda en descubrir, Matheson juega sucio. Y en el barrio no hay reglas.

→ Lee Cruzar la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 5: PASARSE LA RAYA

Han pasado meses desde que Henry Matheson, uno de los criminales más peligrosos del este de Londres, fue arrestado y enviado a prisión. Desde entonces, el DC Jake Tanner y el equipo de la brigada de investigación criminal de Stratford se han asegurado de que el caso sea inatacable. Pero cuando un repentino y desastroso fraude arrasa las finanzas personales de Jake, este se ve arrastrado a las profundidades de un submundo oscuro y peligroso, del que pocos resurgen.

→ Lee Pasarse la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 6: MÁS ALLÁ DE LA RAYA

La Cábala está muerta. O eso creía Jake. Pero cuando Rupert Haversham, abogado de los bajos fondos de la ciudad, aparece muerto en su casa de Londres, Jake empieza a pensar lo contrario. La Cábala ha vuelto, y ahora silencia a quienes saben demasiado. Jake incluido.

→ Lee Más Allá de la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

DC Jake Tanner: Expedientes Antiterroristas del SO15

Novelas cortas, lecturas fulgurantes que puedes leer en cualquier lugar. Acompaña a Jake mientras se une al Comando Antiterrorista en la lucha contra la peor clase de mal.

NOVELA CORTA 1: EL LOBO

Un cine sitiado. Una carrera para salvar a todos los que están dentro. Un detective impaciente. Acompaña a Jake mientras se adentra en la oscuridad.

→ Lee El Lobo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 2: LA NOCHE MÁS LARGA

El cabecilla de una célula terrorista aparece muerto frente a su piso en las primeras horas de la Nochebuena. ¿Qué hacía fuera? ¿Por qué llevaba un chaleco suicida atado al cuerpo? ¿Y qué tiene que ver con su muerte la nota escondida en su calcetín?

→ Lee La Noche Más Larga en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 3: EL OJO

El descubrimiento de una fábrica de bombas deja a Jake y a su equipo desesperados por encontrar respuestas. Pero ¿podrán hallarlas a tiempo?

→ Lee El Ojo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 4: ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

Una advertencia siniestra —y mortal— pone en marcha a Jake y a su equipo. Se avecina un atentado contra uno de los monumentos emblemáticos de Londres. Pero ¿dónde? ¿Y cuándo? Un fracaso podría ser catastrófico.

→ Lee Entre el Cielo y el Infierno en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 5: APAGÓN

¿Qué ocurre cuando todas las luces de Londres se apagan y se corta toda la electricidad? ¿Qué ocurre cuando una ciudad cae de rodillas? Jake Tanner está a punto de descubrirlo. Y se encuentra justo en el centro de todo.

→ Lee Apagón en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 6: OJO POR OJO

La venganza es dulce. Pero no cuando va dirigida contra ti. No cuando usan a tu familia para llegar a ti. La familia es intocable. Y Jake Tanner hará lo que sea para proteger a la suya.

→ Lee Ojo por Ojo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 7: MILLA 17

Cada año, miles de corredores y espectadores inundan las calles de Londres para celebrar el Maratón de Londres. Salvo que este año no habrá nada que celebrar.

→ Lee Milla 17 en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 8: EL GRAN PASEO

El día más feliz de tu vida: el día de tu boda. Pero cuando se trata de una boda real, hay mucho más en juego. Sobre todo cuando alguien quiere matar a la novia.

→ Lee El Gran Paseo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 9: EL DESENLACE

Jake Tanner no va a un partido de fútbol desde hace años. Pero cuando una célula terrorista ataca el estadio de su equipo favorito, matando a decenas de personas e hiriendo a cientos más, Jake siente a la vez alivio y horror: el día anterior estuvo entre esa misma multitud, viviendo el mismo ambiente. Pero ahora debe dejarlo atrás y concentrarse en encontrar a los responsables. Y rápido. Porque se acerca otro atentado.

→ Lee El Desenlace en Kindle y Kindle Unlimited

Las Novelas de Terror y Suspense de Jake Tanner

Novelas completas que siguen a Jake a través del Comando Antiterrorista, donde lo que está en juego nunca ha sido tan alto.

LIBRO 1: SIN SALIDA

El verano de 2017. Jake Tanner trabaja para el SO15, la unidad antiterrorista de la Policía Metropolitana. Y una pareja de terroristas se apodera de tres trenes con destino al aeropuerto. A bordo hay cientos de kilos de explosivos y miles de vidas. Jake se ve pronto atrapado en una carrera contrarreloj, un juego del gato y el ratón para impedir que los trenes exploten. Pero lo que descubra por el camino lo cambiará todo.

→ Lee Sin Salida en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: EL PISO 68

A trescientos metros de altura, tus peores pesadillas se hacen realidad. Charlie Paxman va a cambiar el mundo con un virus letal. Su método de propagación: el último piso del edificio más alto de Londres, The Shard. Pero solo un hombre puede detenerlo: Jake Tanner. Atrapado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Encerrado dentro de la torre, Jake se enfrenta a un ejército de escalones y a un científico desquiciado que amenaza con diezmar a la humanidad. Pero ¿podrá impedir que suceda?

→ Lee El Piso 68 en Kindle y Kindle Unlimited

LA SERIE DE MISTERIOS DE ASESINATO DEL DS TOMEK BOWEN

Ambientada en Southend-on-Sea y las azotadas marismas e islas de Essex, la serie del DS Tomek Bowen sigue a un detective sargento perspicaz y tenaz que aún lleva el peso de la muerte de su hermano. Mientras intenta equilibrar su vida como padre soltero, Tomek investiga algunos de los crímenes más extraños e inquietantes del condado: asesinatos rituales, azafatas desaparecidas, parlamentarios muertos y huesos arrastrados por la marea. Nunca sabe qué caso podría costarle todo.

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: el detective sargento Tomek Bowen —determinado, tenaz y marcado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que ha visto jamás. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones apuntan a que era un hombre con un pasado. Un pasado que le granjeó muchos enemigos.

→ Leer La Justicia de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta aparcado frente a su colegio y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto poco después, colgando de un columpio en un parque infantil de Canvey Island.

→ Leer Las Garras de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se disipa una mañana de diciembre en Essex, el cuerpo de una adolescente aparece boca abajo en un campo. El caso aterriza rápidamente en el escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta adaptarse a su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desenterrar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

→ Leer El Toque de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo… Cuando el cadáver de un vagabundo aparece en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, los habitantes de Essex apenas arquean

una ceja. Pero cuando la autopsia revela que se trata del parlamentario local Herbert Tucker, la ciudad empieza a prestar atención.

→ Leer El Beso de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se borran… En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto de Mulberry, a poco más de una milla mar adentro. Poco después, su cuerpo aparece en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

→ Leer El Sabor de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche de fiesta en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera.

→ Leer El Ángel de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 7: EL SALVADOR DE LA MUERTE

En plena tormenta, un DJ de radio local es brutalmente asesinado en su mansión de Essex. Cuando las nubes y la lluvia se dispersan a la mañana siguiente, el DS Tomek Bowen y su equipo descubren una escena del crimen que parece sacada de los libros de historia.

→ Leer El Salvador de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 8: EL ALIENTO DE LA MUERTE

La isla de Mersea. Con más de 2.500 acres de tierras de cultivo, marismas y varios campings, es hogar de 7.000 personas. Pero durante el fin de semana festivo de agosto, acoge a dos residentes más: el DS Tomek Bowen y su hija Kasia, decididos a aprovechar el final de las vacaciones escolares, el final del verano y el final del largo período de Tomek lejos del trabajo. Sin embargo, cuando una mañana aparece un cadáver atado a una boya, Tomek se ve arrastrado al turbio mundo del asesinato y la muerte antes de lo previsto.

→ Leer El Aliento de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 9: LA MARCA DE LA MUERTE

El DS Tomek Bowen regresa tras una breve suspensión que casi le costó su carrera, y quiere ponerse manos a la obra de inmediato. Pero una llamada telefónica inesperada desde la cárcel sacude su concentración y amenaza con arrastrarlo a una red de mentiras y traición.

→ Leer La Marca de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 10: LA HISTORIA DE LA MUERTE

Cuando una poderosa marea sube y revuelve unos huesos en lo más profundo de las marismas del sur de Essex, las esperanzas del DS Tomek Bowen de pasar un tranquilo invierno se desvanecen rápidamente.

→ Leer La Historia de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LA INSPECTORA STEPHANIE BROADBENT: SERIE DE THRILLERS POLICÍACOS

Ambientada en la engañosa tranquilidad de las colinas de Surrey, la serie de la Inspectora Stephanie Broadbent sigue a una detective cuyo regreso a casa reabre heridas que esperaba haber enterrado. Cada caso es más oscuro y ritualista que el anterior: muñecos de vudú y monstruos de infancia, cuerpos carbonizados y retorcidos juegos tallados en carne viva. A medida que los cadáveres se acumulan, Stephanie debe enfrentarse no solo a una serie de perturbadores asesinos, sino también al pasado del que regresó a casa para escapar.

LIBRO 1: EL ASESINO DEL VUDÚ

Regresó a casa para empezar de nuevo. En cambio, despertó la oscuridad que creía haber enterrado. Antes de instalarse siquiera, una estudiante universitaria aparece muerta en su residencia tras una noche de fiesta. Lo que en un principio parece un caso sencillo da un giro inquietante cuando se encuentra un muñeco de vudú cerca del cuerpo. Stephanie se ve obligada a enfrentarse a los fantasmas de su pasado mientras corre para detener a un asesino cuyo próximo movimiento ya está tomando forma entre hilos y tela.

→ Leer El Asesino del Vudú en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: EL COCO

Hace treinta años, los habitantes de Guildford vivían aterrorizados por una figura que se colaba en los dormitorios de los niños y los observaba dormir. Al marcharse, dejaba un único globo de fiesta. Y entonces desapareció. Las visitas cesaron. Ahora está volviendo a ocurrir.

→ Leer El Coco en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 3: EL HOMBRE EN LLAMAS

Cuando se encuentran los restos calcinados de un cuerpo en las pintorescas colinas de Surrey, se reaviva el trauma del pasado de la inspectora Stephanie Broadbent. Cuando aparece otro cadáver, Stephanie descubre una conexión que amenaza con prender fuego al mundo — y a más cuerpos.

→ Leer El Hombre en Llamas en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 4: TRES EN RAYA

En lo profundo de las colinas de Surrey, aparece un cadáver con un juego de tres en raya tallado en su carne. La víctima jugó la misma partida en línea antes de

morir. Perdió. Ahora la inspectora Stephanie Broadbent y su equipo deben trabajar para detener los asesinatos antes de que más jugadores sean señalados para morir.

→ Leer Tres en Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 5: PALOS Y PIEDRAS

Un hombre mutilado y delirante emerge de un bosque de Surrey en mitad de la noche y se desploma en el interior del Hospital de Haslemere. Cuando los cirujanos lo colocan en la mesa de operaciones, lo que descubren deja a la inspectora Stephanie Broadbent sin palabras.

→ Leer Palos y Piedras en Kindle y Kindle Unlimited

AGRADECIMIENTOS

La redacción de esta novela se ha visto enormemente beneficiada por la labor de mis diversos editores, ya que, sin ellos, el libro se encontraría en una posición mucho peor.

El mundo de los procedimientos policiales es un laberinto complejo y espinoso de obstáculos y, sin la ayuda del antiguo superintendente jefe de investigación Graham Bartlett, no habría sido capaz de orientarme. Por supuesto, hay algunos casos en los que se han derribado vallas y se han atajado caminos, pero esas desviaciones del procedimiento correcto son responsabilidad mía con el fin estrictamente de obtener una licencia creativa y dramática. A veces hay que conocer las reglas para poder romperlas.

Espero que la disfrutéis.

GLOSARIO

AFO — Authorised Firearms Officer. Agente de policía autorizado para el uso de armas de fuego. Un agente que ha sido formado, acreditado y autorizado para portar un arma de fuego.

ANPR — Automatic Number Plate Recognition. Reconocimiento automático de matrículas. Un sistema de alta precisión capaz de leer las matrículas de los vehículos.

ARV — Armed Response Vehicle. Vehículo de respuesta armada. Vehículos especialmente adaptados que albergan equipamiento especializado y transportan a los agentes de armas de fuego autorizados a incidentes que requieren su presencia, generalmente en situaciones de alto riesgo.

BDU — Bomb Disposal Unit. Unidad de desactivación de explosivos.

CID — Criminal Investigation Department. Departamento de investigación criminal.

CSI/SOCO — Crime Scene Investigator/Scenes of Crime Officer. Investigador de la escena del crimen/agente de inspecciones oculares. Analistas forenses que acuden a las escenas del crimen en busca de huellas dactilares, ADN, etc.

DC — Detective Constable. Agente de la policía judicial (rango de detective).

DCI — Detective Chief Inspector. Inspector jefe de la policía judicial.

DCS — Detective Chief Superintendent. Superintendente jefe de la policía judicial.

DI — Detective Inspector. Inspector de la policía judicial.

DS — Detective Sergeant. Sargento de la policía judicial.

EOD — Explosive Ordnance Disposal. Desactivación de artefactos explosivos. Equipo responsable de la retirada segura de dispositivos explosivos.

HOLMES — Home Office Large and Major Enquiry System. Sistema informático nacional del Ministerio del Interior para el almacenamiento de todas las entradas en investigaciones de gran envergadura e importancia. Capaz de registrar decisiones, acciones y declaraciones, permitiendo realizar el análisis de la información recogida.

IMEI — International Mobile Equipment Identity. Identidad internacional de equipo móvil. Un número de quince dígitos único para un teléfono móvil específico que puede ser rastreado y localizado.

MIT — Major Investigation Team. Equipo de investigación de casos graves.

OFC — Operational Firearms Commander. Mando operativo de armas de fuego. Responsable de garantizar que se ponga en marcha la estrategia establecida por los mandos estratégicos de armas de fuego.

PC — Police Constable. Agente de policía.

PS — Police Sergeant. Sargento de policía.

RTC — Road Traffic Collision. Accidente de tráfico.

SFC — Strategic Firearms Commander. Mando estratégico de armas de fuego. Responsable de asegurar que exista una estrategia de respuesta ante una situación de alto riesgo.

SIO — Senior Investigating Officer. Oficial jefe de la investigación. Agente al mando global de una investigación importante, normalmente con el rango de inspector jefe de la policía judicial.

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

